

A woman with long, wavy brown hair is wearing a white, long-sleeved lace dress with a Peter Pan collar and a buttoned placket. She is holding a single light pink rose with green leaves. The background is a soft, out-of-focus pattern of pink roses. The word 'Ippsa' is written in a large, white, decorative script font across the center of the image. The letter 'I' is particularly stylized with ornate flourishes.

# Ippsa

NATALÍ PIGNANELLI

Pignanelli, Natalí  
IPSA / Natalí Pignanelli  
Minted Studio — 1.a ed. — Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Minted Studio, 2019.

*IPSA*

©2020 Natalí Pignanelli.

Todos los derechos reservados.

Derechos exclusivos de edición para todo el mundo

© Natalí Pignanelli

Diseño de tapa: Facundo Pignanelli.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

*A todos los que quiero y me quieren.  
Y a todos los que creen en imposibles.*

### **Preludio**

*"Preferíamos encontrarnos en el puente, en la terraza de un café, en un cine-club o agachados junto a un gato en cualquier patio del barrio latino. Andábamos sin buscarnos pero sabiendo que andábamos para encontrarnos. Oh Maga, en cada mujer parecida a vos se agolpaba como un silencio ensordecedor, una pausa filosa y cristalina que acababa por derrumbarse tristemente, como un paraguas mojado que se cierra."*

**Julio Cortázar, Rayuela.**

## Prologo: New York

Era una mañana cualquiera de un julio cualquiera en una calle cualquiera de la ciudad de Nueva York.

Lucía alzaba su rostro hacía un cielo plenamente soleado que la abrigaba tiernamente bajo su calor. Los rayos de luz, siempre molestos para la vista, la obligaban a entrecerrar sus ojos y la invitaban a enviar sus pensamientos allá a lo alto, bien lejos. Ahí donde todo podía suceder, donde todo lo que soñaba podía ser real.

Lucía creía en imposibles. Con una fe inquebrantable.

La señorita Dante había nacido en una calurosa tarde de diciembre en la Patagonia argentina y se había criado alrededor del mundo. Viajaba de ciudad en ciudad, escapando de la llegada del frío, para vivir en un verano eterno y constante. Lo suyo era el calor, así le gustaba.

Lucía hacía todo lo que gustaba. Sin prejuicios ni pretextos absurdos.

El asfalto ardía por las altas temperaturas, lo sentía en la planta de sus pies pero no le molestaba; todo lo contrario, le traía más de un recuerdo valioso. Por alguna extraña razón, sentía que estaba en el lugar y en el momento correcto, su fuego interno estaba entusiasmado y expectante.

Distraída, absorta de lo que sucedía a su alrededor (para no perder la costumbre); Lucía estaba como en su propio mundo. Pensaba en cosas lindas y sonreía sin tapujos. Lo hacía porque se sentía viva y, para ella, eso significaba muchísimo. De hecho, lo significaba todo.

Lo cierto es que apreciaba con verdadera gratitud cada instante de vida y se aferraba, incluso, a los detalles más insignificantes. Esos que muchos dan por sentado y no valoran hasta que se es demasiado tarde. Para ella, nada era tarde, no existían los mañanas. La vida se resumía en un constante aquí y ahora.

En aquel ahí y ahora, Lucía Dante era inmensamente feliz.

Y es que no había dudas, era un espléndido día de verano. El ambiente estaba impregnado de un calor denso, el suficiente como para recordarle sus vacaciones por Buenos Aires cuando era pequeña. Lo justo y necesario como para hacerla sentir especial. Única y especial, así era ella.

Una de sus compañeras de cuarto, la que hablaba un idioma del que poco entendía y que tenía un nombre imposible de pronunciar, le había prestado su vieja bicicleta para poder conocer la ciudad. No era una bicicleta muy linda, pero se las había arreglado para decorarla con unos pañuelos muy coloridos que guardaba de uno de sus tantos viajes por el mundo. Otra vez, única y especial.

Su cabello castaño, casi rojizo a la luz del sol, iba suelto y rebelde, moviéndose libremente junto a la brisa. Tal como le apetecía. Llevaba unos shorts de jean desgatados, que ella misma había cortado de algún pantalón viejo, y una remera muy colorida que no desentonaba en el pastiche de matices con el que había disfrazado a la bicicleta.

En su pequeña mochila de tela ecológica, que había comprado en alguna feria perdida de algún país perdido por ahí, llevaba todas las cosas que, se supone, se consideran de valor. Algo de dinero (el poco que le quedaba), sus documentos, su extravagante cuaderno de ideas (así lo llamaba) y una vieja y destartada agenda que aún usaba desde el año 2011.

A Lucía no la desvivía la riqueza, no necesitaba de mucho, su filosofía de vida residía en los pequeños detalles.

Aunque el ruido del tráfico era bastante caótico, propio de hora pico, no había conseguido arrancarla de sus pensamientos. Daba golpecitos con su pie derecho al compás de la música que

escuchaba con sus auriculares y tarareaba, gustosa, parte de la letra. Se trataba de una dulce canción que hablaba de las calles de Nueva York. Esas mismas que ansiaba tanto conocer.

Lucía tenía como manía diseñar *playlists* con canciones que hablaban de las ciudades a las que viajaba y las iba escuchando a lo largo de sus recorridos. De esta manera, anclaba recuerdos a cada una de ellas para, cuando al momento de partir llegara, pudiera revivirlos al darle *play* a su reproductor de música. Viajar y vivir a través de la música, de eso se trataba.

La melodía que estaba escuchando era preciosa y se encontraba tan inmersa en su pequeña burbuja, que era completamente ajena a lo que sucedía a su lado.

Estacionados junto a ella, en un BMW Z4 negro, Bruno Harper e Ian Williams discutían sobre algo. Quién sabe qué, quién sabe por qué; lo hacían tan a menudo que a veces hasta a ellos les costaba precisar por qué sucedía. De todos modos, todas sus discusiones terminaban de la misma forma: alguno de los dos decía algo gracioso y sellaban la paz entre risas y bromas.

Quién manejaba el automóvil de lujo era Bruno. Hijo de Samuel y Lydia Harper. Samuel, un abogado de mucho prestigio, socio fundador de la firma *Harper-Williams*, había fallecido junto a su amada esposa, una maestra de grado, en un accidente de tránsito cuando su único hijo tenía 12 años. Hoy con 27, Bruno era quien representaba ese respetado apellido en aquel buffet de abogados que aún presidía Jeremy Williams.

Jeremy y su mujer Martha, habían albergado al joven Bruno luego de la catástrofe, y lo criaron con todo el amor del mundo como un hijo más. Después de todo, las familias Harper y Williams tenían en común un extenso pasado de amistad y fraternidad. Adoraban a Samuel y a Lydia, y lo hacían tanto más a Bruno, quién veía en los hijos gemelos de sus padres adoptivos, Sarah e Ian, a dos hermanos y compañeros de vida.

Las discusiones entre ambos eran naturalmente inevitables. Los jóvenes Harper y Williams eran (repetiendo la historia de sus padres), como se dice comúnmente, el agua y el aceite.

Bruno era el deportista de la familia, literalmente, hasta que una lesión en su codo derecho lo había obligado a abandonar el circuito profesional de tenis. Al igual que el deporte que tanto amaba, era individualista y bastante solitario, muy metódico, altamente competitivo y tremendamente perspicaz, tanto mental como físicamente.

En la vereda de enfrente estaba Ian, con su sonrisa desfachatada que todo lo podía, de espíritu libre y rebelde. Describirlo a él nunca podía resultar preciso puesto que Ian Williams era tan cambiante e impredecible como el clima de Nueva York.

Sumergidos en nueva disputa acerca de la música que debía sonar dentro del auto (y del por qué uno de ellos tenía más derecho que el otro a elegirla), Bruno ponía en movimiento su BMW ante el avance del tráfico. Un fuerte estruendo, seguido a una serie de palabras en un idioma que les resultaba completamente ajeno, los sorprendió a ambos.

Lo que ninguno de los dos había podido notar era que, en medio de su pelea, una joven en bicicleta se había cruzado en su camino. Como resultado del descuido de los tres, el auto de lujo había golpeado a la vieja bicicleta llena de pañuelos de colores, que ahora yacía en el suelo junto a una Lucía en completo estado de shock.

Pobres jóvenes Harper y Williams. Lo que les esperaba.

## I: Dublín

Era un hecho, Bruno Harper e Ian Williams tenían muchísimo miedo. Un sentimiento que, aunque incómodo para cualquiera, ambos se esforzaban por desterrar de sus vidas. A toda costa.

El recuerdo doloroso del accidente que habían sufrido los Harper vino de inmediato a sus mentes y le heló la sangre a un Bruno que, en ese momento, solo podía pensar en lo más trágico. Se aferraba al volante con tanta potencia que su cuerpo era un cúmulo de energía y tensión.

Al instante del impacto, por puro instinto, había cerrado sus ojos con fuerza buscando reprimir cada una de las imágenes que se le pasaban por la cabeza. Una y otra vez, todo volvía a repetirse.

Para Bruno había algo ahí que le resultaba imposible de afrontar. Era algo tácito para Ian, y supo que era él quien tenía que dar el primer paso.

El joven Williams se bajó del auto con cuidado y se acercó hacia el frente de éste. Allí lo esperaba Lucía que, asustada y bastante confundida, se tomaba su tobillo derecho meciéndose ante el dolor.

A pesar de no mostrarse gravemente herida dejaba entrever un malestar que le resultaba preocupante. Conmocionada por el golpe, respiraba con dificultad; en medio de su agitación, denotaba todo su nerviosísimo.

En busca de ayuda, levantó su vista y se encontró con un desconocido que la examinaba con ansiedad. De inmediato, comprendió que esos ojos que la contemplaban estaban teñidos de espanto; y se las ingenió para decirle las palabras que ella creía que necesitaba escuchar.

—Estoy bien —casi fue un suspiro.

Ian asintió con la cabeza, esa que todavía se encontraba un poco mareada por el hecho. Lo hizo un poco en respuesta a Lucía y otro poco para convencerse de lo que veía. Para darle libre paso al alivio.

Desahogado, dirigió su vista a Bruno pero descubrió que éste no se la devolvía. Tenía la suya clavada en el suelo. Temblaba como una pluma en medio de una tormenta.

El mayor de los Williams (5 minutos mayor que la caprichosa Sarah) golpeó con su puño el *capot* del auto buscando la atención de su amigo. Bruno, al levantar su rostro, se encontró con el de Ian que era mucho más calmo y sereno. Fue la prueba concreta de que nada malo había sucedido.

Por primera vez desde el estruendo, Bruno Harper pudo respirar sin sentir que su pecho se rompía en mil pedazos.

Durante los primeros minutos, hubo mucha gente rodeando a la conmocionada Lucía. Algunos transeúntes le preguntaron repetidamente (y casi hasta el hartazgo) si se encontraba bien, si necesitaba algo. Otros le aseguraron que una ambulancia estaba viniendo por ella, que no tenía que preocuparse por nada. Excepto el dolor, obviamente.

A lo lejos estuvieron los que, como si les importara poco lo que había sucedido, hacían videos o sacaban fotos. Con ellos, se sintió particularmente vulnerable; como si fuera un pobre animal de zoológico expuesto a la mirada ajena vacía de toda compasión. Lucía odiaba esa sensación. Tanto más como a los zoológicos.

Con el paso del tiempo, la ciudad volvió a su frenesí natural. El tránsito continuó su curso, aunque a paso lento, y la gente se fue alejando de ella. La vida de los demás volvió a su tic-tac habitual y rutinario.

Lucía comenzó a sentirse un poco más cómoda. Ya no sentía tanto dolor y estaba tranquila,

confiaba su bienestar en los dos caballeros que continuaban a su lado.

El joven de cabello largo y rubio, de ojos saltones y sonrisa salvajemente demoledora, permanecía agachado junto a ella y le hablaba sin reservas. Buscaba entretenerla. Para distraerla, para que no desesperara ante la espera.

El otro masculino, de tez y cabellera más oscura, con facciones casi perfectas (que la habían eclipsado más de lo que podía admitir) y mirada penetrante, le sostenía el tobillo. Con suavidad y hasta con cierta dulzura.

Ni bien se había acercado a ella, y posteriormente a presentarse, Bruno se dispuso a observarla con detenimiento y a revisar su cuerpo hasta asegurarse de que no había nada sumamente grave. Aunque metódico, fue respetuoso y amable. Parecía un experto en la materia y ella le permitió tal cuidado.

Al segundo que ambos jóvenes se habían presentado y se habían deshecho entre disculpas y atenciones, supo que podía confiar en ambos.

Lucía no tuvo dudas que eran buenas personas. Y es que ella creía en las buenas personas, se aferraba inquebrantablemente a la idea de que el mundo estaba lleno de bondad. Ante todo, Lucía Dante era una optimista de la vida.

—Bueno nena ¿y de qué signo sos? —preguntó Ian con sorna, alzando unas de sus cejas.

Sabía que era un gesto que las chicas que frecuentaba adoraban. Lo que él no sabía, era que la señorita Dante estaba muy lejos de ser una de esas jóvenes.

Ante el comentario, Lucía solo supo echarse a reír.

—¿En serio querés saber eso?

Ian se encogió de hombros. Le encantaba jugar el papel de inocente.

—¿Por qué no? —dijo éste.

—No sé —reflexionó ella— pensaba que sólo querían pasarme por arriba con el auto.

—¿Solo con el auto? —propuso Williams, con un brillo particular en la mirada.

—Ni se te ocurra —espetó Bruno.

El joven Harper había leído la mente de su amigo, el doble sentido era lo suyo. Ian se mostró falsamente herido. Levantó sus brazos en signo de rendición.

—Que conste que ella empezó —se defendió éste.

—No estaría entendiendo nada —interrumpió Lucía confundida.

—Mi hermano acá —señalando a Bruno— no tiene sentido del humor.

Lucía observó a cada uno de los especímenes masculinos que la cuidaban. Eran tan distintos que le costaba encontrar al parentesco que los unía. Pensó que, quizás, aquello era un invento de quien se había presentado como Ian Williams; después de todo, llevaba un buen rato contándole historias de dudosa procedencia. Por el contrario, el otro joven, el que le resultaba más interesante; se había mostrado hermético, había escuchado su voz a duras penas.

Y qué voz grave y seductora tenía él. Lucía estaba dispuesta a hacer lo que fuera para volver a escucharla.

—¿Son hermanos? —curioseó mirando a Bruno.

Éste le devolvió una simple negativa con la cabeza.

—¿Encima de atropellarme, mentiroso? —inquirió a Ian.

—Ey —intervino él— él manejaba —argumentó marcando a Bruno con un gesto con la cabeza—. Y creía que ya habíamos olvidado eso, Lu...

A pesar de todo, Lucía estaba muy a gusto. Encandilada ante la presencia imponente de Bruno y encantada con la verborragia de Ian.

En plan ofendida, le siguió el juego a éste.

—Una mujer nunca olvida, Ian Williams —respondió entrecerrando los ojos—. Y soy Lucía, no Lu.

—Ya ya, Lucía —interrumpió Ian— Lu para los amigos. Pero que vengativa ¿no Bruno?

Su amigo hizo caso omiso al llamado de atención. Se esforzó por mostrarse (todo el tiempo) profundamente ajeno a la conversación. A pesar de ello, Lucía había se había percatado de como sonreía ante las respuestas elocuentes que le devolvía a su amigo.

Aquel hombre era todo un caso. La distancia que imponía le resultaba atrapante. Si bien esperaba que hablara más con ella, se sentía muy dichosa de recibir cada una de sus caricias. Bruno Harper tenía manos mágicas. Lucía Dante podía dar fe de ello.

—Lu, lu. Tierra llamando a Lucía —interrumpió Ian, alejándola de fantasías protagonizadas con Bruno Harper y sus manos mágicas.

Como si la hubieran atrapado haciendo algo indecente, Lucía se sonrojó. Con vergüenza volvió su atención al joven Williams, aunque su deseo se quedó allá con el joven Harper.

—¿En dónde tenías la cabeza, pequeña Lulú? —Ian la miraba intensamente, estudiándola—.

¿Pequeña Lulú? pensó ella. Ian Williams tenía una mente de inventiva que la superaba incluso a ella.

—Estaba pensando... —respondió vagamente.

—Eso está claro —replicó él—. ¿Pero en qué?

—En un lugar al que fui —mintió ella.

—¿Cuál?

—Déjala tranquila —interrumpió Bruno—. No sabe cuándo callarse —explicó mirándola, casi como si se estuviera disculpando.

«Ay, esa voz.»

—Está bien —expresó ella— no pasa nada.

La verdad es que si pasaba algo. Encontraba tremendamente enigmática la voz del joven Harper; y si tenía que inventarse una historia para seguir escuchándola, lo haría. Sin lugar a dudas.

—Estaba pensando en Dublín —respondió.

En ningún momento quito su vista de Bruno. Buscó alguna repregunta de su parte. No podía ser que aquel hombre fuera tan poco curioso.

Harper no volvió a dirigirle la palabra y decidió dar batalla.

—Siempre que me agarra hambre pienso en Irlanda...

Técnicamente eso no era del todo mentira, era cierto que cuando tenía hambre pensaba en Dublín y en los puestos de comida de la calle *Grafton*; pero Lucía no tenía hambre ni estaba pensando en ello.

Como Bruno parecía atento a su relato, continuó con su mentira a medias.

—Me sirvieron una canastita con papas con vinagre —reveló—. La primera vez que las probé fue ahí, parece que es una costumbre irlandesa. Recién había llegado y estaba muerta de hambre —narró.

Los jóvenes amigos se miraron con extrañeza. No entendían a qué venía todo eso pero encontraban bastante simpático aquel relato.

—Me parecía bastante asqueroso ponerle vinagre a las papas —advirtió— o sea, todos sabemos que las papas se comen con ketchup. Es una ley universal.

—Claro —intervino Ian con cierta ironía que solo fue explícita para Bruno.

—La cuestión es que no tenía fe —expuso Lucía— y cuando las probé fue como *boom*. Me encantaron. Son mi comida favorita ahora. Cada vez que tengo hambre quiero comer papas con vinagre. ¿Me explico?

—Perfectamente —concluyó Ian y se dirigió a Bruno con una mímica como para que quedara entre ellos. Loca.

Bruno negó con la cabeza sonriendo.

Luego de unos cuantos minutos, demasiados para la paciencia de cualquiera, Bruno e Ian comenzaron a inquietarse por la tardanza del auxilio.

Lucía, que estaba empezando a incomodarse nuevamente, se movía inquieta. Si bien estaba resguardada, sentada en la vereda bajo el almohadón que los chicos habían improvisado con prendas que se habían quitado, el dolor había vuelto a aparecer.

—Necesito que te quedes quieta, por favor —le pidió Bruno pacientemente.

—¿Cuánto crees que va a tardar la ambulancia? —preguntó Ian mirando a su amigo.

—No lo sé, es hora pico...

Bruno estaba bastante preocupado por el caos del tráfico, obstáculo imposible de sortear incluso para una ambulancia.

Ian notó las muecas de dolor de Lucía y cómo volvía a tomarse el tobillo con nerviosismo.

—¿Si la ponemos de pie y la llevamos nosotros? —propuso Ian.

—Tengo un auto no un helicóptero.

Bruno estaba poniéndose más hostil que de costumbre.

—A pocas cuadras está el hospital de mamá...

Ian miró a Bruno con la certeza de que esa era la mejor solución.

—No puede llegar caminando, es una locura.

—Locura es seguir esperando una ambulancia que no va a poder llegar hasta acá hasta dentro de mucho, *B* —insistió.

Lucía, que estaba comenzando a hartarse de la espera, se sumó a la propuesta de Ian. Mostró ademanes de incorporarse.

—Quizás pueda ponerme de pie —aseguró esperanzada.

Bruno la inmovilizó de inmediato y la atrapó con la mirada. La suspendió en aquel tiempo y espacio.

Lucía se olvidó de todo dolor. De la propuesta de Ian, de quién era Ian y hasta de quién era ella.

—No. Por favor —le pidió dulcemente— vamos a forzar una lesión más grave.

Lucía asintió embelesada. Tontamente eclipsada por los ojos y la voz de Bruno Harper.

Si en ese momento le hubiese pedido que lo acompañara al fin del mundo, hubiese aceptado sin dudar. Menudo efecto tenía aquel joven misterioso en ella.

—Son pocas cuadras —interrumpió Ian, poniendo punto y aparte, una vez más, a una de sus fantasías— la puedo llevar en brazos.

—¿Y el auto? No podemos dejarlo acá varado —argumentó Bruno—. — ¿Y la bicicleta?

—¿Qué bicicleta? —preguntó Lucía completamente embobada.

Ian la miró con extrañeza.

—Tu bicicleta Lulú...

«Tierra llamando a Lucía, otra vez.»

—Ahhhh si si —asintiendo con la cabeza, Lucía volvió a la realidad.

—Yo la llevo —irrumpió Bruno aprovechando la confusión del momento. — Vos te encargás de los demás —sentenció hacia Ian.

—En serio, no quiero que se molesten.

Bruno acomodó sus brazos, con especial cuidado, para levantar a Lucía sin antes dirigirse a Ian.

—Llamá a Martha y explícale que vamos para allá.

Volvió su atención a la joven.

—¿Lista?

Lucía le sonrió gustosa y volvió a perderse en la profundidad de su mirada.

—Siempre lista.

Bruno Harper se llevó a Lucía Dante en sus brazos.

Atónito, Ian Williams, contempló como su mejor amigo volvía a robarle una chica.

## II: Bariloche

Dos canciones y media le llevaron a Bruno Harper y Lucía Dante llegar a su destino.

Durante el trayecto, ella le había explicado su tendencia a contar el paso del tiempo en canciones. Algo que, aunque podía ser extraño para muchos, a Bruno le resultaba bastante familiar.

Tras devolverle una sonrisa que la desarmó por completo, le confesó que él solía hacer lo mismo. Había adoptado esa misma práctica cuando entrenaba y viajaba por el mundo, tras el sueño de ser tenista profesional.

Lucía no tuvo que preguntarle qué había sucedido con aquello. La nostalgia que vislumbraron sus ojos marrones intensos (cargados de secretos), le dio la pauta que no lo había conseguido.

Que el tema era demasiado doloroso como para atormentarlo con preguntas. Decidió, entonces, dejar pasar el comentario y contemplarlo en silencio.

Mientras que a paso firme y cuidadoso la llevó, disfrutó de cada instante junto a él. Absorbió su aroma y estudió sus rasgos. Lo observó con detenimiento y adoración deseando conocer todo en él, queriendo arrancarle algo para inmortalizar su recuerdo.

Bruno dejó escapar un suspiro profundo, mezcla de alivio y cansancio, devolviendo la atención de Lucía a aquel ahí y ahora. Ella, tras despedirse del mundo paralelo en el que se encontraba, levantó la vista y contempló la fachada del *New York --Presbyterian Hospital*. Unos de los centros médicos más grandes y completos del país, número uno en el área metropolitana de Nueva York, miembro del cuadro de honor de los *Mejores Hospitales de América*.

Todo un lujo. Uno de los que, sentía, no podía permitirse.

—Bruno... —susurró a quién todavía la cargaba— creo esto es demasiado.

Lucía no podía quitar la vista de la majestuosa arquitectura de aquel lugar. En su mente, intentaba calcular cuánto podría costar todo aquello. Sencillamente le parecía excesivo.

—Tranquila, lo tengo todo bajo control.

Lucía no tenía dudas que un hombre como Bruno Harper podía tener hasta al mundo entero bajo su control. Pero ni siquiera toda la seguridad de él, le podía quitar esa amarga sensación de sentirse sapo de otro pozo. La intimidaba demasiado la inmensidad de aquel edificio.

Allí todo era pulcro y resplandeciente. La gente entraba y salía en constante frenesí, los médicos recorrían los pasillos con sus relucientes guardapolvos y muchas personas se agolpaban en la recepción de entrada.

Irremediablemente pensó en la última vez que había estado en un lugar como ese. Recordó a su hermana y a Buenos Aires. La tristeza la golpeó, la hizo temblar y Bruno la acercó más a su cuerpo para darle calor.

Pobre Bruno Harper, había tantas cosas que tenía en común con Lucía Dante y, sin embargo, aún no lo sabía. Ninguno de los dos, de hecho.

Una de las recepcionistas de la mesa de entrada había reconocido y saludado afectuosamente a Bruno. Tras enterarse de lo sucedido pidió, de inmediato, una silla de ruedas donde Lucía esperaba ser atendida. Agradecida ante la dulce atención del personal del hospital, intercambió lindas palabras con cada uno de ellos. Incluso algunas en español, se dio cuenta de lo mucho que extrañaba poder hablar en su idioma de nacimiento.

Aunque era cierto que sabía poco y nada de Bruno Harper, había algo en todo aquello que le daba una certeza. Todos y absolutamente todos allí, lo querían y se preocupaban por él. Y ahora

por ella, claro.

En un rincón de la sala de espera, Lucía ponía a prueba la resistencia de su silla de ruedas. Realizaba giros y experimentaba distintos movimientos. Estaba más que entretenida, como si fuera una pequeña con un juguete nuevo.

Bruno se sentó cerca de ella. Le resultaba altamente liberador observarla. Verla, era como un suave respiro, una ansiada brisa, un permiso. Últimamente, había olvidado el significado de sentimientos de ese estilo.

Por el contrario, para Lucía eran moneda corriente. Bruno Harper sabía, a ciencia cierta, que ella era muy distinta a esa versión de él.

Lucía Dante era distinta a todo. A todos.

—¿Apellido? —interrumpió Bruno.

Lucía volteó ante su voz y se acercó a él entusiasmada. Tardó un poco en responderle. Por observarlo. Por querer quedarse mirándolo un instante más.

Como el objeto de su adoración no la miraba, tenía la vista puesta en la ficha apoyada en su pierna, podía permitirse ese gusto.

—Dante —respondió— *d-a-n-t-e* —Lucía deletreó su apellido e, incluso, le enseñó a pronunciarlo. Lo hizo hasta asegurarse de que lo decía a la perfección. No le llevó mucho lograrlo, se notaba que Bruno Harper era un hombre de mundo.

«*Y de lenguas.*» Mal pensada, Lucía Harper.

—País de nacimiento, Argentina —confirmó Bruno, recordando su charla durante el camino.

—Afirmativo —devolvió Lucía.

Ante la siguiente pregunta, Bruno levantó su vista hacia ella. La encontró sonrojada. Estaba claro que le estaba costando trabajo no ser tan explícita en su devoción por él.

—¿Edad?

—26 —respondió Lucía mientras meditaba si la pequeña marca que divisaba en sus labios era una cicatriz.

—¿Alguna condición médica que resaltar? —continuó Bruno.

Lucía se lo pensó. Tenía la necesidad de llamar su atención.

—Bueno —dudó— tengo algunos problemas...

Bruno se removió en su asiento. Levantó la cabeza. Ahí otra vez, esos ojos todo poderosos.

—¿Qué problemas? —preguntó con intriga.

Lucía, cómica, se dio unos golpecitos en la cabeza y él se echó a reír. Sin reservas.

Hacia muchísimo tiempo que Bruno Harper no reía con esa intensidad.

Luego de completar la ficha personal de Lucía, Bruno había conversado unos minutos con una de las enfermeras del hospital. Era joven y era linda. Motivos ecuanímenes para molestarla. Lucía no les perdió la vista ni un segundo, estaba muerta de celos.

Hasta que él no volvió junto a ella, no pudo relajarse.

—¿Entonces, sos médico? —le preguntó.

—No. Soy abogado —explicó Bruno.

—¿Abogado? —contraatacó Lucía extrañada. — No parecés un abogado.

Bruno se sonrió ante esa reflexión.

—¿Y por qué no parezco un abogado? —investigó intrigado.

—Bueno, no sé —Lucía buscó la forma de explicarle— es que sos bastante amable.

Al instante en que las palabras salieron de su boca, se arrepintió por completo. Lucía Harper creía en las buenas personas, pero había algunas que resultaban la excepción a esa regla. Los abogados eran una de ellas. Mezcla de prejuicio y malas experiencias pasadas.

Bruno, que no era ajeno a ese preconcepto no se inmutó.

—No son todos malos, Lu.

A Lucía solía incomodarle que la llamaran de esa manera, pero nunca le sucedió con Bruno. Si había a alguien a quien le quería permitir que la llamara de la misma forma que lo hacía su hermana, era a él.

Tampoco le pasó desapercibido el comentario de Bruno, todo lo contrario. Le hizo ruido el *no son todos malos*. Bruno debería haber dicho *no somos*. Pensó que, quizás, había algo ahí escondido.

O quizás se había sentido demasiado herido por su comentario.

—Perdón —se disculpó avergonzada— es la costumbre. Además, como conocés a todos aquí, bueno...

Bruno volvió a sonreír ante la vergüenza y la dulzura de Lucía. Había perdido la cuenta de cuantas veces había sonreído desde que se cruzó con ella. Desde que ella se le cruzó a él, en realidad. En fin, desde que se habían cruzado mutuamente.

—Martha es jefe de cirugía aquí —explicó amablemente—. Con Ian nos criamos en estos pasillos.

—Martha es la madre de Ian —quiso confirmar Lucía y lo hizo ante el gesto de Bruno— pero no la tuya ¿verdad?

—Algo así —confesó Bruno.

Algo en su mirada se apagó de repente y Lucía no necesitó saber más. Estaba claro que era algo de lo que no quería hablar. Ese fue el momento en el que entendió que Bruno escondía tanto dolor como ella. Estaba claro que ambos habían decidido afrontarlo de forma distinta, pero algo los unía.

A ambos los atravesaba la pérdida.

Cuando el silencio empezó a ser molesto, incluso para el solitario Bruno, una pregunta rompió el ambiente.

—¿Sos de Buenos Aires? —indagó el joven Harper.

—No —respondió Lucía, también con una negativa con la cabeza. — Bariloche. Mucho más al sur. Allá todo es... hermoso —afirmó con orgullo.

Bruno le devolvió una sonrisa. Una más.

—En verano todo es montaña y flores, —prosiguió— nos bañamos en el lago y podemos pasarnos todo el día bajo el calor del sol. En invierno hace un frío de muerte y la nieve lo cubre todo. Es como tener todos los climas en un mismo lugar. Lo mejor de dos mundos —reflexionó.

La atención que le brindaba la hacía sentir especial y poderosa. Bruno era paciente y la escuchaba con verdadero interés. Vaya si a Lucía le encantaba hablar y hablar. Pero había un plus con él.

Algo que no podía descifrar, pero que estaba dispuesta a explorarlo.

—Los chocolates en el sur son una bomba —explicó— más de una vez me daba un atracón cuando era chica y mis papás no estaban. Los escondían en un mueble muy alto y con mi hermana nos trepábamos para robarnos algunos —reveló—. Empezábamos con unos pocos y no podíamos parar hasta el último. Terminábamos en el suelo cubiertas de chocolate, muertas de risa —recordó entre sonrisas.

A Lucía le costaba, pero se obligaba a recordar a su hermana con alegría. Creía que era la mejor forma de honrar su vida con ella.

—Creo que te gustaría bastante aquello —dijo a Bruno casi como una invitación implícita.

—Casi voy a Argentina una vez —confesó él—. Cuando competía en el circuito de menores.

Le causó mucha sorpresa y emoción la posibilidad de que Bruno pueda conocer algo de su mundo. La intriga la impulsó a indagar más sobre el tema, pero la forma en que Bruno se mostraba, le dio la pauta que no quería hablar de aquello.

Lo comprendió. Al igual que él, ella también estaba llena de espacios vacíos.

Cuando Lucía no podía ponerle palabras a las situaciones, recurría a la música. No solo usaba canciones para contar el paso del tiempo. También lo hacía para confesarse. Hablaba a través de ellas.

—¿Cuál es la canción de tu vida? —preguntó para sorpresa de Bruno.

Éste, que se había quedado pensando quién sabe qué, volvió a regalarle su atención.

—¿Cómo? —replicó.

—La canción de tu vida —repitió Lucía—. Esa que habla de quién sos.

Bruno se perdió en esa pregunta. Ciertamente no tenía una respuesta para ello. Se dio cuenta que, en realidad, ya no sabía quién era. Que ya no se reconocía ante el espejo.

Hacia un tiempo ya que había dejado de ser para pretender ser.

—¿Señorita Dante? —preguntó un enfermero.

Sin saberlo, aquel joven, había roto un ambiente cargado de desconcierto y duda. La pregunta de Lucía y el silencio de Bruno, habían dado paso a la incomodidad de ambos. Del uno con el otro, con ellos mismos, con sus propios inconscientes.

Éste, se acercó a Lucía y tomó el control de la silla de las ruedas. Le dio tranquilidad a Bruno explicándole que se iba a encargar de ella. Lucía tomó su reproductor de música y eligió una canción. Se lo entregó junto con su mochila, nueva muestra de cuánto confiaba en él. Le sonrió una vez más y se dispuso a ser atendida, no sin antes confesarle algo.

—La canción de mi vida —señaló el aparato. — La podés escuchar si querés.

Bruno se quedó pensando con el reproductor de música de Lucía en sus manos. Estaba maltrecho y bastante golpeado; sin embargo, era un objeto sumamente apreciado para ella. Su valor era incalculable.

El joven Harper volvió a sonreír una vez más en aquel día. Lo hizo al escuchar la letra de la canción que le había indicado Lucía.

*I'm a poor, I'm a rich, I'm a mountain and a ditch, I'm a dagger and a shield, I'm impatient, I'm a yield*<sup>[1]</sup>

No habían mejores palabras para describirla.

A pesar de que la había visto por primera vez en su vida aquel día, sintió que ya la conocía desde hace mucho. No podía cuadrar cómo y por qué. No se preocupó en encontrarle lógica o sentido. Bruno Harper estaba enamorado de Lucía Dante.

Solo que él no lo sabía. No todavía.

### III: Amherst

Lucía Dante esperaba con muchas ansias los resultados de sus estudios. Estaba cansada y tenía hambre. Se encontraba inquieta, impaciente y un poco asustada.

Peligroso cóctel de sentimientos.

Aquella soledad momentánea había mutado en un ambiente de incomodidad y desesperación.

El Dr. Scott, que había sido de lo más atento con ella, había recibido un llamado de urgencia y tras haberse disculpado, la había dejado esperando en aquella habitación. Atenderla no estaba dentro de sus planes ni era parte de su obligación, pero se había hecho un espacio en su fatídico cronograma para asistirle.

Lo había hecho porque era un buen amigo de la familia Williams y porque era una persona tremendamente generosa. George Scott *Jr.*, de familia de tradición de médicos, estaba continuamente al servicio de los demás. El otro, era siempre su prioridad.

Entendiendo esto, ante la inminente llegada de una ambulancia con heridos de gravedad, había tenido que acudir de inmediato. Después de todo, esa sí era su responsabilidad y Lucía lo comprendía más que nadie.

Sin embargo, y a pesar de la situación de emergencia, el Dr. Scott se había encargado de darle a Thomas todas las indicaciones para que acompañara a Lucía a realizarse unas radiografías. Cuando el joven se presentó, Lucía Dante lo reconoció de inmediato.

El enfermero Thomas Dickinson, el mismo que había interrumpido el momento incomodo entre Lucía y Bruno, la había escoltado con dedicación y cortesía. Ambos pasaron un momento de lo más divertido. Lucía, entusiasmada de poder interactuar con alguien tan amable, supo entretenerlo con sus ocurrencias.

Thomas agradeció el momento de distensión que tuvo con ella. Trabajar en urgencias en un hospital de semejante envergadura, aunque apasionante, podía resultar verdaderamente estresante.

Lucía observó en detalle al joven en todo momento. Rubio, alto, facciones increíbles, ojos azules llenos de vida. Tenía una belleza añorada y una mirada cálida y dulce.

Thomas Dickinson era la personificación perfecta del príncipe azul de todo cuento de hadas.

En la vuelta al consultorio, Thomas detuvo abruptamente la silla de ruedas en donde llevaba a Lucía. El movimiento brusco no le fue indiferente a ella. Al prestar atención divisó, más adelante en el pasillo, a dos personas que reían.

Hablaban y se sonreían, parecían ajenos a todos los que pasaban por allí.

El hombre era algo mayor y, por su atuendo, parecía ser un médico del hospital. Quien le hacía ojitos, era una enfermera mucho más joven. Apoyada en la pared reía como tonta mientras que él la cubría con su cuerpo. Era un flirteo evidente, exagerado y descarado.

Había algo en ellos que le resultaba muy molesto a Lucía, como si lo que estaba viendo simplemente era incorrecto. Sin comprender la naturaleza de su fastidio (se lo atribuyó al cansancio) volvió a mirar a Thomas y juró ver tristeza en sus ojos.

Maldita bruja, pensó.

—¿Ahí hay una historia? —preguntó queriendo ser cuidadosa.

Thomas no quitó la vista de la pareja acaramelada en el pasillo.

—A Daniel le gusta jugar con la gente —sentenció.

El enfermero, de cortas palabras, era directo y conciso. La irritación que denotaba esa frase le hizo saber a Lucía que allí había mucho más que una historia.

Preocupada por Thomas, volvió la vista a los indiscretos. Maldijo en silencio. Apoyó su mano sobre la de Thomas y notó cuán fuerte se aferraba al respaldo de su silla. Lucía no dijo nada más en todo el camino, al igual que con Bruno, entendió que no era momento de hacer preguntas.

El joven agradeció su silencio y continuó el rumbo pero, al pasar cerca de aquellos, la tensión de éste creció. El hombre alzó la vista y su rostro cambió por completo, miró a Thomas y lo saludó con un simple movimiento de cabeza. La joven acompañante, por su lado, no se inmutó para nada.

Ella no era parte de la historia, no. Lucía Dante entendió, entonces, de qué se trataba.

Sin intercambiar una palabra, Thomas ayudó a Lucía a recostarse en la camilla.

Tras ponerle una compresa fría en su tobillo derecho y habiendo notado sus escalofríos, le acercó una manta para que pudiera cubrirse.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo ella, rompiendo el silencio.

—Claro —accedió él.

Thomas no quería hablar de lo que había sucedido, pero de alguna forma, se sentía en confianza con ella.

—¿Tenés algo que ver con Emily Dickinson, por casualidad?

Thomas relajó sus hombros levemente. De algún modo esperaba que la pregunta tuviera que ver con Daniel.

Lucía se alegró al comprobar su alivio. Claro que quería preguntarle por él, pero más le interesaba animarlo.

El joven negó con la cabeza y se sonrió cuando Lucía hizo un mohín.

—Una de las mejores poetizas de la historia —remarcó.

—Lamento decepcionarla, Señorita Dante.

—Ya, es que soy muy fan. Sería bastante *cool* ser familiar de ella ¿no?

Thomas se acercó al escritorio del Dr. Scott y tomó la ficha de Lucía para agregar unos datos.

—Una vez fui a conocer Amherst —comenzó a relatar—. Es el pueblo donde se crió —aclaró — y a dónde volvió después de sus estudios. Vivió casi toda su vida allí. Era bastante rara parece —advirtió—. O sea, lo bastante rara como para que todos se den cuenta de que sos rara. ¿Me explico?

Thomas asintió aunque era evidente que su atención no estaba con ella.

—¿Te pasa eso a vos? —inquirió.

—¿Qué cosa?

—Sentir que los demás piensan que sos raro.

Thomas se lo pensó un momento.

—A mí me pasa todo el tiempo —confesó ella—. Tienen razón, supongo. Lo soy —admitió—. Lo tomo como un cumplido, de todas formas.

El joven rió con sutileza. No tenía dudas que Lucía era una persona fuera de lo común.

—Creo que hacés bien en tomarlo así —sentenció.

—Si ¿no? —adhirió sonriendo.

Se contentó por haber podido traerlo de vuelta.

—¿Y qué pasó en ese lugar? ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Amherst —puntualizó— queda en Massachusetts. Técnicamente, es el primer viaje que hice cuando vine a Estados Unidos. No era nuestro destino final así que nos tuvimos que desviar del camino, pero valió la pena.

Thomas la escuchó entretenido, como lo hizo desde la primera palabra que cruzaron.

Lucía le contó cuánto le había costado convencer a sus amigos de que la llevaran hasta allí. De

la tormenta que tuvieron que pasar y de cuando se quedaron sin combustible en plena ruta. La verdad, es que aquello había sido apoteótico.

A pesar de las adversidades, ninguno de sus amigos se arrepintió de la decisión. El pueblo del condado de Hampshire les resultó encantador. Tanto como su gente.

Al llegar, se encontraron con una gran celebración a la que se sumaron. Se mezclaron como uno más. Si bien nunca supieron que era lo que se homenajeaba, pasaron un día increíble. No les importó entender la naturaleza de la festividad. Cualquiera excusa era buena para celebrar.

Lucía, por motu proprio, festejó a la vida misma. Una vida que, a pesar de sus momentos oscuros y de sus reveses, podía ser maravillosa.

Aquel lugar era la prueba viviente de aquello. Eso significaba para ella, Amherst.

—Es bastante curioso como una persona que vivió gran parte de su vida recluida en un lugar tan pequeño y remoto, pudo entender tanto de la vida y sus secretos —reflexionó—. Siempre sospeché que ese lugar tenía que tener algo mágico.

Lucía miró a Thomas y lo encontró pensativo. Algo del relato, evidentemente, había despertado algo en él.

Quizás un fuego interno.

Como quien no quiere la cosa, le regaló una de sus hermosas sonrisas.

Para darle espacio a su amigo, se dispuso a acomodarse. Se tapó los pies con cuidado pero sintió un poco de dolor al rozar su tobillo. El enfermero, al percatarse de aquello, se acercó a ella y con cuidado apoyó su pierna sobre un pequeño almohadón para elevarla. Tomó el pie dolorido y masajeó con suavidad la planta.

Lucía cerró los ojos ante la sensación de alivio.

—Si puedo impedir que un corazón se rompa, no habré vivido en vano<sup>[2]</sup> —citó—. Creo que es una de mis frases favoritas de ella.

Thomas Dickinson sonrió sabiendo cuán especial era aquella joven.

Única y especial, pensó. Así era ella.

El ruido del picaporte interrumpió la charla entretenida que ambos llevaban. A decir verdad, Lucía hablaba sin parar y Thomas, paciente, oía.

Se sentían bien así, funcionaba para ambos.

Ella le había contado algunos detalles más de su viaje a Amherst y a él le habían dado unas ganas inmensas de conocer aquel lugar.

El Doctor Scott entró comentándole algo a alguien que iba detrás de él. Lucía supo al instante que se trataba de Bruno.

Su presencia no le resultaba indiferente. A pesar de haberlo conocido hacia un par de horas, Lucía Dante estaba mágicamente conectada con Bruno Harper.

Ese apego tan profundo le resultaba un poco atemorizante. Se encontraba vulnerable ante él y eso la atemorizaba.

Bruno, que también era vulnerable ante Lucía, se tensó al ver como aquel enfermero acariciaba su pie. Lo fulminó con la mirada y deseó que desapareciera.

Pobre niño Harper, no sabía que no tenía nada por qué preocuparse. Thomas Dickinson no tenía ese tipo de interés por Lucía Dante y ella, ella solo tenía ojos para él.

El Doctor se acercó a Lucía con los resultados de los estudios en mano.

—Ya te podés retirar Thom —le indicó.

Thomas asintió con la cabeza y, tras guiñarle un ojo a Lucía, dijo— Nos estamos viendo, Señorita Dante.

—No lo dude, Señor Dickinson —remató ella siguiéndole el juego.

Ambos se sonrieron y Thomas notó como Bruno lo seguía con la mirada en su salida.

—Tengo los resultados, Lucía —dijo el doctor, mostrando el sobre en sus manos— ya le comenté a Bruno la situación.

Lucía asintió con la cabeza y puso su atención en él.

—Por favor, antes dígame cómo están las personas del accidente —pidió Lucía.

El hombre sonrió al instante.

No necesitó conocerla mucho más para entender que Lucía era una excelente persona. Todo en ella le demostraba que era una chica especial, tal cual la había descrito el hijo adoptivo de su mejor amiga.

Lo cierto es que el Doctor Scott, *Doc G* como lo había bautizado Bruno de pequeño, nunca lo había visto observar a alguien con tanta devoción. Su necesidad de protegerla y cuidarla era apasionadamente evidente. Bruno no solía ser así con nadie más. No con nadie que no sea de su familia, al menos. Definitivamente no lo había sido con ninguna de las jóvenes que solían acompañarlo en las reuniones familiares, ni con su ex novia Nicole.

Al pensar en ella, recordó la mala impresión que le había dado al conocerla y como el tiempo le había dado la razón.

Esta situación era diferente y altamente prometedora. Vio magia entre ellos.

Quién sabe por qué, ese fue el momento en el que George Scott *Jr.* supo que Lucía Dante había llegado a la vida de Bruno Harper para quedarse.

Por y para siempre.

## IV: Toronto

El consultorio del Doctor Scott era sumamente acogedor. A pesar de ser pequeño y modesto, tenía todo lo necesario para asistir a sus pacientes. Pulcro y metódicamente ordenado, daba una sensación de confort y seguridad que le resultaba imprescindible para llevar a cabo su labor.

El escritorio ultramoderno en el que trabajaba, estaba repleto de portarretratos. La pared detrás de éste, se hallaba igualmente decorada. Decenas de cuadros de todo tipo, color y tamaño, enmarcaban cada una de las fotografías que delimitaban aquel espacio.

Cada imagen, representaba una historia.

Esas personas que podían verse sonriendo a cámara eran (o habían sido) pacientes del Doctor. A cada una de ellas, les había salvado la vida. Para él, esa era su mejor carta de presentación, su auténtico cuadro de honor. No necesitaba exponer todos sus diplomas o todas las distinciones que había recibido.

Para George Scott *Jr.* sus verdaderos trofeos estaban enmarcados en cada una de esas fotos. Los lucía, con un orgullo inmenso.

Mientras que Lucía recorría con la mirada cada portarretrato y pensaba en las historias que escondían, George vendaba su tobillo derecho. Si bien debía ejercer la presión suficiente para contener la lesión, lo hacía con cuidado buscando ejercer la mínima molestia posible. Por su parte, ella había comenzado a sentir que el dolor disminuía y lo atribuyó a la presencia de Bruno.

Apoyado contra una pared contigua la contemplaba en silencio. De vez en cuando cruzaba una mirada con él y se sonreía al encontrarlo observándola con tanta dulzura. Lucía había notado como el hecho de estar cerca de él aplacaba su dolor. Su mirada la llenaba de calor y le daba calma.

Como estaba sentada y sus pies no tocaban el suelo, movía en un vaivén rítmico su pierna izquierda. Lo hacía al compás de los latidos de su corazón, para entretenerse y pasar el tiempo. Cuando volteaba hacia Bruno y se enfrentaba con su mirada, ese movimiento se volvía más frenético. Su otra pierna, la derecha, la mala, estaba apoyada en la rodilla del doctor.

Al terminar su trabajo, George le preguntó si se encontraba dolorida.

—Ya no *Doc*, gracias —susurró ella.

George se sonrió al recordar algo.

—Bruno me decía *doc G* cuando era chico —mirándolo — ¿te acordás?

El joven asintió con la cabeza pero sin quitar su vista en Lucía. Sus ojos, ardían.

—Me gusta el *doc* —animó—. Es como si fueras de la familia.

Miró a Bruno al decir aquella frase y éste entendió, de inmediato, la intención que había detrás. George quería que Lucía sea parte de la familia. Ya lo había decidido.

No era un secreto a voces que todos deseaban ver a Bruno formar la suya.

Cada vez que lo veían acompañado de una joven sentían un prometedor entusiasmo. Sabían lo mucho que él necesitaba encontrar esa persona que pudiera domarlo, contenerlo y cuidarlo.

Bruno había tenido que madurar de golpe y nunca se había permitido necesitar del otro. Jeremy y Martha lo criaron y le enseñaron todo lo que pudieron de la vida, con mucho amor y dedicación, pero él no supo ser un niño más.

No le gustaba mostrarse vulnerable ante los demás. Si desesperaba, si caía, salía a flote con sus propios recursos. Sin pedir ayuda, sin pedir auxilio. Sus batallas, las peleaba en soledad. Siempre solo, siempre por su cuenta.

Para él, la posibilidad de compartir el volante de mando con alguien más, era sencillamente

imposible.

George pensó que quizás, una entusiasta de la vida como Lucía Dante, con esa personalidad tan arrolladora, podía romper esa fachada de súper héroe que todo lo puede de él.

La esperanza valía la pena. Y la espera.

El doctor miró sonriente a Lucía y, tras sentarse junto a ella en la camilla, comenzó a explicarle la situación.

—Bueno, acá tenemos un esguince de primer grado —comentó.

Lucía asintió con la cabeza y éste prosiguió.

—Es una distensión de los ligamentos que unen los huesos de tu tobillo —detalló—. Es bastante leve, no hay ningún tipo de gravedad, pero puede ser un poco molesto y doloroso. Solo vamos a tener que tener algunos recaudos. ¿Sí?

Lucía estaba empezando a preocuparse por la situación y los hombres en la sala notaron su tensión.

—¿Qué tendría que hacer? —preguntó.

—En principio, reposo —explicó George— ya le comenté a Bruno los pasos a seguir.

Lucía miró a Bruno y éste le devolvió una mirada que le dio a entender que no estaba sola. Algo en la forma en que la miraba le daba pauta que podía confiar en él. Qué podía permitirse ese privilegio, esa licencia.

—Durante los primeros días —continuó el médico— necesito que hagas reposo absoluto.

Lucía sintió como si George la hubiera abrazado con aquella frase. La palabra necesito denotaba algo muy valioso para ella. No era una orden, era un pedido. Como si aquel hombre, que recién había conocido, se preocupaba tanto que su bienestar era una necesidad para él.

—Siempre en cama recostada, con la pierna elevada. Sería bueno que uses compresas de frío mientras puedas aguantar la sensación —explicó—. Para moverte, y con moverte me refiero a lo mínimo e indispensable, vas a llevar una bota ortopédica. Luego vas a empezar a caminar de a poco y para asegurarnos, voy a enviarte a unas sesiones de kinesiología.

—Pero... —dudó ella— mañana tengo que empezar un trabajo.

—Imposible, Lu —interrumpió Bruno— tenés que descansar.

Lucía miró a ambos. Un dejo de alarma tiñó su mirada.

—Lucía —intervino George, buscando que pusiera atención a sus palabras— si no se tiene una recuperación óptima, este tipo de lesiones se vuelven a resentir. A la larga va a ser peor, créeme —explicó.

—Claro, si, pero es que... —hizo un silencio porque sabía que lo que iba a decir no iba a gustarles a ninguno de los dos—no me queda mucho dinero ahorrado y no voy a poder pagar todo esto si no trabajo. Puedo hacer menos turnos si es necesario, pero en serio, necesito este trabajo.

La vida de Lucía no giraba en torno al dinero, ella le daba valor a otro tipo de cosas. Pero por primera vez en la vida, sintió un poco de vergüenza. No porque no tuviera lo que otros tenían, la tuvo porque no podía contribuirles. Ya se sentía demasiado en deuda con ambos y, que aquella condición creciera, la inquietaba por completo.

Por su lado, George y Bruno también sintieron vergüenza. Odiaron el efecto que la situación replicaba en ella. Ninguno de los dos pretendía que corriera con los gastos, de hecho ya lo habían hablado, pero se sintieron en falta al no contemplar lo agobiante que podía ser aquello para Lucía. Después de todo, la falta de dinero nunca había sido parte de sus vidas.

Bruno se acercó a ella.

—No tenés que preocuparte por nada, yo me encargo —le dijo cariñosamente.

Lucía estaba a punto de refutar su comentario cuando George se adelantó.

—Vamos a ver —dijo— voy a buscar algunas cosas que tengo que darte y los dejo para que charlen tranquilos, ¿les parece?

Ambos jóvenes también coincidieron en que era lo más propicio. George había intuido que Lucía tenía que sentirse más en confianza. Quedarse a solas con Bruno y que éste la convenciera.

Una vez solos, permanecieron un momento en silencio. Lucía, como siempre, fue la primera en romperlo.

—Lo necesito, Bruno.

Claro que eso era evidente para él pero también su urgencia por cuidarla.

—¿De qué tipo de trabajo estamos hablando?

—Camarera.

Bruno largó un bufido. Aquella era la peor respuesta que podía darle.

—Se supone que no podés caminar ¿estás loca acaso?

—Probablemente —asumió ella con sorna.

Bruno la miró con exigencia.

—Estamos hablando en serio, Lucía —apremió—. Tu salud es la que está en juego.

De inmediato, se preguntó cuál habrá sido la última vez que alguien había pronunciado su nombre en un tono tan amenazador como aquel. De seguro se trataba de la última vez que había sido arrestada, aunque no pudo precisar cuál exactamente. Después de todo, ya había perdido la cuenta.

Pero algo estaba claro para ella. Bruno podía hablarle del modo más borde que existiera pero nunca, nunca, iba a perder el encanto para ella. Ni en un millón de años.

—Vine especialmente por este trabajo —se defendió— si no cubro esos turnos voy a complicar a una amiga.

—¿Y qué me decís de tu pierna? ¿Sabés cuáles pueden ser las consecuencias si no te recuperas como se debe? —contraatacó él.

Lucía se encogió de hombros.

—*C'est la vie*<sup>[3]</sup>. Un problema a la vez —advirtió—. Lo primero es esto del trabajo.

Bruno se tomó su tiempo. Hacerla entrar en razón iba a ser un asunto duro de roer.

Como si fuera un partido de tenis, estudió la situación. Calculó sus posibilidades y dio el primer golpe.

—Tenía 16 años y estaba jugando un torneo en Toronto —comenzó.

Su irrupción hizo que Lucía dejara de pensar en el problema. Dejó de hacer exageradas cuentas mentales de cuánto debía pagar y cuánto iba a tardar en ganar todo eso.

Miró a Bruno y se permitió perderse en él. Lo hizo una vez más. Más no la última.

—En la primera fase —prosiguió él— sentí una molestia en el codo derecho. El dolor se fue agravando a medida que iban pasando los partidos.

Lucía asintió dándole entender que comprendía lo que decía. Sin embargo, no tenía ni la más remota idea que tenía que ver aquello con su problemática.

De todas formas, aceptó gustosa el relato. Cualquier palabra que Bruno Harper pronunciaba tenía un efecto cautivante y magnético.

—Mi entrenador en ese momento me dijo que tenía que parar. Tenía que tratarme porque podía tener una lesión que me comprometiera en el futuro.

«Ay ay ay.»

Lucía veía venir el resto.

—Bruno... —comenzó a articular.

El joven le hizo un gesto para que guardara silencio. Y así lo hizo.

Podría hacer cualquier cosa que le pidiera si la miraba como lo había hecho al hacer ese movimiento.

—No paré. Era joven y pensaba que podía con eso. Qué lo podía todo, de hecho —Bruno se sonrió, fue un gesto melancólico, recuerdo de cuán equivocado había estado—. No tenés ni idea cuánto me arrepiento de eso, Lu. Haceme caso en esto —pidió— la salud está primero.

Y sí. Bruno Harper era bastante bueno para convencer y persuadir a la gente.

Por esa particular virtud se había convertido en el gran abogado que era. A pesar de su juventud, a pesar de que no había nacido para eso.

Lucía se vio atrapada en un callejón sin salida.

—Yo entiendo todo, en serio, pero —intentó explicarle ella.

—Pero me vas a dejar hacerlo —volvió a interrumpirla—. Vas a hacer reposo y yo me voy a hacer cargo —Bruno se llevó la mano al pecho— dame esa tranquilidad.

Había algo en su mirada que se había vuelto desconcertante para Lucía. Algo le decía que Bruno necesitaba tomar control de la situación. Que lo necesitaba más que a nada.

—Juro que voy a pagarte hasta el último centavo —le prometió.

Bruno interrumpió a Lucía con un abrazo. Uno sincero y cariñoso. Disfrutó particularmente de ese momento.

La primera victoria frente a Lucía.

Y no podía esperar hasta la próxima.

## V: Austin

El doctor Scott le explicó a Lucía cómo usar la bota ortopédica que iba a proteger su pierna en los próximos días.

Como buen obsesivo, lo hizo con especial cuidado. Le mostró como colocársela y como quitársela, repitiendo el movimiento hasta el hartazgo tantas veces como lo creyó necesario.

Si bien no era nada del otro mundo hacer aquello, George se aseguró que Lucía lo comprendiera a la perfección. De igual modo, le mostró las precauciones que debía tomar y cómo debía suministrarse la medicación que le había recomendado para el dolor.

Bruno se divirtió a sus anchas con las insistencias de George, Lucía asintió en todo momento. Aunque estaba cansada y muy impaciente por abandonar el hospital, le siguió el juego. Tuvo qué. Era lo menos que podía hacer ante su amable y cariñosa atención.

—Cuando te recuestes podés aflojarla —volvió a indicar—. Al levantarte, la ajustás así.

George realizó el procedimiento por décima vez y, como en las nueve anteriores, Lucía asintió complaciente.

Al terminar con la demostración, el doctor fijó su vista en ella. Quiso asegurarse de que tomara muy en serio sus palabras.

—Necesito que tengas la pierna siempre elevada, eso va a ayudar a bajar la inflamación. ¿Entendido?

—Entendido, *doc* —respondió divertida.

Bruno se sonrió ante la escena.

—Tenemos que evitar que fuerces el tobillo. —Se detuvo al pensar en aquello— ¿Cómo es el lugar donde vivís, Lucía?

—¿El Hostel? —preguntó ella.

—¿Hostel? —replicó George alarmado.

Lucía asintió con la cabeza. Había empezado a dolerle el cuello de tanto realizar ese movimiento, pero no lo mencionó temiendo que George se preocupara aún más.

—¿Tenés baño privado? —indagó éste.

—Nop, está al final del pasillo. Hay uno por piso —indicó Lucía.

—¿Ascensores? —preguntó intranquilo.

Lucía rió al pensar en el lugar donde había ido a parar hacía unos días.

No, no había ascensores allí. Ese lugar no llegaba a tener ni las comodidades básicas, como mucho tenía agua corriente y algunas ventanas con vistas de la ciudad.

Al llegar de Las Vegas, apremiada por la situación en la que se encontraba, eso era lo mejor que había podido conseguir. Lucía tenía muy en claro que las condiciones de aquel edificio eran complicadas, pero sencillamente no podía pagar algo mejor.

Tampoco había querido molestar a Teresa, la única persona con la que verdaderamente podía contar en esa monstruosa ciudad. Así todo, pese a todo, no le temía a la gran y avasallante Nueva York.

Lucía Dante no le tenía miedo (casi) a nada.

Tal reacción, confirmó la respuesta que el doctor Scott no había querido escuchar. Preocupado volteó para dirigirse a Bruno.

—¿Podemos hablar un momento afuera?

Lucía miró intrigada al joven Harper, y encontró en él la misma mirada que le había dedicado

George.

«*Ahora qué, pensó.*»

—¿Pasa algo malo? —preguntó inquieta.

—Nada, Lu —el doctor le dedicó una sonrisa que la hizo sentir especial—. Quiero asegurarme de algo. Esperáanos un momento.

El último en salir de la sala fue George, y se aseguró de cerrar la puerta para mantener a Lucía hermética a lo que se iba a discutir.

—Ya sé, ya sé —dijo Bruno previendo todo lo que George iba a decirle.

—No puede seguir estando en ese lugar —sentenció éste.

Lo mismo pensaba Bruno.

Y es que ambos compartían una marcada obsesión por querer mantener todo bajo control. Mientras abandonaban el consultorio, habían pasado por sus cabezas todos los posibles pormenores que podía encontrar Lucía en un lugar con esas falencias.

George pensó en lo incomodo que le iba a resultar llevar a cabo el reposo que necesitaba. Bruno, mucho más dramático y fatalista, había analizado todo lo que podía sucederle ante una emergencia. Algo estaba en claro para ellos, la poca movilidad con la que iba a contar Lucía la dejaba en un estado de absoluta vulnerabilidad.

—Pienso lo mismo G, pero ya viste como se puso antes —respondió el joven.

Había que hacer algo y había que hacerlo al instante.

—Muchachos... —dijo una voz dulce cerca de ellos que los sorprendió por completo.

Los hombres habían estado tan ensimismados en sus pensamientos, que no se habían percatado de su reciente compañía.

—Bueno ¿dónde está la muchacha? —preguntó la mujer impaciente.

Martha Williams había salteado su hora de almuerzo para hacerse presente allí. Había sido una mañana agitada y necesitaba ese momento de descanso, pero estaba muy ansiosa por conocer a la señorita Dante. Si bien el llamado de Ian la había alarmado, se había ido relajando durante el transcurso de la mañana al intercambiar unos mensajes con George. Sarah también le había explicado el estado de Lucía, había podido enterarse de los resultados de su radiografía al cruzarse con Thomas.

Si bien estaba tranquila y segura de que la joven estaba en perfectas manos, la forma en la que Bruno había hablado de ella la había inquietado. A nadie le pasó desapercibido el marcado interés del joven Harper por Lucía. Todos estaban especialmente ilusionados.

Su guardapolvo blanco relucía tanto como su sonrisa. Cuando Martha sonreía, lo hacía sin guardarse nada. Y al hacerlo, podía iluminar hasta el lugar más oscuro. Tenía un alma fresca y poderosa que abrigaba a cualquiera.

Tanto Ian como Bruno habían reconocido algo de ella en Lucía al conocerla.

—Está adentro —indicó Bruno.

—La dejamos sola para poder acordar lo que vamos a hacer —explicó George.

—Quisiera verla, ¿es posible? —preguntó ella deseosa.

—No sé si es lo mejor —intercedió el joven— está un poco desbordada por todo.

—Entiendo, pobrecita... —se apiadó Martha.

Bruno comprendía que el interés de ella era real y honesto, pero temía que su entusiasmo se debiera a algo más. A él le gustaba Lucía. Y mucho. Pero no estaba preparado para que todos se involucraran en aquello. No todavía.

George que comprendía lo que ocurría decidió intervenir.

—El lugar donde se está hospedando Lucía no es muy ventajoso para su recuperación—le

explicó éste mientras Bruno seguía dándole vueltas al asunto.

Martha notó el nerviosismo de su hijo adoptivo. Pensó en el accidente que había vivido de chico, pensó en todo lo que había afrontado y sufrido a tan temprana edad.

La mente de Bruno era retorcida y compleja y temió por los fantasmas que aún lo perseguían. Nadie lo había puesto en palabras, pero la tragedia de los Harper rondaba en el ambiente.

—Se puede quedar en casa —propuso Martha esperando aliviar la preocupación de Bruno.

—Voy a hablar con ella —intervino éste— voy a tratar de convencerla de que se quede en un lugar mejor. Quizás tenga a alguien más —especuló.

—¿Por qué no la llevás a tu casa a que descanse y lo charlás? —Planteó George— Está claro que a vos te escucha, Bruno.

George había sido testigo de cómo Lucía aceptaba ciegamente todo lo que provenía de Bruno. No había dudas de que la joven era autosuficiente (y hasta un poco orgullosa) sin embargo, se había mostrado vulnerable y receptiva ante él. En ellos existía una sintonía particular y había un vínculo de extrema confianza.

El joven agradeció en silencio esas palabras. Martha se alegró de saber aquello.

—Hacé eso *B* —aconsejó amorosamente apoyando su mano en la espalda de éste—. Cualquiera cosa que necesites, me avisás, siempre estoy —aseguró.

—Lo sé. Gracias, mamá.

En contadas ocasiones Bruno Harper había llamado mamá a Martha Williams. Cuando sucedía era especial y mágico.

Como todo en aquel día.

Lucía miraba con extrañeza aquel aparatoso accesorio que envolvía su pierna. Le resultaba pesado y molesto, se sentía una especie de *Transformer*. Se le arrugó la nariz al pensar aquello, un gesto que le resultó dulce y encantador a Bruno.

Éste se acercó a ella y le dijo casi al oído.

—No estarás pensando en decorarla con pañuelos de colores ¿no?

—Más bien estaba pensando en pintarla de algún color flúor, ¿qué decís? —replicó en medio broma, medio en serio.

Sonrió al recordar la cara que había puesto su compañera al ver como había decorado su bicicleta. En ese preciso instante, cayó en la cuenta de algo.

—Dios mío —exclamó llevándose una mano a la boca— me olvidé por completo...

—No te preocupes —interrumpió Bruno— Ian se encargó de todo. La dejó en un compartimiento de Austin —reveló.

—Se la tengo que devolver a mi compañera de cuarto —dijo Lucía.

Su respuesta fue vehemente casi pisando las palabras de Bruno, y se inquietó al tomar nota de las últimas.

—¿Austin?! —Exclamó nerviosa— ¿Austin, Bruno? ¿Qué hace en Texas mi bicicleta?

«*Cómo era posible aquello, siquiera*»

—Técnicamente no es tuya —respondió divertido.

Bruno Harper hablando en broma no era algo que se podía ver todos los días. No hasta antes de Lucía Dante, al menos.

Ésta quedó suspendida en su expresión de espanto.

—Calma, Lu —animó—. Es un local de comidas —advirtió Bruno divertido ante la expresión de horror de Lucía.

—Un local de comidas —repitió ella, que seguía con una mirada de desconcierto total.

—Sí, queda a pocos metros de donde pasó —buscó cómo decirlo porque se resistía a

pronunciar la palabra accidente— bueno, todo. Ian tiene una conocida ahí y le pidió permiso para dejarla.

—La bici sigue en Nueva York —dijo Lucía casi como un mantra.

—Perfectamente guardada, sí.

—Está bien —susurró Lucía un poco más calma.

Bruno la estudió unos segundos y vio cómo se relajaba por completo.

—También trajo mi auto, así que nos podemos ir cuando quieras.

Ese detalle la animó muchísimo.

—Si si —dijo con entusiasmo— solo tengo que tomar mis cosas.

Lucía comenzó a inspeccionar con la mirada el lugar buscando su mochila, y se percató que no tenía ni idea de dónde estaba. Se reprendió al concebir el efecto infantil que le generaba la presencia de Bruno.

Se podía olvidar hasta de su propio nombre cuando estaba con él.

—En el auto —volvió a interrumpirla, leyéndole la mente.

Sentía que era un libro abierto para él. No le encontraba vueltas al asunto. Era fácil estar con Lucía. Tan sencillo y natural como el mero hecho de respirar.

—La guardé ahí cuando Ian me trajo el auto.

—Por eso habías desaparecido —reflexionó ella y se volvió a regañar al notar que lo había dicho en voz alta.

Bruno sonrió al darse cuenta de que había pensado en él.

—¿Lista? —preguntó Bruno Harper ofreciéndole su mano.

—Lista —respondió Lucía Dante aceptándola— siempre lista.

## VI: Tenerife

Bruno puso en marcha su auto de lujo. Tremendo lujo era aquello para Lucía.

Extrañada examinó su interior. Observó todos los comandos que le hacían acordar a naves espaciales más que a vehículos comunes y corrientes. Rozó con su pierna el cuero de su asiento y se incomodó, el olor a nuevo en el ambiente tenía algo demasiado de artificio para ella.

Ahí dentro todo era ostentoso y pomposo. Le pareció demasiado aquello, no le encontraba sentido a posesiones de ese tipo. No eran necesarias para ella y sospechaba que no lo eran tampoco para Bruno. Esa teatralidad era una fachada. A Lucía no la seducía esa fortuna, sin embargo, a él sí podía contemplarlo con verdadera admiración.

Y con los anteojos de sol que llevaba y esa postura de caballero andante, Bruno Harper le significó todo un espectáculo aquel día.

Antes de poner el auto en movimiento el joven Harper se aseguró de que todo estaba en orden. En el orden en el que se sentía a gusto. Situó la mochila de Lucía a los pies de ellas y se aseguró de chequear que ésta se haya colocado correctamente el cinturón de seguridad. A Lucía le pareció un poco demasiado aquello pero ya había notado antes patrones obsesivos en Bruno.

Sin importarle las miradas inquisidoras de ella, puso especial cuidado en acomodar los espejos retrovisores. Se tomó su tiempo para hacerlo hasta estar satisfecho y criticó a Ian porque de seguro los había torcido a propósito. El joven Williams encontraba entretenido perturbar a su amigo y él lo tenía muy en claro.

El manejar de Bruno era metódico y detallista, como todo obseso. Lucía había conocido mucha gente con esa tendencia pero nunca la había encontrado tan encantadora e interesante.

Ninguna de esas personas tenían la belleza seductora de él, claramente.

Al llegar a la salida del estacionamiento privado del *Presbyterian* y con el auto en pleno movimiento, un golpe en la ventana que daba hacia Lucía sacudió a ambos.

Bruno, aturdido, frenó el auto de inmediato y golpeó el volante con violencia. Apoyó sus manos en el panel y comenzó a respirar agitado. Lucía no comprendía a que se debía todo eso pero reconoció en su actitud un posible ataque de pánico.

Thomas Dickinson apareció rápidamente junto a la ventana. Estaba por demás preocupado. Al ver que Bruno y Lucía se alejaban quiso frenarlos para poder saludarla, pero el leve movimiento que había querido dar resultó ser excesivamente impetuoso. Fue muy impulsivo, y se arrepintió al instante. Apenado y afligido se acercó al auto para asegurarse de que todos estuvieran bien.

Vaya susto les había dado.

Lucía le dedicó una sonrisa nerviosa y le hizo un gesto para que aguarde allí. Se quitó el cinturón de seguridad despacio y volteó hacia Bruno. Con cuidado se acercó a él, dio pequeños movimientos como para no sobresaltarlo, para no invadir su espacio.

Apoyó su mano en su espalda levemente. Cuando se cercioró que no la rechazaba, la llevó hacia el cuello. Al efectuar el recorrido con su palma, se estremeció al sentir como el cuerpo de Bruno temblaba.

—Respirá hondo, una vez —le indicó entre susurros— vos podés —lo animó.

Lucía nunca rompió el contacto físico y acompañó a Bruno en cada movimiento.

—Una vez más —pidió y él volvió a hacerle caso.

—Una más —susurró— inspirá, expirá —señaló.

Lucía repitió el pedido hasta que comenzó a notar como la respiración de Bruno volvía a sus

parámetros normales. Su cuerpo, aunque estaba en completa tensión, dejó de temblar gradualmente. El estado de shock iba menguando. Con el pulgar realizó pequeños masajes en círculos sobre el cuello y, así, el cuerpo de Bruno se fue relajando.

—No pasó nada, todo está bien —reiteró Lucía hasta asegurarse de que él pudiera convencerse de sus palabras. Suavemente fue perdiendo el contacto físico con él y lo buscó con la mirada.

—¿Podés alzar la cabeza? —pidió con dulzura.

Bruno la miró y esta vez fue ella quien lo atrapó con sus ojos. La serenidad que éstos reflejaban lo fueron contagiando de a poco.

—Estamos bien —dijo ella. Reforzó sus palabras con una leve sonrisa.

Durante varios minutos, simplemente se miraron. Sólo eso. Se olvidaron de los demás, del tiempo y de lo que pasaba a su alrededor.

La magia que había entre ellos era contagiosa.

Cuando finalmente el caos había podido dar paso a la calma, un bocinazo irrumpió en el ambiente. Rompió directo la conexión íntima que había logrado Lucía con Bruno.

Lo cierto es que, como estaban parados en medio de la salida, se había comenzado a generar un caos vehicular y los conductores inquietos estaban bastante nerviosos. Al percatarse de aquello, Thomas se acercó a los autos que esperaban para tranquilizarlos.

—¿Podés aparcas el auto al costado? —pidió entre susurros ella.

Lo miraba intensamente para monopolizar su atención y que él no se centrara en lo que sucedía detrás de ellos.

Bruno asintió con la cabeza y volvió su vista hacia el frente. Con movimientos nerviosos y torpes corrió el auto lo suficiente como para darle libre acceso a los autos que se agolpaban en la salida.

Ambos esperaron en silencio a que el lugar se vaciara. Una vez en serenidad, Lucía volvió a tomar la palabra.

—Bajemos un momento —propuso— ¿me ayudás? —dijo buscando recuperar su atención.

Bruno se bajó y dio la vuelta hasta parar al asiento de Lucía que ya lo esperaba con la puerta abierta. La ayudó a incorporarse y la acompañó con cuidado hacia el sector que ella le indicó. Pararon frente a un gran macetero con rosas blancas y Lucía se sentó en uno de sus márgenes.

—Lamento mucho el susto que les di —dijo Thomas muy apenado.

Ni bien Bruno había ayudado a Lucía a bajar del vehículo se había vuelto a acercarse a ellos.

—Fui muy torpe, mil perdones —prosiguió.

Thomas no sabía cómo disculparse con ellos, no tenía las palabras justas que pudieran reivindicarlo. La reacción de Bruno lo había hecho sentir terrible.

El joven Harper tampoco tenía palabras para llenar aquel momento. Permaneció en silencio, intentando asimilar el cóctel de emociones que lo atravesaba.

En un principio se había asustado muchísimo al revivir viejos fantasmas y luego había empezado a fastidiarse al haberse encontrado tan expuesto frente a Lucía. Su vulnerabilidad lo descontrolaba.

—No pasa nada Thom —intervino ella— estamos bien —aseguró—. Estamos bien ¿verdad? —dijo mirando a Harper—. ¿Bruno? —inquirió su atención.

—Si —susurró él.

Tenía la cabeza baja, fijaba su vista en las marcas del asfalto. Concentrarse en pequeños detalles era una técnica que había aprendido para superar sus ataques de pánico. Para recuperar la tranquilidad y el orden.

—Quería despedirme —se explicó Thomas— no pensé...

—Ya pasó —interrumpió Lucía— ya pasó, en serio —afirmó intentando esbozar una sonrisa, buscando superar el trago amargo de ese momento.

Tanto para Bruno como para Lucía la escena de un accidente de tránsito los atormentaba. Ambos eran especialmente vulnerables ante el recuerdo de lo que les había sucedido. Era algo demasiado doloroso y había dejado marcas imposibles de borrar.

No obstante, la señorita Dante sacó fuerzas que ni ella creía que tenía e intentó manejar la situación. Bruno le otorgó ese poder, le cedió el control. Lo hizo casi por naturaleza aunque ese acto no era para nada natural en él. Ella, por su parte, supo con mucha sabiduría que Bruno tenía que tener su tiempo para confrontar lo acontecido. Tenía que darle el espacio suficiente para que él mismo pudiera recuperar el mando de sus emociones.

—Yo tampoco quería irme sin despedirme —le manifestó a Thomas con verdadero cariño— ¿nos sentamos un ratito allá? —propuso señalando unos bancos que se extendían bajo la sombra de unos pequeños arbustos—. Es más cómodo que esto —dijo en tono de broma.

—Claro —respondió Thomas y fue el primero en dirigirse hacia allí.

—¿Bruno? —preguntó Lucía buscándolo con la mirada, le extendió la mano para que la ayudara a levantarse.

Bruno asintió en respuesta y la acompañó hasta ese lugar.

Durante un buen rato fue testigo de la charla entre Lucía y Thomas. Los observó en silencio mientras ellos estaban envueltos en una conversación de locos. Tocaron todo tipo de temas. Le costó seguirles el hilo y no perderse entre sus palabras.

Hubo algunas ocasiones en las que Lucía se echó a reír y lo miró buscando complicidad. Esos fueron sus momentos favoritos. Poco a poco, Bruno Harper fue logrando un estado de absoluta paz y armonía. Algo que no había tenido nunca antes en su vida.

No con esa intensidad y, a la vez, con esa simpleza.

Lucía y Thomas intercambiaron entre bromas sus teléfonos.

La Joven estaba de pie sosteniendo su peso sólo con su pierna izquierda. Del costado derecho, Bruno la sostenía gustoso. Ambos disfrutaban de su contacto físico, cualquier excusa para tenerlo era más que bienvenida.

Al querer abrazar a Thomas durante la despedida, Lucía tuvo que despegarse del joven Harper y éste sintió verdaderos celos. Calculador, estudió los movimientos de Thomas y le dedicó más de una mirada amenazadora. El pobre enfermero, aún apenado por todo, lo saludó tímidamente.

—Señorita Dante —susurró y se alejó.

Lucía encontraba fascinante que se dirigiera a ella de esa forma. Les había salido naturalmente cuando le había preguntado al conocerlo si podía llamarlo por su apellido.

Dickinson era uno con tanta historia que hallaba propicio hacer uso de él cuanto más pudiera. Thomas aceptó encantado sin antes redoblar la apuesta. Propuso lo mismo para con ella. Después de todo, Lucía también tenía uno bastante particular. Dante Alighieri, el poeta de renombre, había escrito uno de sus libros preferidos. Nada menos que La Divina Comedia.

Dante y Dickinson, indudablemente tenían lo suyo.

Cuando Thomas se perdió en la vista, Lucía volvió toda su atención a Bruno.

—¿Listo?

Bruno respondió con una sonrisa finalmente cómplice. La cargó entre sus brazos y la llevó cuidadosamente a su auto.

Repetió todos los controles persistentes. Esa vez, Lucía se animó a bromear acerca de su marcada obsesión. Bruno se mantuvo en silencio. No porque estuviera pasándolo mal, todo lo contrario.

Una vez listos, pudieron (al fin) embarcarse en viaje.  
tantos.

El primero de

## VII: Disney World

—Lamento mucho lo de antes, no sé qué me pasó —expuso con cierta vergüenza.

Bruno había aparcado al 56 de la calle Leonard entre *West Broadway* y *Church*, en el lujoso barrio neoyorkino de Tribeca. Su nombre, acrónimo de *Triangle Below Canal Street*<sup>[4]</sup>, fue designado en honor a la figura que conformaba a partir de la delimitación con la calle *Canal* hasta *Park Place*, y con el río *Hudson* hasta *Broadway*.

Aquel barrio había sido un distrito de carácter industrial, cuyas estructuras de almacenes y desvanes fueron transformándose en apartamentos y negocios que potenciaron el valor de la zona.

Durante el viaje, Lucía había podido contemplar esas pintorescas callecitas colmadas de galerías de arte, pequeñas *boutiques*, tiendas, bares y restaurantes.

Luego de unos pocos minutos, la zona comercial se había esfumado y se habían ido adentrando en una zona exclusiva de departamentos y condominios.

—Creo que si sabés lo que te pasó —replicó Lucía—. Se llama ataque de pánico y estoy casi segura de que no es la primera vez que te pasa.

Bruno fue a decir algo pero se quedó con las palabras en la boca.

—A mi me pasaban bastante seguido cuando perdí a mi hermana —reveló casi sin darse cuenta.

Ninguno de los dos supo que decir a continuación.

Lucía prefería hablar de ella en otro contexto. Se había obligado, hace mucho, a recordarla solo con alegría. Era el mejor homenaje que podía rendirle.

Bruno no quiso indagar mucho más. Odiaba cuando lo hacían con él.

«Por qué hacer lo mismo, se preguntó.»

—No tenemos que hablar de lo tuyo —propuso ella finalmente— pero espero que sepas que no está mal lo que te pasa.

Volteó a mirarlo.

—No serías humano si no te pasara —decretó.

Al percatarse de lo que había detrás de la ventana del lado de Bruno, Lucía se acercó para fijar su vista en el afuera. La proximidad de sus rostros le resultó antojosa a él.

—Esto no es un *restaurant* —sentenció confundida.

La joven Dante estaba en lo cierto.

Eso no era un restaurant, no. No había uno cerca de allí, siquiera. En ese edificio vivía Bruno desde los 21 años de edad. Aquel era su hogar, su lugar en el mundo. A dónde llegaba tras un largo día de trabajo, y a cuyas puertas dejaba atrás el stress de la rutina que tanto lo fastidiaba.

Había conducido hasta ahí porque le había prometido a George, e incluso a Martha, que iba a asegurarse de que Lucía se recuperara en un lugar conveniente.

Como estaba seguro de que le iba a costar mucho trabajo y mucho tiempo convencerla, supuso que iba a ser mucho más ventajoso hacerlo en la comodidad de su casa. Con la promesa de un almuerzo, la había llevado engañada; y Lucía, que estaba muy hambrienta y deseosa de poder seguir conociéndolo, había aceptado.

—Acá es donde vivo —confesó Bruno.

Lucía lo escrutó con la mirada y volvió a recostarse en el asiento.

Aquello iba a ser entretenido.

—Pero dijiste que íbamos a comer algo —recriminó.

—Me pareció que era lo más cómodo —dijo él, señalando con la cabeza la bota ortopédica—. Acá te podés relajar mientras comemos, debés estar bastante cansada. Recordá lo que nos explicó George.

Bruno apoyó su mano en la de ella y remató sus palabras con una mirada que resultaba seductora para una interminable lista de féminas.

—¿Cuál es la efectividad? —preguntó Lucía con apuro, cruzándose de brazos.

—¿Perdón? —rebatió él, desconcertado.

—Te perdono —replicó asintiendo—. Pero, en serio, me gustaría saber cuál es la efectividad.

Bruno le dedicó una mirada de no tengo idea de que estás hablando.

—Eso —explicó ella señalando su rostro—. Ponés una carita de perro perdido y después sonrís a medias y te brillan los ojos. ¿Cuántas veces te sirve?

«Atrapado.»

—Siempre —declaró él—. Siempre hasta hoy. Rompiste la marca, Lu.

Lucía se llevó la mano al pecho e hizo como que estaba verdaderamente emocionada.

—¿Sabés? —inquirió ésta—. Si me hubieses dicho esto de entrada, hubiese dicho que si —mintió.

Bruno maldijo y Lucía se echó a reír.

—¿Lo de sentirte apenado por lo de antes y todo eso, también era parte de la escena? —preguntó entre risas.

—Si —mintió, también, Bruno.

Lucía supo que había mentido, estaba claro que le costaba asumir sus debilidades.

Esa vez se la dejó pasar. Esa vez.

—Vamos —dijo golpeando el asiento— estoy muerta de hambre.

Bruno dio la vuelta a su auto y, como el caballero que era, le abrió la puerta a Lucía y la ayudó a salir del vehículo. Ella, que se acomodó la ropa esperando que la cargara en brazos otra vez, se decepcionó cuando la tomó del codo y la condujo hacia la vereda.

Cuando aseguró su BMW, Bruno la rodeó con el brazo izquierdo y la apretó fuerte contra él para sostenerla. Lucía se dejó sostener y compartió su peso con él. Lo hizo porque estaba verdaderamente cansada, y porque adoraba todo contacto suyo.

Al entrar al complejo, un hombre algo mayor se acercó entusiasta. Vestido con un uniforme reluciente, que a Lucía le dio la pauta que era el portero del edificio, recibió a ambos con una sonrisa que se ensanchó al notar que Bruno iba acompañado de una joven.

Dios mío, susurró y solo para él.

—Señor Harper —enunció entusiasmado, y dirigiéndose a Lucía— señorita —se quitó el sombrero para llevárselo al pecho— soy el señor Lewis, Donald Lewis.

Lucía, instantáneamente, se echó a reír de tal manera, que ambos caballeros la miraron con absoluto asombro.

—Perdón —dijo ella entre carcajadas— es que se llama igual que el Pato —remató.

Ante el desconcierto de ambos y al caer en la cuenta de lo ridículo en su reacción, Lucía comenzó a abanicarse para calmar su risa y continuar con la explicación.

—Cuando era chica mi sueño era conocer *Disney World* y al Pato Donald<sup>[5]</sup> —manifestó con entusiasmo.

Ante el silencio de ambos, que la miraban plenamente desconcertados, prosiguió.

—Todos los años se lo pedía a mis padres. Se lo pedía a Santa Claus, a los Reyes Magos —se sonrió— hasta a la Hada de los Dientes, creo. Tenía una obsesión tremenda por él, me compraba todo lo que veía con su cara —explicó embriagada.

Lucía recordó todo aquello entre sonrisas. Siempre que se sentía mal por algo o estaba enferma, su padre traía algunos de esos objetos a casa. Esos eran los pequeños detalles que la habían hecho tan feliz durante su infancia.

—Estuve como 2 años usando siempre la misma remera con la cara del Pato Donald —prosiguió—. Qué va, yo pensaba que era la misma, pero mi mamá me confesó hace un tiempo que habían comprado muchas iguales.

Donald Samuel Lewis sonrió encantado ante semejante verbosidad. Bruno no podía creer lo que estaba escuchando.

—A los 14, Santa me trajo unos auriculares con su imagen, todavía los uso. Están un poco rotos pero van bien— manifestó quitándole importancia.

—¿A los 14 años todavía creías en Santa Claus? —preguntó Bruno como si estuviera aterrado. Lucía lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿No eras un poquito grande ya? —tanteó.

Bruno miró a Donald y buscó en él un aliado. El hombro se irguió de hombros.

—Soy una persona entusiasta —se defendió ella.

Harper contuvo una carcajada por miedo a una represaría.

—¿No crees en los imposibles, Bruno?

—No existen los imposibles, Lu —sentenció él.

Le acarició la espalda. Quizás para domar su reacción, quizás porque le gustaba hacerlo; seguramente ambas.

—No sabés nada, Bruno Harper —sentenció ella.

Como el clima se cortaba con un cuchillo, Donald tomó la palabra.

—¿Pudo conocer *Disney World* al final, señorita...?

—Dante —respondió ella volteando hacia él.

Le extendió su mano y se presentó.

—Lucía Dante.

El hombre estrechó su mano más que contento de poder conocer a la posible novia de Bruno.

El joven, al que tanto adoraba, no solía llevar mujeres a su hogar; por lo que supuso que aquello era algo serio. Solo había conocido a una chica antes que a Lucía. La siempre antipática Nicole.

—No, nunca lo conocí —se lamentó ella—. Para mis 15 me llevaron a un parque de diversiones en Buenos Aires, soy argentina por cierto—aclaró—. Me habían prometido que era una especie de *Disney World* —remarcó aquello haciendo comillas con los dedos— y fui súper emocionada —explicó gesticulando frenética— pero no estaba ni cerca, y no había ningún Pato Donald. En ese momento fue bastante decepcionante —reconoció.

—Lamento mucho eso, señorita Dante —dijo el hombre con verdadera pena—. Nunca pierda la esperanza, me gusta su entusiasmo.

Bruno saltó un bufido porque claramente eso iba dirigido para él. Lucía se sintió victoriosa.

—No se preocupe —pidió ella—. ¿Sabe? Usted es el primer Donald que conozco en la vida —indicó entre sonrisas.

Donald, estaba encantado con la personalidad de Lucía. Le recordó a su hija Sabrina, que en los últimos meses había partido en una misión humanitaria rumbo a Sudáfrica.

Se anotó mentalmente el hecho de comentarle aquello, en una próxima charla. La distancia había menguado el contacto entre padre e hija, pero el amor que le tenía había crecido a pasos agigantados.

Estaba profundamente orgulloso de ella y no tuvo dudas de que, si Sabrina estuviese allí, se

hubiese hecho amiga de Lucía al instante.

—Lu —interrumpió Bruno— tendríamos que subir, el brazo me está matando —manifestó.

A decir verdad, temía que Donald comenzara a entrometerse en la vida de Lucía y en lo que había entre ellos.

*«O más bien en lo que no había.»*

Le caía más que bien aquel hombre, pero a veces le resultaba una verdadera molestia.

—Claro, claro —reconoció ella —perdón.

Sonriéndole a Donald se excusó.

—Tengo una pata mala. No puedo estar mucho tiempo parada y esas cosas.

—Entiendo —replicó riendo éste, y dirigiéndose a Bruno— ¿Necesitan algo, Señor Harper?

—No te preocupes, Donald.

—Hasta luego, señor Lewis —dijo Lucía mirándolo con ternura.

Con una reverencia, el señor Lewis la despidió.

—Hasta luego, querida Lucía. —Y guiándole un ojo a Bruno— Hasta luego, Señor Harper.

Al entrar al lujoso ascensor, cubierto de espejos de punta a punta, con un tablero que marcaba hasta el piso octavo; Bruno marcó ese mismo.

Le susurró al oído a Lucía algo que la hizo reír.

—Llevo años pidiéndole que me llame Bruno y vos conseguiste que use tu nombre en 10 segundos.

Lucía le dedicó una mirada que él encontró irresistible y deseó besarla. Con todas sus fuerzas.

No se animó a hacerlo esa vez.

Pero no iba a tener que esperar mucho, tampoco.

## VIII: Bruselas

El departamento de Bruno era todo lo que podía esperarse de él. Blanco, sencillo aunque moderno, pulcro, ordenado y práctico.

Al entrar, uno se encontraba con una serie de ventanales que te regalaban una vista panorámica impresionante de la zona.

El *living* estaba compuesto y definido por varios sillones también de punta en blanco. Había un centro de entretenimientos con un impresionante televisor súper moderno y tecnológico, y un sistema de audio de locura. En el centro, sobre una alfombra costosísima, había una mesa ratona con una pila de revistas de deporte que Bruno acostumbraba a coleccionar.

Hacia la derecha, se extendía un pequeño comedor seguido de una cocina minimalista. Pocos artefactos y poca comida, puesto que Bruno no sabía cocinar ni quería aprender a hacerlo. En la isla de granito oscuro, que completaba el espacio, descansaba lo único comestible allí, una fuente enorme repleta de frutas de estación.

Como el concepto del lugar era abierto, no había ni paredes ni columnas que se interpusieran en la vista que tenía hipnotizada a Lucía desde su entrada.

Cuando Bruno consiguió despegarla de los ventanales, la cargó en sus brazos y efectuó un breve recorrido por el lugar. La mantuvo firme contra su pecho mientras le explicó todo lo que veía. Si bien se había contenido de besarla en más de una ocasión, el hecho de tenerla otra vez entre sus brazos le resultaba irresistible.

Al volver al *living*, la depositó en uno de los sillones.

—Voy a pedir comida —advirtió Bruno—. ¿Qué te gustaría comer?

Lucía arrugó la nariz en señal de disgusto. Él, encontraba súper tierno aquel gesto. Ya se lo había visto hacer (unas cuentas veces) cuando George le había vendado su pierna.

—¿Qué pasa? —preguntó con intriga.

—No me gusta mucho la comida de *delivery* —confesó ella.

—A mi me encanta —replicó al sentarse en la mesita ratona—. Es práctico y rápido.

—Ya —contraatacó Lucía— lo bueno nunca es práctico ni rápido.

—¿Por qué no? —indagó Bruno.

Ese que hablaba, era su pragmatismo.

—¿Dónde está la diversión si algo es fácil, Bruno?

A diferencia de mucha gente, Lucía no temía contrariarlo. Por lo contrario, lo desafiaba. Por eso era tan refrescante para él, tenerla cerca.

—Estamos hablando de comida, Lu. ¿Dónde se supone que tiene que estar la diversión?

A Bruno se le pasaron por la cabeza un par de imágenes que le hicieron acordar lo divertido que podía ser mezclar comida en algún momento de intimidad.

Al ver la mueca que le dedicó Lucía, dejó escapar ese recuerdo pero conservó (para sí) el deseo. Quedó ahí, flotando entre ellos. Latente. A la espera.

—A mi me divierte cocinar, y mucho —remarcó Lucía. Intentando incorporarse— estoy segura de que puedo hacer algo con lo que tengas.

A Bruno le llevó segundos ponerse de pie y obligarla a guardar reposo.

—No es necesario —lo dijo casi como una orden.

—En Bruselas fui ayudante de cocina —declaró—. Creeme, puedo cocinar lo que sea.

—Estoy empezando a pensar que delirás haber estado en tantos lugares.

Lucía le propinó un golpe en el estómago que le quitó el aire. Bruno no pudo hacer más que dejarse caer en el sillón junto a ella.

—Si estuve en todos esos lugares y en muchos más —apuntó.

Bruno lanzó un bufido, tan característico en él, y se acarició la costilla que le dolía.

Lucía contuvo la risa.

—Perdón —dijo ésta—. No te creía tan débil.

La sola idea de creerlo débil le molestaba muchísimo a Bruno.

—No soy débil —repuso—. Vos tenés una mano increíble. Es eso.

—Estuve un par de veces detenida y tuve que aprender a defenderme —reveló orgullosa.

Bruno de olvidó del dolor como por arte de magia. Impactado, alzó su vista hacia ella.

—Estás de broma.

Lucía se mató de risa pero negó con la cabeza.

Finalmente, quizás por pena, Lucía le permitió a Bruno ordenar un poco de comida. Aún ante su renuencia, los gemidos que emitía al probar cada plato, le daban la certeza a Bruno de que disfrutaba mucho de ello.

Entre bocados, le fue contando de todas las veces que había sido arrestada. Lucía era una activista apasionada y vehemente, y se sumaba a todo tipo de manifestaciones. Luchaba por lo que creía y Bruno no podía juzgarla por aquello. Todo lo contrario, admiraba su valentía. Hasta sentía celos de su pasión y de su garra.

Con cada relato comprendió, a la perfección, que en las protestas en las que había participado las cosas se habían ido de manos; pero no por su responsabilidad. Había pagado por otros y aquello era doblemente meritorio.

Lucía Dante gritaba por los que no tenían voz, así era ella.

—Me costó mucho adaptarme en Bélgica —explicó—. Por el idioma. Me estaba quedando sin dinero y no sabía qué hacer.

Hizo un breve *impasse* para tomar un sorbo de gaseosa. Estaba muy fría y la quería disfrutar por completo.

«*Los pequeños placeres de la vida.*»

—Una noche no tenía con qué pagar la comida y fui a un pequeño restaurant. Elegí el más humilde —indicó.

Bruno dejó su porción de postre en la mesita. Pensar que Lucía había pasado por eso, le revolvió el estómago.

—¿Por qué eso?

Lucía le sonrió con ternura.

—La gente más humilde siempre es la más generosa —confesó—. Sólo los que conocen la pérdida son los que se entregan verdaderamente.

Aquello eran tan profundo y complejo que no supo qué argumentar. Se perdió en cada una de esas palabras.

—En fin —dijo Lucía con un suspiro— me armé de valor y entré. Encontré una camarera que hablaba un poco de inglés y me contó que el dueño, que también era el cocinero, —agregó— era italiano.

—Y vos hablás italiano —apuntó Bruno.

—Claro —asintió ella—. Así que fui a hablar con él. Pensé que podía ofrecerle un poco de ayuda a cambio de un plato de comida. Siempre se me dio bien la cocina.

—Y te contrató como ayudante.

—Más que eso —respondió con nostalgia.

Siempre le costaba recordar a Filippo.

—Me enseñó mucho. De la cocina, de la vida —rememoró—. Me abrió las puertas de su casa. Me hizo parte de su familia.

Lucía viajó un instante a ese lugar.

Recordó cada comida y sobremesa. Los paseos nocturnos al cerrar el restaurant. Los domingos de compras por el pueblo. Revivió cada instante y cada pedazo de Bruselas.

Filippo y su mujer Cándida, no habían podido tener hijos biológicos. El proceso de adopción no les había resultado. Su trabajo y sus malos horarios, los sentenciaba al último lugar de la lista de espera. Después de tantos años de angustia, habían desistido de aquello.

Pero la vida les dio un revés cuando se encontraron con Lucía. La adoptaron al instante. Los tres formaron una alianza imposible de romper. Ni la distancia, ni el tiempo, había hecho mella en su relación. Todos los sábados, Cándida la llamaba y charlaban un buen rato. Semanalmente, Lucía les escribía un mail y les contaba por qué parte del mundo andaba. Por ella, ambos habían aprendido los menesteres del internet.

Por ella, ambos esperaban. Con los brazos abiertos, el día de su regreso.

Mientras Lucía viajó a través de cada uno de sus recuerdos, Bruno la esperó en silencio. Aunque deseaba saber qué pasaba por esa cabeza, simplemente aguardó a que volviera a aquel ahí y ahora.

Cuando Lucía volvió, se acordó de algo.

—Bruno, tendría que hacer algunas llamadas. Como mañana no voy a ir a trabajar y eso...

—Claro —interrumpió él.

Se puso de pie y le acercó su mochila. También le ofreció su teléfono para que lo usara con total libertad.

—Voy a ordenar un poco —indicó—. Hacé lo tuyo tranquila.

Con mucha agilidad, Bruno llevó los recipientes hasta la cocina y tiró los restos de comida. Mientras trabajaba, le dedicaba unas miradas de soslayo. Suponía todo un esfuerzo no mirarla.

El sol se ponía en el horizonte y aquella vista que regalaba, de un atardecer al rojo vivo, era magnífica. Bruno la divisaba apoyado en la baranda de su balcón, mientras analizaba y asimilaba todo lo que había sucedido ese día.

Había salido al exterior para tomar un poco de aire y para alejarse de Lucía.

Le asustaba bastante lo hipnótica que le resultaba, tenía miedo de lo vulnerable que sentía cuando estaba con ella. Era una tendencia muy natural en él la de eludir las ataduras emocionales. Se acercaba lo suficiente a ellas como para quemarse y en ese preciso momento se apartaba para nunca más volver.

Era una conducta tóxica de la que no podía escapar.

—¿Eso es real? —preguntó Lucía arrancándolo de sus pensamientos.

Bruno se dio vuelta y sonrió ante la sorpresa.

Lo cierto es que ella llevaba unos minutos detrás de él observándolo.

Con pequeños saltitos se acercó a la baranda y se perdió en la magia de aquel atardecer.

El sol se despedía en el horizonte ardiendo con ferocidad. Esa imagen le despertó a Bruno más de una idea reveladora.

—¿Es real, Bruno? —volvió a preguntar Lucía, sin quitar su vista del firmamento.

—Claro que es real —aseguró éste— y por si tenés alguna duda, estás viva también —sentenció.

Lucía se contentó al reconocerse en esa frase. Descubrió cuánto se había impregnado en él, todo lo que le había contado.

La había escuchado. Y hasta más que eso.

Lucía se dio cuenta, aunque ya lo sospechaba, que Bruno valía la pena. Era una de esas personas.

Animada, a diferencia del él, ella no se contuvo ni titubeó. Volteó, acercó su rostro y lo besó.

El beso, que fue tierno en un principio, fue mutando en uno fogoso y apasionado.

Lucía lo besó como nunca había besado a nadie en su vida. Bruno fue besado como nunca había sido besado en su vida.

Desde ese momento, aquellos dos fueron inseparables.

Para toda la vida.

## IX: Marsella

En un momento de aquella mañana de verano, los rayos del sol fueron invadiendo la habitación. Entre esfuerzos y molestias, consiguieron despojar a Lucía de su estado de completa ensoñación. A medida que fueron abriendo paso, dejaron al descubierto los recuerdos de la noche anterior.

Enmarañada entre las sábanas, intentó focalizar algún punto detrás del gigantesco ventanal que la separaba del mundo exterior. Durante unos minutos, destinó su atención a una nube caprichosa, que muy a lo lejos, se acercaba peligrosamente a la punta de un rascacielos.

Por un instante, fantaseó con la idea de que aquella masa suspendida en la atmósfera estuviera a punto de explotar. Se acordó de la ocasión en la que viajó en un globo aerostático en Escocia, resucitó aquella extraña sensación de sentir cómo las nubes se rompían a su alrededor.

Sonrió, venturosa, ante el recuerdo; y se aferró, con mayor fuerza, a la almohada que aún conservaba el olor de Bruno. Inhaló profundamente ese aroma tan encantador, añorando su presencia.

Tras un suspiro hondo e intenso, se reincorporó.

Con un movimiento brusco y descuidado, Lucía se sentó en la cama. Fue tan bruta, que machacó su tobillo ya lastimado, y un dolor agudo la sacudió.

—Mierda, mierda, mierda —gruñó mientras llevaba, de inmediato, las manos a su pierna derecha.

—¿Eso fue un insulto? —irrumpió Bruno a su lado, matándola del susto.

—¡La puta madre, Bruno! —gritó en su lengua de nacimiento, casi por inercia, golpeó la cama con los puños.

Como se había dado el susto de su vida, el corazón le latía frenético, su cuerpo era un manojito de nervios.

—Estoy casi seguro de que eso también fue un insulto —replicó él, conteniendo la risa. Qué boquita —apremió.

Ella estaba tan agitada y conmocionada, que no pudo retrucarle. Se conformó con arrojarle una almohada que, obviamente, Bruno esquivó con maestría.

—¿Esa es la que hasta recién estabas abrazando y besando como loca? —bromeó, señalando la pieza mullida que yacía en el suelo.

—No es gracioso —protestó ella, con total enojo y acentuando cada una de sus palabras.

Bruno se sentó junto a Lucía y la miró hasta desarmarla.

—Ah no, no te das una idea de cuán graciosa sos para mi —remató seductor—. Todo en vos, Lu.

En ese instante, Lucía no pudo precisar si quería matarlo o comérselo a besos; con el tiempo descubrió que ambas posibilidades, iban a ser más que frecuentes a lo largo de su historia.

Bruno la invitó a recostarse y a acomodarse de nuevo en la cama. Con cuidado, apoyó la pierna dolorida en su regazo para liberarla de la bota ortopédica.

—¿Duele? —preguntó.

—Creo que fue un calambre —explicó ella y cubrió su rostro con las manos.

—Sabés, tenés que tener más cuidado —indicó mientras le masajeaba el tobillo con precisión.

Cada roce la aliviaba y relajaba, se manejaba como todo un experto.

Muy a pesar de ambos jóvenes, un timbre interrumpió aquel momento de intimidad. Lucía

levantó la cabeza y lo escrutó con la mirada.

—¿Esperás a alguien?

Bruno dio fin al masaje y, tras acomodarle las piernas sobre el colchón, se puso de pie.

La pérdida del contacto les dolió a ambos, más de lo que podían comprender.

—Tengo que irme al estudio, —argumentó— así que conseguí a alguien para que te cuidara.

—¿Cuidarme? —preguntó confundida.

Lucía sabía que Bruno Harper era una persona de responsabilidades, pero se había ilusionado con que pudiera pasar el día entero a su lado. Si hubiese sido por él, realmente hubiese sucedido de esa forma.

—Si —dictaminó—. Vas a necesitar ayuda, ya lo hablamos ayer. ¿O no?

Lo cierto es que ella había asumido que esa ayuda de la que había hablado era, bueno, precisamente, él.

—No soy una nena, me puedo cuidar sola. En serio —dijo asintiendo con la cabeza, como si ese gesto pudiera persuadirlo.

—Lu, —Bruno se puso en cuclillas junto a ella, ambos rostros quedaron tan próximos que podían percibir el calor del otro— necesito saber que estás acompañada por si pasa algo.

Esos necesito y por si pasa algo de él, la pusieron en estado de alerta. La forma en que la miró al decirlo, reveló, una vez más, que detrás de esa preocupación había algo escondido. Algo mucho más grande.

—No podés manejarlo por tu cuenta —volvió a la carga— no podés levantarte cada vez que quieras algo, no podés...

—Ya, entendí, —interrumpió Lucía para despreocuparlo un poco— está bien —aceptó—. ¿Puedo respirar por mi cuenta o me van a tener que hacer respiración boca a boca también? —preguntó con sorna.

—Ni se te ocurra, nena —amenazó y acercó su boca para besarla.

Nuevamente, el timbre inoportuno, interrumpió un momento de auténtica conexión. Uno, dos, tres timbrazos más. Quién fuera él o la que estuviera tocando, claramente estaba más que impaciente.

—Mierda —susurro Bruno ofuscado—. Ya voy, Dios —chilló mientras se dirigía a la puerta del cuarto.

—Qué boquita, eh —gritó Lucía a su salida.

En el tiempo que el joven se ausentó, Lucía dio un repaso por la habitación y reparó en su estado. Llevaba una remera de Bruno, que le quedaba inmensa, y su pelo era un verdadero nido de pájaros. Tenía los labios hinchados y sentía que sus ojos se pegaban por las lagañas.

Si bien no le pesaba tanto que la hubiese visto tan desaliñada, no quería decepcionarlo. Si se había tomado el trabajo de contratar a alguien que la cuidara, no podía presentarse con en esa pinta.

Sopesó la idea de encerrarse en el baño y acicalarse, pero una risa que le resultó conocida desbarató todos sus planes.

—Señorita Dante —pronunció Thomas en español.

Tan grata sorpresa, se llevó puestas todas sus inseguridades.

—Señor Dickinson —dijo ella, recibéndolo con una sonrisa enérgica.

—¿A qué viene esa manía de saludarse así? —preguntó Bruno que entraba detrás de Thomas.

El enfermero se encogió de hombros y Lucía rió.

—Ok, veo que es algún chiste del que, evidentemente, no soy parte —concluyó celoso.

El joven Harper se acercó a ella, que ya se había vuelto a reincorporar en la cama.

—Dejé en esa silla —señalándola— algunas prendas mías que podés usar. Ya le expliqué a Thomas todo lo que tiene que hacer. —Acercándose a su oído para susurrarle solo a ella— nada de respiración boca a boca, nena. No hasta que yo vuelva.

Le dio un beso tierno y casto en los labios, y antes de partir se dirigió a Thomas.

—Me voy. Que descanse, por favor.

Éste, que se había quedado perplejo, solo atinó a asentir con la cabeza. Ni bien Bruno abandonó el lugar, Thomas Dickinson acorraló a Lucía con la mirada.

—Me. Contás. Todo.

—¿Solo besos? ¿Nada más? ¿Bruno? ¿En serio? —preguntó Ian indignado.

—Sí, nada más. Ya te lo dije —refunfuñó él—. Y ella fue la que me besó primero —adhirió.

El joven Williams lanzó una carcajada, fascinado, ante el dato.

Desde que se había subido al BMW de Bruno, lo había asaltado con preguntas sobre Lucía. Le costaba creer todo lo que le había contado su mejor amigo, había algo que no lograba comprender del todo. De alguna forma, lo sorprendió bastante la forma tan impropia con la que había actuado con ella e intentaba descifrar qué tipo de conexión los unía.

—En la cena de anoche se la pasaron hablando de ustedes —confesó—. Parece que Sarah la vio en el hospital y no paró de hablar de ella.

—No me jodas —exclamó Bruno.

—Te juro —intervino Ian—. Ya enviaron a imprimir las invitaciones para la fiesta de compromiso y esas mierdas —bromeó.

—Intenté mantenerla alejada todo el tiempo, Martha la quiso conocer pero no se lo permití —manifestó—. No entiendo por qué se meten tanto.

—Primero, conmigo ya perdieron la esperanza así que apuestan de lleno con vos —explicó Ian—. Y segundo, son mujeres; —suspiró— cuánto más decís no, más quieren.

Bruno no despegó, en ningún momento, su atención del tráfico. Fue cauto y precavido. Durante el viaje, se dedicó a eludir los autos que se le cruzaban ante la prisa, a pesar de ello, fue completamente consiente de cómo su acompañante le daba vueltas al asunto.

—Es linda, no *wow*, pero es bastante linda —indicó Ian, buscando que Bruno pique el anzuelo.

—¿Estás loco? —rebató éste—. Es hermosa.

—¿Está un poco loca, no?

—Te quedás corto, amigo —afirmó sonriente.

—¿Eso es una sonrisa? —preguntó con sorna, señalando su rostro—. ¿Bruno Harper sonriendo? —ironizó.

Bruno le devolvió una mirada amenazante, e Ian levanto sus manos en signo de rendición.

—Ok, ok, te gusta mucho, —asentó— y llegaste a primera base.

—Segunda —apuntó el joven Harper.

—Sigue siendo bastante poco para vos —cuestionó Ian.

—No entendés nada.

—Eso está claro —asumió—. Creo que estoy algo perdido —reveló mientras acariciaba su barba incipiente con los nudillos, intentando comprender la situación—. No sé, es que te creía más despierto *B*. Supongo que perdiste la magia mientras estuve afuera.

—No sé qué querías que hiciera —gruño él.

—¿Tengo que responder? —amenazó Ian.

—No puede ni caminar sin trastabillarse —se defendió Bruno.

Ian Williams, estupefacto, volteó para mirarlo a los ojos.

—¿Y desde cuándo eso significa un obstáculo para vos? —gritó—. Creo que mis ausencias te

están empezando a perjudicar, hermano. Está claro que no podés estar mucho tiempo sin mí.

—No seas idiota, Williams —replicó ofuscado.

—La llevaste a tu casa. Tú casa, Bruno. Durmió en tu cama ¿y me vas a decir que no intentaste nada más? —inquirió—. La única persona que estuvo entre esas sábanas fue Nicole y...

Bruno dio un volantazo violento que sacudió el ambiente y cortó el clima.

—Ni la nombres —exigió—. Ya con escuchar su nombre me entran escalofríos.

—Es lógico —aseguró—. Te rompió todo el auto con un bate de beisbol, te quiso prender fuego el departamento, ah y...

—Estuve ahí y me acuerdo de todo, Ian —lo interrumpió.

—Qué loca terminó siendo esa mujer —remató Williams—. Tenía buenas tetas, pero no valían la pena.

—Lucía no es como ella, no es nada como ella.

—Eso espero hermano, eso espero —recapacitó Ian.

Tras un breve silencio de ambos.

—Igual, no entiendo esa actitud tan inocente tuya —retomó.

—Supongo que quiso ser caballero, o es un poco tímido—reflexionó Lucía.

Thomas, que estaba recostado junto a ella, la miró con extrañeza.

Ambos jóvenes estaban, muy cómodos, echados en la inmensa cama. Mientras tanto, comían unas golosinas que el enfermero había traído.

—¿Bruno Harper, tímido? —ironizó—. ¿Él? ¿Tímido?

Lucía se encogió de hombros y se llevó a la boca un manojito de gomitas. Las que tienen formas de ositos, sus preferidas.

—Vamos Dante, —alentó Thomas— ese tipo es una bomba, tiene un cuerpo perfecto, es increíblemente seductor...

—Creo que estás babeando, Dickinson —bromeó ella, tocándole el mentón.

El enfermero puso los ojos en blanco y continuó con su argumento.

—El punto es que no te dejes engañar por su fachada de nene bueno. Creeme, no lo es.

—*Ajam* —devolvió ella, con la boca llena de las golosinas.

—Es un encantador de mujeres nato.

—Como el de perros —indicó ella riendo.

—No me está tomando en serio, Dante.

La joven lanzó un suspiro profundo. Con él, intentó expulsar la frustración que le provocaban los embistes de su nuevo amigo. Odiaba tener que lidiar con los prejuicios propios y ajenos. Aunque tenía muy en claro que es propio del ser humano tenerlos, Lucía Dante creía, ante todo, en la buena voluntad de las personas. La poca fe que tenía Thomas respecto al interés de Bruno para con ella, le dolía. Le dolía muchísimo.

—Me gusta. Mucho. Y creo que yo también a él —dijo entre susurros.

—Lo sé, lo sé, y quiero creer que es así, pero los rumores son por algo —argumentó él.

—Es que a mí no me importa lo que la gente diga —expulsó frustrada— no soy así.

Thomas miró a Lucía entendiendo cada una de sus palabras. Claro que ella no era así, por eso es que le había tomado tanto cariño de entrada. Estaba seguro de lo especial que era y de su calidad humana, pero no confiaba en las buenas intenciones de Bruno Harper. Cuando el río suena..., pensó.

Unos cuantos minutos pasaron en silencio. Era tal el hermetismo, que podían escucharse los engranajes de sus cabezas. Thomas se debatía entre dejar a un lado sus opiniones y darle vía libre a Lucía o prevenirla; y ella, en cómo y cuánto había cambiado su presente desde la llegada de

Bruno. A ambos los movilizaba el cariño y la apuesta del mañana.

—Quizás exagero un poco —finalmente fue él quien rompió el silencio— pero estoy intentando protegerte —se defendió—. Sarah se la pasa comentando las aventuras de Bruno en el hospital. Supongo que escuché tanto de él, que terminé comprando la película.

Lucía se atragantó.

La sola mención de Sarah Williams la perturbó.

—¿Sarah? —preguntó temiendo lo que vendría después.

—La hermana de Ian —explicó él—. Se criaron juntos con...

—Si, ya, algo mencionó Bruno—interrumpió—. No quise preguntar mucho —Lucía se incorporó y se situó de costado sobre su codo para poder mirar con mayor atención a Thomas—. ¿La conocés?

—Sarah es enfermera en el hospital, trabaja con Martha, la madre de ellos —expuso—. Estaban ayer con Bruno, ¿no las conociste?

—No —replicó algo confundida.

Ok, la madre adoptiva de Bruno y su especie de hermana del corazón o-quién-sabe-qué-más (ni quería centrarse en aquello), habían estado ayer en el hospital y por algún motivo no se las había presentado. ¿Vergüenza acaso?, pensó Lucía. Lo cierto era que ese dato, si bien no cambiaba para nada sus sentimientos hacía él, le daba la pauta que quizás el joven Harper no la tomaba tan en serio como creía. Quizás para él, aquello no era tan importante. No como él lo era para ella. La duda quedaba instalada.

Lucía se dejó caer nuevamente en la cama y, molesta, se volvió a llenar la boca con gomitas.

—No me digas que metí la pata, Dante.

—No, no —apremió ella—. No pasa nada.

—Siempre hay una explicación para todo —confió él, intentado aplacar el impacto.

Ella intuía que Thomas había dicho aquello, solo para no hacerla sentir mal. Estaba clarísimo que no quería ni confiaba en Bruno.

—¿Sabes? —dijo con un suspiro— Te quiero mucho, Dickinson. Supe que te iba a querer desde el instante en que te conocí.

—¿Cómo un flechazo, decís? —preguntó Ian embrollado en la idea.

—Algo así —respondió Bruno.

El joven Harper, agobiado, leía unos documentos en su pequeña oficina del estudio *Harper & Williams*. La jornada que había perdido por cuidar de Lucía, le había significado un retraso importante en unos de sus casos, e intentaba ponerse al día. Tener a su amigo en frente, recostado plácidamente en el diván y dispuesto a cuestionarlo todo; le significaba un inconveniente aún mayor. Ian Williams siempre se las arreglaba para distraerlo de sus ocupaciones y sacarlo de quicio.

—¿Y qué vas a hacer con eso? —volvió Ian a la carga.

—¿Con Lucía?

—No, con la Reina de Inglaterra —bromeó. ¿De qué estamos hablando, B?

Bruno soltó la carpeta sobre el escritorio y, molesto, levantó la vista hacia su amigo. Dios sabía cuánto quería a Ian, y lo mucho que significaba para él; pero a veces, deseaba tenerlo a miles de kilómetros de distancia.

—¿De qué estamos hablando? —repitió—. Yo —señalándose— estoy trabajando, estoy intentando trabajar —acentuó estas últimas palabras—. ¿Vos? No tengo ni idea.

—El amor te tiene mal, hermano —dijo Ian, negando con la cabeza.

—Estabas tan bien en Marsella, Ian —agregó cansado de sus planteos.

Su amigo se echó a reír.

—La verdad que sí —reconoció—. Es hermoso. Las playas —puntualizó— son increíbles. Todo es más lindo en Francia.

—¿Y qué estás esperando para volver? —propuso Bruno.

—Perdón —intervino Ian en modo herido— ¿me vas a seguir atacando toda la mañana?

—¿Vos me vas a seguir molestando?

—*Plus fort, plus fort, plus fort*<sup>[6]</sup> —contraatacó él.

—¿Acaso sabés lo qué significa eso?

—Lo imagino —apuntó encorvándose— era lo que Corinne me gritaba todas las noches.

Bruno no pudo más que sonreír ante aquello.

—Idiota.

—*Touché* —agregó su amigo.

Por más fastidioso e irritante que pudiera ser su amigo, éste siempre lograba redimirse con una vuelta de tuerca.

Sin más tiempo que perder, Bruno, volvió su atención a los documentos que debía revisar y entregar antes del mediodía.

—No te puedo explicar lo hermosas que son las mujeres francesas, *B* —apuntó.

—Entonces no lo hagas —respondió él con sorna.

—No, en serio, —interfirió— son tremendas. No les entendí ni una palabra, pero me hicieron muy feliz —expresó—. Es más, creo que por eso fui tan feliz. No las tenía que escuchar.

El joven Harper negaba con la cabeza ante la desfachatez de su amigo. Ian Williams era todo un personaje, tenía una personalidad que lo sobrepasaba. Que superaba a cualquiera. Como Lucía, pensó. Solo que de otra manera, claro.

Al volver a pensar en ella (llevaba casi toda la mañana haciéndolo), sonrió. Sintió un poco su falta, pero lo animaba saber que la iba a encontrar en su casa al final del día. Por primera vez en su vida, Bruno Harper tenía a alguien por el que volver.

—Te estás sonriendo como un tonto —interrumpió su amigo—. No sé por qué, pienso que no es por mí eso.

Bruno no se preocupó por afirmar o rebatir aquello, pensar en Lucía le resultaba mucho más gratificante. No le suponía una pérdida de tiempo, más bien una inversión.

Ian tuvo un escalofrío exagerado y los ruidos que profesó no le fueron indiferentes.

—¿Ahora qué? —planteó el joven Harper.

—Te acabo de imaginar con la Reina de Inglaterra —respondió consternado—. *Iuuu*, creo que esta noche no voy a poder dormir.

## X: Filadelfia

Lucía estaba recostada sobre el sillón en el *living* del departamento de Bruno. Sobre uno de los respaldos descansaba su pierna lesionada.

Atrás suyo, el sol comenzaba a descender en una puesta increíble.

Con los ojos cerrados se concentraba en la letra de la canción, y sonreía cada vez que la voz del cantante se quebrara. Sonaba *If You Don't Know Me by Now* de *Harold Melvin & The Blue Notes*. La tarde era más que perfecta.

—La canción preferida de mi mamá —confesó Thomas.

El joven se las había arreglado para poner la canción en el moderno sistema de audio de Bruno. Sentado en el medio del *living*, apoyaba su cuerpo contra el sillón donde Lucía descansaba.

La canción sonaba en *repeat*.

—Y ahora es la tuya —concluyó ella.

Lucía le había preguntado cuál era la canción de su vida y Thomas no había tardado mucho en encontrar la respuesta.

—La extrañas mucho —reparó Lucía.

—Todos los días —replicó él—. Por las mañanas más que nada. Me despertaba siempre con música. Mientras preparaba el desayuno, cantaba y bailaba.

Lucía sonrió al imaginar aquello. Al pensar, también, en su madre.

—Era muy alegre, muy positiva, lo demostraba todo el tiempo.

—Tuvo una hermosa vida —agregó Lucía.

Thomas asintió con la cabeza.

Claro que su madre Viviane había tenido una gran vida.

Su niñez había sido muy feliz y había vivido una gran historia de amor con el padre de Thomas.

John y Viviane se casaron muy jóvenes. Contra la opinión de sus familiares y contra todo pronóstico. Desde un principio, supieron que estaban hechos el uno para el otro.

Con ese mismo amor, lo criaron. Le dieron una infancia aún más feliz. Lo cuidaron y protegieron. Lo alentaron a cumplir sus sueños y jamás, pero jamás, desestimaron sus metas y deseos.

Si Thomas les hubiese pedido la luna, la hubiesen bajado para y por él.

—Es muy hermosa, Dickinson —confirmó Lucía.

—Cuando voy de visita a casa lo descubro a papá escuchándola en su taller mientras trabaja. Me gusta pensar que ella está ahí en algún lado.

John era *lutier*<sup>[7]</sup> y había construido su taller en el patio trasero de su casa. En el mismo barrio donde había nacido y se había criado, y por cuyas calles solía jugar con la dulce Viviane cuando eran pequeños.

Lucía depositó una mano en su hombro. Le dio un apretón cariñoso.

—Claro que está, siempre están —remarcó también para ella— no tengas dudas de eso.

—Hace tiempo que no voy para allá —se lamentó Thomas—. Se me hace imposible con los tiempos del hospital, espero poder ir en cuanto tenga un descanso.

Había algo de remordimiento oculto en esas palabras.

—No es que me esté auto invitando, *peeeeero* siempre quise conocer Filadelfia. Es una ciudad

con mucha historia.

Thomas se echó a reír. Ya podía imaginar lo divertido que podía ser ese viaje.

—Ah bueno —dejó escapar Ian al levantar la vista ante el edificio.

—Si —reconoció Bruno a su lado—. Lu me dijo que estaba bastante deteriorado.

Ian volteó hacia su amigo con los ojos desorbitados.

—¿Lu? ¿Te deja que la llames así? ¿Lu?

Bruno se encogió de hombros.

—Casi me arranca los ojos a mi —criticó.

—Le caíste muy mal —replicó Bruno.

—Por favor —se quejó— no le puedo caer mal a nadie.

Bruno le dio una palmada en la espalda.

—Hasta que te conocen, hermano.

El joven Harper entró al Hostel del *Frederick Douglass Boulevard* y la calle 135 en el barrio del *Harlem*. A sus espaldas, Ian le dedicó una mueca de burla.

—Me queda increíble esto —ironizó éste al entrar al lugar.

Miró hacia la bicicleta que llevaba a rastras. Estaba cubierta de pañuelos de colores y flores artificiales.

—Es muy tu estilo —bromeó Harper.

—Me tendrías que haber dejado sacarle todos estos trapos —arremetió Ian.

—¿Y evitar que medio Nueva York te vea subido a eso?

—Andate a la mierda, Harper.

Cuando Ian se enojaba, lo llamaba por su apellido.

Bruno se echó a reír encantado.

Hacia mucho tiempo que Ian no lo veía tan animado. Disfrutó de verlo así. Supo que era por ella. Estaba agradecido que Lucía se haya cruzado en la vida de su hermano.

Así lo sentía.

Para Ian Williams, Bruno Harper era su hermano. Y pobre el que se atreviera a dudar o cuestionar aquello.

Lucía estaba muy entretenida observando cómo Thomas intentaba abrir una lata de atún.

Como les había vuelto a agarrar un poco de hambre, decidieron saquear la cocina de Bruno. No encontraron mucho y, finalmente, se decantaron por lo único comestible que había en las alacenas.

Latas de atún, mayonesa y un poco de pan lactal integral.

—Mamá siempre me decía que me casara con el que me sepa cocinar —se excusó Thomas.

Lucía se mató de la risa.

—No es tan difícil —discutió.

Thomas la miró con recelo ante lo obvio. El joven enfermero llevaba varios minutos luchando con el abrelatas. Lo suyo con la cocina era un asunto de diferencias irreconciliables.

—A ver, dame —pidió ella estirando su brazo derecho.

Para llegar a tomar el artefacto, tuvo que elevarse un poco de la banqueta en la que estaba sentada. La isla era extensa, pero no así la longitud sus brazos.

—Te puedo enseñar algo con la condición de que me cocines —propuso Lucía.

—Te quiero demasiado como para hacerte eso —replicó Thomas.

La risa de Lucía era contagiosa e inundaba el ambiente.

—Cocino yo, entonces —convino—. Pero me seguís contando de Filadelfia.

Thomas tomó la banqueta que quedaba libre y se sentó junto a ella.

Lanzó un suspiro mientras buscó qué otra cosa quedaba por decir.

—Los domingos íbamos al puerto de Delaware a comprar pescado —recordó.

—¿Dónde te pegaste el porrazo con el skate?

Thomas asintió con la cabeza.

—Me quedaron tantos moretones que parecía un osito panda.

Lucía lo miró con los ojos brillantes. En la última hora había llorado hasta el cansancio de risa con cada anécdota.

—Papá los cocinaba a la parrilla y venía todo el barrio. El patio de casa se llenaba de gente.

Lucía empezó a untar los panes con mayonesa, y a Thomas se le hizo imposible no recordar a su madre preparando los aperitivos con los que recibía a los vecinos.

—Cada uno traía algo —continuó—. La señora Mitchell preparaba unas tartas de manzanas tremendas. Todavía las hace, tenés que probarlas.

Su amiga asintió encantada. Se le hacía agua la boca de tan solo pensarlo.

—Todo era felicidad. Después, papá traía sus guitarras y siempre alguien se ponía a cantar. A mamá le gustaba bailar.

—Wow, Dickinson —exclamó mientras le extendía un sándwich.

Al igual que su madre, Lucía los cortaba en pequeños triángulos.

—Qué lindo todo eso —señaló—. ¿Todavía lo hacen?

Thomas tragó rápido para poder responder.

—No desde lo de mamá. A mi me gustaría —reconoció— pero a papá no le cuadra mucho la idea.

Una chispa se prendió en el corazón de Lucía.

—Entonces lo vamos a tener que convencer —dijo y dio un gran mordisco al suyo.

Thomas también tomó un bocado para cerrar el trato. Era una idea estupenda y el sándwich, a decir verdad, estaba increíble.

La luz de la pantalla del móvil de Thomas se prendió y la vibración resonó sobre la superficie de granito.

Lucía tragó el último bocado y se aclaró la garganta.

—No deja de sonar esa cosa —señaló Lucía.

Thomas hizo un gesto para quitarle importancia al asunto. Tenía la boca llena y no quería hablar del tema.

—Podés atender —propuso ella—. Te puedo dar espacio si querés.

Lucía hizo ademán de levantarse pero él se lo impidió.

—No pasa nada, en serio.

—¿Es el médico? —quiso saber ella.

—Daniel —aclaró—. Si es él.

—Me da igual cómo se llame y cómo sea. Si a vos te gusta, a mi me gusta —impuso—. Pero si te hace algo malo o te molesta, me decís y le rompo la cara.

Lucía se quitó las migas golpeando sus manos, como si hubiese resuelto el asunto, y se bajó de su banqueta.

Tomó el plato donde había dispuesto los sándwiches y se lo tendió a su amigo.

Thomas, aceptó gustoso entre sonrisas.

«Cómo no quererla.»

Lucía se dirigió hasta el *living* y buscó, entre el desastre de almohadones que había por el suelo, su mochila.

Thomas la siguió. Fue directo a ella, pero sin soltar el plato de comida.

Tenía un apetito estrepitoso.

—Se supone que tenés que descansar, Dante.  
—Quiero guardar tu canción, Dickinson —se excusó.  
—¿Cómo es eso?

Lucía vació su mochila sobre el sillón individual.

Una montaña de cosas se agolparon.

De todas ellas, extrajo un teléfono celular bastante machucado. Thomas juró ver trocitos de cinta adhesiva que lo cubrían como si fueran parches.

—Cuánta tecnología —ironizó.

—Es robado —comentó ella.

—Es broma —replicó él.

—Te juro que no —respondió ella sin descuido—. La próxima te cuento.

Lucía empezó a introducir el nombre de la canción de Thomas, mientras éste, la observaba con los ojos desorbitados y la boca llena de comida.

—Tengo una *playlist* donde ordeno las canciones de mis amigos —explicó sin quitar su atención del aparato—. Como ya tengo la tuya, la quiero guardar, así la escucho para acodarme de vos. Es colaborativa así que podés agregar alguna otra si querés.

Thomas se atragantó y Lucía levantó la vista hacia él para sonreírle.

El joven asintió dándose golpecitos en el pecho.

«*Dijo robado, se preguntó.*»

Entre más anécdotas y chistes, Lucía y Thomas se la rebuscaron para poner orden en el departamento.

Ambos eran revoltosos y bastante relajados respecto al orden, pero conocían la obsesión de Bruno y quisieron evitarle el disgusto.

La noche era cálida e invitaba a pasar un momento ameno.

Se la pasaban bien juntos. El tiempo no era tiempo. Ellos ponían las reglas.

Thomas no se atrevió a indagar acerca del teléfono de Lucía pero se prometió hacerlo en su próxima visita. Si todo funcionaba bien con sus horarios en el hospital, sería muy pronto. George, a pedido de Bruno, se encargaría de aquello.

En medio de sus carcajadas Bruno entró al departamento seguido de Ian.

Los que reían nunca se percataron de la intromisión de éstos. Continuaban suspendidos en su tiempo y espacio.

A Bruno le resultó irresistible quedarse mirando como Lucía reía y festejaba el relato de Thomas.

La encontraba hermosa en ese estado. Atrapante. Magnética. Era algo que no podía explicar en palabras y de lo que no renegaba en absoluto.

Bromista como siempre, Ian le pegó un manotazo en el hombro para arrancarlo de sus pensamientos.

No se detuvo a escuchar la maldición que su amigo le dedicaba sino que caminó directo hacia el living.

—Thomas Dickinson —saludó al joven.

Éste se sorprendió de su presencia, y sólo se limitó a devolverle la atención con un movimiento de cabeza.

Lucía buscó con la mirada a Bruno y, al encontrarlo observándola, le sonrió con todo su encanto.

Harper depositó los bolsos de propiedad de Lucía a los pies del sillón donde ésta descansaba.

Lucía le susurró un gracias. Sólo para él.

Ahora se trataba sólo de ellos.

Ian, por su parte, se sentó en el respaldo del sillón donde estaba sentado Thomas, y le sacó un manajo de gomitas del paquete del que comía.

Se llevó una cuantas en la boca mientras le dedicaba una mirada de complicidad.

Como si fuera una película, ambos se dedicaron a comer del paquete mientras presenciaban la escena romántica entre Lucía y Bruno.

—Lu —interrumpió Ian—. Lu...

Los tortolos voltearon hacia él.

—Lucía —corrigió ella.

Bruno contuvo la risa.

Durante el viaje del regreso, Ian siguió quejándose de la hostilidad de ella para con él. Por pura fantochada, todos sabían que aquello era un simple juego.

Lucía estaba encantada con Ian. Ese cariño era recíproco.

—Hablame de Tatiana —pidió mientras se llevaba un osito de gomita a la boca.

—Tiana —esa vez fue Bruno quién lo corrigió.

—Eso —apuntó su amigo.

Lucía se removió de su asiento.

—¿Qué pasa con ella? —intervino intrigada.

—Le devolvimos la bicicleta como conté —explicó Harper.

Lucía alzó una ceja y miro fijo a Ian.

—Fue a amor a primera vista —exclamó él, llevándose la mano al pecho.

Bruno se pasó la mano por su cabello y lanzó un comentario indescifrable para todos.

—Es perfecta para mí —continuó.

—¿Hablaron en ruso? —indagó Lucía—. Porque ella no habla nada de inglés. Nunca le entendí nada de lo que me dijo.

—Ni una palabra, no —confesó él—. Yo menos —asumió—. Pero esa es la gracia ¿no, Dickinson?

Al decir esto, apoyó un brazo sobre los hombros de Thomas y le palmeó la espalda. Lo miró como para entrar en sintonía.

—Rubia de ojos verdes, hermosa. Y lo mejor de todo, no tenés que preocuparte de qué hablar.

Thomas no podía creer lo que estaba pasando.

—¿Sabés que soy gay, no?

—Me estás jodiendo —replicó de prisa.

Fue un grito potente. Casi de reproche.

Bruno lanzó un bufido y Lucía aguantó la risa.

—No —respondió el enfermero serio.

—¿Seguro? —preguntó tomando distancia para hacerle un repaso con la vista.

—Muy seguro —afirmó Thomas.

Ian se encogió de hombros resignado y volvió a acomodarse en el respaldo.

Volvió a dirigirse a él.

—¿Y del 1 al 10 como me ves, Tom?

Williams guiñó un ojo y Lucía, finalmente, se echó a reír.

Con todas las ganas.

## XI: México

Lucía gimió de placer al probar el *cupcake* de banana y crema de caramelo. La combinación era perfecta, y explotó directo en su boca junto al recuerdo. Cerró los ojos y se dejó ir extasiada. Sabía a casa.

Se vio sentada en la mesa de la cocina de su casa de infancia. Casi en penumbras.

El viento golpeaba fuerte y decidido, contra la ventana que daba al lago, y ya se empezaban a escuchar las primeras gotas de lluvia. Pronto tendría que correr a llenar el *living* de baldes por las goteras, pero todavía no había prisa.

Frente suyo tenía un arrollado de bananas con dulce de leche. Su preferido. Ese que su madre le preparaba en las tardes de invierno en Bariloche. Tardes de frío como aquella.

A Lucía le encantaba ese arrollado, y a Silvia, prepáraselo.

Cualquiera excusa era buena para darle ese gusto. Se lo hizo cuando Lucía encontró al nene que le gustaba, caminar de la mano con otra compañerita en los pasillos de la escuela. Cuando murió su conejo al que había llamado, precisamente, Conejo. También cuando se peleó con su mejor amiga, Anita, porque le rompió su muñeca preferida; y cuando se cayó de la bicicleta en una bajada al lago y se lastimó un tobillo.

Se sonrió por la paradoja.

—Mmmm —ronroneó—. Es este —sentenció señalando al elegido y mordiendo otro bocado. Uno mucho más grande.

Se fundió en ese sabor que le sabía a tanto.

—¿Segura? —Intervino Bruno—. ¿No querés probar con otro?

El comentario irónico le fue indiferente a Lucía que, con entusiasmo, degustaba su sexto *cupcake*. Con ese mismo énfasis se había devorado el de chocolate amargo con pasas, el de chocolate blanco con nueces, el de vainilla con chips de chocolate y canela, y el (siempre efectivo) de queso crema con frutos rojos. Tenía un apetito insaciable, y a Bruno le había costado seguirle el ritmo.

—Tremendo —exclamó embriagada después del segundo bocado.

Bruno no sabía si echarse a reír o alarmarse.

—Nunca imaginé que podría entrar tanta comida en ese cuerpo.

Lucía se aclaró la garganta.

—Vamos a tener que hacer algo con eso —intervino.

—¿No más *cupcakes*?

Por la mañana temprano, Bruno había ido a correr por la zona del boulevard. Tras cumplir la meta que le marcaba su *Fitbit One*<sup>[8]</sup> último modelo, había hecho una parada para comprar en su tienda preferida. Solía llevar esos *cupcakes* a la casa de los Williams cuando lo invitaban a cenar. Más bien cuando exigían su presencia.

Como no conocía las preferencias de Lucía, aunque sospechaba que le podrían gustar todos, eligió uno de cada sabor. Ni bien puso un pie en su departamento, ella se arrojó a la caja de *cupcakes* y, tras agradecerle mediante un beso casto en la mejilla, se las apañó para devorarlos uno a uno.

Tengo que elegir cuál es mi favorito, le explicó.

Tras una breve inspección, tomó el de café y avellanas.

—Ni de locos —replicó mientras se lo llevaba a la boca—. Tenés que decirme de dónde son

porque de ahora en más no pienso desayunar otra cosa que no sea esto.

Bruno se echó a reír.

Le encantaba lo distinta que era Lucía. Podía jugarse la vida que ninguna de sus anteriores conquistas, se hubiese animado a consumir tanta azúcar acumulada. Claro que ella no se esforzaba por cumplir esos cánones de belleza. Era única y especial.

Lucía Dante era la excepción a todas las reglas de la vida de Bruno Harper.

—Ya que estamos hablando de comida —comentó ella tomando un poco de jugo— creo que deberíamos hacer unas compras. Por si no te diste cuenta, no hay nada comestible en esta cocina.

Bruno asintió tomando un sorbo de su café, lo único que Lucía no le había arrebatado. Nunca se atrevió a tomar uno de los cupcakes, por el miedo a que le mordiera la mano como un perro hambriento.

Aunque pensándolo bien, una mordida de esa boca...

—Puedo ir a comprar y reponer las cosas —interrumpió justo ella— pero también necesitamos más porque quiero cocinar la cena. Basta de delivery, *B*.

—De eso nada —replicó Bruno al instante—. Dejalo en mis manos.

—No te preocupes tengo algo de plata, yo puedo.

Las últimas noches se la habían pasado discutiendo por aquello.

Lucía insistía con que quería pagarle por todas las molestias y Bruno se había negado de lleno. Algunas de las discusiones habían sido tan acaloradas, que ella había amagado con irse; pero el ingenio de Harper se las había arreglado para retenerla.

Un día, en son de paz, finalmente llegaron a un acuerdo frágil. Por el momento, Lucía iba a quedarse allí hasta que George le diera el alta de reposo, e iba a aceptar todas las condiciones de Bruno. En el fondo, ella se prometió que iba a pagarle todo lo que gastaban en cuanto pudiera volver a trabajar; pero claro, esa parte del trato todavía estaba en suspenso.

—Voy a pedirle a Sara que pase cerca del mediodía y tome nota de lo que necesites, ella te va a ayudar.

Lucía se atragantó con ese nombre. No le gustaba nada oír de ella, estaba muerta de celos.

—Como Thomas no está viniendo, —lanzó un suspiro de cansancio— bueno, pensé que podía hacerte compañía.

La verdad es que no le hacía mucha gracia que Sarah se metiera en sus cosas personales, pero el bienestar de Lucía valía la pena. Aunque no lo decía, sabía que sentía sola y se aburría demasiado entre esas paredes de concreto.

—Bruno, esto...

—Lu —replicó éste—. Ya lo hablamos e hicimos un trato.

Resignada, porque verdaderamente se lo había prometido, asintió tragando el último bocado del cupcake de ananá y merengue. Había hecho tanto por ella en los últimos días, que se sentía desagradecida al cuestionarle todo.

Miró la caja de los cupcakes y se sorprendió al notar que quedaba uno solo. El de Red Velvet. Era tentador y apetitoso pero lo tomó, con mucho cuidado para no romperlo, y se lo extendió amablemente a Bruno. Para cerrar el trato, como ofrenda de paz.

—Comelo vos —le indicó él.

—No, en serio —insistió acercándose más— yo comí la mayoría.

—De hecho, todos —corrigió él con una sonrisa.

Abrió los ojos como platos. No pudo creerlo. Estaban tan sabrosos que no se dio cuenta.

—Dale, Lu —la alentó—. Se te dan mejor a vos.

Lucía dudo por un momento, pero qué va, estaban verdaderamente deliciosos.

Se lo llevó a la boca y, tras un generoso bocado, volvió a gemir encantada.

Bruno decidió que, en cuanto lo terminara, la estrecharía entre sus brazos para besarla.

Y lamerme los restos de merengue que tenía en la nariz.

Y morderle los labios.

—¿Algún problema? —preguntó dulcemente Martha.

Se había detenido en el pasillo de la planta de pediatría al toparse con un Thomas que, sentado contra la pared, tenía la mirada perdida. Era la primera vez que lo veía tan desanimado. Parecía rendido.

El joven enfermero se sobresaltó con su presencia. Lo tomó tan por sorpresa, con la guardia baja, que no pudo ocultar su estado de ánimo.

—Nada importante —intentó quitarle peso, de todas formas.

Martha se acercó para lograr mayor intimidad y se agachó hasta apoyarle una mano en su rodilla. Le regaló una de esas miradas tan de ellas. Esas que se esfuerzan por hacer entender que uno no está solo.

—¿Problemas del corazón? —Preguntó con ternura, sin querer invadir demasiado.

Thomas asintió y fue todo lo que puedo darle.

—Ufff —exclamó ella tras un largo suspiro—. Esos son de los peores.

Se sentó a su lado y decidió darle un poco de compañía. Paciente, esperó.

En medio del silencio, rompió una melodía proveniente del teléfono de Thomas.

Le había llegado un mensaje.

[De: Srta. Dante]

*Te extraño, Dickinson!!! \*Cara de lloro mirando Titanic, no te mueras Leo\**

Algo tan simple como eso le arrancó una sonrisa, que aunque a medias, no fue forzada como las que venía dedicando ese día.

—¿Daniel? —Preguntó Martha.

Thomas se quedó helado.

—No —replicó de inmediato—. ¿Pero? ¿Cómo?

—Es bastante evidente si uno observa, Tommy —explicó ella.

Semejante presunción lo sorprendió de verdad. Las apariencias eran la fuente de conflicto en su intento de relación con el cirujano Wells. Daniel se negaba a mostrarse abiertamente con él. O cualquier otro hombre.

Quizás para cambiar de tema, porque aquello era bastante doloroso, le mostró el mensaje de Lucía.

Martha sonrió y se le iluminó la cara.

—¿Es bastante especial, no?

—Está muy loca —apuntó él—. Tiene brillo propio, es muy divertida.

—Bruno está bastante cambiado —confesó ella—. Le hace bien. Me gusta eso.

Y a él le gustó escuchar eso. Tenía muchas dudas respecto a sus intenciones para con su amiga, y esas palabras ayudaron a disiparlas un poco. Confiaba en el instinto de Martha, sabía que no había nadie mejor que ella para descifrar a Harper.

Decidió, entonces, darle el beneficio de la duda de ahora en adelante; y se dedicó a responderle a Lucía.

*Pero era Jack NO Leo*

Martha fue testigo privilegiado de la charla.

—Qué bombón DiCaprio —comentó con un suspiro.

El joven volteó a mirarla con los ojos como platos.

Martha se encogió de hombros. Estaba eternamente enamorada de su esposo, pero eso no le quitaba lo bailado.

Otra vez, en el silencio, rompió esa melodía que le resultaba familiar, pero no podía terminar de reconocer.

Thomas le leyó la mente.

—*Sex and The City* —le explicó.

Martha asintió en respuesta, pero le hizo un gesto como para que abriera el mensaje.

[De: Srta. Dante|

*Buuuuu! Da igual! \*Cara de meehhhh\* Si venís a verme, prometo Mex!|*

—¿Mex? —repitió divertida.

—A veces no entiendo de qué habla —confesó él.

Tecléo en su teléfono.

*Mex????*

—Será una de esas expresiones que usan ustedes los jóvenes —apuntó ella.

Las personas que pasaban por el pasillo, se desarmaban en risas al verlos a esos dos tirados en el suelo pendiente de un celular. Ninguno de los dos, se percató del espectáculo que representaban.

[De: Srta. Dante|

*MEXICO, tonto! \*Cara de mariachi\**

Martha se echó a reír.

Thomas puso los ojos en blanco y volvió a indagar.

*Sigo sin entender. Cara de mariachi? Jajaja*

La respuesta no tardó en llegar.

[De: Srta. Dante|

*No sabés nada, Thomas Dickinson. \*Cara de GOT\**

A Thomas le causó gracia el chiste pero a Martha le fue indiferente.

En cuanto se dispuso a escribirle, lo sorprendió un nuevo mensaje.

[De: Srta. Dante|

*Mex significa tacos, quesadillas y nachos. Te unís?|*

—Qué rico —profirió Martha—. ¿Cocina?

La sola idea de comer todo eso le hizo agua la boca.

—Parece que muy bien —apuntó él al recordar todo lo que le había contado.

Lucía siempre era la cocinera certificada en sus grupos de viaje.

*Me uno! Llevo el postre*

—Tengo que conocer a esta chica —expresó casi como un deseo.

Si se había mantenido al margen hasta ahora, era por expreso pedido de Bruno. Pero ya era hora de forzar aquel esperado encuentro.

—Te va a encantar —le aseguró el joven.

[De: Srta. Dante|

*Perfecto! Nada muy dulce, para eso ya estoy yo \*Ojitos\**

—Qué personaje, por Dios —exclamó Martha.

Thomas no pudo más que asentir en sintonía.

*Nunca cambies, Dante*

|De: Srta. Dante|

*JAMÁS. Te quiero, Dickinson. Cambio y fuera!*

—El mejor de todos.

## XII: San Petersburgo

Ian Williams irrumpió en la oficina de Bruno. Entró, así, sin pedir permiso, como era él.

No esperó a ser anunciado en la mesa de entrada; y se saltó el control de seguridad de la planta baja, porque sencillamente tenía demasiada prisa. Tras darle paso a una linda joven que aguardaba la llegada del ascensor (y guiñarle un ojo), marcó el cuarto piso del edificio de la calle 71 y *Central Park West*.

Al abrirse las puertas, se percató de algunos cambios que habían sufrido las instalaciones del estudio jurídico Harper-Williams. Mientras estaba de viaje por Europa, perdido en quién sabe cuál fiesta, habían hecho una gran remodelación en la planta.

También notó a la nueva secretaria de su padre, y se anotó mentalmente robarle el número de teléfono más tarde ese día. Más allá de todos los cambios estéticos, las cosas parecían seguir con su ritmo habitual.

A paso decidido se acercó hasta el escritorio de su amigo y dejó caer un pequeño papel sobre el teclado del portátil. Era de color rosa y tenía unas impresiones de flores, una dirección de correo electrónico estaba anotada junto a un corazón medio deforme.

Enmarañado, metido en su mundo, Bruno redactaba un mail a un cliente. Golpeaba las teclas con cierta tensión. La sensación de stress rondaba en el ambiente.

—Hola a vos también, Williams —espetó.

Efectivamente tenía un humor de perros. Lo había llamado por su apellido, y no se preocupó por levantar su vista del aparato.

Por su parte, Ian no se alarmó; después de todo, así era Bruno cuando trabajaba. Tomó asiento en la silla al otro lado de la mesa y apoyó su cuerpo en el respaldo. Lanzó un suspiro profundo. No por cansancio, porque no había hecho nada productivo en todo el día; más bien por resignación pura. Lo estresaba el stress de su amigo.

—Buenos días, hermano querido —replicó muy cómodo en su postura, a sus anchas.

Bruno miró su reloj de marca. Era fanático y tenía una gran colección.

—Son las 2 de la tarde —puntualizó.

—¿Problemas en el paraíso? —contraatacó Williams.

Bruno refunfuñó. Estaba bastante molesto y cansado. Se había pasado toda la mañana peleando con uno de sus colegas por un caso que le estaba trayendo más de un problema.

—¿Qué esto? —indagó agitando en el aire el papel que le había tirado, percibió un aroma especial al hacerlo.

Con la mano que le quedaba libre dio a enviar y se dispuso a revisar su bandeja de entrada. Estaba apurado porque quería terminar, cuanto antes, sus recados y poder llegar temprano a casa.

Desde Lucía, llegar a casa, había adquirido verdadero sentido.

—Tania —explicó Ian mientras rebuscaba en el cuenco de caramelos que había sobre el escritorio. Los de naranja eran sus preferidos.

Su amigo le devolvió una mirada de desconcierto.

—¿Tiana?

—Eso —remarcó señalándolo con el dedo índice—. La dulce y preciosa Tiana. Estuve con ella hoy —anunció.

Entre palabras, daba pequeños mordiscos. El ruido que producía al masticar, lo volvía loco a Bruno; y era por eso que lo hacía. En su peculiar forma de ver las cosas, cuanto más lo molestaba

más le demostraba su cariño.

—¿En Rusia no existen los móviles que te dio esto?

Bruno se llevó el papel a la nariz y confirmó su sospecha. Tenía perfume. Olía a flores y algo muy dulce.

—San Petersburgo —aclaró Williams.

Harper quitó por instante su atención del monitor y le dedicó a su amigo una mirada que solo podía significar una cosa. ¿Y?

Ian se encogió de hombros.

—Es lo único que entendí de todo lo que dijo —se defendió—. Después dijo algo de otro nombre —se lo pensó un momento— sonaba a petróleo, pero no estoy seguro. Tenía una minifalda y cruzaba las piernas una y otra vez...

Bruno lanzó un bufido. Le gustaban las mujeres tanto como a su amigo, pero era mucho más discreto y caballero. Cuidaba las formas, al menos.

—Petrogrado —señaló para cambiar de tema.

Ian entrecerró los ojos ante la duda.

—Era otro de los nombres que adoptó en la época soviética —le explicó Bruno—. También la llamaron Leningrado. Después San Petersburgo, que de hecho es de origen alemán y...

—Bla bla bla —interrumpió Ian—. Dios, me voy a quedar dormido y recién me levantó —murmuró refregándose los ojos.

Bruno negó con la cabeza porque su amigo era un caso perdido, y volvió su atención a su computadora. Después de todo, uno de los dos tenía que trabajar.

Ian Williams no tenía la menor idea de qué era eso que algunos mortales llamaban trabajo.

De vuelta a lo suyo, revisando la bandeja de entrada, se topó con un mail que le informaba que tenía una nueva solicitud de amistad en la red social Facebook. Se sorprendió porque su cuenta era bastante difícil de rastrear. No usaba su nombre verdadero ni su foto. Era algo que había puesto en práctica, para asegurarse de no ser encontrado por nadie que no sea de su círculo íntimo. Mucho más, desde las locuras de Nicole Terry.

Al seguir el enlace que contenía el correo, se encontró con la foto de una chica sonriente y preciosa. Una tal Lucía Dante reclamaba ser admitida como su amiga.

Tras cada sonrisa, Ian hizo muecas de repulsión. A veces, podía ser verdaderamente sónico, y manifestaba una mentalidad de un nene de 4 años. Caprichoso y malcriado.

Bruno no se hizo eco de la infantilidad de su compañero y, con intriga, se puso a ver algunas fotos del perfil de la señorita Dante.

Había cientos de paisajes y todo tipo de escenarios. Se encontró con comentarios de personas que mostraban verdadero afecto por ella. La extrañaban y la recordaban con alegría, se mostraban agradecidos. Les había dejado algo.

De alguna forma, todos ellos conformaban una gran familia cuyo nexos estaba anclado al paso de Lucía por sus vidas.

*«Era cierto que había conocido todos esos lugares y todas esas personas de las que hablaba.»*

Se dejó llevar, entonces, en esos recuerdos. Con cada clic, transitó cada una de esas travesías.

Y así, pasaron los minutos, tan rápido como cuando estaba con ella.

—Llamando a tierra, *B* —intervino Ian chasqueando los dedos.

Bruno levantó la vista y vio la montaña de papeles de caramelos acumulada en el escritorio.

—Eso son para clientes —precisó.

—¿Y por qué te crees que estoy acá? ¿Por qué iba a estar en este —señaló a su alrededor con

una cara de espanto— intento de oficina, pudiendo estar en la cama de la dulce Tina?

—Tiana —corrigió fastidiado—. Es Tiana, por el amor de Dios.

—Ni siquiera sos religioso.

—¿A qué viniste, Ian?

—Claramente no a admirar la calidad de este lugar —ironizó y se llevó otro caramelo a la boca. Era cierto que Bruno había elegido la oficina más pequeña y modesta, pero tenía una vista espectacular del *Central Park* y eso le sentaba bien. Estar conectado directamente con esa inmensidad de espacio, lo ayudaba a contrarrestar un poco de su claustrofobia. La decoración era minimalista y simple también por ese motivo, le daba una impresión de orden que le era indispensable.

—Llevo un día de locos —adelantó llevando una mano a su cuello, tenía una contractura que lo estaba matando— ¿qué tal si vamos al grano y me decís para qué estás acá?

—Necesito una orden de alejamiento —lanzó Ian, así como si nada.

Bruno se masajeó la sien porque supuso que esto iba a traerle un tremendo dolor de cabeza. No supo que decir. Antes de preguntar qué había pasado, se escuchó un golpe en la puerta.

Desde que Sarah cruzó el umbral de la puerta, le fue tremendamente difícil no caer bajo su encanto. A pesar de los celos que sentía, no pudo negar que era una persona amable y cálida. Era por demás divertida, y resultaba imposible no reírse ante su peculiar sentido del humor. Aunque crudo y honesto, era impecablemente efectivo.

Le trajo un pastel de manzanas y canela riquísimo, que devoraron entre anécdotas y tacitas de café. Le contó sobre Ian y los cientos de problemas en los que se metió de chico (y no tan chico), y de todas las vueltas por el mundo de Bruno gracias al tenis.

Lucía se la pasó bien con ella y pudo entender por qué despertaba tanto cariño en los otros. Recordó cuando la había visto charlando con Bruno en el hospital, y lo imponente que le había parecido su presencia. Su pelo, por momentos dorado por momentos anaranjado, era difícil de olvidar; algo de su forma de ser (y de su forma de vestir) la elevaba sobre el resto.

Fue muy atenta con ella en todo momento y la ayudó en todo lo que necesitaba. La hizo sentir como parte de la familia, como si se conocieron de toda la vida. Le mostró fotografías en su móvil de sus padres y le hizo prometer que iría a comer a la casa de los Williams ni bien pudiera caminar mejor.

Con verdadero entusiasmo e interés, escuchó todo sobre sus viajes y quedó maravillada por cada una de las historias que ellos representaban. Preguntó hasta el cansancio. Era curiosa e intrépida. Ahí entendió el recelo de Bruno para con ella.

Con frenesí, la tarde se pasó volando. Como cuando uno está en el lugar correcto, en el momento correcto, y con la gente correcta.

—¿Qué tal con B? —preguntó la mayor de los Williams más que interesada.

—Nos estamos conociendo —esbozó Lucía entre sorbos. Quiso ser cuidadosa con la información que le brindaba.

Sarah dejó la taza de café sobre la isla de granito y lanzó un bufido.

—Vamos, qué está loco por vos. Se nota a kilómetros.

Lucía se sorprendió por esa declaración. Se aclaró la garganta dándose unos golpecitos en el pecho.

—Sarah —dijo dubitativamente— esto, ¿vos tuviste algo con Bruno?

La joven Williams puso una cara de espanto. De solo pensarlo, se le quitaba el apetito.

—Perdón —susurró Dante— no quise.

—¿Tommy no te dijo nada?

No espero a que siguiera alucinando con aquello o siguiera dándole vueltas al asunto. Simplemente era imposible.

—¿Dickinson? —Replicó Lucía un poco confundida—. No, ¿qué?

—Lu —dijo aguantando la risa— a mí me gustan las mujeres.

Lucía se quedó helada. Maldito sea Thomas por no haberle contado eso. De seguro había obviado esa información para tomarle el pelo, pero le había hecho meter la pata a fondo.

—No te lo puedo creer.

Sarah se empezó a reír. Le dio ternura pensar que Lucía sentía celos de ella.

—Mil perdones, yo pensé.

—Tranquila —interrumpió— créeme que lo único que me interesa en ese sentido de *B*, son sus chicas.

Lucía se encogió de hombros apenada y, al instante, Sarah se echó a reír con mayor fuerza.

—La verdad es que no es gracioso —sentenció Ian.

Indignado, lanzó un bufido e irguió la espalda. Se cruzó de brazos mientras su padre, Jeremy, estallaba en carcajadas. El señor Williams estaba sentado en un pequeño sillón junto al gran ventanal con vistas al Central Park, allí donde Bruno descansaba en sus ratos libres. Éste, por su parte, presenciaba expectante el intercambio padre-hijo como si fuera un partido de tenis.

—Padre, esto puede ser muy traumático para mí.

—Hijo, —intervino con sorna— lo único traumático en tu vida sería que consigas un trabajo y todos sabemos que eso no va a suceder nunca.

Esa vez, fue Bruno quien lanzó una risita. A cambio, recibió una mirada amenazante de su amigo.

—Como me quieren en esta familia —exclamó con un quejido.

—Te queremos y mucho —desdramatizó Jeremy— pero a los hechos me remito.

Ian se desentendió de su padre y miró fijo a Bruno. Se dirigió solo a él.

—¿Vos qué me decís?

—Está complicado —esbozó éste— no es fácil conseguir algo así. Necesitas pruebas fehacientes, testigos, tenés que comprobar.

Ian lo detuvo elevando la palma de su mano.

—Ya, ¿pero lo vas a hacer o no?

Su padre se aclaró la garganta y tomó la palabra.

—No le veo mucho sentido, la verdad.

—Con la loca no dijiste lo mismo —argumentó su hijo.

—Pero Nicole era otro tema —replicó él.

Bruno lanzó un suspiro porque odiaba como en su familia llamaban a Nicole como la loca. No porque no fuera verdad, porque de hecho lo era, sino porque le hacía revivir todo aquello.

—Le destrozó el auto con un palo de madera —recordó Jeremy para su defensa—. Le *hackeó* sus cuentas y le puso como foto de perfil la de un consolador rosa. Le...

Bruno lo frenó con el mismo gesto que le había dedicado su amigo.

—Creo que ya te entendió, Jerry —interrumpió.

—Si que estaba loca, hermano —reconoció Ian.

Harper volteó hacia él para increparlo con la mirada. Ian miró a su padre.

—Le rompió el teléfono a la pobre —chasqueó los dedos.

—Tiana —lo ayudo Bruno.

—Tiana —repitió—. Le revoleó la cartera y le quiso pegar. Me quiso pegar —exclamó exaltado—. No podemos permitir que le pase algo a esto —dijo señalando su rostro.

Jeremy tuvo que reírse de aquello porque no podía hacer otra cosa.

—La llevaste al restaurant del padre —relató Bruno—. La presentaste como el amor de tu vida a todos los que estaban comiendo en el restaurant del padre. Los encontró haciéndolo —remarcó esa palabra— en el baño del restaurant del padre...

—La comida ahí es increíble —lo interrumpió. Ian Williams era imposible.

Bruno se llevó la mano a la frente y la paseó por su pelo. Había sido un día demasiado largo y parecía que todavía ibas a serlo aún más.

No podía esperar a volver a casa. A Lucía.

### XIII: Buenos Aires

—Estás listo —alentó Lucía.

Bruno inspeccionaba con extrañeza lo que tenía en frente de sus ojos. Lo acercó hasta su rostro, como para olerlo, y notó el vapor que desprendía. La bebida, que Lucía había llamado mate, parecía estar bastante caliente.

La joven Dante se había tomado su tiempo en exponer todo lo relevante acerca de aquella infusión típica de la cultura argentina. Contó cuál era su origen y explicó cómo se preparaba. Hizo la demostración con entusiasmo y empeño, sin embargo, su sabor seguía siendo una incógnita para Harper. Nunca en su vida había pensado que iba a tener que probarla.

Iba a tener, porque así lo había expresado ella.

—Es muy rico —apuntó ilusionada—. Vas a ver.

Bruno fijó la vista en esa especie de taza decorada con florcitas de colores y se llevó la bombilla a la boca. Lucía contempló encantada. Los labios tentadores de él.

—Despacito —le indicó con cuidado de que no se quemara la boca.

La orden sonó sensual a los oídos de Bruno y la miró con lascivia. Ella lo alentó a seguir, asintiendo con la cabeza.

Probó con vacilación, de a pequeños sorbos, sin poder decidir si aquello le gustaba o no. Si era tan delicioso como le había prometido, o (como sospechaba) era definitivamente un asco.

Saboreó un poco de los restos de yerba mate que quedaron en su lengua y arrugó la frente en un gesto de desagrado.

—Fondo blanco —apremió Lucía expectante.

Quería escuchar ese ruido tan característico, signo de que el mate se terminaba. Un sonido especial que la hacía viajar directo a su Argentina. A las tardes con su abuela en su casa de Buenos Aires.

En medio de la nostalgia del recuerdo, sonrió ante la imagen que le regalaba Bruno. Tenía puesta esa mirada, casi infantil, producto del descubrimiento y la sorpresa. Como cuando empezamos a leer un libro o escuchamos una canción por primera vez, y un mundo nuevo se revela ante nosotros.

—Estoy muy orgulloso de vos hermano —lo felicitó, Ian, golpeándole la espalda—. Ya sos todo un hombre.

Bruno puso los ojos en blanco, y le acercó el mate a Lucía que lo esperaba contenta de haber cumplido con su cometido. Tras echarle un poquito de azúcar, cebó<sup>[9]</sup> uno más. Esa vez, lo depositó frente a Ian Williams.

—Ni loco —advirtió éste.

—Vamos, hermano —Bruno lo retó devolviéndole el golpe en la espalda, pero fue más brusco y le hizo sonar todos los huesos—. Demostranos lo valiente que sos.

—Compartir con vos no es lo mío, *B* —arguyó.

—Qué irónico eso —lanzó Sarah entre risas.

Lucía entrecerró los ojos ante la interrupción de su reciente amiga. Algo de eso no le estaba sonando bien.

—¿Cómo es eso? —preguntó. Aunque más que pregunta, fue un reproche.

Los hombres intercambiaron una mirada de complicidad. Ambos tenían miedo de la reacción del genio de la señorita Dante. Bruno, más que nada. Ya lo conocía a la perfección.

—Nada —respondió éste queriendo zanzar y cambiar de tema—. Dale, Williams —indicó empujándolo.

Ian, que captó el mensaje, se dispuso a llevar la bombilla del mate a su boca.

—Esperá —ordenó Lucía levantando su mano.

—¿Con qué compartir, eh? —indagó cruzándose de brazos. Su mirada estaba puesta totalmente en la figura de Harper.

Bruno miró a Sarah y obtuvo como respuesta un encogimiento de hombros. Ian se quedó callado y atento, con el mate en la mano elevada a medio viaje de su boca.

—Bueno —empezó a explicarse.

Lucía lo frenó con la mano, tal y como lo había hecho con su amigo.

—Mejor no —apuntó— creo que es mejor no saberlo.

—Yo voto por eso también —adhirió Ian.

—Cuidado, Williams —amenazó Lucía sin quitarle el contacto visual a Bruno. Ian levantó sus manos en señal de rendición. Por poco no derrama todo el líquido sobre la isla de la cocina. Sarah, entre susurros, lo tildó de cobarde.

—¿Estamos hablando de mujeres? —preguntó finalmente. O, más bien, cuestionó.

—Varias —sumó la otra de las jóvenes. Se pensaba divertir a costa de Bruno.

—¿En serio, Sarah? —inquirió éste molesto. Odiaba como le encantaba revelar los trapitos sucios de sus hermanos, y era hora que dejara de meterse con ellos—. Me estás cansando con tus actitudes de nena malcriada.

—No le hables así —intervino Lucía en su defensa, lo señaló con el dedo índice como si fuera una madre llamándole la atención a su hijo.

Bruno volvió su vista hacia ella, y los hermanos Williams se quedaron en el molde como simples espectadores del duelo de miradas entre Harper y Dante.

—¿Varias? —repitió lo dicho por Sarah.

Lucía escrutó a Bruno con los ojos entrecerrados. Lo contempló unos segundos y le dio rienda suelta a sus pensamientos. La sola imagen de él con otras mujeres, con o sin Ian (porque daba lo mismo), le molestaba sobremanera. La inquietaba muchísimo, le dolía de hecho. Se encontró muerta de celos, algo que la sorprendía bastante porque nunca le había pasado algo así. No hasta Bruno.

A él, por su parte, le resultaban más que encantadores sus celos. Le gustaba esa postura posesiva de ella. En el pasado se había sentido deseado por muchas mujeres, más nunca querido. No de esa manera, no con esa magnitud, no así. No hasta Lucía.

—No significaron ni van a significar nada —reveló finalmente. Algo que era total y puramente cierto.

Le brindó una mirada llena de cariño y afecto. Sus ojos emanaban un calor que la abrigaba y aplacaba todo dolor o molestia. Aunque Lucía no lo sabía, esa clase de miradas eran tan sólo para ella. Iban a serlo para toda la vida.

—Si te sirve de consuelo —interrumpió Sarah que estaba a su lado— les robé más de una chica a estos dos.

Ian lanzó un bufido.

—Una sola y tenía muy mal gusto —replicó.

—Hasta que llegué yo, hermanito —contraatacó.

Sarah miró a Lucía y le guiñó un ojo. Se introdujo en una discusión con su gemelo malvado y de, alguna forma, logró amortiguar el golpe que había lanzando.

—Pensé que se iban a quedar a cenar —manifestó Lucía cuando Bruno volvió a la cocina.

Mientras regresaba de despedir a sus hermanos en la planta baja de su edificio, Harper había lucubrado un plan para agasajar a su chica.

—Pensabas bien —respondió—. Pero no querían ser testigos del crimen. Ian me recomendó que te alejara de los elementos cortantes.

—Muy gracioso —se burló ella.

Bruno se acercó a Lucía, que estaba sentada en la banqueta más alta, y la abrazó por detrás.

—Como quedan vetados los cuchillos —le susurró al oído— voy a tener que cocinarte yo esta noche.

—¿Me estás queriendo comprar? —advirtió con entusiasmo pero simulando, aún, cierto enojo.

—Cariño —susurró juguetón— si hay alguna forma de comprarte, es precisamente con comida.

—Ey —exclamó golpeándolo con el codo. Bruno se las arregló para no soltar su abrazo, y sonrió mientras le depositaba besitos en el cuello—. Me gustan las flores también, no te olvides.

Bruno le dio un último beso, justo en el tatuaje que tenía en la nuca de una rosa pequeña y delicada, y se fue hasta la mesada de la cocina.

Lucía sintió un vacío al perder el peso de su cuerpo en la espalda, se llevó la mano al cuello y recorrió con los dedos el mismo camino que habían trazado los labios de Bruno.

—¿Qué ibas a preparar? —le preguntó. Con incertidumbre, hacia un repaso a los productos que Sara había traído a pedido de Lucía.

—Empanadas. Son típicas del norte de Argentina —señaló—. Las pensaba hacer como me las preparaba mi abuela.

—¿La que vivía en Buenos Aires? —curioseó Harper, recordaba algo que le había contado en el hospital el día que se conocieron.

—Esa misma —confirmó—. Me las hacía siempre que íbamos de visita, iba todo el viaje soñando con sus empanadas. Creo que ahí le agarré tanto amor a la comida —bromeó.

La abuela materna de Lucía se llamaba Elena, y había sido uno de los grandes amores de su vida. 1,591.0 km (o 229 canciones) separaban a su Bariloche natal de la casa de su abuela, por lo que la veía verdaderamente poco, mucho menos de lo que hubiese querido.

Si bien esos momentos habían sido escasos, habían sido los suficientes como para marcarla a fuego. La figura de Elena estaba siempre presente con Lucía. La llevaba con ella a todos lados. La veía todo el tiempo.

Cuando escuchaba una canción en la radio como lo hacía con ella, o cuando se cocinaba alguno de los platos que le había preparado y enseñado de chica. Al volver a ver las películas que había visto por primera vez con ella (Elena era amante del buen cine), y al oler jazmines, sus flores preferidas.

Pasado su fallecimiento, cuando viajaba a Buenos Aires, en cada calle, se encontraba con su abuela. Por eso visitaba con tanto entusiasmo a su hermana que se había mudado allí para estudiar en la universidad. Por eso se animaba a volver, incluso después de lo de ella.

Y es que era una ciudad cargada de recuerdos, distinta a todas las otras ciudades por las que se había perdido. Única y especial. Buenos Aires era como ella.

Bruno volteó y se apoyó sobre la mesada para mirarla. El silencio le había advertido que Lucía se había dejado ir en sus pensamientos. Cruzó sus piernas para ponerse cómodo y se dedicó a contemplarla.

—Siempre hay una historia detrás —insinuó.

Lucía volvió con él y le sonrió. Le encantaba eso de Bruno. Siempre la esperaba. Siempre aguardaba con paciencia cuando ella se iba de viaje entre recuerdo y recuerdo.

Por lo general, la gente le reprochaba esa manía que tenía. Le remarcaban hasta el cansancio lo

distraída que era. Sin embargo, Bruno no parecía molestarse nunca. La entendía. La respetaba. La quería, tal y como era.

—Sí —confirmó sonriente. La conclusión de Bruno y a la que había llegado ella.

—¿Qué te parece si me explicás como preparar todo y me contás algo de eso? —le propuso él porque, también, sabía cuánto adoraba Lucía contar todas esas historias.

—¿Me seguís comprando? —replicó con perspicacia.

Bruno se encogió de hombros.

—¿Funciona? —intentó averiguar.

—Siempre —le dijo a él.

Por y para siempre, se dijo a ella misma.

## XIV: La Habana

Lucía lanzó un suspiro de alivio puro. Experimentó un regocijo que hizo eco en todo su cuerpo. Una inyección de adrenalina y frenesí que corrió por sus venas. Quiso saltar de la alegría y abrazarlo con toda sus fuerzas.

—Quedás libre, oficialmente —anunció George Scott, *Doc. G*, luego de quitarle la ultima tira de vendaje del tobillo. Finalmente, el ansiado día había llegado.

Con la fascinación del niño que explora algo por primera vez, movió su pie derecho formando pequeños círculos. Estudió cada sensación y, con agrado, notó que ya no sentía dolor. Llevó su mano al tobillo y lo acarició con reparo.

No le entraban en el cuerpo las ganas inmensas que tenía de poder caminar sin preocupación. Era hiperactiva por demás y ya se sentía hastiada de la vida de encierro que llevaba en el departamento de Bruno. El lugar era precioso, y aún más lo eran las atenciones de él, pero ya quería valerse por sí misma. Necesitaba volver a andar en bicicleta y chocar contra el viento. Pasear bajo la lluvia y ponerse a bailar cuando la canción que le gustaba sonaba en la radio.

En esa última semana de reposo, la más dura (porque los días duraban más canciones de lo normal), había hecho una lista de todas las cosas que quería hacer ni bien pudiera volver a caminar. Quería hacerlo todo. Y quería hacerlo con Bruno.

Harper le acarició la espalda en aliento. Estaba tan contento y liberado como ella. Sabe Dios, cuánto había padecido la desesperación de Lucía en los últimos días. La sensación de libertad era compartida.

—Entonces puedo hacer lo que quiera —se aseguró dirigiéndose a George. Tras el asentimiento del doctor, sonrió hasta con el alma.

—Vas a tener que tener un poco de cuidado nada más —le advirtió— no es que mañana vayas a correr una maratón. Vida normal, —la miró con satisfacción pero con reproche— la que me venias reclamando tanto.

A Lucía, que se había concentrado en lo primero, se le iluminaron los ojos de la emoción porque recordó algo que había mencionado Bruno. Una de las pocas historias que él había compartido con ella.

—Nunca corrí una de esas. Justamente *B* me contó de sus carreras, —lo miró para contar con su complicidad— están en mis lista de cosas por hacer.

—Tranquila Usain Bolt —inquirió George agarrándola de los hombros—. Por el momento ese tipo de cosas están prohibidas.

Lucía frunció la nariz y se detuvo a pensar en lo excitante que era para ella el término prohibido.

—Además, me gustaría que hagas un poco de fisioterapia —tomó la planilla que había apoyado en la camilla y comenzó a calcular las posibilidades—. Para tu suerte, Thomas es muy bueno en eso, le voy a dar unos horarios libres para que te pueda acompañar.

La mención de Dickinson rompió la burbuja de júbilo en la que Lucía se suspendía.

—Los últimos días estuvo muy distante —se lamentó— quizás esté ocupado en algo.

Su amigo ya no respondía con tanto entusiasmo sus mensajes y comenzó a dejar pasar las invitaciones de Lucía para comer con ella. Las visitas eran cada vez más esporádicas.

Bruno, que había sido testigo de lo triste que la tenía ese asunto, volvió a acariciarle la espalda. Lo hacía todo el tiempo. Cada vez que estaba dolorida, molesta o melancólica. Una

noche, ella misma, le confesó entre susurros, cuánto la reconfortaba aquel gesto suyo de cariño.

—Seguro que va a poder —la consoló dándole un beso en la frente— te adora.

—Tommy es especial —sumó *Doc. G*— es muy reservado con sus asuntos personales. Que se aleje, no significa que no le importes, creeme.

Thomas Dickinson era más que especial para ella. Lo extrañaba muchísimo y estaba preocupada por él. Esperaba que George y Bruno estuvieran en lo cierto.

—No puedo creer lo mucho que echaba de menos esto de caminar —exclamó Lucía encantada. Si había alguien que apreciaba los pequeños detalles de la vida, esa era ella.

Con paso marcado y seguro recorría los pasillos del *Presbyterian Hospital* camino a su salida. A su lado, Bruno la tomaba de la mano y la acompañaba en esos primeros pasos. Quería estar a su lado en todos los que diera de ahora en adelante.

—Creo que quiero intentar correr alguna carrera —reveló ilusionada— ¿será que podés entrenarme para algunas de las que participas vos?

Bruno sonrió ante la reminiscencia del entusiasmo de Lucía al contarle de las maratones que participaba. Hacia un mes que se venía preparando para una de ellas, de hecho; de ahí todas sus salidas muy temprano por las mañanas. Cuando el sol todavía no se asomaba y Lucía seguía en la quinta nube, corría a todo dar por las calles de *TriBeCa*. En la soledad de esa oscuridad parcial, previa al alba, le daba rienda suelta a sus pensamientos. Al igual que lo hacía el piloto de *Vuelo Nocturno* de Antoine de Saint-Exupéry, el libro favorito de Lucía.

—Podemos intentarlo si querés —contestó mientras llevaba la delicada mano de Lucía a su boca y depositaba pequeños besos en sus dedos. Le encantaba como pintaba sus uñas de colores tan llenos de vida. Ese día eran de un fucsia intenso— pero hay que ir despacio, más adelante.

La idea de proyectar un más adelante con ella, no le resultaba agobiante ni absurdo. No como le sucedía antes, con cualquier otro tipo de compromiso que no fuera del ámbito laboral o familiar. Para Bruno, familia eran los Williams y los Scott. Pero eso era, justamente, antes de Lucía.

—Paso a paso —susurró, ella, asintiendo—. Me va a costar un triunfo —suspiró— pero supongo que tengo que hacer el esfuerzo. La ansiedad me estaba matando.

—George estaba contento de no tener que recibir más tus amenazas —bromeó— creo que si seguías presionando te la sacaba antes de tiempo.

La mención de George le hizo recordar algo a Lucía y se frenó en seco. Examinó su mochila y sacó un pequeño cuadrito de madera de muchos colores. El material, que ella misma había pintado, le daba marco a una foto suya. Estaba recostada en un sillón, cómoda y sonriente. Bruno revivió el momento en que él había sacado esa foto. Fue la tarde del sábado donde pasaron el día viendo las películas favoritas de Lucía.

—Es para la pared de honor —le explicó haciendo una mueca y elevando un hombro, un gesto que Bruno ya tenía memorizado—. Andá yendo al auto, voy y vengo en una corrida —indicó, orgullosa, moviendo su pierna liberada.

Bruno le dio un beso suave y cariñoso, y retomó su destino.

Cada paso que Lucía daba, eran motivo de celebración y gozo. Así lo vivía ella, así se tomaba la vida. De forma intensa y frenética, sin reservas. Ya se imaginaba todas las cosas que iba a cumplir de su lista, así como todos los paseos que iba a dar de la mano de Bruno.

Al llegar a una intersección, se encontró con Thomas. Con curiosidad se acercó a él y se sorprendió al verlo frente a Daniel. El enfermero estaba cabizbajo, y el doctor parecía darle unas directivas que no eran para nada amigables.

Lucía se situó cerca de ellos, plantando bandera. Su presencia representó un stand by en la

discusión que mantenían los hombres.

—Dickinson —saludó a su amigo. Fue dulce y cariñosa, muestra de cuánto llevaba extrañando su presencia.

—Dante —replicó él con una media sonrisa. En medio de la pelea con Daniel, la aparición de su amiga era como el oasis de un desierto.

Lucía extendió sus brazos y se dejó abrazar por Thomas. Acercó su boca lo más que pudo a su oído para que las siguientes palabras quedaran solo entre ellos.

—Si querés que le dé una paliza rascate la nariz —el joven se rió y el aire que expulsó de su boca le hizo cosquilla en el cuello.

El romper el contacto significó un vacío para ambos. Daniel fue un testigo silencioso de aquello. No le pasó desapercibido el desprecio de Lucía para con él.

—Te extrañé demasiado Dickinson —le aseguró. Ese sentimiento era reciproco—. Me como todo yo sola, no me entra la ropa —enfaticó sus dichos tirando de la cintura de su short.

Al seguir su movimiento, el joven notó la pierna de Lucía libre de la bota ortopédica y de los vendajes. Se le iluminaron los ojos. Por primera vez ese día.

—Claro —se reprochó— George me avisó que hoy venias. Se me pasó —advirtió llevándose la mano a la cabeza. Ese gesto no solo expresaba lamento, sino también cansancio.

—No pasa nada —replicó Lucía de inmediato—. Me alegro de haberte cruzado, quería saber si estabas bien.

Daniel, que seguía siendo invisible para Lucía, se ofendió por aquellas palabras. ¿Por qué no iba a estar bien Thomas, si estaba con él?

—Me mantienen ocupado unas cosas —se excusó su amigo— pero no te preocupes, está todo bien —mintió. Y se notaba la mentira, Dickinson era un pésimo farsante.

—¿Seguro? —insistió ella rascándose la nariz de forma exagerada, la acción le causó mucha gracia al enfermero. Éste asintió en respuesta. Sonriente, para la calma de Lucía.

—¿Thomas? —inquirió interrumpiendo Daniel. Atravesaba una combinación de confusión y molestia por encontrarse tan ajeno de la conversación.

—Voy a llevar a Bruno a conocer a Teresa —arremetió Lucía sin preocuparse por Daniel. Como si el doctor no fuera parte de aquello. Claro que no lo era—. Si querés te puedo esperar y venís con nosotros. La comida está asegurada.

Lucía no solo tenía la imperiosa necesidad de compartir un poco de tiempo con Thomas; sino que se sentía en la obligación de alejarlo de una situación, que con toda claridad, era angustiada para él. Se imaginó una y mil maneras con las que podía golpear a Daniel y hacerle pagar todo el sufrimiento que le causaba a su amigo.

A pesar de lo irresistible que sonaba la propuesta, la duda quedó instalada en el rostro del enfermero. Se encontró en un verdadero aprieto. Tenía que seguir escuchando todos los reproches de su pareja (o lo que sea que Daniel fuera) pero no quería seguir evitando a Lucía. Aún así, a pesar de sus ganas por compartir tiempo con ella, sabía que iba a decirle cosas que todavía no quería escuchar. Desde un primer momento, Lucía se había mostrado rehacia a su intento de relación con Daniel. Tanto como él, con la de Bruno y ella; pero la verdad era que Harper se había redimido bastante. En definitiva, no tenía ni idea qué hacer.

—Teresa habla hasta por los codos —le señaló comprendiendo la naturaleza de su vacilación—. Comida y sus historias. Nada más. Esa es la oferta.

Como complemento, añadió una de esas sonrisas pícaras que tanto le gustaban a su amigo. De las que no podía resistirse.

La cafetería de Teresa Martínez quedaba entre la calle 138 y la avenida *Alexander* en el barrio

*Mott Haven* del *Bronx*. Era un lugar que guardaba una mística muy especial. Sus padres, padre cubano y madre estadounidense, la habían construido con mucho esfuerzo y dedicación. Ann se había enamorado de Samuel y había resignado una vida de lujo para estar a su lado. Con el rechazo de su familia a puerta, lo dejó todo, sin mirar atrás. Y si bien las cosas no les resultaron nada fáciles, con mucho amor y perseverancia fueron cumpliendo cada uno sus sueños.

Lucía, Bruno y Thomas cruzaron el umbral de *La pequeña La Habana* y se vieron invadidos por el encantamiento de aquel lugar. El aroma delicioso que se percibía en el aire prometía y mucho, el clima y la gente eran tan cálidos como el sol de verano que ya se ponía en el horizonte. Había una musiquita a lo lejos que sonaba a Cuba, y daba vida a todos los recuerdos que Samuel le había regalado a su Teresa. Muy bienvenidos, recibieron saludos cordiales y sonrisas verdaderas. Ahí todo era verdadero.

—Mi niña —susurró Teresa en español y desbordada por la nostalgia, abrazó a Lucía con toda su alma. Llevaba varios meses aheleando ese abrazo.

El encuentro tan cariñoso entre ellas, fue emocionante para todos. Muchos se dieron vuelta para contemplar aquella imagen. Lucía derramaba lágrimas que guardaban todo tipo de sentidos. Añoranza, ansia, felicidad. Estaba volviendo a casa. Teresa soltó a la mejor amiga de su hija Ruth (más bien a su hija, porque así la habían adoptado las Martínez) y le secó sus lágrimas. Con ternura. Una a una. Con cada roce, le arrancaba una sonrisa.

Cuando la emoción ya no las sobrepasaba y se permitieron volver a aquel y ahora, la mujer desplazó su vista a los caballeros que acompañaban a su niña.

—Diosito mío —exclamó con los ojos bien abiertos—. Pero si son más lindos de lo que me habías contado. Qué hombretones me trajiste.

Lucía estalló en una carcajada. Y desde ese momento en adelante, todo fue risas y festejos.

Hasta muy tarde, Teresa los entretuvo con historias de *La Habana*. La noche fue un comensal más en la mesa. Fue testigo de la historia pasional entre Samuel y Ann, y de su devoción por su hija y su nieta. De la unión mágica que el destino había labrado entre Bruno y Lucía, y ésta con Thomas. De la amistad y de la lealtad entre ellos. Del amor que se tenían.

Ahí, todo era amor. Ahí, el amor era su historia.

*"A veces en el silencio de la noche, todos sus recuerdos le eran devueltos con la plenitud de una canción de infancia. En la soledad, nadie escapa a los recuerdos."*

**Antoine de Saint-Exupéry**

## XV: Sevilla

—¿Son reales? —preguntó Thomas, ante la vista que los acompañaba ese día durante la sesión.

A su lado, Lucía asentía igual de embriagada, sin poder quitar su vista de aquello.

—Juro que lo son —replicó entre sonrisitas. Una y mil imágenes se le cruzaban por la cabeza.

Thomas alzó la palma de su mano y Lucía, orgullosa, chocó los cinco con él.

En las barras altas, Bruno llegaba a la flexión número cincuenta. Su torso al desnudo revelaba unos abdominales que cualquiera mataría por tener. Las gotas de sudor recorrían su vientre y cada uno de los rincones de un cuerpo tan perfecto que quitaba el aliento. Para Lucía, los hombres como él no podían ser de este planeta.

—Si fuera así iría desnudo a todos lados —confesó Thomas.

Lucía se echó a reír porque había pensando exactamente lo mismo.

—Sería un acto egoísta no compartirlo con la gente —exclamó nuevamente y su amiga asintió.

—Bueno... lo comparto conmigo todas las noches —apuntó ella socarrona.

Dickinson chocó su hombro con el de ella como represaría. Pensó en lo mala que era su vida amorosa en comparación con la de Dante. O más bien, en la falta absoluta de ella.

Sentados en una camilla que el enfermero había dispuesto para trabajar, hombro con hombro, observaban a Bruno y se desasían en elogios. Se relamían como nenes pegados a la vidriera de una fábrica de chocolates.

—Les recuerdo que están acá para trabajar —interrumpió sus pensamientos Bruno.

Lucía analizaba la posibilidad de untar esos abdominales con dulce y se sonrió ante la idea.

Ante la poca recepción de sus palabras, Harper abandonó su rutina y se acercó hasta ellos. En el camino tomó una toalla y se la pasó por el cuerpo para quitarse el sudor. De un banco, recogió una remera sin mangas. Al agacharse, juró escuchar un suspiro de Thomas y un gemido de Lucía. Agradeció haber encontrado el gimnasio de su edificio desocupado, disponible sólo para ellos.

Aquellos dos hubiesen causado todo un espectáculo entre sus vecinos.

—¿Y bien? —volvió a la guardia.

—Estoy esperando las ordenes de Dickinson—se defendió Lucía encogiendo sus hombros.

Bruno dejó la toalla en la camilla junto al muslo de Lucía y le acarició la pierna con el pulgar derecho. El contacto fue efímero pero efectivo. Se puso la remera y se dirigió a Thomas.

—Voy a correr —le señaló la caminadora junto al ventanal con un gesto con la cabeza— ¿será que podés hacer algo de lo que te pidió G?

El joven asintió desganado. Le había hecho ilusión verlo correr sin la remera puesta.

—Hagamos un trato —propuso Lucía.

Los hombres voltearon a mirarla y ella se aclaró la garganta.

—Si te sacás la remera —tomó a Thomas del hombro— él se compromete a hacer los ejercicios y yo —llevándose su mano al pecho— de seguirlos al pie de la letra.

Bruno entrecerró los ojos y estudió el pedido de su chica.

—Palabra de scout —apuntó el enfermero levantando su mano derecha.

—No sabía que habías sido un niño explorador, Tommy —dijo Bruno sorprendido.

—Yo tampoco —replicó él conteniendo la risa.

Bruno sonrió a medias y negó con la cabeza llevando su vista hacía arriba. Con los brazos en jarra, respiró hondo unas cuentas veces y midió la situación.

Besó la frente de una Lucía que interesada esperaba su respuesta y se quitó la remera por la cabeza. Dio la vuelta y fue directo a su máquina.

Lucía levantó su mano, y esa vez fue Thomas el que chocó los cinco.

Las sesiones de fisioterapia se resumían entre largas charlas y divertidas discusiones y poco trabajo. Con el paso de los días, Bruno había desistido y había aceptado esa metodología de trabajo. Entendía que esos encuentros representaban la excusa perfecta de Lucía para pasar más tiempo con su amigo.

Cuando abandonó el espacio y se dirigió a su departamento para prepararse para una reunión con uno de sus socios, Thomas y Lucía lo despidieron entre suspiros y reproches. Le hacía mucha diversión pasar tiempo con ellos, la nueva vida en compañía le resultaba, a pesar de los pronósticos, satisfactoria y placentera.

—El sábado voy a un almuerzo en la casa de los Williams —anunció Lucía.

Thomas trabajaba en su tobillo, aplicándole una crema y haciéndole unos masajes.

—Va a haber mucha gente, vienen unos socios de España —explicó.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco —confesó— No por ellos, porque son un amor de persona, sino por todas las personas que va a haber. No me va mucho la gente estirada.

—Bueno —inquirió él— Jerry y Martha pertenecen a ese mundo y no son así como decís.

—Es verdad —reflexionó Lucía—. Supongo que tendría que salir todo bien.

—Claro que sí —la animó—. Vas a poder hablar en español con ellos y va a haber montones de comida.

—Sos un genio, Dickinson —reconoció moviendo su dedo índice señalándolo.

Thomas se quitó el excedente de la pomada de sus manos y comenzó a masajearle la pierna para reactivar la circulación.

—Ey —exclamó Lucía ante una ocurrencia— ¿Y si venís con nosotros? Estoy seguro que Martha va a adorar que vayas.

—No puedo —replicó negando con la cabeza—. Voy a ver a Daniel.

El silencio de Lucía lo asombró.

—¿Algo que objetar? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—Nop. Nada —se limitó a contestar ella.

Thomas llegó hasta el muslo derecho de Lucía y comenzó a ejercer pequeñas presiones sobre los músculos.

—Gracias por entender —susurró.

—Confío en tu ingenio —repuso Lucía—. Pero mi propuesta de darle una paliza sigue vigente.

Thomas se sonrió y siguió trabajando.



Un camarero se acercó a la pareja y les ofreció un trago.

Bruno tomó una copa de vino blanco para Lucía y una para él. Al probar el dulzor del vino, se relamió los labios ante el recuerdo de lo dulce que eran los de su acompañante. Antes de entrar a la casa de su familia los había probado por última vez.

—¿Por qué no quisiste comprarte el vestido? —preguntó curioso mientras observaba con la gracia que ella daba pequeños sorbitos.

—Costaba como un auto, B —respondió Lucía haciendo un ademán con la mano.

Bruno se echó a reír ante la exageración.

—Eso no es cierto —replicó llevándose la copa a su boca. El vino era delicioso, tanto como la compañía que tenía.

Lucía puso los ojos en blanco.

—No como un auto tuyo —se defendió— más bien como uno mío.

—Pero si no tenés uno, nena —apuntó sonriendo.

—Y brindo por eso —contestó levantando su copa y tomando un trago largo.

La frase no fue gratuita, estaba cargada de significado. Era melancolía y tristeza en estado puro. Los nervios comenzaban a pasarle factura.

Bruno acercó su cuerpo al de ella. Con disimulo pasó un brazo por su espalda y la acarició la piel expuesta. Le besó la frente y la protegió con su calor.

—Ya gastás demasiado por mi —susurró.

Bruno carraspeó en reproche sin dejar de perder el contacto. Le encantaba su calor

—Éste está bien —dijo (y a si misma) mientras acariciaba la falda.

Regalo de su hermana mayor, ese vestido era uno de sus favoritos. Aunque de un color rosa pastel, consistía en una réplica casi idéntica del mismo que Marilyn Monroe usaba en la célebre escena del subterráneo de *The Seven Year Itch*. La gaza era agradable al tacto y se movía con total libertad ante la brisa. Danzaba.

Liviano y cómodo, era perfecto para ella. Lucía lo usaba en ocasiones importantes y lo consideraba como amuleto de la suerte. Le servía de disfraz para encarar situaciones que encontraba intimidantes.

—Te compré algo —anunció Bruno llevándose la mano derecha al bolsillo de su pantalón. Vestía un traje de etiqueta oscuro, sin corbata ni moño.

—Para que te haga compañía —le dijo revelando un pequeño Pato Donald de plástico unido a un llavero—. Lo vi hoy en la tienda al lado de la *Cupcakeria*.

Lucía lo tomó en sus manos y sonrió al darle vueltas para examinarlo. Lo apretó muy fuerte con su mano y le dio un beso a Bruno en el cuello. Esos pequeños gestos la desarmaban.

El joven volvió a besarle la frente y permanecieron en silencio, así, uno muy cerca del otro, dándose cariño.

Ninguno de los dos volvió a intercambiar palabras, porque no las necesitaban, con cada caricia se decían todo.

En un momento de la velada Jeremy los abordó. A su lado, había un hombre muy alto y corpulento. Iba impecablemente vestido y arreglado, sin embargo, tenía un semblante raro. Lucía pensó que tenía una mirada triste.

—Él es Bruno —le indicó el Sr. Williams al hombre.

Bruno extendió su mano y se dieron un apretón fuerte. El hombre asintió con la cabeza en reconocimiento.

—La preciosa joven que lo acompaña —sonrió hacia Lucía— es la señorita Dante.

El extraño recibió su mano pero le dio vuelta y depositó un beso suave muy cerca de sus nudillos. Lucía le devolvió una sonrisa y él respondió con el mismo gesto, solo que la suya no era verdadera, no le llegaba a los ojos.

—B, él es Ernesto Cortez, la persona que te conté.

Ernesto Cortez era un prestigioso abogado de España que había estudiado leyes junto al padre de Bruno y Jeremy en la Universidad de Stanford. Con padre estadounidense y madre española, había pasado su vida alternando ambos escenarios. Felizmente casado, se había instalado definitivamente en España, pero en los últimos meses había analizado la posibilidad de volver a

Estados Unidos y asociarse con Williams.

—Jerry me contó de su proyecto sobre el asilo humanitario —le comentó muy interesado en el tema—. Asiste a refugiados y familia de refugiados de Europa del este y Asia —le explicó a Lucía.

—Eso es increíble —exclamó ella con una sonrisa que le iluminaban los ojos— necesitamos más personas como usted Sr. Cortez

—Por favor señorita, puede llamarme Ernesto —pidió muy atento.

—Sólo si usted me llama Lucía —solicitó ella.

—Lucía es un nombre hermoso. Suena familiar —reflexionó él.

—Soy argentina —señaló con orgullo.

—¿Argentina? —Lucía asintió— Leonel Messi es lo mejor que nos pasó en mucho tiempo.

La joven se echó a reír encantada por el comentario. Jeremy y Bruno, que de fútbol entendían lo mismo que Lucía de física cuántica, se limitaron a seguir el hilo de la conversación.

—¿Hincha del *Barça*? —preguntó ella.

—¿Usted, no? —se alarmó él.

—No qué va, me gustan los retos —expuso eufórica—. Soy del Sevilla —y poniendo su mano en pecho— y muy orgullosa.

Ernesto Cortez sonrió, su sonrisa fue sincera esa vez. Jeremy tomó aquel gesto como un signo de buen augurio.

Bruno le hizo una señal a uno de los camareros para que se acercara e invitó a Ernesto a tomar una copa. Los tres hombres se decidieron por una copa de vino y Lucía por un poco de jugo de naranja.

—Mis hijos también son sevillanos, Srta. Dante —reveló—. Igual que su hermosa madre. Nunca pude convencerla de desistir de aquello.

—Lucía —volvió a recordarle ella—. Seguro que es una mujer increíble, entonces.

—Lo era, sí —afirmó melancólico—. La mejor de todas.

A Lucía se le heló el cuerpo. Jeremy se reprendió mentalmente por no haberles advertido de los sucesos recientes en la vida del Sr. Cortez. Bruno, que tampoco estaba al tanto, también se estremeció.

—Lo siento mucho, no sabía —intentó disculparse.

Miró a los hombres que conocía buscando ayuda.

—Claro que no lo sabía —intervino Cortez— no se preocupe. Yo también lo siento. Mis hijos y yo la extrañamos muchísimo.

Jeremy apoyó su mano en el hombro de su amigo y lo apretó fuerte.

—Tus niños tienen mucha suerte de tenerte —repuso—. Juan y Gabriel son unos chicos muy inteligentes y muy dulces —le indicó a Lucía.

—¿Están por acá? —indagó ella.

—Sí, están con su niñera en el jardín —señaló Ernesto—. Este tipo de reuniones los aburre bastante.

A Lucía se le vino una sola idea a la cabeza.

—Que les parece —propuso entregándole su vaso de jugo a Bruno— si los dejo seguir discutiendo cosas aburridas y voy a saludarlos.

—Van a estar encantados de hablar un poco de español —señaló Cortez— y de fútbol...

—Allá voy entonces —replicó sonriente y entusiasmada—. Si me disculpan...

Lucía besó la mejilla izquierda de Bruno y fue en busca de los niños. Con sus manos, apretó fuerte su nuevo amuleto.

La señorita Dante encontró a Juan y a Gabriel muy cerca de la enorme piscina que había en el patio trasero de la casa de los Williams. A los lejos, divisó a una joven que no quitaba su atención de su teléfono móvil. Refunfuñó al encontrar su poco interés por los niños. Supuso que era su niñera.

A paso decidido se acercó a los menores. Los tacones que llevaba, que se los había prestado Sarah, se enterraban un poco en el césped pero no la detenían.

Al llegar a ellos, se agachó para lograr estar a su misma altura y con una sonrisa de lado a lado los saludó.

—Hola —les dijo en su lengua madre. La charla iba a ser enteramente en español.

El más grande de los niños se sorprendió al escucharla hablar así.

—Soy Lucía e hincha muy orgullosa del Sevilla —advirtió levantando su mano para gracia de los pequeños—. Me dijeron que había otros sevillanos por acá y pienso que pueden ser ustedes.

Juan, el mayor, el de 12 años, tomó la palabra.

—¿Por qué pensaste eso?

—Fácil —Lucía se encogió de hombros— busqué a los niños más lindos de toda la fiesta.

Juan se sonrió y el más chiquito, Gabriel, que recién había cumplido los 5 años, se acercó a ella curioso.

—¿Qué-e-eso? —esbozó señalando el llavero que colgaba de su mano. Lucía se lo había colocado como una especie de anillo.

—¿Esto? —preguntó quitándose el llavero y mostrándose.

El niño asintió con la cabeza.

—Es un pato Donald —le explicó—. ¿Te gusta?

Una vez más, Gabriel asintió con la cabeza. Su hermano, Juan, se mantuvo a su lado. Protegiéndolo. Como buen hermano mayor.

Lucía tomó la manito chiquita de Gabriel y depositó en su palma el muñeco. Se la cerró para que pudiera sostenerlo.

—Es tuyo, ahora, si querés.

Los dos niños le sonrieron a una extraña que no sentían tan extraña.

Lucía era el primer rostro amigable que habían encontrado en ese lugar. Algo de ella les daba seguridad y refugio. Se sintieron cómodos desde el primer momento. Como en casa.

Bruno salió del baño de servicio y se dirigió a la cocina en busca de Lucía. Por una razón más que evidente, siempre que Lucía desaparecía, la buscaba cerca de la comida.

Al pasar cerca de las puertas francesas que daban al jardín, las risas de unos niños llamaron su atención y salió de inmediato hacia el exterior de la casa.

El escenario que encontró al salir, lo alarmó por completo.

Lucía corría como loca por el césped del jardín. Iba descalza y despeinada. Tenía la falda de su vestido arremangada y juró ver un poco de pasto en su pelo.

Le gritaba palabras que reconocía del idioma español a dos niños que reían y andaban peligrosamente cerca de la piscina de los Williams.

Disparado, corrió hasta ellos cuando el más pequeño cayó al agua por accidente. El grito impetuoso que emitió, ensordeció a Lucía y asustó al otro niño.

Sin dudarle un instante, la joven se tiró a la pileta y socorrió al niño. Gabriel se había asustado muchísimo por el impacto y, aunque se encontraba en perfecto estado, lloraba desconsolado. Juan, que había visto como Lucía sacaba a su hermano del agua, corrió en busca de su padre.

Bruno llegó hasta Lucía que salía de la pileta y se quedó sin aliento.

—¿Estás loca? —gritó.

La violencia con la que había arrojado las palabras acongojó, aún más, al niño. Lucía se arrodilló y meció al pequeño en sus brazos. Con suave besos en su frente intentó calmarlo.

—*Shhhhh* —susurró ésta y le acarició la espalda para consolarlo.

—¿Cómo hacés esto, Lucía? —Le recriminó Bruno— ¿Cómo no pensaste?

La joven temblaba, y no de frío. Se había aterrado al ver a Gabriel sumergido bajo el agua.

—No puedo creer lo inconsciente que fuiste —Bruno no paraba de recriminarle lo que había pasado, estaba fuera de sí.

Lucía comenzó a sollozar porque no tenía palabras para enfrentarlo. No dejó de lamentarse ni de temblar hasta que Ernesto y los Williams llegaron corriendo hasta el jardín.

Martha separó a Bruno de Lucía porque lo notaba demasiado vehemente para con ella. Estaba claro que había sido un accidente y que la joven estaba deshecha de pena. Sus reproches eran desmedidos.

El doctor George Scott, que también estaba en la reunión acompañado de su esposa, fue el que tomó al pequeño Gabriel y se aseguró que se encontrara bien. Posteriormente a eso, Jeremy y Ernesto lo llevaron a una habitación mientras Sarah iba por un poco de ropa seca.

Mientras todos estaban en el interior de la casa con los pequeños, que ya se encontraban tranquilos y en buen estado, Lucía permanecía sentada en un banco del jardín. Absorta. En su mundo.

Su ropa había comenzado a secarse y se abrigaba con una manta que le había traído Sarah. La mayor de los Williams también le había ofrecido ropa seca para que se cambiara, pero Lucía le había pedido que le diera un momento a solas.

Se encontraba mortificada y dolida. Por lo que le había pasado a Gabriel y por la forma en la que había reaccionado Bruno.

—No pasó nada grave, Lu —la animó Ian, arrancándola de sus pensamientos.

El joven estaba sentado a su lado, para su sorpresa. Lucía lo miró afligida, la tristeza en sus ojos era indudable.

—Están bien, no pasó nada —volvió a decirle.

Lucía sollozó como una nena pequeña y asustada. Ian le frotó la espalda para darle calor y consuelo.

—Se pone muy loco cuando pasa algo así, no lo tomes personal. Creeme que ya debe estar arrepentido de todo lo que dijo.

La joven asintió, todavía temblando.

—Pensar que siempre soy yo el que da la nota. Me superaste con creces, Lucía Dante —dijo chocando su cuerpo con el de ella.

Lucía se secó las lágrimas con la punta de la manta e Ian le acomodó el pelo detrás de su oreja. Le comenzaba a tener verdadero cariño. Para su sorpresa, uno fraternal. Como de hermanos.

Las puertas traseras se abrieron y Ernesto salió acompañado de Jeremy y Martha.

—Lucía —dijo acercándose a ella.

Ella se puso de pie de inmediato, llena de culpa y vergüenza.

—Lo siento mucho Sr...

—*Shhhh* —susurró Cortez buscando su mirada—. Los accidentes pasan.

—Lo sé —dijo Lucía sin quitar la vista de sus pies descalzos— pero...

—Mis niños se divirtieron mucho —la interrumpió— hace tiempo que no los veía tan animados.

Lucía levantó sus ojos al escuchar eso.

—Mucho tiempo —remarcó Ernesto.

Lucía asintió aún con congoja. Martha la abrazó con ternura haciéndole caricias en el hombro. La contuvo como una madre lo hace con su hijo.

—Me pidieron que le diga que esperan volver a verla pronto.

La sonrisa que Ernesto Cortez le brindaba era sincera y estaba llena de esperanza, servía de bálsamo y aliento. Para ambos.

La forma en que sus hijos habían defendido a su amiga le había dado la pauta que lo único que necesitaban esos niños para volver a ser lo que eran, era justamente eso. Estar rodeados de cariño y afecto.

Ya no creía que la solución fuera alejarlos de Sevilla. Allí, aunque la ausencia de Verónica era más evidente, allí estaba la respuesta. La cura para su dolor. Estaba en la cara de sus amigos de la escuela y de la colonia, en las de sus primos y sus seres queridos, en todos los rincones de su casa en los que se habían criado entre juegos y travesuras. Sevilla era el lugar donde tenían que estar, y la señorita Dante se lo había demostrado con claridad.

Lucía, como en tantos otros casos, no tenía idea de cuánto había hecho por la vida de Juan y de Gabriel. De lo mucho que iba a significar para ellos. Pero así era.

Tanto como con Bruno. No importaba ese enojo que, claramente, iba a ser pasajero. Lo que ellos tenían iba a poder con todo. Se habían cruzado para curarse. Para encontrar en el otro esa parte que les faltaba y los hacía sentir incompletos.

Eran la respuesta que no sabían que andaban buscando.

## XVI: Chicago

—¿Quién es esa bomba? —preguntó Ian señalando la foto.

En el extremo opuesto, Lucía también estaba sentada en la isla de la cocina de Bruno. Miraba con atención la pantalla de su teléfono celular, y con la mano que tenía libre realizaba anotaciones en su agenda.

A Williams le llamó la atención la fotografía que usaba como señalador y que ahora descansaba sobre la mesada. En la imagen se la veía muy sonriente, abrazando a una joven que parecía tener una edad cercana a la de ella y el mismo gusto estafalario para vestir.

Ambas llevaban vistosas coronas de flores en la cabeza, y pañuelos de todos colores anudados a sus muñecas y tobillos. Estaban rodeadas de mucha gente y el lugar parecía ser un espacio abierto. Se las notaba muy felices.

—Ruth —le respondió pero sin despegar su vista de las páginas de su libreta.

Desde su teléfono, transcribía el cronograma que le había enviado Teresa por mensaje. A pesar de la resistencia de Bruno, la semana siguiente comenzaban sus turnos en La pequeña La Habana.

—Ruth, ¿qué? —indagó Ian.

—Martínez —agregó a secas. Sin mirarlo. Su tono era frío y distante, muy impropio a ella.

—¿No vas a decirme nada más? —cuestionó él mostrando sorpresa.

—Nop.

Esa Lucía que tenía en frente, era otra persona; hasta a él, que era el más disperso de todos, le resultaba evidente.

Alzó la vista hacia Bruno. Su amigo estaba apoyado contra la encimera de la cocina y bebía una cerveza de su marca preferida. Se lo notaba cansado, había tenido un largo y tortuoso día en el trabajo.

Ian le dedicó una mirada de auxilio, pero éste le dedicó un gesto de negativa con la cabeza. Le pidió en silencio que no insistiera con el asunto. Él ya había tratado de hacerla hablar, y había fracasado estrepitosamente.

Lucía no estaba de buen humor esos días. Hablaba lo justo y necesario, incluso mucho menos que eso. Desde el día fatídico en la casa de los Williams, la relación entre ambos se había enfriado. La notaba desanimada y ausente. Hacía uso de cualquier excusa para alejarse de él.

Ya no sabía que podía hacer para volver a tener con él a su chica. La de siempre, la que él quería y extrañaba. Aquella, era una Lucía a medias.

—Hablé con Tiana, Ian —rompió finalmente el silencio ella mientras los amigos se hablaban con gestos.

—¿Tiana? —replicó Ian haciéndose el confundido.

Bruno lanzó un bufido y se acercó a la isla.

—No te hagas —dijo apoyándose sobre el granito— sabés muy bien quién es.

—Ey —exclamó él— presiento un clima muy hostil por acá —señaló con las manos el ambiente—. Me está empezando a afectar, chicos.

Lucía dejó lo que estaba haciendo y lo escrutó con la mirada. Le lanzó dardos amenazantes con los ojos.

—Me llamó ayer para contarme que te vió con otra besándote en el mismo lugar donde la llevaste a cenar hace una semana —escupió casi sin respirar ni marcar una pausa.

—¿¿En serio, Ian?? —Inquirió Bruno disgustado— ¿Otra vez lo mismo?

—¿Qué? —Se defendió él encogiéndose de hombros— Hacen la carne en el punto que me gusta, ¿saben lo difícil qué es eso?

Lucía dio un golpe sobre la mesada y Bruno también. A Ian le causó gracia la sincronización de sus movimientos. Estaban cortados por la misma tijera.

Desde que esos dos estaban distantes, dormían y descansaban poco. Ella no tenía apetito ni ganas de hablar, y él vivía de mal humor. Los irritaba cualquier cosa, el temperamento se les volvió más hostil con el paso de los días.

Estaban hechos uno para el otro.

—De ahora en adelante mis amigas tienen bigote —sentenció ella, señalándolo con el dedo índice.

—¿Ruby es francesa? —retrucó cómico.

Ian siempre tenía como recurso de salvataje su humor. Esa era su marca distintiva.

—Es Ruth —le recriminó Lucía—. *R u t h* —deletreó enojada.

El joven volvió a encogerse de hombros como respuesta, y Lucía resopló ofuscada. Tomó su libreta de mala gana, su celular y la fotografía; y se los llevó con ella hasta el *living*. Se tiró en el sofá y volvió a centrarse en sus horarios.

Bruno, por su parte, se aferraba a la base de la isla con tanta fuerza que los nudillos se le ponían blancos. Estaba cansado y molesto. Con él, con Lucía, con el mundo.

—Vas a tener que volver a esconder todos los cuchillos de la cocina, hermano —le susurró Ian dándole unas palmaditas en la espalda.

A Bruno le causó gracia el comentario y se sonrió a medias como consuelo.

—Te escuché, Williams —gritó Lucía al otro lado del departamento.

—No era que estabas ofendida, Dante —refutó él, también a los gritos.

Lucía murmuró algo que ninguno de los dos pudo entender, pero que sonaba a insulto. La intromisión constante de su amigo estaba poniendo palos en la rueda en el intento de reconciliación de Bruno.

Con la cabeza, Harper señaló la puerta de su departamento invitándolo retirarse; pero el joven no se dio por aludido. Todo lo contrario. Tomó una manzana del frutero, que estaba en el centro de la isla, y le dio un mordisco generoso.

—Dale, Ian —pidió Bruno.

Williams se bajó de su banqueta ofendido. Agarró dos peras y una banana del bol sobre la mesada y las aprisionó contra su cuerpo.

—Cómo se nota la falta de sexo —refunfuñó en su salida.

Bruno apoyó una taza humeante en la mesa ratona de su sala de estar y tomó asiento en el sofá junto a Lucía. Le había preparado el café tal y como le gustaba a ella. Con miel y mucha crema batida.

—¿Estás segura de querer empezar a trabajar? —rompió el hielo.

—Sí, y ya lo discutimos —le recordó ella.

Bruno recorrió su cuerpo con la mirada y se detuvo en la libreta que descansaba sobre su muslo izquierdo.

—Estás un poco desactualizada, Lu —señaló tocando el gran 2011 expreso en la tapa.

En el mismo movimiento, procuró acariciar su pierna, con ternura y dedicación. Echaba de menos su calor y la sensación que le producía el roce de su piel.

Lucía rompió el contacto para incorporarse y depositar su agenda en la mesita. Tenía que escaparse de sus caricias, si no quería echarse a llorar de la nostalgia que sentía.

Apretó con fuerza la taza de café que le había preparado y se perdió en su aroma.

—Me gusta así, gracias.

—A mi me gustas vos —le dijo Bruno.

Lucía intentó ocultar la sonrisa que le provocaba el comentario pero le fue imposible. Cerró los ojos para pensar en cosas lindas.

—¿Va funcionando? —preguntó él.

Dante, que era bastante cabeza dura a veces, se encogió de hombros para evitar revelar cuánto funcionaban sus elogios para con ella. La desarmaban por completo.

Bruno agarró la foto que Ian había señalado.

—¿Es la hija de Teresa, no? —mencionó.

—Ajam —murmuró.

Bruno examinaba la fotografía y Lucía emitía pequeños gemidos al notar lo delicioso que estaba su café con miel y crema batida. Harper adoraba esos ruiditos. Mucho más, al saber que él era el causante de cada uno de ellos.

—¿Dónde es esto? —curioseó mostrándosela.

—Chicago —respondió entre sorbos. Tenía un poco de crema en el labio superior y Bruno deseó lamérsela—. Es del día que la conocí.

—Parecen que se conocieran de toda la vida —apuntó él, pensando también en cómo se sentía con ella.

Desde Lucía, había empezado a creer eso de que hay personas que están programadas para cruzarse con uno. Eso que mucho atribuían a la suerte o al destino.

—Nos hicimos amigas al instante —detalló.

Sonrió al pensar en todo lo que habían vivido aquel día. La aventura que significó llegar hasta allí, y la suerte que tuvo de haber dado con ella. Ruth se había convertido en su confidente, su hermana del alma. Había venido a su vida para abrigar esa partecita de su alma que llevaba incompleta desde aquel 2011.

—¿Qué hacías por ahí? —curioseó Bruno.

Haberla visto sonreír otra vez, fue una bocanada de aire fresco. Fue lo mejor que le pasó en el día.

—Fuimos con unos amigos al *Lollapalooza*<sup>[10]</sup> —explicó ella.

—¿¿Lola qué??

Lucía abrió los ojos como platos ante la sorpresa, y llevó la taza nuevamente a la mesa ratona. La apoyó con cuidado, justo en el posavasos que había traído Bruno. Su obsesión por el orden y la limpieza se le había pegado un poco durante la convivencia.

—¿No sabes lo qué es el *Lollapalooza*? —lo regañó.

Bruno negó con la cabeza. Mintió sin descaro. Claro que sabía, pero quería que ella le contara más sobre ese día. Extrañaba sus historias y la forma tan única con la que ella las relataba. Era pasión pura.

—¿De qué planeta saliste, B? —susurró incrédula.

Le costaba creer que una persona joven como él nunca hubiese escuchado hablar de aquello.

—Es un mega festival de música —apuntó.

—No tenía ni idea —Bruno volvió a mentir.

—Tocan los mejores artistas del momento —comenzó a relatar ella—. Lo hacen en un predio enorme, *Grant Park* —especificó—. Es una experiencia increíble, como es en agosto el clima es perfecto y uno puede disfrutar del día entero.

Bruno recogió la taza de café de Lucía y bebió un poco. Era como probar de sus labios. La miró con picardía al saber el efecto que aquello tenía en el cuerpo de ella.

—Era uno de mis sueños —confesó.

—Ah, la lista, claro —recordó Bruno.

Lucía tenía una lista de cosas que quería hacer a lo largo de su vida. La había compartido con él entre confidencias, y hasta lo había alentando a hacer la suya propia.

—Fue increíble, nos divertimos tanto —rememoró. Se le iluminaron los ojos por el recuerdo.

Bruno le retiró el resto de crema que tenía en el labio con el pulgar, y se lo llevó a su boca para probarlo. Era un gesto tan íntimo que a Lucía se le erizó la piel.

—Contarme más, Lu—pidió con dulzura.

Harper estaba jugando sus cartas a pleno.

Lucía tenía dos opciones. Hacerse la dura o rendirse.

—Esas cosas se tienen que vivir, *B*. No te lo puedo explicar —finalizó.

El revés de Lucía fue letal. Bruno se tuvo que conformar con esos destellos que le había regalado, y esperar que el mal momento pasara pronto.

Después de todo, el sol siempre salía tras la tormenta.



Bruno entró en la cocina de los Williams con una caja repleta de cupcakes en la mano. Nunca llegaba con las manos vacías, mucho menos desde que Martha le había confesado cuanto le gustaban.

—Mmmmm—Martha lo recibió con una mirada inquisidora— ¿Café?

El instinto le hizo saber, de inmediato, que esa visita significaba que Bruno necesitaba hablar y desahogarse con alguien. Ese alguien solía ser ella. Hasta Lucía. Darse cuenta de la vuelta de ese hábito, la alarmó bastante.

Le dio un abrazo de bienvenida a su hijo del corazón y lo abrigó con su calor.

—¿Las cosas con Lu siguen mal, *B*? —preguntó.

—Está más triste que enojada —reveló él.

Martha lanzó un suspiro porque aquello le apenaba bastante. Tanto ella como Jeremy estaban tan contentos de la llegada de Lucía a sus vidas, que la ponía mal verlos distanciados.

—Vení, sentate —indicó ella.

Mientras Bruno se ponía cómodo en la mesita de desayuno de la cocina, ella cargaba la cafetera y colocaba los cupcakes en una bandeja.

—La traté mal, Martha, siempre la cago al final —exteriorizó.

Bruno era una persona que no hablaba, comúnmente, en esos términos; pero con Martha se permitía esas licencias.

—No pienses así —le pidió ella—. Tenés una mochila difícil de llevar, no te castigues tanto.

Martha cargó la bandeja con dos tazas y un tarrito con azúcar.

Bruno jugaba con los adornos del centro de mesa. Las rositas rococós le recordaban a su Lucía.

—¿Por qué no hablás con ella sobre eso? —propuso.

Eso, representaba el accidente de sus padres. Del que él era sobreviviente. De cómo cayó el auto al agua y tuvo que luchar por su vida. De sus pesadillas de pequeño y de sus ataques de pánico.

—No —exclamó Bruno negando con la cabeza— no quiero hablar de nada de eso.

Martha fue hasta el refrigerador, al otro lado de la cocina, para tomar una botella de leche y verter un poco en una jarrita que había dispuesto en la bandeja.

—Tenés que abrirte con ella, *B* —alentó—. Va a valer la pena, te lo prometo.

—No quiero que me tenga lástima o me perdone por lo que me pasó —se excusó él—. Nunca quise que la gente me tuviera pena.

—Lo sé, lo sé —reconoció Martha porque sabía cuánto odiaba eso Bruno.  
Llevó la bandeja con los cafés y los cupcakes hasta la mesa, y se sentó frente a su hijo.  
—Pero ella no es gente, B. Ella es Lucía.  
Tu Lucía.



El sol se ponía en *Grant Park*. A su paso se llevaba el recuerdo de un día maravilloso.  
El clima era caluroso, y aunque podía resultar abrumador, siempre había una brisa dulce que venía refrescarse el alma. Era como el agua de las playas de Tenerife para Lucía. O de las sonrisas de ella para Bruno.

En ese mundo de gente, nadie encontraba al de al lado distinto. No había diferencias ni muros que los separaran. Eran uno solo. No había lugar para los prejuicios o los tapujos. No les importaba quedar en invidencia o en ridículo. Esa era la magia que era tan difícil de explicar.

La música los había llevado hasta allí, los había unido y les había dado un motivo. Para gritar a todo pulmón, para saltar con todas sus fuerzas, para bailar hasta el cansancio, para vivir el momento como si no hubiera un mañana. Para vivir. Vivir. Y para ser felices.

Lucía bailó eufórica y disfrutó con intensidad cada momento de ese día. Con la pasión y el entusiasmo que la caracterizaban. Fue tan feliz, que se olvidó de todo lo malo. De los días grises y fríos. No le entraba en el cuerpo tanta alegría, emanaba luz por todos lados.

Volvió a ser ella.

Cantó cada canción dejando su voz en cada estribillo. No le importó perder su voz, había ganado demasiado. Hizo todo lo que quiso, cómo y cuánto quiso.

Se sintió verdaderamente bendecida. Le agradeció al destino que todo eso fuera real. Que estuviera viva. Que estuviera ahí perdida en ese mar de gente.

Y que Bruno estuviera también ahí, a su lado.

Era su segunda vez en Chicago. Y una vez más, se traía consigo una persona que iba a amar para toda la vida.

Su Bruno.

## XVII: Londres

Bruno entró al departamento de policía hecho un manojo de nervios. Se encontraba tan aturdido que no se percató, en ningún momento, que Sarah estaba también allí, sentada en un banco junto a la mesa de informes.

De igual forma, no se preocupó por Ian, que iba en el auto con él; y que se había bajado del BMW tan rápido como pudo para seguirle el rastro. Bruno había estacionado en el primer compartimiento libre que había visto, y encaró hacia la oficina de la dependencia a paso firme.

Su entrada fue tan notoria, que un agente se acercó cruzándose en su camino. El buen hombre estaba acostumbrado a manejar situaciones como la de esa tarde y había percibido signos de alerta.

—Señor... —intervino éste.

—Harper, soy Bruno Harper —explicó un poco agitado— vengo por Lucía Dante. Recibí una llamada...

—Entiendo —lo interrumpió el funcionario asintiendo— soy el agente Duff. Le voy a pedir que me aguarde un momento y le voy a pasar un informe.

—¿Informe? —replicó Bruno desesperado. Su tono de voz era elevado y denotaba lo afectado que estaba— ¿Me están tomando el pelo? ¿Qué está pasando? ¿Qué alguien me explique qué está pasando.

—*B* —intercedió Sara apoyando una mano en su hombro. Necesitaba captar su atención y calmarlo antes que la situación se les fuera de las manos—. No pasó nada grave, vení conmigo.

Harper volteó hacia la voz de su hermana y por primera vez se dio cuenta de su presencia. Sarah quiso arrimarlo hacia su asiento tomándolo del brazo, pero la firmeza de Bruno le impidió siquiera moverlo un centímetro.

—¿Qué pasó Sarah? —había un dejo de desesperación en sus palabras.

—La señorita Dante está siendo interrogada, señor Harper —reveló el agente Duff—. En cuanto termine, lo voy a llevar hasta ella.

Bruno no podía comprender el curso que había tomado ese día. Había dejado a Lucía en su trabajo con la promesa de encontrarse con ella en el evento que celebraba su firma; sin embargo, estaba ahí, sin poder verla, hablarle, o saber si se encontraba bien.

Tampoco fue capaz de solicitar que Lucía no debía ser interrogada sin la presencia de un defensor, y claro que él iba a ser el que la defiende de y ante cualquier cosa.

Todo lo que Bruno había aprendido en la escuela de leyes, se había esfumado en un segundo.

—Lu está bien —le aseguró Sarah, porque sabía que era lo único que necesitaba saber en ese momento.

—Hermano, tomemos asiento —intentó mediar Ian.

Williams estaba detrás suyo, había logrado alcanzado tras perseguirlo desde que habían aparcado.

—¿Qué pasó Sarah? —Bruno volvió a reiterar su pedido. Sin calmarse, sin tomar asiento, ni bajar la guardia.

Quería respuestas y las quería de inmediato.

Había sido una mañana por demás agitada en *La Pequeña La Habana*. El servicio de Lucía casi llegaba a su fin, y no podía sentirse más aliviada. Lo cierto era que las primeras semanas de trabajo habían sido duras y un tanto caóticas, estaba verdaderamente cansada.

El entrenamiento con Bruno tampoco se quedaba atrás, era cada vez más exigente y significaba todo un esfuerzo poder hacerlo a la par. La idea de competir en la próxima maratón la tenía entusiasmada, pero la demanda física le estaba comenzando a pasar factura. Él era un deportista nato y ella, con suerte, lograba seguirle el ritmo.

Nunca en la vida se había dado cuenta de lo fuera de estado que estaba.

Por otro lado, los Williams, los Scott y los Dickinson eran demandantes, y reclamaban su presencia a todas horas. Hacía mucho tiempo que Lucía no se sentía parte de una familia y estaba falta de práctica. Las 24 horas del día no era suficientes para cumplir con cada uno de ellos.

A pesar del cansancio, del trabajo duro y el frenesí de su nueva vida; Lucía presentía que había encontrado su lugar en el mundo. Finalmente lo había hecho.

La convivencia con Bruno no era fácil, pero estaba repleta de momentos felices. Se completaban a la perfección y sentían que, juntos, lo podían todo.

Lucía aportaba el caos a la relación, y Bruno la calma; eran una suerte de *ying* y *yang*, y eso funcionaba para ellos. Gracias al otro, se sentían invencibles y más vivos que nunca; se divertían y se motivaban. Cada uno representaba el equilibrio que necesitaban para sus vidas.

Se llevaban necesitando, sin saberlo, toda una vida.

Lucía había ganado muchísimo al lado de Bruno. Había encontrado un compañero, una familia, un motivo para quedarse.

Por el momento, no tenía de qué quejarse. Salvo de sus pies, claro. Porque le dolían todo el tiempo.

En *La Pequeña La Habana* el ambiente era mágico y entretenido. Comía todo lo que le gustaba y todo sabía a casa. Se la pasaba bien con Teresa y con sus clientes. Ellos la adoraban y se divertían con sus historias. Lucía estaba en su salsa.

Después de todo, quizás Nueva York podía ser una relación a largo plazo. Y la llegada del invierno ya no era un principio de despedida sino una invitación para echar raíces.

Mientras guardaba unos vasitos de cristal en la estantería de la barra y fantaseaba con la idea de hacer unos muñecos de nieve como los de las películas, una voz conocida la sorprendió por detrás.

—Creo que me voy a derretir —bufó.

Lucía se dio vuelta para darle bienvenida a la quejosa de su amiga.

—No está tan mal —le restó importancia encogiéndose de hombros.

—Admiro tu capacidad de aguantar altas temperaturas, Lu —confesó Sarah dejándose caer sobre la mesada de la barra. Apoyó la frente en la superficie fría y lanzó un suspiro de alivio.

Todo eso era cierto. Hacía un calor de locos, Lucía se adoptaba mejor que nadie a ese clima, y Sarah Williams era tan teatral como su hermano.

—¿Qué te sirvo, pobre mujer? —susurró Dante acariciándole la cabeza y aguantando la risa.

—Algo bien frío —respondió ésta sin despegar la frente de la barra— y llamé al 911 porque creo que estoy muriendo.

Lucía se rio del dramatismo de su amiga y le preparó un té muy helado y muy dulce, porque así le gustaba a Sarah. Lo depositó frente a sus ojos y esperó a que se lo tomara todo.

Mientras la joven Williams se quejaba del verano y del tráfico, le sirvió una copa con frutas y crema batida y un segundo té helado.

—Qué fresco —se deleitó Sarah—. Esto está buenísimo —remarcó señalando la copa y llevándose otra cucharada a la boca.

—No hay mejor combinación la de frutillas con crema —adhirió Lucía.

Ella también estaba comiendo una. No podía dejar de hacerlo.

—Mmmm —Sarah terminó de tragar y se aclaró la garganta—. Hablando de eso, *B* me dijo que tenemos que buscarte un equipo para esta noche. Vestido, zapatos, todo.

—Lo sé —asintió Lucía agregando un poco más de crema a la copa de su amiga—. Supuse que me podías prestar algo, ya le pedí unos zapatos a Teresa que son preciosos.

Sarah se llevó una cucharada colmada de crema a su boca y gimió del gusto.

—El pedido expreso de *B* fue que compremos algo nuevo...

Lucía se removió en su asiento un poco nerviosa e incómoda.

—No sé... Eso suena a mucho dinero —previno— y no quiero que Bruno siempre cargue con todo.

Williams dio un sorbo a su bebida, como para digerir un poco todo lo que llevaba comiendo, y le hizo un gesto a Dante para que le diera un segundo.

De su cartera, sacó un sobre con muchos billetes verdes y lo arrastró por la mesada hasta Lucía.

—¿Qué es esto? —preguntó ella extrañada.

—Es lo que llevo ganando con las apuestas —respondió Sarah con orgullo.

—¿Apuestas? —repitió incrédula mientras su amiga se comía las últimas frutillas del recipiente.

Sarah asintió con la boca llena de frutas.

Lucía puso los ojos como platos y tomó un trago del vaso de su amiga.

—¿Querés confesarme algo más....? ¿Estás jugando al póker ilegal, también?

—De hecho juego al *Póker Stars* y se me da muy bien —confesó la joven Williams jactándose de ello— pero no es lo que pensás. Le gano muchas apuestas al tonto de mi hermano gracias a vos, así que es lo menos que puedo hacer.

—Ok —intervino Lucía queriendo aclararse un poco la mente—. No, eso no tiene ningún sentido.

Sarah tomó el sobre con dinero y tiró en la barra el primer billete de 100 dólares.

—Le aposté que *B* te iba a llevar a vivir a su casa y no te iba a dejar salir de ahí, nunca —remarcó con énfasis el nunca.

Apartó dos billetes más del mismo valor que el anterior, ante la atenta mirada de Lucía.

—Creo que eso fue cuando dije que te iba a llevar como pareja a la cena en la casa de los Scott.

Sarah tomó un par de billetes más y se puso a pensar. Su amiga no podía creer lo que escuchaba. Los hermanos Williams eran todos unos personajes.

—Ah —recordó el motivo— eso fue...

Lucía la interrumpió poniendo su mano sobre la de ella.

—Ya entendí —le dijo dándole palmaditas— ya.

Durante la tarde, la temperatura había descendido en poco tiempo y había menguado considerablemente el calor. Había humedad en el aire y una sensación de cambio en el clima. De seguro se avecinaba una tormenta. Lucía no podía esperar, le encantaba caminar bajo la lluvia.

Aburrida, recorría las vidrieras de algunas tiendas, tomada del brazo de Sarah. Ambas se divertían con las miradas inquisidoras que les dedicaban algunos transeúntes. Le costaba asimilar que gestos tan simples pudieran escandalizar a tantas personas.

A Lucía no le pesaban esos prejuicios tontos y adoraba lo valiente que era Sarah. Williams no se achicaba con nadie, no se ocultaba y no se sentía distinta al resto. Estaba muy orgullosa de ser su amiga.

Al salir disparando de una galería, alarmada (una vez más) por lo absurdamente costosos que

eran los vestidos que se vendían; le llamó la atención la presencia de un auto de lujo. Reclamaba atención a gritos. Era imponente, reluciente, toda una descarada ostentación de riqueza. A pesar de la vida que llevaba junto a Bruno, todavía la sorprendían esas cosas.

Ese no era su mundo, no iba a serlo nunca.

Del *Porsche* descapotable último modelo, se bajó Daniel acompañado de una rubia despampanante. La joven llevaba un vestido diminuto y pegado al cuerpo, y un peinado y maquillaje que parecía haber costado muchas horas de trabajo. Todo en ella se veía demasiado forzado y falso.

Sarah se chocó con Lucía que, clavada en su lugar, no podía quitarle la vista a aquellos dos payasos. Al azar su rostro, los reconoció al instante.

—La nueva conquista del Dr. Wellington —reveló con asco.

Lucía volteó hacia ella.

—No entiendo —cuestionó confundida— ¿es bisexual?

—No —Sarah negaba con la cabeza mientras estudiaba a la pareja, nada de eso era real—. Lo hace como fachada. Siempre lo hizo. Es bastante irónico que le importe tanto lo que piensan de él y no le preocupe ni un poco Tommy.

Sarah odiaba a Daniel Wellington. Le tenía una rabia que le costaba manejar y que siempre era evidente por cómo lo trataba. Lo veía como una persona mezquina y detestable, no entendía que había visto su amigo en una persona tan oscura como esa.

Se sometía a muchas llamadas de atención del personal de hospital por lo dura que era con él. Siempre le contestaba mal y no le importaba ni un pimiento lo que le decía. Si podía, le hacía la vida imposible.

Sarah era así. Irreverente.

Pero tremendamente leal con los suyos.

—Maldito cobarde —lanzó Lucía volviendo la vista al enemigo.

Daniel había entrado a una cafetería con su compañía de turno. Posiblemente iba a pasarse un buen rato allí. Aparentando una vida que no tenía, pero que alimentaba por miedo al qué dirán.

Lucía pensó en lo desgraciada que podía ser una vida de apariencias. En la desdicha que significaba vivir rechazando sencillamente lo que uno era. No porque hubiera algo malo en eso, porque no lo había; sino porque había algo malo en el prejuicio del otro.

Si que el mundo estaba verdaderamente loco.

—Espero que alguien le dé su merecido algún día —deseó Sara, y en voz alta.

—Si —convino Lucía deteniendo su mirada en la fachada del pequeño mercado que habían dejado atrás.

Lucía tomó la mano de Sarah y la obligó a darse la vuelta para volver sus pasos.

—Se me ocurrió algo —reveló esperanzada, todavía tramando su plan.

Sarah se dejó llevar por ella.

—No me digas que vamos por el azul que dijiste que valían varios órganos.

Lucía puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Ni loca —replicó al entrar al mercado.

Sarah se sorprendió de donde estaban. Ahí no había ni vestidos ni zapatos.

—Necesitamos huevos —le explicó Lucía convencida de su estrategia— muchos.

—¿Vamos a preparar *omelettes*?

La señorita Dante se echó a caminar por los pasillos del mercado y Williams la siguió sin entender qué le pasaba por la cabeza.

—Agarrá todos los paquetes de harina que puedas —le indicó con un grito mientras se

desviaba del camino— yo voy por los huevos.

Pero ella no le siguió la corriente, y la siguió hacia donde se dirigía.

—¿Qué estás haciendo, Lu?

Lucía se detuvo en la sección que buscaba y comenzó a llenarse los brazos con productos.

—¿Te conté la vez que estuve en Londres?

¿Londres? Qué tiene que ver Londres con los *omelettes*, pensó.

—Ehhhm.. Creo que no...

—Fui a ver un partido del *West Ham* —comenzó el relato— por cierto si alguna vez vivís en Inglaterra, más vale seas hinchas del *West Ham* porque sus *Hooligans*<sup>[11]</sup> son de temer.

Sarah entrecerró los ojos sin poder determinar si eso que estaba sucediendo era real, o lo estaba alucinando producto de toda la azúcar que había consumido durante el almuerzo. Se prometió nunca más ingerir tanta crema batida de golpe.

—La cuestión es que salía del estadio y había un auto aparcado con una calcomanía del *Millwall*.

Sarah no tenía ni idea de lo que hablaba Lucía.

—No tengo ni idea de lo qué hablás, Lu.

Lucía lanzó un bufido exasperada. No podía entender qué era lo que les ensañaban en las escuelas en Estados Unidos.

—A ver —dijo con un suspiro— el *Millwall* es el clásico rival del *West Ham*. Casi nunca se enfrentan porque juegan en distintas categorías pero...

—Esto —interrumpió su amiga— vayamos al punto.

—El punto es que agarraron un contenedor de basura y lo volcaron arriba el auto. Del auto con la calcomanía con el escudo del *Millwall*—aclaró, por las dudas—. Técnicamente no le hicieron nada, pero sí que el dueño se la habrá pasado días limpiándolo y lamentándose.

—¿Técnicamente? —Discutió Sarah— Estoy segura que si le tiraron un contenedor encima le abollaron todo el auto, Lu.

—Detalles Sarah, son detalles.

La joven Williams se volvió a prometer nunca más comer tanta azúcar.

—Sigo sin entender para qué es todo eso —señaló los brazos de Lucía, con los que sostenía una pila de maples con huevos frescos.

—Duh ¿No es obvio...? Vamos a hacer que Daniel se pase un buen tiempo limpiando el suyo —convino con una risita.

—Estás loca —retrucó Sarah.

—Pffff —resopló Lucía despreocupada— Cómo si no supiéramos eso ya...

Conforme con la cantidad de huevos que había tomado, esquivó a su futura aliada y se fue en busca de más productos.

—Harina, Williams. Todas las que puedas agarrar —gritó a su paso.

Ocho paquetes de harina fueron los que Sarah logró llevar hasta la caja. Junto a cuatro docenas de huevos y dos rollos de papel higiénico.

Ella misma pagó la cuenta.

## XVIII: Hamburgo

Lucía y Bruno desayunaban en la cocina de su departamento. En completo silencio y sumergidos en una tensa calma que amenazaba con explotar.

Era esa calma previa a la tormenta.

La noche había sido igual de dura y hermética. Bruno no hablaba, se dedicaba a lanzar bufidos y refunfuñar por cualquier cosa. Y Lucía. La pobre Lucía tenía miedo hasta de respirar de más.

A pesar del pacto de silencio por el que se habían decantado, la irreverencia de Dante estalló de la nada con una risa. Imprevisible, inapropiado y hasta ilógico; como lo era todo en ella. Única y especial.

—¿Cuál es el chiste? —le reprochó Bruno mientras se limpiaba con el pulgar la comisura de los labios. Eran los restos de la cobertura de los *cupcakes* que había comprado tras matarse por las calles de *Tribeca*. Correr hasta el cansancio, siempre era su bálsamo.

Como lo eran las sonrisas y las caricias de su Lucía.

—Me acabo de dar cuenta del apellido del poli —explicó ella entre risas.

Esa mañana, era todo un espectáculo. Despeinada y en pijamas, un completo desastre. Tenía en la nariz un poco de ganache de chocolate y Bruno reprimió, una y otra vez, el deseo. Se prohibió darle la vuelta a la isla y lamérsela tanto como le gustaba hacerlo. Mantener distancia era la forma que había encontrado para reprenderla y hacerla entrar en razón.

Él también lo padecía. El castigo era correspondido, y una verdadera mierda.

—¿Duff? —preguntó levantando una ceja, entre la extrañeza y la incertidumbre.

Lucía volvió a estallar con una risa. Una aún más ruidosa y vigorosa.

Bruno tenía claro que a su novia le encantaba gritar. Lo hacía cuando hablaba por teléfono a Argentina y cuando escuchaba una canción en la radio que le gustaba y le pedía que subiera el volumen. Cuando cantaba mientras le cocinaba algún plato que había aprendido de sus viajes, y ni hablar de cuando explotaba en su cama bajo su cuerpo y entre sus brazos.

—La vez que me dijiste en el hospital que tenías problemas en la cabeza, definitivamente subestimé tus dichos —reflexionó mientras se terminaba su taza de café.

Bruno recordaba cada detalle de aquel día de verano. Ya había pasado bastante tiempo y, a la distancia, iba descubriendo cuánto había cambiado su vida desde entonces.

Lucía puso los ojos en blanco y le sacó la lengua como respuesta. Hubiese querido mostrarle el dedo del medio, pero Bruno odiaba ese gesto y le había jurado que si lo hacía una vez más no pensaba besarla por un día entero.

Una sanción más, cortesía del catedrático Bruno Harper.

Claro que la rebelde estudiante Lucía Dante había hecho caso omiso al llamado de atención. Y vaya que lo había hecho. Una vez, ante la amenaza de Bruno, le mostró los dedos del medio de ambas manos; y se pasó todo el día echando de menos su boca entre quejas y lamentos.

Al final, aprendió la lección; y se dijo a sí misma un nunca más.

—¿Me vas a contar el chiste o no, Lu? —la apuró Bruno.

Miró su reloj de lujo, el que según Lucía costaba cuatro pulmones, y se percató que en un rato más tenía que volver a la oficina y preparar todo para el viaje de negocios que se aproximaba.

Lucía también tenía que irse pronto. Ese día trabajaba medio turno en el restaurant y debía presentarse en la alcaldía para notificarse de sus horas de servicio. Bruno había conseguido que Daniel desestimara la presentación de cargos en su contra, pero había accedido a su pedido de

cumplimiento de servicio comunitario. Así como al compromiso de cubrir los gastos de limpieza y arreglo de su preciado automóvil. A palabras de Lucía, su asqueroso y traicionero auto de ricachón presumido. Repitió el término traidor ricachón presumido unas cien veces durante su indagatoria.

La señorita Dante también tenía que echar coraje y encontrarse en algún momento del día con su amigo Thomas. O al menos responder los variados mensajes que éste le había enviado durante la noche. «DANTE» «Q hiciste!?!?!» «Decim q no hiciste lo q m dijo q hicist» «Lo hiciste no?» «HOLA?» «NO puedo creer lo q hicist» «Daniel m cont lo q hicist» «Sta como loco» «Stas LOK d remat» «Q locura xdios» «Stas lok muy lok» «Daaaaante» «M llamó Sarah!!!» «T stoy llamando» «ATENDEM» «Soltá a harpr y llamam» y el último simple y efectivo «Llamam, TKM Dante ☺»

En resumen, ambos tenían por delante un día bien agitado. El dato curioso era que todos sus días se habían vuelto así de frenéticos desde que se había cruzado; es decir, chocado.

Como cuando dos fuerzas colisionan para formar una superadora que resulta mucho más intensa y poderosa.

—Todo empezó porque nos pusimos a debatir cuál era la mejor cerveza del mundo —reveló ella encantada.

Bruno se llevó la mano a su cara y se refregó con fuerza. Le empezó a doler la cabeza de tan solo pensar en aquello.

—¿Me estás diciendo que cuando estabas siendo interrogada te pusiste a hablar con el agente sobre... cerveza? —Espetó casi escupiendo las palabras—. ¿Qué en medio de eso...

—Objeción —gritó Lucía interrumpiéndolo y levantando su mano derecha.

Bruno la miró atónito. ¿Se había pasado horas intentando convencer a Daniel de que desistiera de acusarla para que ella se lo tomara a broma?

—¿Qué? —Lucía encogió sus hombros—. Soy muy fan de *La Ley y El Orden*.

Bruno miró hacia arriba, allá a lo alto. Y por un momento, fingió que creía en cualquier Dios que pudiera existir y le pidió fuerzas para sobrellevar el resto de aquel día.

—Técnicamente mi declaración ya había terminado, para su información, Bruno Harper —volvió a tomar la palabra. Y el caso de su defensa. Y a bromear con él.

Lucía quería desdramatizar la situación y volver a verlo sonreír. Quería a su Bruno de vuelta.

Y a él, por su parte, le daba igual si el debate sin sentido se había producido antes, durante o después de la declaración. Sencillamente no iba al caso. Pero si disfrutó escuchar ese Bruno Harper.

De la boca de Lucía, su nombre sonaba más lindo que nunca.

—Y debo aclarar que el buen Martin...

—¿Quién es Martin y por qué hablás así, Lu? —la interrumpió apurado.

Lucía chasqueó la lengua en negativa.

—Martin es el dedicado agente Duff —apuntó mirándolo con una cara de acaso no lo sabías, porque yo sí— y soy Olivia Benson para usted —agregó.

Bruno respiró profundo y contó mentalmente hasta diez. Cuando terminó, volvió a hacerlo un par de veces más.

—¿Quién es Olivia Benson? ¿De qué estás hablando? —le preguntó confundido.

—Dios, Bruno, —lanzó un suspiro— esto, es un personaje —respondió indignada.

—¿De *La Ley y El Orden*? —intentó adivinar.

Lucía asintió con la cabeza encantada pero sumergida en su papel.

Harper se levantó y se arrastró hasta la mesada de la cocina. Supuso que aquello iba para largo

y lo menos que podía hacer era servirse otra taza de café. Le encantaba la cafeína y, aunque Martha se la pasaba regañándolo sobre lo malo que era para su salud tomar más de una taza al día, necesitaba darse ese gusto. Bruno había intentado introducirse en el extraño mundo de los té de hierbas y de las infusiones saludables, pero había fracasado al por mayor.

Pensó que aquello era para hippies que disfrutaban de mirar a la nada desde una ventana y abrazaban árboles para conectarse con la naturaleza, el universo y quién sabe qué más.

Lucía se puso a tararear una melodía que, un tiempo después, Bruno descubriría que era la cortina de la serie. Estaba en su mundo, probablemente muy cerca de hippies abrazadores de árboles.

Él negó con la cabeza, rendido ante su locura. Sonrió de espaldas, casi escondiéndose. De vez en cuando le agarraban momentos de vergüenza y reparo ante el efecto que Lucía imprimía en él.

A los pies de su súper cama *King Size*, estaban dispuestas varias de sus corbatas preferidas; pero aunque las contemplaba con dedicación, no podía decidirse por ninguna en especial.

Bruno llevaba un traje gris marengo que parecía hecho a medida porque, justamente, así lo había sido. Se preparó con dedicación prestando atención en cada detalle porque quería estar perfecto, cómo si no lo fuera ya. La reunión que tenía por la tarde era muy importante y podía significar todo un logro para la firma.

Se jugaban un caso que lo podía consagrar.

Por eso había elegido ese traje, era el de la suerte, con el que sentía poderoso y ganador.

Es común que los deportistas recurran a cábalas o rituales en busca de la buena ventura. Sin importar cuán bueno sean, siempre necesitaban ese factor extra que juegue a su favor.

Y para Bruno, ese era uno de sus amuletos más preciados.

El traje de corte italiano le quedaba de ensueño. Se amoldaba seductoramente a su ya cuerpo para el infarto.

Bruno Harper era fuego puro. Podías quemarte si lo mirabas fijo. Era todo un riesgo.

Con cuidado, y tras descartar varias, tomó la corbata caoba con detalles plateados y se paró frente al espejo de pared para probársela.

—Entonces Martin me dijo que aunque había cometido un delito y bla bla bla, había sido una buena amiga —gritó Lucía que estaba en el baño alistándose para ir a trabajar.

—¿Le contaste de Thomas y Daniel? —recreó él con cara de disgusto porque no le gustaba como le quedaba esa corbata. No funcionaba, no.

Volvió a llevarla a su lugar y, un tanto frustrado, se llevó las manos a la cintura ante la indecisión.

Estaba muy nervioso e inquieto. Aunque se las arreglaba para ocultarlo, lo estaba sobremanera.

—Tenía que explicarle mi punto ¿no? —argumentó Lucía mientras se decidía por un recogido o una trenza salvaje.

Bruno tomó la corbata negra, la que hablaba italiano como su traje, y decidió qué podía resultar. Sarah se la había regalado para Navidad y todavía no la había usado. Aunque, como buen cabulero, no se sentía cómodo usando algo nuevo; estaba dispuesto a tirarse a la piletta.

Dese Lucía, Bruno vivía tirándose a la piletta. Con más o menos agua, se tiraba de cabeza, con los ojos cerrados. Valía la pena.

—Te defendiste —apuntó orgulloso con una sonrisa.

Lucía se acercó hasta el marco de la puerta y lo observó cómo, vacilante, jugaba con sus opciones.

—Aprendí del mejor —reflexionó a sus espaldas y lo obligó a darse la vuelta.

Bruno le acarició la mejilla y Lucía juró escucharle un sensual ronroneo. Había notado como se

había puesto bastante cariñoso luego de la ducha caliente que se había dado. Se lo atribuyó a la abstinencia y recordó el castigo tonto que había impuesto por lo de Daniel.

—Dejame adivinar —susurró él llevando su boca a los oídos de Lucía—. ¿De mi?

Lucía puso los ojos en blanco.

—Negativo —susurró besándole la comisura de los labios—. Del guionista de *La Ley y El Orden*. Tonto.

El tonto lo enfatizó con ganas, porque la venganza siempre era dulce. Acto seguido, Bruno le mordió el lóbulo de la oreja y le dio un pequeño chirlo en la cola como represaría. Lucía no pudo más que matarse de la risa.

Harper, hambriento de todo, descartó la corbata que le regaló Sarah arrojándola a la cama. Se rascó el mentón mientras se lo pensaba mejor, quedaban sólo tres y tenía que decidirse si quería llegar a tiempo.

—Me preguntó por los cargos en Alemania —finalmente continuó con el relato mientras se ponía sus botas viejas. Estaban un poco desarmadas pero las amaba, les guardaba verdadero cariño. Pertenecían a su hermana, estaban cargadas de recuerdos y muchos aquí-y-ahora felices.

—¿La manifestación en Hamburgo? —rememoró Bruno que se debatía por dos opciones. Una corbata blanca con detalles en celeste y una azul profundo. La ganadora iba a estar entre esas dos.

—Afirmativo —asintió cómica mientras se ajustaba los cordones—. Los pobres pandas del ártico sí que se merecían el esfuerzo.

Lucía había estado solamente dos días en Alemania, pero no había perdido el tiempo para nada. Estaba de paso con unos activistas que había conocido en España, y que viajaban a una convención sobre el medio ambiente en Dinamarca.

Se había unido a la manifestación por insistencia de sus compañeros y por convicción propia. Sus ideales siempre le marcaban el camino a seguir.

Los policías alemanes habían detenido a un grupo de activistas más por cumplir con las formas que por verdadera represaría. El arresto no había sido traumático ni le había significado mayores problemas, pero sí dejaba una marca en su extenso legajo, y una anécdota más por contar.

¿Qué le hacía una mancha más al tigre?

Todo lo que vino después al arresto significó otra historia digna de contar, Bruno todavía no la conocía, pero no iba a pasar mucho más tiempo sin hacerlo.

—Me dijo que la cerveza alemana era la mejor del mundo ¿podés creer?

Bruno volteó a mirarla y le mostró ambas corbatas como para que lo ayudara.

—¿Y? —la invitó a seguir.

Lucía se acercó a la cama y miró cada una de las prendas. Las mismas que él ya había visto, probado, descartado y vuelto a descartar.

—Y yo le dije que estaba loco y que la mejor era la irlandesa. Viva Irlanda —enfatizó levantando un puño.

Bruno sonrió y refunfuñó, para sí, que la mejor era la estadounidense.

Lucía analizó cada una de las corbatas que había sobre la cama pero no se decidió por ninguna. Se centró en las que sostenía su chico y, al igual que él, llegó a la conclusión que eran las mejores opciones que le quedaban.

Levantó la vista al rostro de su novio y se perdió en su geografía. Qué hermosos ojos tenía Bruno Harper. A veces se le quitaba la respiración de tan solo mirarlos.

Sus ojos revelaban todo un mundo de maravillas. Y ella se sentía toda una Alicia.

—Discutimos como una hora como locos —le contó.

—No estuviste una hora ahí metida, Lu —objetó mimoso dándole besitos en el pelo.

Lucía acariciaba la tela de las corbatas y jugaba mentalmente al tatetí para decidir cuál era la ganadora.

—Detalles, *B*, detalles —replicó.

Le quitó ambas prendas de la mano y, tras descartar una, pasó por atrás de su cuello la de color azul.

Lucía pensó en la última vez que le había colocado una corbata a un hombre. Había sido la mañana anterior, a Bruno. Pensó cuál había sido la primera, y también había sido con él. Se dio cuenta, entonces, que estaba perdidamente enamorada. Porque odiaba las corbatas y, sin embargo, había aprendido a hacerlo sólo por y para él.

—Le dije que como yo había viajado por el mundo y lo había visto todo, tenía más fundamento para decidir cuál era la mejor cerveza del mundo.

Bruno se rió por su respuesta y le dio un beso en la palma de la mano, antes que ella comenzara a ajustarle el moño.

—Pero él me dijo que un amigo de la infancia tenía una programa de TV súper famoso, que había usado su apellido no sé para qué, y que él ganaba por eso.

—¿Y? —la apremió.

—Lo descarté por falta de mérito, como hubiese hecho Olivia.

—Esa es mi chica —apuntó otra vez con orgullo, mientras acomodaba su cuello para que Lucía pudiera trabajar cómoda.

—No me di cuenta en ese momento, *B* —se lamentó ofuscada—. Creo que estaba hablando de Matt Groening<sup>[12]</sup>. —Negó con la cabeza ante lo obvio—. Dios, qué tonta.

—¿Quién es Matt Groening, nena?

Lucía lo miró a los ojos con espanto.

—¿De qué planeta viniste, Bruno?

## XIX: Paris

—¿*Like A Virgin*? —preguntó Lucía extrañada.

No se esperaba esa respuesta. Para nada. Pero, a decir verdad, Sarah Williams era por demás impredecible.

La gemela de Ian asintió más que convencida y orgullosa por su elección.

—¿La canción de tu vida? —Lucía repreguntó y se dedicó a colocar unos ramos de flores en unos pequeños y delicados jarrones que Sarah había traído de una tienda—. ¿Estás segura? ¿Muy segura?

—Segurísima —afirmó la menor de los Williams a la par que recorría con la vista la habitación y pensaba dónde podían ubicar la zona de de los aperitivos.

—Bueno —lanzó un suspiro en signo de rendición—. *Like A Virgin* va a ser, entonces.

Mientras las amigas charlaban de todo un poco, de cosas más o menos triviales y hasta sin sentido, decoraban el gran salón de la residencia de los Williams. Como habían despejado el lugar y la sala estaba completamente vacía, la situación invitaba a darle rienda suelta a su imaginación.

Podían hacer lo que quisiesen. Aquello era como un lienzo en blanco, un libro por escribir o una partitura en la cual componer una dulce melodía.

Martha, madre de Sarah e Ian, y de Bruno por elección y mérito; había organizado un almuerzo entre mujeres de la sociedad neoyorkina. Iba a ser un encuentro patrocinado por la fundación que presidía y que luchaba contra el cáncer de mama. La organización se llamaba *Women With Hope* (Mujeres Con Esperanza) porque, justamente, la esperanza era el sentimiento que las unía y las movía. Era su lema, su caballo de batalla.

En todo lo qué y por qué, creían.

Ese almuerzo iba a ser la excusa perfecta para recaudar fondos para campañas de prevención que llevaban a cabo, y para las consultas médicas que la organización ofrecía gratuitamente en los barrios más pobres de la ciudad. Martha junto a su grupo de trabajo, en su mayoría mujeres sobrevivientes del cáncer que se prestaban como voluntarias, costeaban el traslado y el equipamiento para que médicos y especialistas prestaran su servicio en las zonas más marginales de Nueva York.

En clubes sociales y hogares de acogida improvisaban consultorios médicos, y todas las mujeres de la zona podían realizarse sus chequeos y asesorarse sobre los posibles tratamientos. La fundación también entregaba medicación, gestionaba el tratamiento de quimio y las intervenciones quirúrgicas. Incluso ayudaba a las personas de bajos recursos, en sus traslados a los hospitales donde se las derivaba.

Martha Williams estaba decidida a hacer del mundo un lugar un poco más bonito cada día. El mundo era un lugar un poco más bonito cada día, gracias a personas como Martha.

A Lucía, por su parte, le había llevado los primeros acordes de una canción sumarse a la causa y brindar toda su ayuda. No podía hacer menos. Su propia madre Inés, era una sobreviviente del cáncer de mama. La señora Dante se había alegrado muchísimo al leer el mail entusiasta de su hija, contándole de la gala y de la acción solidaria de los Williams.

Tanto madre como hija, eran reservadas al dolor propio; más no al ajeno. Aunque no hablaban mucho de los momentos difíciles que habían vivido y se mostraban fuertes y todo poderosas, los golpes de la suerte estaban en algún rincón de sus almas y este tipo de acontecimientos les tocaba

una fibra sensible.

—*Madonna* es lo más —apuntó Sarah rompiendo el recuerdo de su madre, de su familia y de cuánto los extrañaba.

Lucía se dio cuenta que se había quedado en Babia pensando en los suyos. Le dio un poco de vergüenza y se ruborizó.

Sarah no se percató de su pesar, después de todo, Dante siempre parecía estar en otra galaxia.

Tras meditarlo un poco, decidió que iban a armar la barra de tragos en el rincón de la habitación. Justo al lado del ventanal que daba al patio trasero, el lugar era fresco y la vista no podía dar un mejor marco.

—Eso es verdad —coincidió su amiga volviendo a la Tierra—. Y está bien loca, también. Es todo un personaje.

—Me encanta la gente que está tocada —reveló a los gritos Sarah. Estaba parada al otro extremo del salón, calculando las medidas del espacio dando grandes zancadas—. Por eso supe en seguida que íbamos a ser grandes amigas, Dante.

Lucía se echó a reír asintiendo. Quién iba a negar eso.

—Lo tomo como un cumplido. Gracias, Williams —gritó de vuelta—. Yo también lo supe, y te quiero por eso también.

Sarah se detuvo por un momento junto al ventanal y puso los brazos en jarra ensimismada en sus cálculos.

—¿También sabías que íbamos a ser amigas? —preguntó otra vez alzando la voz.

—Eso —asintió Lucía— y que vos estabas bastante tocada también —devolvió el cumplido sonriente.

Sarah le sacó la lengua y le mostró el dedo corazón en respuesta.

Tras la devolución de gentilezas de Lucía, que no se quedaba atrás, elevó sus brazos en forma perpendicular a su cuerpo formando una cruz y midió la distancia entre el ventanal y el rincón donde quería colocar la barra. La imagen era entre cómica y teatral, muy a lo Sarah e Ian Williams, y Lucía volvió a echarse a reír a costa de su amiga.

—Qué mal está, pobrecita —se apiadó una voz dulce a sus espaldas.

Lucía se dio vuelta y se echó a sus brazos con un apretón fuerte. Esos que son poderosos y están cargados de cariño

—Mis huesos, Dante, por favor —se quejó Thomas.

—No seas nenita, Dickinson —le recriminó Lucía haciendo un mohín.

Su amigo los adoraba y le causaban mucha ternura.

—¿Vos decís que es contagioso? —indicó señalando con la cabeza a Sarah.

Lucía volvió su vista y le volvió a causar gracia los movimientos extraños que hacía Williams.

—Es probable —reconoció— pero tampoco es que nosotros seamos muy normalitos que digamos...

—Yo creo que es bastante normal ser anormal —reflexionó mientras torcía la cabeza para ver como Sarah estaba despatarrada en el suelo haciendo qué sabe qué.

Lucía también seguía extrañada, pero divertida, la escena.

Hasta que Sarah no se puso de pie, conforme a los cálculos que había tomado, y se fue a buscar unas cajas; ninguno de los dos pudo quitar su atención sobre ella.

—Qué lindas flores —exclamó Thomas haciendo hincapié en los floreros que Lucía había estado preparando.

Los ramos eran preciosos y elevaban la belleza de las vasijas que Sarah había elegido.

Lucía sonrió y acomodó uno de ellos con mucho orgullo. Ella misma había comprado todas

esas flores. Era su forma de contribuir con la causa. Y aunque se había gastado más de la mitad de un sueldo e iba a tener que reducir gastos de su economía, habían valido la pena cada centavo que habían costado.

—¿Son hermosas, viste? —llevó su nariz a uno de ellas para inhalar y perderse en su aroma.

Olían al mercado de la calle *Mouffetard*. Olían a recuerdos. Olían a vida.

—Son tus preferidas, las rosas, ¿no? —curioseó su amigo.

—*Ajam* —asintió— *je vois la vie en rose*<sup>[13]</sup> —pronunció la partecita de la canción de Edith Piaf en su perfecto francés.

—Ay, ella y todos los idiomas que habla —bromeó él.

Lucía se encogió de hombros.

—El año que viví en París dejó su huella...

Tomó una rosa de unos de los floreros y se la tendió para que la oliera. Thomas inspiró profundo aquel perfume tan embriagador y sonrió. Le devolvió la flor a su amiga para que volviera a su ramo.

—Es tuya —le indicó Lucía— nunca digas que no te di nada —bromeó.

—*Merci beaucoup, Mademoiselle*<sup>[14]</sup> —agradeció haciendo una reverencia que a Lucía le causó mucha gracia.

—*Ce n'est rien. Il me fait plaisir, Monsieur*<sup>[15]</sup> —respondió divertida.

Thomas entrecerró los ojos estudiando cada una de las palabras.

—Y hasta ahí llega mi francés —se lamentó

Lucía se echó a reír y su amigo se unió al instante.

Tras 21 canciones y media, el salón de la casa de los Williams, finalmente, estaba listo para dar lugar a la gala. Todo estaba en su lugar y preparado. Solo faltaba que empezara a llegar la gente.

La decoración era preciosa y acorde a la sencillez del encuentro. La música que acompañaba era la ideal, dulce y delicada. De vez en cuando se mezclaba en el ambiente algunas estrofas de *La Vie En Rose*. Tanto de la original en francés, cómo de las hermosas versiones en inglés que Lucía había encontrado en *Spotify* y había adherida a su *playlist* personal. Luego de lo de Thomas, se le había ocurrido usarla como *leitmotiv*<sup>[16]</sup>.

Orgullosa, aunque un poco cansada, contemplaba la sala desde un rincón. Sonreía como una adolescente porque estaba contenta con cómo había quedado todo.

Por un ratito, se fue un rato allá, al otro lado del mundo. A París y a esas mañanas de ensueño. Al mercado de flores y a esas callecitas llenas de historia. Guardaba muchas de su paso por la ciudad del amor, esperaba algún día poder contárselas a sus hijos. Esperaba poder volver en el algún momento de la vida. Esa vez con Bruno. Feliz y de su mano.

Thomas se acercó a ella con un paquete grande y pesado. Rompió su secuencia de sonrisas embelesadas por el recuerdo.

—Lo que me pediste, Dante.

A Lucía le brillaron los ojos de la emoción. Brillaron, incluso, un poquito más.

—Sos un genio —exclamó rompiendo el envoltorio— Elemental, mi Dickinson.

En sus manos tenía lo que parecía un libro pero de un tamaño mucho más grande de los normal. Parecía de esos de fantasías de princesas, castillos y dragones. La cubierta de cuero (ecológico, a expreso pedido) relucía y en letras delicadas se podía leer la inscripción *Women With Hope*.

—Ya está todo funcionando a la perfección —los sorprendió una voz masculina. Grave y contundente.

Tanto Lucía como Thomas voltearon hacia ella. Un joven bastante bien parecido y de mirada

ardiente, llevaba colgado en sus hombros metros y metros de cables. De una de sus manos sostenía una caja de herramientas. Dickinson se detuvo a admirar la geografía de su cuerpo. Era una vista de ensueño.

—Te dejo el mando para que lo pruebes tranquila —explicó a Lucía acercándole un pequeño control remoto—. De todas formas, la música ya está funcionando bárbaro.

—Si si—respondió Lucía sonriente tomando el apartito—. Muchas gracias.

Ni por un segundo se deslumbró con la belleza de aquel hombre, no como lo hacía su amigo. Cualquiera al lado de Bruno Harper era poca cosa. Solamente tenía ojos para él.

El joven conforme a su trabajo se despidió de ambos sin percatarse del interés de Thomas. Éste permanecía embobado y eclipsado con su imagen.

Igual que Lucía con Bruno. O Jeremy con su bella Martha. O Sarah frente a un pote de helado de chocolate con pasas. O igual que Ian con respecto a... bueno... básicamente... cualquiera mujer... del mundo y sus alrededores.

—¿Y eso? —indagó señalando al chico que acaba de irse. No le quitó los ojos de encima, ni aún cuándo ya había salido del salón.

—La última vez que lo chuequé creo que eso se llama ser humano.

—Ja ja qué graciosa —replicó Thomas volviendo su vista hacia ella—. Me refiero a quién es.

—¿Por...? —quiso investigar curiosa. Apretó a su cuerpo el libro que iba a regalarle a la señora Williams.

—No te hagas, Dante.

—No me hago. Soy, Dickinson.

Thomas no volvió a decirle nada y la presionó con la mirada más amenazante que pudo lograr. Durante un momento se debatieron a duelo de miradas.

De fondo sonaba: *Quand il me prend dans ses bras, Il me parle tout bas, Je vois la vie en rose...*<sup>[17]</sup>

Terminó la canción y ambos seguían en su pose.

—Se llama Martin —Lucía finalmente rompió el silencio porque ya se había divertido suficiente a costa de su amigo—. Es el que instaló el sistema de audio.

—*Oh la la* —soltó Tommy—. Está. Muy. Bueno.

—Tampoco es para tanto —le restó interés ella.

—Vamos, nena —la animó— que tu novio sea la octava maravilla del mundo, no te quita la posibilidad de admirar otras bellezas.

Lucía entrecerró los ojos en modo pensante.

—Para empezar, mi novio —enfaticó el mí en signo de posesión y advertencia— es la primera maravilla, qué octava por Dios, y te recuerdo que está al otro lado del país y le soy fiel en cuerpo y alma.

En un acto de total teatralidad se llevó la mano al corazón y elevó la frente como si quisiera adoptar una pose heroica.

—Perfecto —sentenció su amigo con una voz impostada— más para mí.

—Perfecto —adhirió ella, de igual forma, sin perder la pose.

—¿Te ayudo a probar eso? —señaló con la cabeza el mando a distancia.

Ambos seguían hablando como si fueran enemigos en un campo de batalla.

—Por favor.

Lucía se acercó hasta el sistema de audio y apoyó el libro de recuerdos encima de una mesita auxiliar. Le pidió ayuda a Thomas para que le explicara cómo usar los controles. Odiaba la tecnología y la tecnología la odiaba a ella, si tocaba algo, siempre lo descomponía.

—Esto Tommy —susurró luego de un momento— ¿Y Daniel? ¿Qué...?

—Historia pasada, Lu —la interrumpió sin mirarla. Había un dejo de tristeza en su forma de hablar. Cuando la llamaba Lu, significaba que había algo que no estaba bien.

—¿En serio? —le acarició el hombro porque sabía que era un gesto cariñoso que le gustaba.

—Nunca hablé más en serio en toda mi vida.

—¿Ni siquiera cuando me dijiste que era la mejor persona que habías conocido en toda la vida? —cuestionó un poco para cambiar de tema, otro poco para hacerlo reír.

Thomas, esa vez, si le dirigió la mirada.

—Creo que nunca dije eso...

—Si que lo dijiste.

—Creo que lo recordaría, Dante —argumentó.

—Dickinson, vos no te olvidas la cabeza porque la tenés pegada al cuerpo —expuso. Y con toda razón.

—Auch —devolvió éste cómico. Agradecía el cambio de tema.

—Es la pura verdad, lo sabés —aseguró—. Y si lo dijiste. Fue el otro día cuando salimos al bar con Sarah y los amigos. ¿Te acordás?

Thomas se lo pensó un momento. Sarah había planeado esa salida justamente para animarlo luego de una gran discusión con Daniel. El médico le había sido infiel durante mucho tiempo y el muy caradura le había reprochado los actos de su amiga.

—Creo que recuerdo algo, no mucho...

—Te tomaste todo lo que había en el bar y te la pasaste la noche abrazado a la pileta del baño del departamento de Bruno.

—Algunas imágenes están viniendo a mi cabeza —reconoció vagamente.

—Te dejamos dormir en la cama de Bruno porque estabas fatal y eso, y nosotros nos fuimos a dormir al *living*.

—¿Bruno estaba desnudo cerca mío y me lo perdí? —interrumpió el relato.

Ese día había sido bastante catastrófico pero haberse perdido semejante espectáculo sí que era una tragedia, se lamentó.

—¡Estaba vestido! —Lo defendió su amiga—. Llevaba unos bóxer...

—Esa información me da suficiente para imaginar —volvió a irrumpirla.

Lucía le dio un pequeño golpe en el hombro en represaría.

—Además de permitir que tengas fantasías con mi novio, te recuerdo que te hice el desayuno y te compré el medicamento que me recomendó Sarah para la resaca.

—Ah, sí sí, tenés razón —terminó de darle crédito—. Es verdad, sos la mejor persona que conocí en esta y en todas las vidas.

—Que no se te olvide para mi cumpleaños y navidades. Todavía estoy cumpliendo horas de servicio por vos.

—Pobrecita, mi delincuente preferida —dijo abrazándola y llevándosela a su cuerpo.

Lucía al lado de él era pequeña y gracil.

—Vení, te invito un trago.

—Los tragos son gratis, Dickinson.

—Bueno. Vení, Martha nos invita unos.

Al llegar a la barra, Lucía vió una despampanante morocha cruzar el umbral.

Entró al salón, que todavía estaba a la espera de la llegada de los invitados, como si quisiera llevarse a todo y a todos por delante. Era tremendamente hermosa, sí; sin embargo, había algo en ella que resultaba frío y distante. Era una de esas bellezas que mejor apreciarlas a lo lejos.

—¿Quién es esa? —preguntó dándole un leve golpecito con el codo a Thomas.

El joven dejó de preparar unos de los tragos y dirigió su vista al mismo objetivo que su amiga. Se quedó helado y alarmó a Lucía.

—¿Quién es, Tommy? —volvió a preguntar. Esa vez, con un poco de miedo.

—Nicole —respondió a secas.

Una sola palabra bastaba para romper en ese clima de magia y ensueño que Lucía había creado.

—¿Nicole? —susurró confundida.

—La ex prometida de Bruno.

*AUCH!*

## XX: Hogwarts

—¿Qué hizo tu chica, ahora?

Ian Williams apuró el trago que había pedido en el bar del *Caesars Palace* de Las Vegas. Chasqueó los dedos, mientras probaba su *Rusty Nail*, para llamar la atención de su mejor amigo. Bruno Harper había recibido un mensaje, quizás algunos más, y se había quedado congelado frente a la pequeña pantalla de su *smartphone*.

Juró escuchar una secuencia de insultos a puro susurros y eso no era del estilo de su amigo. Como Bruno no decía una palabra, no podía saber qué decían los mensajes ni el por qué de su cara de espanto. Pero Ian Williams si podía dar certeza sobre algo, fuera lo que fuera, se trataba de Lucía.

Últimamente, todo se trataba de Lucía Dante en la vida de Bruno Harper.

Agarró el teléfono que de mala gana su amigo arrastró por la barra hasta él. Se quedó atónito ante la serie de mensajes.

Lu: *NICOLE?* 13:27

*COMPRIMISO?????!!!!* 13:27

*QUISE DECIR COMPROMISO!* 13:27

*NO PUEDO CREER! COMPROMISO!* 13:27

*CUANDO PENSABAS CONTARMERLO????* 13:27

*CONTAMERLO\** 13:27

*CONTARMELO\** 13:27

*MIERDA* 13:27

*ODIO ESTE TELEFONO* 13:27

*ODIO LA TECNOLOGIA* 13:27

*TE ODIO BRUNO MENTIROSO HARPER* 13:27

*QUE SEPAS QUE OCULTAR ES MENTIR* 13:27

*Y QUE ESTOY USANDO MAYUSCULAS PORQUE TE ESTOY GRITANDO* 13:27

*NO TENES IDEA DE LO MUCHO QUE ESTOY GRITANDO!!!* 13:27

—Bueno, —Williams tomó la voz cantante— mirá todo lo que escribió en un minuto —pegó la pantalla del aparato a su rostro—. Si lo de ustedes no funciona, siempre la podés llevar para que tome nota en las reuniones. Tipea mucho más rápido que *Patty*.

Bruno levantó la vista hacia su amigo, y se preguntó una y mil veces por qué Ian Williams se había convertido en su mejor amigo.

—¿Me estás cargando, Ian? —se llevó la mano a la frente previendo el terrible dolor de cabeza que se avecinaba, se despeinó nervioso dándole ciento de vueltas al asunto—. No estoy para bromas ahora. Y se llama Katy, joder.

Bruno sintió que las paredes de la habitación comenzaban a encerrarlo. Se sentía atrapado y frustrado; y se reprochó haberse alejado de su Lucía.

Al principio lo había entusiasmado la idea de ser el moderador de la convención, pero ya no le parecía una buena idea y se arrepentía de haber ido. Ojo, Ian también lo hacía. Se había acoplado al viaje porque cualquiera excusa le servía para visitar la ciudad del pecado, pero no se la había pasado bien con un compañero tan quejoso y niñato.

—Vamos, *B*, tenés que ver la mitad del vaso lleno —bromeó en respuesta. Dio un golpecito sobre la barra para llamar la atención de Sofia.

A decir verdad, no se acordaba exactamente cuál era el nombre de la pobre chica (y eso que ella se lo había repetido hasta el cansancio en pleno ligue) pero le había visto cara de Sofia y así la había bautizado. La joven era preciosa, pequeña y menuda, rubia natural de ojos claros. Todo cómo y cuánto le gustaba a él.

—Si fue Sarah, la voy a matar —amenazó Bruno rendido.

No le entraba en la cabeza cómo y por qué Lucía sabía de Nicole y del compromiso.

—Te recuerdo que propuse ahogarla en el lago de los Maxwell y te negaste. Teníamos 12, *B*. Éramos inimputables y todo eso.

—Ya bastante era estar lejos y ahora esto.

4 días (1.152 canciones) llevaban en Las Vegas y aquello era un verdadero infierno. Bruno no dejaba de quejarse y extrañar a su novia. Estaba malhumorado y asquerosamente insoportable. Ian no lo toleraba más, y contaba los segundos para volver a Nueva York.

Sofia, o cualquiera fuera su nombre verdadero, se acercó a los jóvenes y se puso a disposición de ellos. Ian le dedicó un guiño y unas cuantas sonrisas, y le pidió alcohol. Mucho.

Su amigo estaba frito porque Lucía Dante era de temer.

—Siempre va a ser un misterio el por qué te comprometiste con la loqui —lanzó Ian ni bien vació su *shot* de tequila. Arrugó la nariz por la acidez de la rodaja de limón que se llevó a la boca.

—Nunca me comprometí con ella —confesó Bruno a la par que bebía de su Scotch & Soda. Se aferraba a él como si fuera un salvavidas, el alcohol lo ayudaba a relajarse.

—¿Cómo que no? —acompañó la réplica con otro *shot* de tequila—. Pero si hasta hizo una fiesta de compromiso, *B*.

—Nació todo de ella, Ian. Nunca quise nada de eso. Nunca la quise. Ella planeaba todas esas locuras y yo me dedicaba a ignorarla.

Vio el fondo de su vaso y la verdad llegó clara y directa. Se reveló ante sus ojos y su propia conciencia.

Ian le dio un apretón en el hombro, y aunque lo pensó, no jugó la carta del te lo dije. Él fue el primero (más no el último) en advertirle a su amigo de lo insano que era todo con Nicole.

Los amigos pidieron otra ronda de tragos y le dieron rienda suelta a las confidencias. Bruno no hablaba de las cosas que le sucedían, cargaba con todo y seguía adelante como si nada. Quizás, era hora de desahogarse un poco, de hablar de las cosas que lo fastidiaban y le habían dolido. Si había alguien con el que podía abrirse era con Ian. Su amigo se las arreglaba para arrancarle los fantasmas que escondía y de hacerlo sentir mejor. Aún a fuerza de bromas y de tomarlo de punto.

Por eso era que Ian Williams era su mejor amigo. Porque lo esperaba, porque respetaba sus tiempos y podía con sus silencios.

Y luego de unas copas y unos cuantos chistes que Ian le dedicó solamente para animarlo, Bruno se animó a llamar a su novia. Era en ese aquí y ahora o nunca.

Luego de cinco llamadas perdidas, Lucía atendió.

—Bruno.

El tono en el que dijo su nombre le hizo recordar a su profesora de historia, la señora Jenkins. Era el terror de todos los alumnos de la *Spence School*, la preparatoria de elite de la que Bruno y Sarah se habían graduado con honores y de la que habían expulsado a Ian. Dos veces.

—Lu.

Esperó una palabra del otro lado pero nunca llegó.

—¿Fue Sarah?

—No puedo creer que te importe eso ahora.

Se pasó la mano por la frente porque intuía lo duro que iba a ser aquello.

—Lu, amor...

—No me digas amor, Bruno.

—Sos mi amor, Lu.

Bruno Harper no estaba seguro de muchas cosas en ese momento, pero sí que podía dar certeza sobre algo. Lucía Dante era el amor de su vida. El primero. El último. El único.

—Estás muy equivocado —se imaginó a la señora Jenkins gritándole a toda la clase—. Soy tu pesadilla ahora. La peor de todas, creeme.

—Ni que me digas... —susurró para sí, pero no pudo evitar que Lucía lo escuchara. Se maldijo mentalmente.

—¿Perdón?

—Nada, princesa, escuchame

—Te escucho, no me hagas perder el tiempo.

Podía imaginarla cruzada de brazos y golpeando el suelo con la punta del pie rítmicamente.

—No es lo que pensás —intentó explicarse torpemente. Bruno era un gran abogado defensor pero en ese instante su defensaapestaba.

—¿Sos vidente, Bruno?

Harper lanzó un bufido y entrecerró los ojos porque su amigo le sonreía muy animado con la charla. Le mostró el dedo corazón de su mano izquierda y se pasó al otro asiento para alejarse.

—Odio que me llames Bruno.

—Y yo odio los secretos y parece que vos tenés más que el mismísimo Salazar Slytherin.

Se rascó la barba incipiente. Un tic muy suyo de cuándo estaba alterado o perdido con algo.

—No tengo ni idea de lo qué hablás, nena.

—*La cámara de los secretos*, Bruno. *Harry Potter*. No puede ser que nunca entiendas lo que te digo.

—Si que te entiendo, amor —intento convencerla.

—¿Qué es Hogwarts, Bruno? —lo apremió.

¿Hogwarts? No tenía ni idea que era eso, sonaba a una marca de ropa o algún café para *Hipsters*.

Bruno no se animó a responder porque sabía que tenía todas las de perder. Se removió nervioso en su asiento.

—¡No sabés, Bruno! ¡Y es mi saga preferida!

Lucía no sabía si alguna vez iba a ser madre pero, de ser así, ya había decidió que su hija iba a llamarse Hermione e iba a ser una niña genio.

—¿Te das cuenta la falta de comunicación que tenemos?

—¿Qué? ¡No! —Se puso de pie al instante, como si hubiera recibido una descarga eléctrica—. Estamos bien, nena, no digas locuras.

—¿Me estás llamando loca, Bruno Harper? ¿En serio?

—Mierda, esto, mejor hablamos cuando estemos más tranquilos. ¿Te parece?

—Estoy perfecta —lo cortó en seco.

—Estás enojada —replicó. ¡Y para qué!

—¿Te parece que estoy sobreactuando, acaso?

Claro que Lucía sobreactuaba y exageraba, pero ni loco iba a afirmar aquello. Ni ante la Corte Suprema ni bajo juramento.

—Me preocupo por vos, preciosa...

—¿Querés que te diga dónde te podés meter toda tu preocupación? —gritó al otro lado de la

línea y hasta Sofía pudo escuchar sus palabras.

Ian Williams estalló en una carcajada. Le resultaba muy entretenida y cómica la escena. Sin duda había sido lo mejor que había presenciado en esos días en Las Vegas. Lamentaba no tener un balde de pochoclos a mano.

Lucía cortó la llamada más que furiosa. Lanzó un grito de pura histeria. Nunca en la vida había estado tan enojada y molesta con una situación. Y no porque no hayan faltado las oportunidades, sino porque nunca había sentido algo tan fuerte e intenso como lo que sentía por Bruno.

Miró a su alrededor y contempló por un rato el despacho del señor Williams, donde se había encerrado para atender la llamada de su novio. Respiró profundo y buscó la calma. La buscó en todos lados. Puso en práctica todo lo que le había enseñado Ruth cuando se había vuelto fanática del yoga y hasta se había convertida en vegana. Una semana había logrado aguantar, de todos modos. Lo hizo hasta que un amigo de ellas preparó unas hamburguesas en una barbacoa y sucumbió ante la tentación.

Lo importante es la intención, la había consolado Lucía en ese momento. Ruth lloraba desconsolada y se comía su tercera hamburguesa con tocino y queso cheddar.

Tímida, pero siempre curiosa, se acercó al escritorio de roble que le daba a la habitación todo su carácter. Acercó a su rostro cada uno de los portarretratos que Jeremy exponía con orgullo. A través de cada fotografía pudo ver crecer a Bruno, a Ian, y a la pequeña y rebelde Sarah.

Había decenas de imágenes de ellos. Juntos, siempre juntos. Como los tres mosqueteros.

De pequeños, jugando en el patio de esa misma casa. Comiendo helado, con sus rostros sucios y enchastrados con crema, en la barra de la cocina de Martha. Corriendo por un parque y montados a caballo. Había una foto en la que Bruno saltaba a una piscina e Ian mantenía hundida bajo el agua a la pobre Sarah.

Lucía se mató de la risa.

Y se le encogió un poquito el corazón. Fue testigo de todo ese amor. De lo mucho que ellos significaban para Bruno, y de lo importante que era él para los Williams.

¿Será que alguna vez ella iba a poder hacerlo tan feliz como lo era en esas capturas? ¿Iba a poder salvarlo como lo había hecho Ian, Sarah, Martha y el noble Jeremy?

Con esa duda instalada en el corazón abandonó el despacho. Llena de expectación y adrenalina.

En el pasillo que conducía a las habitaciones, y por el que Lucía había corrido debatiéndose si atender o no la llamada de Bruno, la esperaba la última persona que quería ver ese día.

Nicole Marie Terry, hija de Carston y Fiona Terry, era una princesa de la elite neoyorkina que se dedicaba a gastar la fortuna de sus padres y a viajar por el mundo. Era caprichosa, superficial (aunque muy insegura) y cínica; le encantaba hacer sentir inferior a los otros y tenerlos a su merced. Todo lo que tenía de linda lo tenía de mala. Era eso. Sencillamente una mala persona. Hasta a sus padres les apenaba la forma de ser y de actuar de su única hija.

—Lucía —escupió con veneno.

—Ese es mi nombre —contraatacó Dante. Se plantó a ella con la espalda bien erguida para ganar un poco de altura, puesto que Nicole le sacaba una cabeza. Era altísima.

Una víbora, pensó Lucía.

—Me hablaron mucho de vos...

—Qué suerte —repuso al instante. No pensaba entrar en ninguno de sus juegos. Thomas ya la había puesto en alerta—. Aunque no puedo decir lo mismo de vos.

—¿B, no te hablo de nosotros? —la forma en que lo decía denotaba más de un doble sentido y eso asqueó a Lucía.

¿Nosotros? Sentía unas ganas inmensas de apretarle el cuello con sus propias manos.

—Por lo general hablamos de cosas interesantes —objetó.

Nicole Terry esbozó una sonrisa. Una maquiavélica. Como las de las brujas de las películas de Disney, que adoraba ver los sábados por la tarde en la pantalla plana del living de Bruno.

—Muy graciosa —dijo en un tonito que le ponía los pelos de punta.

—No sabes cuánto —amenazó. Sí, eso era una verdadera amenaza en el lenguaje de Lucía Delfina Dante.

Nicole se despegó de la pared y se acercó a ella. El repiqueteo de sus tacos de infarto sobre el parqué le resultaba tan molesto como el tono de su voz.

—No soy tu enemiga, Lu —susurró apoyando su mano en el hombro de Lucía.

—No me llames así —le quitó la mano de un manotazo y dio un paso adelante para marcar territorio—. De hecho, no me llames. No tengo nada que hablar con vos.

—Yo creo que sí —replicó agachándose para acercar e igualar ambos rostros, parecía el típico enfrentamiento cara a cara de dos boxeadores antes de una pelea—. Te sorprenderían todas las cosas que puedo contarte.

Lucía no se achicó. No había nacido la persona que pudiera lograr eso en ella.

—¿Sobre? —la apuró.

—Sobre *B* —dijo en su tonito de nena mimada.

A Lucía le entraron unas ganas inmensas de arrancarles las extensiones, las pestañas postizas y los apliques de sus uñas. Uno a uno. Si volvía a pronunciar *B* en ese tonito de *snob*, se le iba a tirar a encima y que gane la mejor.

—No hay nada que no sepa de mi novio —remarcó el mi novio para que no quedaran dudas de eso.

Es mío, rubia teñida, víbora anoréxica sin corazón.

La víbora anoréxica sin corazón volvió a lanzar esa risita que tanto odiaba Lucía. Su instinto de superioridad era imposible de lidiar. Le molestaba hasta su forma de respirar.

—Mmmmmmm ¿Estás segura?

## XXI: Porto Alegre

Teresa entró en la cocina de su *La Pequeña La Habana* por demás alegre y animada.

Afuera hacía un día verdaderamente precioso. El clima seguía siendo cálido, pero no tan pesado como lo había sido durante, probablemente, uno de los veranos más calurosos que recordaba haber vivido.

La llegada del otoño no solo había traído esa frescura particular en el aire, sino todo su color. Los más lindos, para ella. Las hojas de los árboles se fueron tiñendo con distintas gamas y representaban todo un espectáculo para sus ojos.

El otoño era su estación preferida del año. Por eso el segundo nombre de Ruth era *Autumn*. Ruth Autumn Martínez, la verdad es que sonaba un poco extraño pero a Teresa le encantaba (no tanto así a su hija).

La cuestión era que estaba tremendamente entusiasmada con la llegada de su estación favorita. Iba a ser su otoño número 52. Y uno, que iba a recordar y atesorar para toda la vida.

Lucía trapeaba los pisos mientras tarareaba una de sus las canciones de su *playlist*. Estaba echada en el suelo con los auriculares puestos, esos que tenía la imagen del Pato Donald y estaban emparchadas con metros de cinta.

A Dante le encantaba cantar o bailar cuando se ponía a limpiar. Y también le gustaba limpiar. Muchísimo, de hecho. Lo encontraba reparador y liberador. La ayudaba a desesterarse, a tomar decisiones importantes; era un desahogo, casi como una terapia. Una barata y eficiente.

Cuando Lucía se sentía mal, nerviosa por algo, o había alguna idea loca dándole vueltas en la cabeza; se ponía a ordenar, fregar pisos y doblar ropa. Si no había algo que limpiar, lo encontraba; y si no había ropa por doblar, tiraba toda la suya arriba de la cama y se ponía manos a la obra. Bruno se mataba de la risa cuando la veía vaciar (como loca) los cajones de sus prendas por toda la cama que ya compartían hace meses. Podía quedarse contemplándola por horas, muy entretenido. También lo hipnotizaba cuando la encontraba ordenando y cantando alguna canción que, aunque todavía no conocía, se moría por hacerlo.

A Bruno le encantaba descubrir las maravillas del mundo se su Lucía.

Teresa apoyó la caja que había cargado desde su casa (a tan solo unas cuadras) sobre una de las mesadas, y sonrió al toparse con el impresionante ramo de rosas que allí había. Miró la tarjeta y lanzó un suspiro cargado de romanticismo. Los mismos que regalaba cuando miraba, religiosamente, sus novelas de la tarde.

—Qué dulce, mariquita<sup>[18]</sup> —exclamó en la lengua madre que ambas compartían. La llamaba así, por la melena rojiza de Lucía y que Teresa tanto adoraba.

Al no encontrar respuesta, se giró extrañada. Dante seguía en su mundo limpiando el piso y tarareando quién sabe qué canción.

—Mariquita —volvió a insistir, esa vez, alzando la voz.

Nada. No hubo respuesta. Lucía ni se inmutó, siquiera.

A Teresa no le llamó la atención aquello. A nadie que conociera más o menos, podría sorprenderle. Lucía viajaba constantemente a otros universos paralelos, vivía colgada de la luna y demás satélites.

Lucía Dante era una trotamundos. De uno poblado de puras fantasías.

Con la firme decisión de llamar su atención, se acercó hasta su hija del corazón y se agachó señalando un punto cualquiera en el suelo.

—¿Eso es una araña? —dijo en un tono que buscaba ser serio.

Al instante, al verdadero instante de esas palabras, Lucía se puso de pie soltando el trapo que tenía en sus manos y empezó a dar saltitos frenéticos. Cambiaba su peso de un pie al otro y, cerraba los ojos con tanta fuerza, que se le llenaba la cara de arruguitas.

—Sacamela, sacamela —pedía a gritos. Teresa se mataba de la risa a sus espaldas. Procuraba ser silenciosa para extender un poquito más el espectáculo.

—*Shhhh*, está lejos tuyo, mariquita.

Lucía se detuvo congelada como en pleno juego de estatuas. Todavía mantenía los ojos cerrados, y estaba muy quietecita pensando que era la mejor forma de prevenir de que la araña la atacara. La señorita Dante le tenía TERROR a las arañas.

—Sacala, Tere, por favor, sacala —pedía nerviosa.

—Ya, la voy a matar —indicó Teresa haciendo ademán de acercarse a la araña.

Lucía abrió los ojos como platos.

—NO —gritó perturbada y encontró a la madre de su amiga agachándose con una de sus sandalias en la mano—. ¡No la mates, Tere!

Ésta volteó a mirarla arrugando la frente.

—¿No querías que la saque?

—Sacala pero no la mates, pobrecita... —le indicó volviendo a cerrar los ojos para aguantar el miedo que tenía.

Teresa se deshizo de sonrisas. Un poco por la exageración de su niña, otro poco más por su ternura. Sentía verdadero horror por esos bichitos, pero no podía permitir que les pasara algo. No por ella, no por nadie.

La señora Martínez hizo cómo si tomaba a la araña con un papel y la dejaba en una de las macetitas con flores que había en la vereda.

Hasta que no volvió a la cocina y le indico a Lucía que el campo estaba despejado, ésta no volvió a abrir los ojos y a respirar con tranquilidad. A Teresa se le encogió un poco el corazón y le dio algo de culpa.

—Qué lindas flores —cambió de tema por el pesar que había setido.

Lucía recogió el trapo y el balde con el que estaba fregando, y le dio un vistazo vago al ramo inmenso de rosas rojas.

—Sí, bueno, es lindo...

Teresa se acercó a ellas e inspiró su aroma. Profundamente.

—*Mmmmmm*, son hermosas —tomó nuevamente la cartita que las acompañaba— qué romántico y dulce resultó nuestro Bruno.

—Se siente culpable —replicó Dante, sacudiéndose el delantal y sacándose algunas pelusas.

—¿Siguen enojados?

Teresa se puso a buscar en las alacenas algún recipiente más grande para poner las flores. Lucía las había colocado en una jarra, pero era demasiado chico para semejante ramo.

La cocina de *La Pequeña La Habana* era pequeña pero muy pintoresca. Estaba llena de sus colores preferidos, los de otoño, y guardaba todo tipo de vasijas y elementos que compraba en ferias y ventas de garaje. Todo era así, allí.

Las mesas eran todas distintas entre sí, al igual que las sillas que las acompañaban y los mantelitos que las vestían. Los platos, tenedores, cuchillos, vasos y servilleteros; discordaban de igual forma. Cada elemento y cada pedazo de ese restaurant era único y especial.

Como ella. Como Lucía. Como esta historia.

—Te pregunté si siguen enojados, mariquita... —volvió a la carga ante el peligroso silencio de

Lucía. Había escuchado lo que había sucedido con Nicole durante la gala. La versión edulcorada de Lucía, y la completa y exagerada de Sarah.

—Yo sigo enojada, sí. Pienso hacerlo sufrir un poquito...

—Pobre niño —se lamentó— pero sí es un encanto.

Lucía se dio vuelta para mirarla y se cruzó de brazos.

—¿Estás de su lado?

La buena de Teresa se acercó hasta ella con una de las rosas en mano. Ya había pasado el ramo a un contenedor mucho más propicio para su tamaño.

—Siempre estoy de tu lado, pero... —lanzó un suspiro— en fin, él te quiera de veras.

Lucía bajó un poco la guardia y deshizo su pose.

—Lo sé, lo sé, pero quiero marcar mi punto, nada más.

Teresa cortó el largo tallo de la flor y se la colocó con especial cuidado sobre su oreja derecha. Lucía tenía unas trenzas cruzadas por arriba de su cabeza formando una pequeña tiara. Teresa fijó la rosa a su peinado con una de las pequeñas hebillas con las que Lucía contenía sus pelitos más rebeldes. Le quedaba preciosa.

—Agradécele de mi parte el paquete que le llevó a mi otoño.

Dante inspiró profundo, y recordó que le había habían pedido a Bruno que le llevara unas cosas a su amiga que vivía desde hace algún tiempo en Las Vegas. Paralelo a aquello, recordó todo lo que Bruno había hecho por ella. Desde lo más grande a lo más pequeño. En los pequeños detalles descansaba todo el amor y devoción que él tenía para con ella.

Agachó la cabeza, rendida ante las palabras de la que era una madre para ella.

—Sí —asintió con la cabeza— se lo voy a agradecer. La verdad es que fue un lindo detalle por su parte.

—Como las rosas —alentó Teresa.

Lucía la miró a los ojos. Tenían un brillo particular. Sus ojos siempre derrochaban vida.

—Como las rosas —reconoció a su favor.

—Trátame bien a mi niño —le pidió dulcemente.

Lucía puso los ojos en blanco. Bruno sí que enamoraba a todo el mundo.

—Voy a hacer el esfuerzo...

Teresa la abrazó. Orgullosa y contenta de haberla hecho entrar en razón. Siempre se salía con la suya. Lucía sentía auténtica debilidad por ella.

Sin deshacer el abrazo y dejándose querer, Dante tuvo un presentimiento.

—¿No había ninguna araña no, Tere?

Su mamá del corazón se echó a reír confirmando la duda.

—Qué pena que Teresa no pudo venir —se lamentó Martha mientras le servía un poco de jugo a Lucía.

Estaban sentadas en la mesa de la cocina de los Williams, junto a Sarah y un Thomas atragantado con sanguchitos de jamón y palmitos. Martha los había invitado a almorzar en agradecimiento por su ayuda durante la gala de su fundación. Aquello había sido de gran ayuda, habían recaudado mucho dinero e iban a poder cumplir con todos los proyectos que tenían por delante.

—Pasa que el otro encargado está enfermo y, si no me ausento yo, tiene que estar ella, y viceversa —logró explicar entre bocados—. Pero me hizo prometerte que ni bien vuelvan a la normalidad, se pasa por acá para tomar unos ricos cafés.

Martha sonrió entusiasmada por conocer a una mujer que, según los comentarios de todos, era maravillosa.

—Quiero agradecerles mucho, chicas. La verdad es que fue todo un éxito.

Thomas tragó el último pedazo de comida que se había metido en la boca e hizo una seña para recordarle que también estaba allí.

—Y Tommy —Martha lanzó una risita— perdón. Gracias también a vos.

Sarah tomó un *scone* y lo untó con mermelada de frutos rojos.

—¿Por qué le agradecés si no movió ni un musculo? —reprochó.

Dickinson le propició un suave codazo en las costillas que la hizo removerse en su asiento. Le arrancó un grito de dolor que sabía que era exagerado. Como todo en ella.

—Traje lo más importante —se defendió y se llevó una bomba de crema a la boca. La cuarta o quizás la sexta. Probablemente la décima.

—No peleen, por favor —pidió la señora Williams—. Vamos a comer tranquilos —indicó señalando la mesa llena de cositas riquísimas para probar.

—Si éste nos deja algo... —susurró Sarah para sí, y se volvió a ganar un codazo de su amigo. Se adoraban con locura, pero eran la viva reencarnación de Tom y Jerry.

Martha decidió ignorar a aquellos dos y se dirigió a Lucía.

—La idea del libro estuvo increíble, Lu —la felicitó—. Brillante.

Dante se ruborizó un poco, le costaba manejar los halagos.

—Si, ¿qué era eso? —preguntó Sarah con la boca llena de comida.

Lucía dejó sobre su platito la masita que iba a comer y se sacudió las manos. Se puso bien derecha y se aclaró la garganta para dar comienzo a su explicación. Era de esas personas que le encantan contarte algo, que mueven sus manos para todos lados y hacen gentos para darle verdadero carácter al relato.

—Era un libro de recuerdos —expuso entusiasmada—. Un cliente de Teresa tiene una imprenta y le pedí que lo preparara. Lo hizo gratis cuando le explique para qué era —agregó orgullosa.

Todos asintieron. Martha tomaba un poco de té. Sarah y Thomas tenían la boca llena, debatiéndose por quién comía más bombas de crema.

—La idea era que todas las mujeres que le hayan ganado al... a la enfermedad —evitó usar la palabra cáncer— dejaran un mensaje de aliento a las que todavía están en tratamiento. Les pedí que escriban lo que tengan ganas de decirles, para que Martha lo pudiera llevar a la fundación y compartirlo con las personas a las que está ayudando —tomó un poquito de jugo de naranja para limpiarse el paladar—. Me parecía que era un mensaje efectivo porque ellas pasaron por eso. Conocen los miedos y las dudas que están atravesando, y probablemente tengan las palabras exactas que necesitan escuchar. A veces uno tiene la mejor intención del mundo, pero no sabés qué decir en un caso así.

Sólo los que conocen la pérdida, son los que se entregan verdaderamente. Las palabras que le había dedicado a Bruno el mismo día que lo conoció, se le vinieron a la cabeza.

Dios, cuánto había cambiado su vida desde ese día. Daba miedo, la verdad.

—Eso es muy lindo, Lu. Me encantó la idea, les encantó a las chicas de la fundación.

Lucía se encogió de hombros restándole importancia. Ahí la verdadera heroína era Martha, para ella.

—Creo que no voy a esperar a que Teresa de desocupe y me voy a pasar por su *restaurant* para agradecerle por todo... —propuso.

Sarah levantó su mano encantada, autoinvitándose.

—Me apunto —confirmó su presencia—. La comida es de muerte, cada vez que voy creo que subo como 10 kilos.

—Eh —intervino también Thomas—. Yo también. *Picadillo a la Criolla*... —susurró como si

estuviera hablando de uno de sus enamorados o del galán de turno de *Hollywood*.

—¿Picadillo, qué? —preguntó Martha riéndose de esos locos.

—Es un plato con carne y todo tipo de vegetales —le explicó Lucía—. Cebolla, pimiento, tomates. Se sirve con arroz blanco y plátanos maduros fritos.

—¿Cómo la *Feijoada*?

—Tiene algo así, si —ratificó Lucía—. ¿Estuviste en Brasil alguna vez? —preguntó curiosa. La *feijoada* era un plato típico de la gastronomía brasilera.

Martha asintió mientras terminaba su taza de té y se disponía a probar uno de los *scones* que había comprado en la tienda de la esquina.

—¿Cuándo papá y vos estuvieron en Brasil, y por qué nunca me enteré de eso? —le cuestionó Sarah. Tenía el estomago lleno de comida. Había decidido darse un respiro y entregarse a la charla.

Lucía, por su cuenta, se estaba devorando una porción de pastel de banana y dulce. Sabían como el arrollado de sus sueños.

—No fui con papá, nena —reveló mientras elegía cuál *scone* iba a comerse—. Viví un año ahí cuando era muy joven.

Thomas abrió los ojos como platos...

—No conocía esa historia —repuso su hija.

—Yo tampoco —se sumó él.

—Creo que es obvio —intervino Lucía— pero yo menos.

—Me enamoré de un chico de allí en unas vacaciones que hicimos con mis padres en Miami —lanzó Martha, dejándolos atónitos—. Él trabajaba en el hotel. Fue amor a primera vista. Me escapé con él —suspiró ante el recuerdo.

—¡Serás zorra, madre!

—Sarah Emily Williams —exclamó dando un golpe en la mesa.

—Perdón, má —se lamentó apenada por el exabrupto. Sarah tenía una boca bastante guarra pero la usaba sin ánimos de ofender—. Es que imaginaba que vos con papa... bueno...

—No me casé virgen con tu padre si te referís a eso.

Thomas se quedó sin respiración por un segundo y Lucía puso los ojos en compota.

—Creo que no quiero saber más nada, por el bien de mi psiquis —pidió Sarah cerrando los ojos y tratando de exorcizar todas las imágenes que se le venían a la cabeza.

—Yo si —pidió Thomas—. Martha, contanos por favor.

«*Eso si que estaba bien interesante.*»

—Gracias, Tommy —dijo la rebelde de los Williams con los dientes apretados y devolviéndole un codazo.

—Ya es tarde... —se excusó él.

—¿Dónde viviste? —preguntó Lucía curiosa. Se le vinieron muchas ideas a la cabeza. Brasil estaba pegado a Argentina. A su Argentina. A su casa. Sencillamente no podía creer lo chiquito que era el mundo, a veces.

—Porto Alegre —respondió Martha divirtiéndose con la mirada extraña de su hija y de su amigo.

—*Noooo* —expresó Lucía incrédula—. ¡Pero si soy muy fan del Gremio! ¡Qué coincidencia!

Cada uno de los allí presentes, le dedicaron miradas de completa incertidumbre y extrañeza.

—Es el equipo más importante de Porto Alegre —repuso aunque nadie parecía comprenderla—. Fútbol. ¿Dos equipos, patear pelota, entra al arco, gol? —A medida que hablaba su voz, perdía fuerza—. ¿No?

Miró a la cara de cada uno, pero nadie dijo nada.

—Olviden —se resignó—. Volvamos a lo otro.

—Eso —se sumaron Sarah y Thomas hablando a la vez. A veces parecía que Sarah era la gemela de Thomas y no de Ian.

Quizás en otra vida.

—Fue un romance bastante pasional —se ruborizó por la confesión.

—Ma —la interrumpió su hija— si vas a contarnos como te revolcabas con el brasilero por las playas, mientras el pobre de papá estaba estudiando como loco; mejor no quiero saberlo.

—Tu padre tampoco fue un santo, Sarah —se defendió ella—. Bastante mujeriego era mi hermoso Jeremy..

—No es que no me interese eso —dijo Thomas— que también me interesa, pero volvamos al ardiente y sensual brasilero.

Sarah lanzó un bufido y se llevó una bomba a la boca. Casi que deseaba morir de un coma de azúcar, en ese momento.

—Xavier —reveló Martha.

—Xavier —repitió Thomas con los ojos llenos de brillo y calor—. Me encanta el nombre —dio unas palmaditas en el aire.

Sarah le puso una mano en la frente.

—Creo que tenés fiebre, Dickinson.

Lucía y Martha se echaron a reír.

En cuando Sarah dejó de hacerse la espantada y caprichosa, Martha les relató en detalle la historia de amor entre ella y Xavier. De lo mucho que se habían querido y de todo lo que había vivido en un país con tantas historias por contar.

Ella sí que tenía muchas.

Teresa llegó, finalmente, a la parte en que Xavier murió en un accidente de autos al poco tiempo de que Martha se haya ido a vivir con él. Les explicó como se le había roto el corazón y como había dejado de creer en el amor y en la magia. Ninguno de los tres podía comprender qué había cambiado, para que ella fuera esa mujer llena de esperanza y alegría que tenían en frente.

—Jeremy Stuart Williams pasó —les reveló—. Cuando uno conoce al amor de su vida, vuelve a nacer —afirmó con la sabiduría de toda una vida vivida.

—Empezaba a pensar que el Xavier ese había sido el amor de tu vida —confesó Sarah. Parecía una pequeña asustada y triste.

—Xavier fue un amor verdadero —manifestó—. Pero no era tu padre, no hay, no habrá nadie como él.

Martha sonrió como una adolescente enamorada. Les contagió esa misma sonrisa a los testigos de su confesión. A Sarah se le ensancho el pecho de orgullo. La historia de amor de sus padres siempre había sido su cuento de hadas predilecto.

—¿Por qué Jeremy fue diferente? —inquirió Lucía.

—Porque es el que me quitó la respiración. Y el que me la devolvió al instante, con una de sus sonrisas o uno de sus besos. Todavía lo hace. Mi esposo, me da vida. Me la dio con mis hijos —expuso mirando tiernamente a su Sarah—. Me la da con cada pequeño detalle. Lo esencial es invisible a los ojos —sentenció citando al Principito, a uno de los autores favoritos de Lucía.

Le arrancó otra sonrisa. Pero esa vino con una revelación.

Lucía Dante entendió, finalmente, que había encontrado al amor de su vida. Aunque a veces se negaba a esa posibilidad, y hasta había llegado a pensar que nunca iba a ser una de esas personas.

Bruno Samuel Harper era el que le quitaba la respiración y se la devolvía.

Y se la quitaba. Y se la devolvía. Y se la volvía a quitar. Y se la devolvía otra vez.  
Por. Y. Para. Siempre.  
(Qué vengan todas las Nicole del mundo. Qué vengan, que ella podía con todas.)

## XXII: Copenhague

Lucía estaba sentada en la isla de granito de la cocina del departamento de Bruno.

Aunque él se cansaba de repetirle, una y otra vez, que ese también era su lugar; todavía se resistía a esa idea. Había veces que se sentía como una inquilina y le pedía permiso hasta para usar el baño o prender la televisión. Había otras tantas en la que verdadera Lucía lograba aparecer, y se animaba, incluso, a cambiarle todas las cosas de lugar para volverlo loco.

Bruno era un obsesivo del orden y el control, y a Lucía le encantaba romper con todos sus esquemas. La calma y el caos bajo un mismo techo, jugando al amor.

La señorita Caos se pasaba de una mano a otra el juego de llaves que Bruno le había dado. Le había puesto el llavero del Pato Donald, que le había regalado durante la fiesta en la casa de los Williams, y unos moños de cintas con los que jugaba. Estaba nerviosa e inquieta.

De a ratos, ojeaba el reloj de pared que había delante suyo sobre las encimeras de la cocina; pero los minutos pasaban lento. Demasiado lento. Se acarició el reloj de pulsera que usaba en su mano izquierda y sonrió, melancólica, ante el recuerdo. Estaba maltrecho y parecía haber soportado demasiados golpes; desde hace mucho, marcaba siempre la misma hora. Se había detenido ahí, en el tiempo, como si no quisiese pasar página.

Lucía nunca se había animado a arreglarlo, ni a cambiarlo por uno que si funcionara. Algo de ella también se había quedado en aquel y ahora.

Detrás suyo, la vista anunciaba la llegada de un nuevo día. El sol de otoño asomaba en el horizonte y prometía una nueva aventura.

El ruido de la cerradura de la puerta principal rompió con todas las ideas en su cabeza, y la motivó a moverse. Se bajó de la banqueta con tanta prisa y torpeza, que cayó redonda en el suelo. Bruno tuvo como bienvenida un regio grito y unos cuantos insultos en una lengua que ya no le era tan desconocida.

Dejó todo el equipaje que cargaba en el centro del *living*, así como una caja enorme en la mesa ratona, y se dirigió a la cocina.

—Estoy bien —gritó Lucía desde el suelo. Bruno solo podía ver su brazo extendido en el aire al otro lado de la isla.

Estoy bien. Esas dos palabras hicieron mella en su cuerpo. Se acordó de la primera que las había escuchado de la boca de Lucía, y de lo mucho que había cambiado su vida desde ese día.

Cuando llegó hasta ella, la encontró despatarrada y tan hermosa como la primera vez.

Siempre todo era como la primera vez con Lucía.

—Parece que siempre me termino cayendo a tus pies —susurró masajeándose el muslo derecho. Gracias a la suerte, su trasero había amortiguado la caída.

—Más bien todo al revés —replicó él agachándose hasta ella. Le tomó la mano izquierda para levantarla pero, antes, depositó un beso dulce sobre sus nudillos—. Soy yo el que está a tus pies, Lu. Siempre.

Lucía puso los ojos en blanco y se desentendió del piropo para hacérsela difícil. Se dejó levantar por él, y rompió el contacto sentándose nuevamente en la banqueta.

—No me endulces los odios —amenazó señalándolo con un dedo inquisidor—. Todavía estás a prueba.

Bruno frunció el ceño, no por sorpresa, sino por seguirle el juego. Se divertía hasta en las peleas.

—¿De qué prueba estamos hablando, Sra. Jenkins?

—¿Señora qué? —inquirió frunciendo el ceño, esa vez, ella.

—Era una maestra bastante severa que tuvimos en la escuela —se explicó—. Siempre me tenía a raya como vos.

Lucía apoyó sus manos sobre el granito y lo fulminó con la mirada.

—¿En serio me estás comparando con tu maestra? ¿Sos o te hacés, Bruno?

Bruno se sentó al otro lado de la mesada y se llevó a la boca la taza de café que Lucía se había preparado; y de la que no había bebido ni una gota. La espera le había quitado hasta el hambre.

—Si te hace sentir mejor, Olivia tenía su encanto. Creo que Ian estaba enamorado de ella.

Dante lanzó un bufido. No había forma de que aquello la hiciera sentir mejor. ¿Con qué Olivia, eh? Se anotó mentalmente buscarla en Facebook más tarde para ver cómo era.

—Ian se enamora de cualquier cosa que respire, *B*.

—¿Me volviste a llamar *B*? —contraatacó atrapándola en el descuido. Cuando estaba enojada, lo llamaba Bruno. Pero si usaba *B*, significaba que todo estaba en orden y Lucía tenía la guardia baja.

—Se me escapó —se defendió rápidamente y se bajó de su asiento con la excusa de preparar café. De seguro el que estaba tomando Bruno ya estaba helado—. Dejé de hacerte el lindo, Bruno.

—Como si eso fuera posible, nena.

Lucía se dio vuelta para dedicarle una de esas miradas amenazantes tan de ellas. Bruno le dedicó una de sus sonrisas matadoras. Era un arma tan letal, que la obligó a romper nuevamente el contacto y a volver a lo que estaba haciendo.

—¿Qué es esa prueba que tengo que hacer? Tengo el día libre si te interesa... —usó un tono de voz que enmascaraba un doble, tercer y cuarto sentido.

—Calmate, *Grey* —lo frenó—. Sigo meditando qué voy a hacer con vos.

—¿Quién es *Grey* y qué es lo que tenés en mente? —preguntó confundido por ese nombre y entusiasmado con lo segundo.

Lucía dio la vuelta a la isla para susurrarle algo al oído —Estás en el limbo, Harper— y siguió su camino hasta el refrigerador.

—¿Limbo? —investigó.

—*Ajam* —respondió ella mientras examinaba el interior del aparato—. Tengo que decidir si te mando al paraíso o directo al infierno. ¿Tortilla? —propuso mostrándole el recipiente con huevos y el queso artesanal que había comprado en una feria.

Bruno asintió con una chispa en la mirada. Ese fuego interno que solamente ella despertaba en él.

Lucía tomó unos tomates y se cargó los brazos con los demás comestibles.

—Yo que vos hago buena letra, más te vale portarte bien —volvió a susurrarle en su camino de vuelta.

—Creo que prefiero el infierno, puedo ser un chico muy malo...

Lucía lanzó una carcajada profunda. La imagen de chico malo le parecía ridícula en Bruno.

—Las Vegas sí que te pegaron —dijo entre risas y acomodando los productos en la mesada de trabajo.

—No tenés ni idea, nena. Una semana separados fue horrible, me aburrí demasiado.

—Yo me la pasé de lo más entretenida —anunció de espaldas mientras cortaba trocitos de queso en la tabla de madera—. Quedamos con Nicole para tomar el té y fuimos de compras. Me compré uno de esos vestidos que cuestan como cinco órganos.

A Bruno se le nubló la mirada. Lo cierto es que esperaba que Nicole dejara de jugarle malas

pasadas. Había confiado con que Lucía podía dejar el tema.

—Lamento eso, Lu —la cara se le había transformado, había perdido esa chispa que tenía en la mirada. Ella se lo perdía por estar de espaldas a él, cocinando.

—¿Qué cosa específicamente lamentás? ¿Haberme mentido? —a ambos le dolió tal acusación.

—Para ser honesto, lamento siquiera haberla conocido. Lamento todo lo que vino después, pero lo que más lamento es que te haya molestado a vos. Para mí no existe, hace mucho tiempo que me resulta indiferente, aunque creo que siempre fue así. No sé, no me importa en lo más mínimo; pero si te hace algo a vos, entonces se convierte de nuevo en un problema para mí.

Lucía se dio la vuelta y se apoyó en la mesada. Cruzó los brazos rendida por la situación. Se había propuesto no dejar que Nicole interviniera en su relación, pero no se la podía sacar de la cabeza.

—Pues parece que ella te tiene bastante presente, seguro que tiene muñecos *vudú* con tu nombre clavado con alfileres.

—Suenan bastante a Nicole eso.

Dante se acercó hasta la isla y se apoyó en ella para lograr mayor intimidad con Bruno.

—¿Qué es eso que me contó Sarah de una orden de alejamiento?

—No quiero hablar de ella, nena. Hagamos algo más divertido con nuestro tiempo. Vamos a tirarnos al sillón a comer tu tortilla y los *cupcakes* que te traje.

—No me cambies de tema, Harper. Necesito saber que... —se paró en seco—. Espera. ¿Dijiste *cupcakes*?

—Los de banana que tanto te gustan —reveló con la esperanza de ganar más tiempo a su favor.

—¿De cuántos estamos hablando?

Bruno se irguió de hombros haciéndose el interesante. Se aplaudó mentalmente por haber jugado su as bajo la manga en el momento indicado.

Lucía acercó su rostro. Aún más cerca del de él, elevándose por sobre la mesada.

—¿Me vas a responder por las buenas o por las malas, Bruno?

—Depende —le respondió en un tonito encantador que la volvía loca y, hasta a veces, la desquiciaba— creo que lo de las malas es bastante tentador.

—En serio, *B*. No juegues conmigo. No sé nada de vos y...

—Lu —la interrumpió al instante. Se puso de pie y dio la vuelta para ponerse frente a ella— escuchame esto —pidió mirándola a los ojos y agarrándole la cara con las manos. Las mejillas de Lucía ardían como fuego sagrado—. Vos me conocés como nadie en el mundo. Ni por un segundo dejes que se te cruce por esa cabeza loca que tenés, que esto que tenemos no es lo mejor que nos pasó en la vida.

—Habla por vos, Harper —replicó quitándole la mirada, escapando del efecto que él producía en ella—. No te agrandes.

—Ok —sonrió encantado por lo cabezota que era— vos ganás, Lu. Sos lo más lindo que me pasó en la vida.

Le acarició con los pulgares las mejillas y se las rebuscó para volver a ganar su mirada. Pudo notar como el simple hecho de mirarla y acariciarla, le arrancaba la respiración.

Bruno era la *kriptonita* de Lucía. Y viceversa.

—Me gustaría que hagamos cosas que te gusten a vos —le susurró bajando la cabeza y dejando que la besara en la frente—. Quiero conocer ese lado tuyo que está enterrado debajo de todos esos trajes caros que usás, y que te quedan tan bien —confesó arrancándole una risita.

Bruno la abrazó bien fuerte, abrigándola bajo su calor. Lucía no solo se dejó querer, sino que lo abrazó también. Se aferró a su cuerpo con necesidad y por deseo. Tenía hambre de él.

—Pensé una cosa.

—Cuándo vos pensás el mundo tiembla, hermosa —indicó dándole besitos en la sien.

—Quisiera que escribas una lista de todas las cosas que te gustarían hacer. Desde lo más simple a lo más loco. En serio, no te guardes nada.

—Ok —aceptó de inmediato y gustoso.

Lucía tenía una libreta donde anotaba todas las cosas que se le ocurrían que tenía ganas de hacer. Las metas que quería cumplir, los lugares que se moría por conocer, las experiencias que anhelaba experimentar. El motor de su vida, desde hacía unos años, era cumplir con cada uno de los ítems de esa lista. No quería quedarse con las ganas de nada, quería verlo y sentirlo todo.

Ya le había contado de aquello a Bruno, y era una de las cosas que más le gustaban a él de ella. Ese espíritu aventurero.

Lucía tenía ojos de niño. Esos que quieren explorarlo todo. Esos que parece que siempre están viendo algo por primera vez.

—Quiero que empecemos a cumplir todos tus sueños, *B* —lo abrazó fuerte.

—Mi sueño ya está cumplido y está ahora entre mis brazos.

Lucía resopló y lo miró a los ojos para retarlo.

—Dejá de hacerte el romántico, tonto.

—Es mi forma de disuadirte, tonta.

Dante arrugó la nariz y Harper se la besó. Con dulzura y anhelo.

A Lucía se le derritió el corazón, pero se las arregló para romper el abrazo. Tras dejarle un besito en la mejilla, volvió a preparar su tortilla.

Bruno se dio cuenta que estaba escapando de la situación, de lo vulnerable que se sentía con él. Le pasaba a ambos, a decir verdad.

—¿Funciona o no? —la apremió y sonrió al ver como ella erguía los hombros para mostrarse despreocupada.

—Un poco —reconoció. Ante la risita de Bruno, aclaró— Dije poco, igual...

Como unas 8 canciones después y luego de que Bruno haya acomodado todo en la mesa ratona del *living*, ambos estaban cómodamente sentados en el suelo.

Lucía iba por su cupcake número 4, y recién empezaba. Rozaba con sus pies descalzos la alfombra, le encantaba esa sensación que le provocaba. Si fuera por ella, viviría descalza.

Bruno, por su parte, se tomaba una buena taza de café y comía la exquisita tortilla que su novia le había preparado. En sus piernas descansaba la libreta donde Lucía había enumerado sus sueños por cumplir. Ella misma se la había ofrecido para que escribiera los suyos ahí.

Tenían una larga lista de sueños por cumplir. Y toda una vida para hacerlo, juntos.

—Cuando se te venga algo a la cabeza, lo anotás y listo. La idea es proponerte cumplir con algo todos los días, los vas tachando y así —le explicó.

—¿Puedo empezar ahora?

—Eso sería buenísimo —respondió toda sonrisas.

Bruno dejó la taza de café sobre el posavasos de la mesa y tomó la lapicera para empezar a escribir.

Lucía, curiosa, dejó su cupcake de chocolate blanco y almendras y se arrimó a él. Leyó por arriba de sus hombros el primer ítem de su lista.

—¡¿En serio!?! —le dio un golpecito en el hombro desde la espalda.

—Dijiste que anotara mis fantasías, nena —se excusó.

—Sueños —replicó—. Dije sueños, no fantasías. No pienso hacer eso, Christian Grey.

Bruno se echó a reír y ella se volvió a su lugar gateando por la alfombra. Antes de que volviera

a tomar asiento, sobre el almohadón que había traído de la habitación; le dio un suave chirlo en reprimenda.

Dante tomó su quinto *cupcake*, el de *red velvet* y gimió del gusto. Harper se puso a leer la lista de Lucía.

—No me lo puedo creer.

—*Mmmmm* yo tampoco —comentó ella con los ojos cerrados— creo que son los mejores *cupcakes* del universo.

—Me di cuenta la vez que te comiste una docena, amor; pero no hablaba de eso.

Lucía dejó de masticar y abrió los ojos como platos. Miró fijo a Bruno y le lanzó bolas de fuego.

—¡No me comí 12 *cupcakes*! —exclamó ofendida.

—Creo recordar que sí, bebé...

—¡Me comí 11 y vinieron más chiquitos ese día! —lo interrumpió.

—Fueron 11 y medio, de hecho —apuntó él riéndose y recordando aquella tarde.

—¡No fueron 12, entonces!

—Mala mía, amor —se excusó divertido.

Lucía lo miró entrecerrando los ojos y aguantando la risa. Le dio un tremendo mordiscón a su *cupcake* de *red velvet* y se perdió, nuevamente, en su sabor.

—¿Con que aprender a manejar, eh? —Inquirió Bruno mostrándole la lista de su agenda.

Dante tragó rápidamente, y se limpió los restos de azúcar en sus labios con el dorso de la mano. Se aclaró la garganta con suaves golpes en su pecho.

—No se me dan bien los autos.

—No creo que sea tan así.

—Creelo, porque se me dan horrible —se escondió detrás de su taza de café por la vergüenza. Se bebió las últimas gotas.

—Te puedo enseñar si querés.

—Pensaba que nos íbamos a quedar todo el día holgazaneando y comiendo —argumentó ilusionada con ese plan.

—Siempre podemos cambiar de planes —propuso él poniéndose de pie y levantando su plato y las cosas que había traído para el desayuno.

—Te juro que no puedo, *B* —le confesó.

—Claro que podés —la animó desde la cocina.

Lucía tomó su taza y su plato, y los llevó hasta el fregadero donde Bruno limpiaba los trastos de la cocina.

—Te juro que no —susurro por vergüenza. Aparecía en su lista porque realmente quería poder hacerlo, pero todavía no tenía la confianza suficiente para ir por ello.

Mientras que Bruno limpiaba todo y ponía un poco de orden en la cocina, Lucía le daba vueltas al asunto apoyada sobre la isa. Perdida, como siempre, en sus propios pensamientos.

—Te puedo explicar lo básico y vamos de a poco. No tenés nada que perder —arguyó—. Tenés que superarlo algún día.

Aquellas palabras representaban todo un mundo. Ambos tenían mucho que superar respecto a eso.

—Cuando cumplí 16, mi papá insistió con enseñarme. Me llevó a un terreno descampado para que estuviera segura. Yo estaba al volante y él estaba en el asiento de acompañante tomando mate y dándome las indicaciones —comenzó a relatar.

—Te sigo, Lu —la animó Bruno.

Lucía se fue hasta su lado y tomó un trapo de unos de los cajones. Empezó a secar los recipientes que él iba lavando. Trabajaban a la par, codo a codo.

—Tenía el termo con agua caliente sobre las piernas.

—Eso no puede haber terminado bien... —la interrumpió previendo para donde iba la historia.

—Se me escapó el auto, no sé como lo hice, pero se tiró el agua hirviendo encima del cuerpo —se lamentó—. Cuando salimos del hospital me abrazó fuerte y me dijo que siempre podía usar el transporte público.

Bruno se animó a darle rienda suelta a la risa. Lucía se puso roja como un tomate. Aquello había sido realmente vergonzoso.

—Al año siguiente volvió a querer enseñarme, creo que mi papá es un poco masoquista en el fondo —reflexionó—. Al principio fue bien, tan bien que quiso que probara un poco por el barrio de mi casa. Es muy tranquilo en Bariloche, no hay tráfico. No es como Buenos Aires o Nueva York —le explicó y Bruno asintió en respuesta—. La cuestión es que íbamos por un camino y en el medio había un perrito acostado. Sobre el asfalto —aclaró—. Estaba muy tranquilo lamiéndose las patitas delanteras.

—Los perros son inteligentes, Lu, se corren si le tocás bocina —interrumpió Bruno.

—Eso es lo mismo que dijo mi papá, sabelotodo —replicó con un mohín que a él se le antojo adorable.

—Unos cuantos metros antes empecé a darle bocinazos, hasta le hacía señas por si acaso el perro era sordo, nunca se sabe.

—Muy precavida —apuntó con sorna y Lucía le sacó la lengua.

—Te juro que no se corría, *B*. Me miraba fijo como diciéndome: ni loco me corro, perra; más vale correte vos.

—¿Bebé, el perro te llamó perra? —intervino divertido.

—¡BRUNO! —Exclamó en represaría—. Te digo que me miraba fijo —se señaló los ojos con dos dedos— y me desafiaba. El muy maldito no se quería correr.

—Pobrecita —le besó la frente sin correr sus manos empapadas del fregadero— ¿Qué hiciste?

—Mi papá me dijo que siguiera que se iba a correr.

—No me digas... —se alarmó.

—¡No! ¿Por qué me tomas? ¿Me ves cara de asesina de perritos? —se defendió.

—¿Y entonces...?

—Entonces metí el freno a fondo. Paré el auto a casi nada del perro. Acá le frené —puso la palma de su mano pegada a su rostro—. Cuando me bajé, te juro que parecía que se reía de mí.

—Los perros no ríen, Lu.

—¡Pues este si se reía, Bruno!

Bruno negó con la cabeza porque, aunque pensaba que era imposible, Lucía siempre se superaba con sus ocurrencias.

—¿Y por eso dejaste de intentarlo? No me lo creo...

—Frené tan rápido, que mi papá no lo vio venir y se dio la cabeza contra la parte delantera del auto —repuso de inmediato—. Se hizo un chichón que parecía que tenía una pelota de tenis pegada a la frente —detalló llevándose una manzana del frutero justo a la parte donde recordaba haberle causado el chichón—. Me miró a los ojos y me dijo: te amo hija, pero por el bien de la humanidad, lo dejamos acá.

Bruno se secó las manos con el trapo que tenía colgado al hombro y se apoyó contra la mesada.

—Vení para acá —la atrajo hacia él para abrazarla. En sus brazos, Lucía siempre encontraba refugio y aliento. A Bruno le hacía bien sentirse importante para ella.

—Cuando estuve en Copenhague vi que todos iban en bicicleta a todos lados. Las usan todo el tiempo, para todo.<sup>[19]</sup>

—Pero esto no es Dinamarca, Lu —le acarició la espalda.

—Ya quisiera yo. Me encantaba estar ahí... —la sola idea de pensar en aquel lugar la hacía sonreír.

—¿Te acordás de la florería? —le preguntó levantando la cabeza y mirándolo a los ojos. Otra vez vio reflejado ese fuego sagrado.

Bruno asintió y también vio en los suyos esa luz especial.

—Hacia los repartos en una bicicleta preciosa. Era preciosa —suspiró con nostalgia— La hecho tanto de menos.

—¿A la bicicleta? —intervino confundido.

—Claro, la quería tanto que hasta le puse nombre. Desde ahí, que quiero tener una propia tan linda como esa.

—Primero perros riendo y ahora bicis con nombre. Tengo a la novia más rara del mundo —sentenció dándole un beso en la boca. Esos que solamente él quería darle. Por y para toda la vida.

—Todo el mundo le pone nombre a las cosas, *B*. Sobre todo los hombres. Ustedes le ponen nombres a sus autos y hasta a sus... bueno... sus partes... eso... —señaló con la cabeza hacia abajo.

—*Godzilla* —aclaró él con un guiño que podía derretir a cualquiera. Esa vez, se ganó un resoplido de su chica.

—Ya quisieras, exagerado... —rebató acalorada.

Bruno le dio un chirlo que la hizo sobresaltar y ambos se echaron a reír.

Se perdieron entre abrazos, besos y caricias. Y es que, cuando estaban juntos, todo era felicidad y goce. No tenían reparo en demostrarse el amor que se tenía. El tiempo no era tiempo. No había nada que pudiera con ellos. Eran inseparables.

Y asquerosamente pegadizos.

—No veo nada, Bruno...

—Es la idea, amor —puntualizó él entre susurros.

Lucía tenía una venda en los ojos y era guiada por un Bruno bastante impaciente. Habían bajado, así, por el ascensor hasta el garaje del edificio de su departamento. El viaje había sido venturoso y divertido. Lucía se había tropezado más de una vez, y se habían matado de la risa cada una de esas veces.

Procurando ser cuidadoso, aunque estaba muy ansioso por revelarle la sorpresa, le quitó las vendas muy de a poco. Como el lugar era un poco oscuro, a Lucía no le significó una molestia volver a acomodarse a la sensación de poder ver.

Frente a sus ojos se encontró con algo que le quitó el aliento. Como lo hacían las sonrisas cómplices de Bruno o las cosas lindas que le susurraba al oído por las noches.

Una bicicleta preciosa resplandecía en aquel agujero oscuro. Era de color celeste pastel, con el asiento del mismo tono marrón del canasto delantero. Era idéntica a la que usaba en Copenhague para repartir las flores y los pedidos de la tienda en la que trabajaba. De haberla imaginado, no hubiese podido hacerlo con tanta perfección.

No tenía palabras para describir lo que sentía. No podía. La desarmaba pensar que Bruno había escuchado en detalle su descripción, y había hecho realidad uno de sus sueños.

De hecho, y sin saberlo, ya llevaba cumpliéndoles varios.

Con los ojos cargados de lágrimas lo miró a los ojos.

—Es hermosa.

—No tanto como vos, bebé; pero tiene lo suyo.

Lucía se lanzó a sus brazos y lo apretó hasta dejarlo a él sin aliento.

—Gracias, gracias, gracias.

—¿Ya no estoy más en el limbo?

—Nop —se aferró con más fuerza a su cuerpo. Estaban tan pegados que parecían uno. Lo cierto es que lo eran.

—¿Vamos a probarla, Sra. Robinson? —la incitó.

Lucía despegó su rostro del pecho de Bruno y se limpió un poco las lágrimas. Lo miró con unos ojos cargados de asombro.

—¿Cómo me llamaste, *B*?

—Sra. Robinson —repitió— Tuve que googlear quién demonios era ese Grey, ya me había empezado a hacer la idea de que me habías cambiado por otro.

—Eso jamás —rebatió con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

Bruno le frotó la espalda para darle fuerza y señaló con la cabeza su nueva bicicleta; la primera que era realmente de ella, en toda su vida.

—¿Lista?

—Siempre —sentenció convencida de lo que significaba—. Siempre lista.

## XXIII: Estocolmo

Lucía se despertó en la cama de la habitación del *New York Presbyterian Hospital*. Todavía estaba un poco adolorida y aturdida. Intentó incorporarse y sentarse derecha pero, como en las veces anteriores, le vino un extraño mareo que la desestabilizó. Los médicos le habían explicado que no debía ejercer movimientos bruscos porque podría marearse, pero Lucía era obstinada, una verdadera cabeza dura. Vaya si lo era.

A Dante le molestaba sobremanera sentirse débil e inútil, por eso cerró los ojos y respiró muy profundo. Una y otra vez. Para tomar aliento y sacar a relucir toda esa fuerza interna que ella sabía que tenía. En cada exhalación, exorcizó los fantasmas del pasado que rondaban en el ambiente.

Invocó a la gracia divina y le pidió a cualquiera Dios que existiera que la hiciera sentir un poco mejor. Se lo pidió a su hermana también, cuya memoria estaba más presente que nunca. Pensar en ella, en lo que había pasado, le dolía más que cualquier golpe que llevaba en el cuerpo. Y es que los dolores del alma son los peores.

Cuando logró acomodarse, le dedicó una mirada fría a la habitación y se agitó ante el recuerdo. Lucía odiaba los hospitales y las salas de espera. La última vez que había transitado una por alguien más, había perdido demasiado. La había perdido. Como Bruno. Como los Williams. Como Thomas.

Como si hubiese presentido cuánto lo necesitaba, cruzó el umbral de la puerta de la habitación. En sus brazos tenía una bolsa de madera de compras con el logo de una de las tiendas de la zona.

—*Showtime*, Dante.

Lucía, que estaba con los ojos cerrados, quizás porque así podía simular que estaba en otro lugar, en un lugar mejor; sonrió en el reconocimiento de la dulce voz de su mejor amigo. Abrió los ojos y se encontró, también, con su sonrisa. Se sintió menos sola, un poquito mejor.

—Siento como si me hubiese llevado puesto algo —esbozó con un susurró. Tenía la boca seca y sentía un malestar en el cuerpo que la tiraba para abajo.

—Y eso es lo que te pasó, Dante. Más o menos —agregó queriendo imprimirle a sus palabras un sabor un tanto cómico. Su amiga era la primera que lo hacía, lo había aprendido/adoptado de ella.

—Estoy empezando a pensar que lo de andar en bici no es lo mío.

Thomas se agachó hacia Lucía y le plantó un dulce beso en la cabeza.

—Esta vez no fue tu culpa, preciosa —acomodó la ropa de cama y la arropó.

Lucía que había vuelto a cerrar sus ojos en respuesta al gesto cariñoso de su amigo, los abrió abruptamente.

—¿Esta vez? ¿Qué estas insinuando?

El enfermero se alejó con una risita y comenzó a vaciar el paquete que traía sobre la mesa auxiliar de la habitación.

—No estoy insinuando nada, es un hecho que te tiraste abajo del auto de Bruno —apuntó mientras leía la etiqueta de una de las bebidas energéticas que había comprado—. Y creo que fue lo mejor que hiciste en-la-vida —acentuó esa última parte mirándola fijo. Si caerse delante de un auto aseguraba ganarse el corazón de un bombón como Bruno Harper, él lo encontraba bastante tentador. Valían la pena todos los raspones y torceduras de tobillos del mundo.

—No me tiré, me crucé y el tonto no me vio —se defendió.

Thomas se acercó nuevamente a su amiga con una de las bebidas que trajo y un vaso de

plástico en mano. Se sentó en la silla que descansaba junto a la cama.

—Le voy a contar que le dijiste eso para ganar puntos con él —acompañó sus palabras con un guiño.

—Se lo digo siempre a la cara —lo impugnó— y para tu información, te encuentra muy poco atractivo.

—Con el muy poco tengo material para trabajar. Y para fantasear —agregó él y logró un bufido de Lucía.

Thomas sabía qué botones presionar en su amiga. Una simple pelea inocente y Lucía volvía a la vida. Satisfecho, abrió la botella de la bebida energética y sirvió una justa cantidad en el vasito de plástico. Lo acercó a la boca de su amiga y la ayudó a tomar unos pequeños sorbos.

Lucía se relamió los labios por el gusto agradable que ello significaba. Le hizo ruido el estómago y evidenció esa sensación de vacío que tenía.

—Te traje bastantes cosas ricas pero tiene que ser un secreto, no estás autorizada a comer todavía.

—Tengo *muuuuucha* hambre —se quejó casi como una nena caprichosa—. Hoy desayuné un sándwich nada más.

Lo cierto era que había desayunado tres sándwiches de jamón y queso y una taza repleta con ensalada de frutas pero de todas formas, para Lucía, eso era verdaderamente poco.

—Lo sé, bebé; pero las órdenes del Doctor Murray eran que no te sirvieran nada—le explicó.

Bill Murray (sí, se llamaba igual que el actor y Lucía ya se lo había indicado con una contagiosa carcajada) era el doctor asignado de su caso. Además, era el jefe de neurología del hospital y un muy buen amigo de Martha Williams. Ella se había encargado de que él la tratara y la mantuviera bajo su cuidado. También le había pedido a George que le diera un descanso a Thomas para que subiera a hacerle compañía.

—¿Entonces no debería seguir aguantando entonces?

—Nah —respondió el enfermero restándole importancia— en realidad a los doctores les encanta matar de hambre a sus pacientes.

—Me estás jodiendo —Lucía miró a Thomas con los ojos como platos.

—¿Cómo crees que nos divertimos acá, nena? Son muchas horas de trabajo... Yo me la paso robándome los postrecitos de chocolates de mis pacientes.

Lucía negó con la cabeza impresionada por la falta de escrúpulos de su buen amigo. Thomas se encogió de hombros sin ningún tipo de remordimiento. A su manera de ver, aquello tenía sentido, si él estaba bien alimentado era un servidor más eficiente. Todos ganaban.

—¿Entonces, quiere decir, qué puedo comer? —preguntó tímidamente pero con la esperanza renovada.

—Te traje tus golosinas preferidas —anunció Dickinson muy orgulloso.

—¡Lisa, Dame las drogas! —extendió su mano hacía él con una sonrisa pintada en la cara. La comida la ponía de buen humor al instante.

Thomas sonrió en respuesta y se puso de pie para ir a buscar los víveres que había infiltrado en la habitación.

—¿Sabías que Bruno no pesca ninguna de mis referencias de *Los Simpsons*?

—Parker es medio *snob* —argumentó él acercándose con una bolsita llena de chocolatinas, bombones y caramelos *Butter Toffee*<sup>[20]</sup>.

Lucía le arrancó una de las tabletas de chocolate blanco (su preferido) y comenzó a abrir el paquete desesperada.

—Yo soy la única que puede criticar a mi súper sexy novio —anticipó con la boca llena de

chocolate. Lanzó un gemido de gusto y tentó a su amigo.

Thomas atacó otra barra de chocolate y se unió a la ronda de gemidos y suspiros de regocijo.

—Bruno es como uno de estos —se metió en la boca un bombón de chocolate amargo con corazón de fresa y lo saboreó con picardía.

—¿Podés dejar de babearte con mi chico? —Le pidió ella entre risas—. Voy a empezar a sospechar, ¿sabés?

Lucía interrumpió sus propias palabras y miró para todos lados al caer en la cuenta de algo.

—Hablando de eso, ¿dónde está B?. Me dijo que volvía enseguida...

Su amigo pareció no hacerse eco de sus palabras y no respondió con la excusa de tener la boca llena.

—¿Tommy...? —volvió a la carga.

Su amigo se aclaró la garganta nervioso, tomándose demasiado tiempo en el acto; como si quisiera retardar la respuesta. De hecho, así lo esperaba.

—No sé, Lu...

—Mentís horrible, Dickinson —entrecerró los ojos y tuvo una revelación de la nada—. Un momento, todo esto —señaló los envoltorios vacíos de golosinas que yacían sobre sus piernas— ¿era para distraerme?

Thomas se metió dos caramelos en la boca. Uno de ellos, con el papel que lo cubría y tuvo que escupirlo.

—Dickinson —lo apuró— ya —exigió.

—Si te digo tengo que matarte —lanzó rápidamente con la boca llena. Tenía el caramelo pegado en el paladar y casi se atraganta. Tomó un poco de la botella que había comprado para Lucía queriendo ganar más tiempo.

Lo cierto es que Thomas no quería mentirle a su amiga, así que había optado por omitir la verdad; que era básicamente lo mismo.

—Tengo evidencia en tu contra, Thomas —lo amenazó tirando los envoltorios al aire. Llamarlo por su nombre también era signo de ultimátum.

Atrapado en un callejón sin salida, apretó los labios con fuerza. Bruno ya lo había amenazado antes y estaba analizando a cuál de los dos le tenía más miedo. Lucía le dedicó una de sus miradas fulminantes y le dio pauta que, de los dos, sin duda ella era la de más temer.

El enfermero devenido en futura víctima de Bruno Harper, tragó lo poco de caramelo que quedaba en su boca y lanzó un suspiro bien profundo.

Pronunció una sola palabra. La peor de todas.

—Nicole.

¡Esa perra, otra vez!

El cielo estaba gris esa mañana, claro síntoma de lo que podía suceder. El clima estaba raro y feo, hacia bastante frío y había una amenaza de tormenta en el aire. A pesar de todo, la jornada había sido más que agitada y Lucía no había logrado descansar en ningún momento de su turno.

Apurada por el hambre, Dante había limpiado rápidamente la barra para después darle un último repaso a las mesas. Ni bien terminara de dejar listo el lugar para el segundo turno, pensaba sentarse a comer un regio almuerzo.

Teresa había ido a hacer unos trámites y le había dejado uno de sus guisos famosos en la cocina. A Lucía se le hacía agua la boca de tan solo pensar en ello.

Mientras acomodaba unas sillas en el salón (y pensaba en cómo iba a mojar el pan caliente en el guiso) un repiqueteo de tacones, la hizo voltear.

«Y-para-qué.»

—Qué lugar tan... pintoresco —exclamó con esa apática ironía que tanto la caracterizaba.

Lucía suspiró para armarse de valor e invocó a todas las fuerzas del universo y sus alrededores.

—¿Qué hacés acá, Nicole? —no es que necesitara que le confirme que venía a molestarla, pero estaba dispuesta a seguirle el juego. Mejor dicho, se había propuesto a ganarle la partida. Esa y todas las que quisiera jugarle.

Por su parte, la única hija de los Terry esbozó una sonrisa calculadora y sin encanto. Como era todo en ella.

—Estaba buscando algo para comer.

Lucía lanzó al aire una risa sarcástica.

—¿Vos comés, acaso?

—Mucho menos que vos, eso está claro —devolvió ella venenosa, señalando su cuerpo.

Lucía tenía un cuerpo real, ni más ni menos. La vida era corta y no se iba a inmolar por cumplir cánones de belleza absurdos. Le gustaba comer, por eso comía. Le gustaba tener curvas, y por eso las tenía.

—Mi novio no tiene quejas —afirmó cruzándose de brazos y encantada de enfatizar el término mi novio.

—Parece que Bruno perdió el buen gusto —replicó la no bienvenida con una mueca de asco.

Lucía sonrió entrecerrando los ojos. Pudo ver cómo le hervía la sangre. Quizás, Nicole Terry sí tenía sangre en las venas después de todo.

—Claramente lo hizo mientras estuvo con vos —señaló su cuerpo flaco y escuálido sin gracia para nada de víbora anoréxica sin corazón— hasta que lo recuperó. Fue cuando te dejó, ¿te acordás?

Nicole torció el rostro en un gesto de molestia y forzó una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

—¿Estábamos comprometidos, sabías?

—Sé todo lo que tengo que saber —la interrumpió de inmediato. La táctica para enfrentarla residía en no dejarla hablar más de la cuenta. Si le daba el control de la conversación, pedía el partido.

Nicole se arrastró a la mesa que había a un costado y tomó asiento. Lucía no perdió de vista ninguno de sus movimientos.

—Veo que seguiste mi consejo de hablar con él...

—Ya te lo dije una vez y te lo vuelvo a repetir —reiteró apoyándose sobre la mesa, agachándose para estar cara a cara— no-hablamos-de-cosas-insignificantes.

—¿Hay algo comestible en este lugar? —preguntó sin sentirse aludida y mirando con asco a su alrededor.

—Desconozco cuál es la dieta para las víboras —devolvió Lucía sin dejar de fulminarla con la mirada.

—¿Siempre sos tan poco graciosa, Lu?

—¿Siempre sos tan despechada, Ni? —contraatacó imitando su tono de voz tan irritante.

Nicole se acomodó en su asiento y comenzó a rascar el mantel con sus uñas recién esculpidas.

—¿Cómo sabés dónde trabajo? —indagó Dante sin caer en la tentación de arrancarle las uñas. Una a una, con dedos y todo.

Nicole dejó de jugar con la tela que cubría la mesa y levantó la mirada para sobrarla con una sonrisa un poco más sincera que la anterior.

—Tengo mis contactos, Lu —se explicó misteriosamente.

—Mirá, *Corleone* —irrumpió Lucía furiosa— ya te dije que para vos no soy Lu. De hecho, no soy nada —agregó.

—Veo que coincidimos en algo —respondió Nicole sin quitarle la mirada ni achicarse— no sos nada. Ni para mí, ni para *B*, ni para nadie.

—Te voy a llenar la cara de dedos si seguís diciéndole *B* a mi novio —arrojó sin pensarlo. Tampoco se arrepintió mucho, después.

Terry lanzó una risita, que sacaba de quicio a cualquiera, y se dedicó a pasar las páginas de la carta de *La Pequeña La Habana* con desgano.

Lucía repiqueteaba en el suelo con la punta de los pies. Con los brazos cruzados y los ojos prendidos fuego la contempló en silencio. Le dio rienda suelta a su imaginación y fantaseó con todas las formas que se le ocurrían para matarla.

Cuando pensó que Nicole se iba a pasar todo lo que quedaba del día haciéndole perder el tiempo, Lucía lanzó un sonoro suspiro y se fue hasta una de las mesas que había más adelante. Quedó de espaldas a ella, porque el tan solo verla la desquiciaba. Se inventó algo qué hacer y se puso a ordenar lo que, en realidad, ya estaba ordenado.

—No se abre con nadie, Lu. Tenés que saberlo.

—Hablá por vos, Taylor Swift —replicó de inmediato dándose la vuelta—. Muy a tu pesar, me quiere. A vos nunca te quiso, y no lo lamento ni un poco.

Lucía sabía que había llegado a la vida de Bruno para quedarse. Sólo esperaba que él también lo supiera.

Bruno acercó su rostro al de Lucía y le dio un beso en los labios. Fue suave, más de lo que deseaba, porque procuraba ser cuidadoso.

Al sentarse a su lado, notó que el pequeño cesto de basura de la habitación rebosaba con papeles de golosinas. Una mirada de reprobación inundó su rostro.

—Veo que pasó por acá Dickinson...

—La mayoría se los comió él —mintió sabiendo que estaba en falta. Lucía se había prometido comer solamente algunas golosinas pero, luego de una larga charla con su mejor amigo, habían volado.

Bruno la atrapó con la mirada y entrecerró los ojos en signo de desconfianza.

—Tenía angustia oral, *B* —intento defenderse. Acompañó su punto haciendo puchero y haciéndole ojitos.

—Si tanta angustia oral tenías, bebé, podríamos haber...

—Dejá de pervertir mi mente, Harper —lo interrumpió porque sabía perfectamente en dónde desembocaba su proposición.

Bruno, divertido, acercó su nariz al cuello de Lucía y le ronroneó palabras cariñosas. Entre piropos y arrumacos, le demostró lo mucho que significaba para él.

Qué Nicole Terry ardiera en el infierno porque Bruno Harper era todo de ella.

—Estuve con Cartson y Fiona, Lu.

—Ajam —respondió escuetamente Lucía, todavía deleitándose con sus caricias. Claro que ya tenía ese dato, gracias a Thomas, pero esperaba que Bruno fuera honesto y abierto con ella.

Harper rompió la secuencia de besos pero tomó su mano izquierda y se la llevó a su boca para seguir con las muestras de cariño.

—Fui a hablar con ellos de Nicole —reveló—. Quiero que la mantengan lejos tuyo, nena. Se terminó mi paciencia.

—No tenías que hacerlo, *B*, en serio, no quiero que pases por eso...

—Teresa me dijo lo nerviosa que estabas cuando te fuiste para casa —la interrumpió.

Lucía había quedado tan alterada por la discusión que habían tenido que probablemente por eso había sufrido el accidente. Ni siquiera había probado bocado durante el almuerzo y eso había sido un gran signo de alarma para su mamá postiza.

En la vuelta a casa, a pocas cuadras de *La Pequeña La Habana*, sufrió un pico de presión y se desmayó impactando de lleno contra el asfalto. Con bici y todo. Dante lamentaba muchísimo las magulladuras que tenía su nueva bicicleta, seguramente mucho más que los moretones de su propio cuerpo.

—No le des importancia, amor —le dio un beso tierno en la quijada— estoy bien.

Bruno sintió un *déjà vu* con esa frase. Pensó y recordó todos los estoy bien que Lucía le había dedicado con el mero propósito de hacerlo sentir bien. Desde sus padres, nunca había sentido que estaba bien o qué podía lograr estarlo algún día. Se limitó a sobrevivir en una vida que incluso, a veces, sentía como ajena.

—Estábamos en Estocolmo —susurró recordando lo poco que guardaba de aquel día.

Lucía, que no entendía a qué se refería, le acarició la mejilla instintivamente. Bruno se desarmó bajo su muestra de afecto.

—Papá tenía una convención y cómo yo iba a empezar a viajar por el circuito infantil<sup>[21]</sup> decidió convertirlo en un viaje de familia.

La pequeña información que había dado, ya adelantaba la continuación de su relato.

—No es necesario, B...

—Íbamos por un camino rural —interrumpió porque necesitaba seguir delante de una vez por todas— la verdad es que no me acuerdo bien, había una tormenta, llovía fuerte, me desperté en una clínica de la zona. No entendía nada y estaba solo. Estuve ahí hasta que Jeremy viajó de urgencia, pero eso llevó días...

Bruno no solo había sido el único sobreviviente del accidente, sino que había tenido que sobrevivir al después. Al estar muy lejos de casa, completamente solo, muerto de miedo, rodeado de personas (que aunque tenían las mejores intenciones) le resultaban extrañas y ni siquiera hablaban su misma idioma. Esas 48 horas habían sido un auténtico calvario. El solo hecho de recordar algo de todo eso lo hacía temblar de pies a cabeza.

Lucía se incorporó en su lugar y se sentó de costado para estrechar sus brazos hacia él. Lo abrazó fuerte, todo lo fuerte que pudo. Le brindó todo el amor, todo el calor, toda la contención que Bruno había mendigado durante esos días en Estocolmo. Cayó en la cuenta que, desde esa tragedia, llevaba ansiando ese amor puro y desinteresado que Lucía había traído a su vida. Lucía lo había vuelto a la vida.

—Siento que te llevo buscando desde siempre. Sin saberlo, te busqué en todos lados. Por fin te me cruzaste, Lu —intensificó el abrazo que los unía— por fin.

## XXIV: California

—Quedó precioso el salón. El *bouquet* de flores del bar es divino, ¿lo elegiste vos?

—Sí —asintió Lucía orgullosa—. Muchas gracias, la verdad es que estoy contentísima de cómo quedó todo.

—Martha me comentó que vos preparaste el salón para la gala de la fundación, también.

Lucía volvió a asentir, esa vez, con un poco de rubor en las mejillas. Le costaba trabajo manejar los elogios, siempre le daban un poco de vergüenza.

—¿Estudiaste decoración de interiores, querida? —Preguntó con verdadero interés la señora de la que Lucía no lograba recordar el nombre— Tenés un gusto exquisito.

—Nunca estuve mucho tiempo en un mismo lugar como para estudiar una carrera —confesó tímidamente, todavía con pesar por tantos halagos.

—Pues deberías, porque se nota que es lo tuyo —apuntó cariñosamente la mujer.

A Lucía se le prendió una lucecita la mirada. Lo cierto es que siempre había fantaseado con la idea de estudiar algo, y no parecía una idea para nada descabellada lo que le estaba planteando la dulce señora.

—Definitivamente lo voy a sumar a mi lista de cosas por hacer —prometió entre sonrisas.

Lucía desconocía que Sylvia era una organizadora de eventos retirada y que estaba muy entusiasmada con la idea de tentar a la joven para incorporarse a su empresa. El negocio había quedado en manos de su hijo Gregory, pero ella estaba en la búsqueda de una mente creativa y fresca para sumar al equipo de trabajo.

Orgullosa por los halagos de su compañera de charla, volvió a darle un repaso al lugar. El salón de la casa de la familia Williams estaba impecablemente ambientado y acondicionado en honor a la agasajada. Martha había insistido durante las últimas semanas para que celebraran la fiesta de cumpleaños en el salón de su casa; y Lucía, gustosa, había accedido a su pedido.

El catering estaba siendo un éxito, todos comían y bebían a gusto. La música que había elegido meticulosamente convivía en perfecta armonía con el parloteo de los invitados. Reían cómplices, conversaban a sus anchas y se desasían en divertidas anécdotas.

Bajo el mismo cielorraso, en aquel y ahora, convivían todos los mundos. Desde las mujeres de la alta sociedad neoyorkina integrantes de *Women With Hope* hasta los clientes incondicionales de *La Pequeña La Habana*. A ninguno les importaba o les pasaba el lugar del que venían y al que tenían que volver al terminar la fiesta. Nadie reparaba en las diferencias sino en los que los unía. Cada uno de ellos estaban ahí con un propósito en común: celebrar la vida de Teresa Martínez.

—¿Cómo te trata Nueva York, pequeña? —indagó la señora Week.

Lucía no sabía por dónde comenzar para responder esa pregunta. Podía enumerar todos los lugares a los que había conocido de la mano de Bruno o de sus nuevos amigos, e incluso podía dedicarse a hablar horas y horas de la familia que había encontrado en esa ciudad; sin embargo, nada parecía suficiente. Había mucha historia (muchas historias) detrás de esa respuesta, por lo que se limitó a responder un escueto y simple— Mejor que nunca —acompañado de una sonrisa de oreja a oreja y todas las luces de la quinta avenida reflejada en sus ojos.

—Cuando nos casamos con Edward tuvimos que asentarnos en Manhattan, todavía recuerdo lo abrumador que me resultaba, supongo que nunca pude abandonar del todo a mi California natal.

Dante comprendió a la perfección cada una de sus palabras. Había visto los lugares más lindos del mundo, pero ninguno de ellos tenían ese no sé qué de su Bariloche de origen. Sencillamente no

era lo mismo. Nada es lo mismo a casa.

—Dicen que las chicas californianas son ardientes —irrumpió de repente Sarah, dedicándoles un guiño pícaro. En su mano llevaba un vasito de un buen ron cubano que se había servido de la barra.

Tanto Lucía como la señora, que tenía edad para ser la abuela de cualquiera de las dos, se quedaron congelados ante el comentario de la menor de los Williams.

—Lo dice Katy Perry, chicas —se excusó encogiéndose de hombros.

Acto seguido, comenzó a cantar la canción a la que había hecho mención. Arrastraba las palabras como si estuviera ebria y todo suponía pensar que así lo estaba.

Sylvia abrió los ojos como platos y se aferró a su copa de Martini, y Lucía le hizo señas a Sarah de que cerrara la boca. Se dirigió a la mujer con una mirada de absoluta pena y vergüenza.

—La entiendo perfectamente —repuso—. California... es única —expresó intentando redimir la irrupción de su amiga—. El clima siempre es lindo, las playas son preciosas, sin duda uno de los mejores lugares que uno pueda conocer —escupió palabras sin parar para tapar la intención de Sarah de entonar el resto de la canción.

—Ah, eso también —recordó ésta y comenzó a divagar la parte de *daisy dukes, bikinis on top*.

Lucía le quitó el vaso de ron que movía alegremente en el aire al compás de su presentación musical y le apretó la mano para sacudirla. Miró a la pobre señora Week y esbozó un pedido de disculpas.

Sylvia asintió y, en cuanto las jóvenes se alejaron, se tragó de un solo movimiento todo el contenido de su copa de Martini.

Dante arrastró a Williams hasta el pasillo que conducía a la biblioteca. Se acercó al cuello de su amiga y lo olió para comprobar una de sus sospechas.

—¿Fumaste marihuana, Sarah? —sonaba más acusación que a pregunta.

—*Oppps* —respondió su amiga. Contenía las ganas de reír y pestañeaba de forma frenética.

Dante vació el vasito de ron en su garganta porque necesitaba un poco de alcohol en el sistema para poner orden a sus pensamientos y tomar fuerza.

—Ok —pronunció más para ella que para su amiga— vamos a solucionar esto —indicó volviendo a tomarla de la mano y llevándola hasta la biblioteca de su padre.

Ni bien entraron a la habitación, Lucía cerró la puerta a sus espaldas y ayudó a Sarah a recostarse sobre el sillón en el que Jeremy acostumbraba a leer en sus momentos de ocio.

—No creo que sea la primera vez que fumás, ¿no? —indagó.

Sarah negó con la cabeza divertida y con las mejillas tan coloradas como el color de su larga melena.

—¿Qué consumiste exactamente, Sally? —En algún momento entre la primera vez que habían hablado en el departamento de Bruno y ese (unos cuantos meses después), la había comenzado a llamar así. Quién sabe por qué.

—Estaba revisando uno de los sacos de los invitados y encontré un porro —logró confesar de forma clara y concisa entre sonrisas.

Lucía elevó el cuello para ver la masa de prendas y pertenencias que había sobre los otros sillones de la biblioteca.

—Se suponía que tenías que guardarlos nada más.

Williams se encogió de hombros y contuvo una carcajada. La cara de Lucía se veía rara y le causaba mucha gracia.

—Tenés la nariz más grande o me parece, Lulú —susurró estrellando un dedo en su frente y arrastrándolo por todo su rostro.

Lucía le quitó la mano con cuidado y la agarró de los brazos con el ademán de levantarla.

—Necesito que te pares —le pidió mirándola a los ojos para que le prestara atención— te voy a llevar hasta el sofá para que te acuestes, ¿sí?

—Nunca me dijiste que fuiste a California —le reprochó Sally haciendo puchero. Lucía juró que parecía que se iba a poner a llorar como una bebé.

—Nunca fui, nena, vamos —insistió tirando de sus brazos para levantarla y poder llevarla hasta el otro extremo de la habitación. Sarah impuso su fuerza a la de ella y no se movió de su lugar.

—A la abuelita le dijiste eso —sollozó caprichosa.

Lucía dejó escapar una risa ahogada, no podía creer lo que estaba pasando. La miró con toda la ternura del mundo.

—Te estaba cubriendo, tonta.

Dante volvió a intentar incorporarla y, en esa ocasión, sí respondió. La fue arrastrando, poco a poco, hasta el sector de descanso que había cerca de la chimenea.

—Si no fueras la novia de B te conquistaría y dejaría que me mantengas, Lu —le dijo aferrándose con más fuerza y abrazándola. Lucía aceptó el gesto con una risa.

—Si me gustaran las mujeres te juro que sería, gustosa, tu *sugarmom* —apuntó divertida.

A medio camino, Sarah se dejó caer sobre el sillón donde había desparramado todos los abrigos. Fue tal el impacto que Lucía dejó que se acostara encima de todas las prendas. Ya pensaría más tarde qué hacer.

La acomodó en ese espacio y presenció como su amiga, lentamente, entraba en un sueño profundo.

—Lo bueno es que respira —sentó Thomas a escasos centímetros de Sarah. Se había acercado al cuerpo de su compañera, quién seguía en la quinta nube.

—Y ronca como un caballo —agregó Lucía.

Thomas volvió a pararse derecho y volteó hacia ella con una mirada de extrañeza puesta en el rostro. Todos sus movimientos siempre eran exagerados y graciosos, era parte de su encanto.

—Los caballos no roncan, Dante.

Imitando su movimiento, volteó para escrutarlo con la mirada. Se la podía ver sinceramente indignada.

—Maximus ronca, Dickinson —interfirió cruzándose de brazos.

—Estás hablando de un caballo de una película de dibujitos —repuso de inmediato.

—¿Y quién dijo que yo hablaba de otra cosa?

Thomas sacudió la cabeza negando lo que tenía frente a sus ojos. Entre su amiga medio drogada durmiendo sobre los abrigos de los invitados de la fiesta de Teresa, y su otra amiga que seguía viendo películas de Disney tomándolas como parte de la realidad; se había hecho el día.

Sarah balbuceó algo inentendible y abrazó uno de los tapados de piel, gracias al universo, ecológico para alivio de Lucía. Comenzó a besar la prenda y a tararear una melodía.

—Se puso a cantar *California Girls* en medio del salón —comentó Dante para risa del enfermero.

—Una vez la encontré en el hospital viendo un video porno de Katy a escondidas.

—¿Katy Perry tiene un video porno? —exclamó asombrada.

—Me refiero a sus videos musicales —aclaró él juguetón y Lucía le propinó un golpecito en el hombro como correctivo. Le encantaba su música y se la pasaba bailando sus temas para deleite de Bruno.

—¿Qué vamos a hacer con este desastre? —por desastre se refería a la rebelde Williams

babeando sobre la ropa de sus conocidos.

—Por lo pronto, la vamos a dejar dormir —le indicó muy segura de su plan—. Cuando se despierte va a tener mucha hambre así que te dejo a vos para que robes un poco de comida y la traigas...

—Eso es lo mío —reconoció interrumpiendo sus palabras y su aliada asintió en sintonía.

—Yo voy a tratar de ordenar un poco esta ropa —señaló el desastre que había dejado Sarah— y a volver a la fiesta para que nadie note su ausencia. Nos volvemos a ver acá —miró su reloj, el que siempre marcaba la misma hora— ¿como en una hora?

—¿Te mando un mensaje en una hora? —preguntó él que sabía que su reloj no servía para nada.

—Elemental, Dickinson —sentenció Lucía y lo despidió moviendo su mano en el aire.

Con un trabajo casi de servicio de inteligencia, Thomas logró robar un pastel de chocolate y unas bebidas hidratantes de la cocina. Escondió todo en una de las cajas donde habían llegado los arreglos florales, y la llevaba, con sumo cuidado, al reencuentro con Lucía. Su amiga le había enviado un mensaje antes pidiéndole que llevara cosas dulces y alguna bebida con vitaminas.

—¿A dónde vas tan apurado, Tommy? —lo sorprendió una voz dulce.

Thomas se dio la vuelta y puso una de sus sonrisas de chantaje.

—Martha —exclamó— ¿llegó Teresa ya?

—Todavía no, corazón —respondió intrigada ante la evasiva—. ¿Va todo bien?

El enfermero ensanchó la sonrisa aún más. Casi hablaba con los dientes apretados.

—Todo perfecto.

Martha se acercó con los brazos extendidos como para ayudarlo con el paquete. Algo en la impronta de él evidenciaba una sensación de molestia o incomodidad.

—Te ayudo con eso —se ofreció acercándose hasta casi tomar el paquete con sus manos.

—No —gritó él alejándolo de su agarre. Al instante en que lo hizo, se arrepintió de haber sido tan obvio. No podía funcionar bajo presión, nunca podía.

—¿Tommy...? —inquirió la señora Williams sin entender la naturaleza de su comportamiento.

Thomas la miró con los ojos bien abiertos y ella esperó una respuesta que nunca llegó.

—¡Dickinson! —gritó Lucía salvándolo y quitándolo del apriete.

Dante llegó corriendo desde el otro lado del salón. Vino a rescatarlo al divisar la escena a los lejos. La pobre Lucía se había pasado la última hora ordenando el ropero de los invitados y circulando por la fiesta para mantener las cosas bajo control. Estaba tan agitada, que apoyó sus manos sobre las rodillas para inspirar y tomar aire. Sintió un leve mareo pero lo pasó por alto.

—Tommy —volvió a decir, esa vez, más calmada, respirando ya con normalidad— veo que encontraste lo que te pedí —su amigo asintió sin mediar palabra—. Uno de los clientes de Tere me preguntó por las decoraciones —se dirigió a Martha inventándose una historia— le voy a mostrar una cosas. Su hija cumple 15 años en febrero.

—Eso es muy dulce de tu parte, Lu— replicó la señora Williams encantada con la novia de su hijo.

Lucía sonrió y esperó a que Martha siguiera su rumbo. Odiaba mentirle, ya había cubierto su cuota de mentiras por el resto de ese día. Thomas las miraba sin intervenir.

—Voy a la cocina a ver cómo van las cosas por allá —indicó para alivio de ambos. Los jóvenes ensancharon sus sonrisas y esperaron a que se fuera para volver a la biblioteca a las corridas.

Para desgracia del enfermero, Sarah si despertó y si se mostró con verdadero apetito. Devoró el pastel de chocolate y esperó a que Lucía volviera con una caja repleta de cupcakes que había traído escondida detrás de su cuerpo. Caminó todo el recorrido hasta la biblioteca de espaldas y

haciendo equilibrio sobre los zapatos de plataforma que Thomas le había insistido para que usara. Nunca-más-en-la-vida.

Los amigos se sentaron a verla comer y devorar todo lo que ellos deseaban poder estar probando. No había muestra mayor de verdadera amistad que aquella.

Sólo a los verdaderos amigos, uno les deja comer la última galleta del paquete o la última porción de pizza de la caja.

—¿Cómo es que sabés tanto del tema, Dante? —investigó su cómplice de fechorías.

Lucía lo miró con esa mirada que grita ¡Por favor!, y sacó su teléfono destartado para chequear la hora. Teresa de seguro ya estaba llegando del aeropuerto.

—Bueno, experta —acentuó el término — ¿le traemos más o qué? —preguntó con la verdadera y egoísta intención de robarse algo también para él.

—Nop —mató la esperanza— así está bien, tampoco queremos que le dé un subidón de azúcar.

—Buen punto —reconoció el enfermero empujándola con su hombro en complicidad.

—A veces pienso que no sos enfermero, que te metiste en el hospital y les pareciste tan simpático que te dejaron jugar con los pacientes.

—No olvides agregar mi increíble aspecto. Esta cara de bebé hace magia, nena —agregó socarrón señalándose el rostro.

Lucía se echó a reír y él le hizo ojitos. Muchos de esos guiños hacían suspirar a enfermeras y pacientes de todas las salas.

—Y tu cuerpo de modelo de publicidad de Calvin Harris —sumó.

—Es Calvin Klein, Lu —la corrigió tentado—. Calvin Harris es el DJ.

Lucía se encogió de hombros porque lo suyo no eran las marcas, ni la música electrónica; y ambos se echaron a reír.

Sarah también se acopló a sus carcajadas, pero nunca comprendió de qué se reían. Tampoco le importaba mucho. A ninguno de ellos.

Bruno e Ian llegaron con un poco de retraso a la fiesta de cumpleaños de Teresa. No lo hicieron a propósito, claro está. Estuvieron hasta tarde encerrados en una oficina intentando cerrar un caso que lo tenía bastante ocupado a Bruno.

Ian, en realidad, no hizo más que sentarse a mirar como su padre y su hermano se arrancaban los pelos para llegar a un acuerdo con la otra parte. Eso, y comerse todos los caramelos del despacho de Bruno. Y también los que escondía en uno de sus cajones. Todavía podía saborear el éxtasis que sintió al descubrir el escondite de golosinas de su amigo. El mismo que experimentó al encontrar las fotos de chicas desnudas en el cuarto de adolescente de su hermana. La torturó durante semanas con su pequeñito secretito. La volvió loca. Pero también fue el primero en apoyarla cuando se sinceró con sus padres. Y el que le dejaba los ojos negros a todos los que la molestaban en la secundaria.

Bruno entró apurado por la tardanza y con muchas ansias de darle unos besos a su novia. Su amigo lo frenó en seco cruzándole un brazo por delante.

—Hermano, creo que me vine en los pantalones.

Con la cabeza señaló un sector del salón que los Williams destinaban a encuentros con amigos, festejos y celebraciones. En ese rincón, Lucía se fundía en abrazos con una morena preciosa. A Ian se le desencajó la mandíbula.

—Tu chica y esa preciosura, *B* ¿te imaginás en medio de las dos?

Bruno le estampó un golpe que por poco le disloca el hombro. Claro que lo merecía.

Ni bien lo hizo, se arrepintió de aquello. Luego del segundo comentario de su hermano, se arrepintió de haberse arrepentido en primer lugar.

—Colorada, morocha, me falta una rubia —indicó mirando por arriba a la sala y buscando alguna fémica que se adaptara a su fantasía.

—Te quiero lejos de Lu, Ian —gruñó Harper—. Y te quiero lejos de su mejor amiga, también.

—¿Esa es la hija de Teresa? —Preguntó más que interesado volviendo la vista a Ruth Martínez—. Latina y de Las Vegas... —se relamió los labios— me siento como en Navidad.

Bruno se puso enfrente de él y lo fulminó con la mirada.

—Si te acercás a ella, Lu te la va a cortar en pedacitos. Ya jodiste a una de sus amigas. —Ian lo miró como si le hubiese salido una segunda cabeza.— ¿Tiana? —su amigo arrugó la nariz como si no tuviera idea de quién era, probablemente así lo era—. Su compañera de Hostel, Ian —indicó cansado—. Se la pasa mandándole mensajes preguntando por vos.

—Soy irresistible, hermano —se excusó acomodándose el saco en un movimiento muy galán de *Hollywood*.

—Hablo en serio —Bruno volvió a amenazarlo. Para ejercer mayor presión, lo señaló con el dedo índice; el mismo gesto que les dedicaba la Sra. Jenkins.

—Ya, ya —se desentendió habilidoso—. De todas formas está ocupada, parece —señaló por arriba del hombro de Bruno.

Harper se dio vuelta y observó como un joven bien parecido se unía a la ronda de abrazos. Apretaba con demasiada confianza a su novia y sintió un calor interno que desconocía. Dejó a su amigo hablando solo y se acercó al grupo.

Tras las presentaciones correspondientes y habiendo intercambiado unas palabras con Ruth, se dirigió al chico misterioso. Le extendió la mano y se la apretó, quizás, más de la cuenta.

—Qué bueno conocerte —dijo éste devolviendo el saludo—. Yo soy Winston, el —todo lo que vino después fue demasiado confuso y Bruno creyó no escucharlo bien.

—¿Qué? —preguntó confundido.

—Que soy el marido de Lu —explicó con una sonrisa pintada en la cara.

Aquello era completamente cierto.

Winston Perry estaba casado con Lucía Dante.

Y Bruno Harper estaba a punto de hacerla viuda.

## XXV: Las Vegas (Día)

Los mejores amigos, Bruno Harper e Ian Williams, se detuvieron en el 3570 de *Las Vegas Boulevard*. Como era costumbre, le dieron una generosa propina al empleado que los había conducido desde el aeropuerto, y se bajaron dispuestos a descargar las valijas.

Cuando Pedro deslizó las puertas traseras de su *Minivan*, los hombres lanzaron un resoplido profundo. La sola idea los agotaba.

Se suponía que iban a pasar un fin de semana en la ciudad del pecado (o lo que se traducía en el lenguaje de Lucía como 576 canciones), sin embargo, la camioneta estaba repleta con equipaje como para un año. Y uno bisiesto.

Lo que era aún peor para ellos, es que estaban casi seguros que en esos bolsos no había nada de lo que creían necesario para el viaje. Conociendo a Sarah, probablemente sólo había empacado zapatos de todos los colores y perfumes que ni recordaba haber comprado. En el caso de Lucía, Bruno podía jurar que se trataba de libros y comida. Muchísimo. Libros de todos los géneros y para todos los gustos. Y cientos de golosinas y snacks. Habían pasado meses, y todavía no conseguía descifrar cómo le entraba tanta comida en el cuerpo.

Gracias a la ayuda del buen y servicial Pedro y de un asistente del hotel, lograron llegar al *lobby* del *Caesar Palace* más o menos enteros. El pobre asistente, que se estaba ganando una generosa propina también, arrastró los bolsos y valijas hasta un carrito que usaban solamente en ocasiones especiales. Si no conociera a Bruno y a Ian, hubiese supuesto que llevaban a toda una familia escondida entre los bultos.

Mientras le confirmaban la reserva e ingresaban sus datos en el sistema, el par de amigos esperaba en la mesa de entrada. Bruno estaba en su mundo, conectado a la pantalla de su *smatphone*. Por su parte, Ian se comía con los ojos a un grupo de chicas que no podían evitar pavonearse delante de tremendos especímenes humanos.

—Vos sí que tenés suerte, hermanito —exclamó mirándolo de reojos. Se le daba bien hablar con las personas de soslayo y deleitarse con las vistas.

Bruno, que revisaba atento su correo, levantó la vista extrañado. En ningún momento se percató de las fémias que desfilaban y suspiraban por él y su amigo. No le importaba ninguna mujer del mundo. Excepto una, claro.

—¿Qué decís? —replicó confundido.

—Que cumpliste una de mis fantasías —explicó indignado— y yo que pensaba que todavía eras virgen y toda esa mierda.

—No seas idiota, Ian —suspiró Bruno molesto. Bien sabía que siempre que su amigo se aburría, se metía con él. Lo provocaba hasta el cansancio y terminaban peleando como adolescentes. Juntos, se sentían como adolescentes. Como si el tiempo no hubiese pasado para ninguno de ellos.

—Hablo en serio, *B* —volvió Williams quitándole su atención a las mujeres—. Con Lu te volviste una nena romántica, pensé que te ibas a mantener sin mojarla para el casamiento.

—¿De qué estás hablando? —Harper lo miró con el ceño fruncido. Sonaba fastidioso y cansado. Su humor no era el mejor de todos ese día.

Ian apretó sus manos contra las mejillas de su amigo. Fue un acto de pura sorpresa. Era como una de esas tías pesadas que, cuando se es chico y-no-tan-chico, se abalanzan de la nada y te aprietan los cachetes.

—Sos como un puto personaje de un libro de Nicholas Sparks —intentó explicarle zamarreándolo. Ponía una mueca de pena casi teatral.

—No tengo ni mierda idea de quién es ese —logró decir Harper con su mandíbula siendo apresada. Su hermano intensificó el agarre y negó con la cabeza rendido.

—Por estas cosas pensaba que ibas a morir virgen, *B*. No sabés nada de mujeres.

Bruno se quitó las manos de su mejor amigo del rostro de un manotazo y resopló en un tono gruñón.

—Tengo muchas cosas en la cabeza, Ian; no tienes a tu suerte —lo amenazó.

—No me digas que Lulú no te hizo ver esas películas... —discutió Williams. ¿Acaso lo que estaba planteando no era lógico? A su entender, todas las mujeres del planeta obligaban a sus novios a ver ese estilo de películas a cambio de unos buenos revolcones.

—¿Las de Harry Potter? —completó Bruno, con total ignorancia de lo que su hermano suponía como un acuerdo tácito en toda relación amorosa.

Ian Williams abrió los ojos como platos. Pocas cosas lo sorprendían verdaderamente. Pocas cosas y lo que acababa de decir su compañero de espera.

—¿Harry Potter? —escupió con aires de indignación. Harper entrecerró los ojos estudiándolo, lo cierto es que estuvo perdido en la conversación desde el minuto cero— ¿Harry Potter? ¿En serio? ¿Cuántos años tienen ustedes? ¿12?

Bruno lo fulminó con la mirada.

—Lo dice un alérgico al trabajo y al compromiso —retrucó—. Para tu información, es una historia bastante interesante. Habla de...

—Si seguís hablando creo que voy a vomitar —lo interrumpió haciendo un mueca de asco y levantando su mano derecha. Nunca en la vida se había imaginado algo así. Bruno Harper defendiendo un libro para chicos.

—No sabés lo que te estás perdiendo —de hecho él tampoco lo sabía hasta que Lucía lo volvió un fanático de la saga.

—Ya veo... —divagó Ian y se perdió en sus pensamientos.

Se imaginó sentado en el sillón de cuero de su *loft* de Nueva York, con una linda chica entre sus brazos, una que fuera tan linda por dentro como por fuera.

Se proyectó con esa chica viendo una maratón de Harry Potter en *Plex*, ambos tapados con una manta con el escudo y los colores de *Gryffindor*.

Visualizo recipientes con golosinas y snacks a sus pies y tres gatitos a su alrededor, esos que tienen ojos saltones y un pelaje precioso; los animalitos respondían a los nombres de Harry, Hermione y Ron.

Se concentró en aquella escena y sintió un escalofrío en todo el cuerpo. La imagen era terriblemente perturbadora. Sin embargo, algo de todo eso le resultaba un poquito emocionante. Quizás era toda esa montaña de comida a sus pies o quizás era la idea de poder encontrar tanta paz con una chica en sus brazos. Sin duda había una chispa de esperanza ahí escondida.

Y eso le daba un miedo de muerte.

La suite del hotel donde se hospedaban era de ensueño. La vista de Las Vegas era completamente mágica (y eso que recién era de día), todo se veía más lindo a esa altura.

Sarah se dejó caer en la inmensa cama, centro de la habitación, con un sonoro gemido. Dio unos pequeños saltitos para comprobar el confort del somier y se acomodó a gusto.

A Lucía, todo ese lujo, le quitó hasta la respiración y de a ratos se dedicó a lanzar suspiros mientras inspeccionaba el lugar. Lo tocó todo. Levantó cada uno de los adornos y abrió todos los cajones con los que se topó. Abrió los recipientes con *shampoo* del baño y olió los jaboncitos del

tocador. Para ella, era como estar en *Disney World*.

—No quiero ni pensar cuánto tendría que trabajar para pagar algo así —arrojó Ruth al otro lado de la habitación. Desde su lugar podía ver cómo Sarah se revolcaba sobre la cama buscando la postura perfecta.

—Toda la vida y no te alcanzaría —gritó su mejor amiga desde el baño, arrancándole una sonrisa. Mientras la hija de Teresa se acomodaba en un diván de princesa, Lucía se metía en la inmensa ducha del lujoso baño y calculaba sus proporciones estirando los brazos.

—Como lo van a pagar los chicos —intervino Sarah apoyándose sobre sus codos y retorciéndose— nosotras no vamos a hacernos problema por eso —y sonrió pícaro, ante la idea de hacerle pagar algunos cargos extras a su hermanito diabólico.

—¿Entonces cuál es el plan? —investigó Ruth. Tomó una carta que había sobre la mesita ratona frente a ella y comenzó a ojearla.

—A la noche vamos a ir al club que les hablé —apuntó Sarah— mi amiga ya hizo los arreglos. Está todo preparado.

Ruth asentía con la cabeza a medida que Sarah le explicaba el cronograma de su salida de chicas. A medida que bajaba la vista, su espanto crecía a pasos agigantados. Sencillamente no podía creer lo que estaba leyendo. Estaban todos locos en ese hotel.

—No me jodas —exclamó en español sin darse cuenta que lo estaba diciendo en voz alta. Ante la risa cómplice de Williams, volvió su vista a ella señalándole la carta— No vas a creer los precios de las cosas del frigo bar —exclamó horrorizada.

—Pasa en los mejores hoteles, Rubi —le explicó ella despreocupada. Después de haberla escuchado a Lucía llamarla así unas cuantas veces, se le había pegado el apodo.

—¡El agua mineral cuesta 20 dólares! —Le retrucó indignada— Más que mineral, tiene que ser mágica —y volvió a chequear el precio de la carta. Quizás había visto mal, eso no podía ser cierto.

—Creeme que no hay nada mágico en el agua de acá —la previno Sarah cambiando de postura. Se incorporó en la cama y quedó sentada a horcajadas—. No vas a ver elefantitos de colores ni nada por el estilo.

Ruth dejó de indignarse con las cifras que leía y se volvió a Sarah con los ojos entrecerrados y una sola idea en la cabeza.

—¿Cuándo te drogaste en la fiesta de mamá —dijo mamá en español— viste algo de eso?

La rebelde Williams miró hacia arriba e intentó hacer un poco de memoria de aquel día. Recordaba muchas cosas, pero nada de elefantes de colores, o cualquier otro tipo de animal.

—No tengo ni idea de por qué dije eso —concluyó sorprendida por sus propias palabras.

—Debe ser el efecto Lucía —señaló hacia el baño con la cabeza—. A mí me hizo ver Dumbo como un millón de veces, en la escena en que se droga alucina elefantitos de colores y cosas raras.

Sarah asintió con la cabeza reafirmado sus dichos. Aquello sonaba bastante probable, a su amiga le encantaba encarar la realidad desde la fantasía de películas de Disney.

—¿De qué fantasía estabas hablando? —interrumpió Bruno. Ian se dio cuenta que su amigo ya había terminado el *check in* y estaba listo para irse. Dejó de fruncir el ceño y abandonó la imagen de él acurrucado en su departamento con una fanática de Harry Potter, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué? —profirió entre la sorpresa y la confusión.

—Te pregunté de qué fantasía hablabas, la que yo había cumplido —repitió Harper con la duda instalada en su ser. Así como Ian no se sorprendía de muchas cosas, tampoco solía quedarse en silencio sumido en sus pensamientos. Ahora, quería saber.

Quizás por vergüenza, ante la evidencia de su ensimismamiento, Ian puso punto y aparte a

aquello que había imaginado. Volvió a aquel ahí y ahora con una sonrisa picara en el rostro.

—Te quedaste pensando en eso, eh —la verdad es que hablaba más de él que de Bruno.

—Hablá, Ian —lo apuró él con la impaciencia que lo caracterizaba.

—Estaba hablando de Lu —confesó finalmente, volviendo al punto que había disparado la conversación.

A Bruno le hirvió la sangre. Como cuando vio a Winston abrazar a su mujer en la fiesta de cumpleaños de Teresa. O como lo escuchó a él, llamarla de esa misma forma.

—¿Me estás jodiendo? —Alzó la voz— ¿Tenés fantasías con ella?

—Calmate Noah, tranquilo —indicó con un gesto con la mano—. No estoy hablando técnicamente de ella —el técnicamente lo reforzó haciendo comillas con los dedos.

—¿De qué estás hablando entonces? —si no se explicaba a la brevedad, se iba a comer un buen golpe. No iba a ser el primero, y definitivamente no iba a ser el último.

—Estoy hablando de hacerlo con una casada —levantó una y otra vez las cejas en un gesto bastante cómico—. Contame los detalles, hermano.

Bruno no pudo evitar la sonrisa. Su hermano sabía qué botones apretar. Sabía cómo hacerlo enfadar y explotar, y cómo arrancarle una risa verdadera y contagiosa.

—Vamos, caminá —lo empujó hacia adelante porque no había forma de que compartiera eso con él.

Ruth Martínez estaba recostada en la *king size* de la habitación. Apoyada contra el respaldo de la misma, se acurrucaba alrededor de una montaña de almohadones. En la otra punta de la cama, a la altura de los pies, Sarah Williams miraba la televisión acostada boca abajo. Descansaba su cabeza sobre el brazo izquierdo y con la mano derecha apretaba los botones del control remoto del televisor de pantalla plana. Movía los pies al compás de la canción que sonaba de fondo en la telenovela en la que se había detenido.

—¿Qué estás viendo? —preguntó la joven con raíces latinas. Fruncía el seño y ponía una cara de espanto en la cara. En un momento del programa, los protagonistas se habían empezado a gritar en un idioma desconocido para pasar a batirse a duelo.

—Estoy casi segura que ese —señaló a uno de los hombres— encontró a ese otro —hizo lo mismo con el otro contrincante, el que tenía el arma más pequeña— con la mujer de él. O quizás es la madre —torció la cabeza ante la idea— no estoy segura.

—¿Ese de la cosa en la cabeza —la cosa en la cabeza a la que hacía alusión era su *kufiyya*<sup>[22]</sup> — se acostó con la madre? —exclamó Ruth horrorizada. Qué cosas miraba Sarah por televisión.

—*Noooooo* —respondió ésta poniendo los ojos en blanco y volteando la cabeza hacia ella— su amigo, o socio, o algo por el estilo, se metió con la novia, o quizás con la madre, y él los encontró en pleno acto —explicó la situación casi sin frenar para tomar aire.

Ruth salió de la comodidad de su fuerte hecho a base de almohadas y se incorporó sobre sus rodillas.

—¿Los encontró, digamos —hizo unos gestos con las manos que eran demasiado infantiles para Williams— haciendo el *ñiqui ñiqui*<sup>[23]</sup>?

—No tengo ni idea a qué le llamás *ñiqui ñiqui* pero, por cómo se gritan, los tuvo que haber visto haciendo todas las posturas del *kamasutra* más o menos.

Ruth asintió con la cabeza captando el mensaje, no es que no haya sido lo bastante explícito, levantó las cejas y se imaginó aquello. Se acomodó a la par de Williams para seguir el hilo de lo que estaba pasando en la novela. Uno de los hombros lloraba y el otro le hablaba al cielo.

—¿De qué hablan? —gritó Dante desde su posición en el baño, se estiraba dentro del hidromasaje y se lo imaginaba cubierto de espuma y velitas aromáticas.

—De encontrarte a tu mamá a lo bestia con tu mejor amigo —gritó Ruth de vuelta sin despegar su atención de la pantalla del televisor. Sarah se rió cómplice, y tampoco se perdió ni un detalle de la escena.

Se escuchó un quejido inentendible al otro lado de la habitación. Lucía pensó en aquella situación tan horrible. Encontrarse a alguien que querés haciéndolo con otro. Qué asco.

—Vení para acá, Lu—exigió Martínez entusiasmada a lo que estaba pasando— se está por armar de vuelta —el hombre que antes lloraba, se había tirado encima de un tercero que había aparecido de la nada. ¿Será que la novia o madre tenía más de un amante? Esa novela sí que era fascinante.

—Estoy probando el *hidro*, es increíble esto —exclamó sonriente. Movía sus piernas y brazos como si estuviera formando angelitos en la nieve. Se recordó haciéndolo en su Bariloche natal. En los días de invierno que, si bien eran cortos, estaban repletos de pequeños-grandes momentos de felicidad.

—Yo me anoto también —replicó su amiga de inmediato. Nunca en la vida, Ruth Martínez había probado algo así. Definitivamente era una oportunidad que no pensaba dejar escapar. Era algo extraordinario para ella, puesto que pertenecía más al mundo de Lucía que al de los Williams y Harper.

—Yo también me uno —intervino Sarah— pero sin nada de ropa, chicas.

—Si claro —le respondió Ruth dedicándole una mueca graciosa. Los hermanos Williams ya le habían tirado los perros unas cien mil veces, desde que había viajado a Nueva York para sorprender a su madre— subí el volumen —le indicó a ella golpeándola con el codo.

—A Lu la vi desnuda varias veces —argumentó la gemela mientras cumplía con el pedido.

—Está mintiendo, no le creas nada de nada —retrucó Dante con un grito desde su comodidad.

Ruth estiró un brazo hacia atrás y manoteó el almohadón que tenía más cerca. Le dio un golpe certero a Sarah en la cabeza. Ésta estaba tan sorprendida que no vio venir ninguno de los golpes siguientes.

Ni bien la telenovela se vio interrumpida por el corte comercial, ambas se lanzaron en una lucha de almohadas a todo o nada. Hacían tanto espanto, que Lucía salió del hidromasaje de inmediato y fue para ver lo que sucedía. Pobre Lucía Dante, se ganó un regio almohadonazo en el estómago. Uno que casi le quita la respiración. Como lo habían hecho las vistas desde la ventana de su suite de lujo.

Dante se unió a Martínez y, entre las dos, lograron reducir a Williams. Hasta que ésta no rogó por una tregua, no desistieron de aquello. Se divertían tanto que ningún momento se percataron que la telenovela había vuelto, casi en sintonía con Sarah uno de los hombres rezaba algún lamento extraño.

—Son las peores amigas del mundo —les grito la reducida señalándolas desde el suelo. Estaba toda despeinada y tenía la cara roja como un tomate. El mismo tinte de su pelo.

Sus amigas, que en realidad eran las mejores del mundo, se mataron de la risa a costa de ella. En lo que llevaban del día se habían reído hasta el hartazgo.

Nada ni nadie podía detenerlas.

Un golpe en la puerta de la habitación interrumpió las intenciones de Bruno de retomar una conversación con uno de sus clientes.

A medio camino, su teléfono había perdido la señal y la charla se había tenido que terminar abruptamente. Aquello ocurrió en el mismo momento en el que dos jóvenes preciosas abordaron el ascensor y compartieron miradas picantes con el mayor de los Williams. De hecho, una de ellas, la más atrevida, le regaló sonrisitas a su mejor amigo y él se cansó de poner los ojos en blanco y

gruñir ante la danza de apareamiento de Ian.

A pesar de que el cortejo fue recíproco, la chica se quedó esperando algo que nunca sucedió. Ella desconocía que él se había comprometido a no involucrarse con ninguna mujer durante ese fin de semana. Ninguna excepto una. Tenía a Ruth Martínez entre ojo y ojo, y no iba a descansar hasta conseguirla.

Al igual que Lucía, a Thomas Dickinson no se le daban bien las cuestiones tecnológicas. Le llevó varios intentos dar paso hacia la habitación. Y no porque haya logrado colocar como correspondía la llave magnética de la suite, no. Sino porque Bruno había acudido a abrirla luego del tercer golpe.

Seguido a él, con aires de grandeza y una sonrisa pintada en la cara, entró Winston Perry. Alias, el esposo de Lucía Dante. Alias, la última persona del mundo a la que Bruno quería ver.

Pero qué va. Ya estaba en el baile y a bailar lo habían llamado.

—Estas cosas no son lo mío —se excusó el enfermero encogiéndose de hombros y levantando la llave con su mano derecha. En su mano izquierda llevaba un bolso de mano. El bolso estaba vacío y pensaba llenarlo con todas las muestras gratis que pudiera encontrar en la habitación. En alguna charla pasada, Lucía le había confesado que le encantaba robarse cositas de los hoteles. Su mochila estaba llena de ese tipo de recuerdos.

—No te preocupes —devolvió a Bruno a secas. Por lo general hubiese sido menos contemplativo con el mejor amigo de su chica, pero al estar Winston presente sentía que tenía competencia.

Los recién llegados huéspedes recorrieron la habitación con la mirada. Thomas, como Lucía, fue directo al baño en suite; Winston se sentó en uno de los sillones bajo la tensa mirada de Bruno. Siempre había una tensa calma entre ellos. La verdad era que Perry no tenía ningún problema con Harper, pero él sí los tenía; tenía todos los problemas del mundo.

—El día está precioso —dijo Winston y sólo para romper el hielo. Era ley universal.

Bruno asintió con la cabeza, otorgándole un grado mayor de incomodidad al ambiente. Se centró en su teléfono y se apartó hacia un rincón de la sala.

Ian se disponía a salir del baño, ensimismado en sus pensamientos (uno non santos que protagonizaban Ruth y las féminas del ascensor), cuando Thomas lo empujó de nuevo a dentro.

—Ya te dije que lo nuestro no va a poder a ser, Tommy —intentó excusarse levantando los brazos.

—Shhhh, baja la voz —le indicó esté haciendo la típica seña de silencio y lo condujo hasta el tocador. Abrió todas las canillas, esperando que el correr del agua amortiguara sus palabras. Ian siguió sus movimientos con cautela. A veces pensaba que Dickinson estaba tan loco de remate como Lucía y tenía miedo de lo que pudiera hacer. Otras veces, sospechaba que el enfermero estaba locamente enamorado de él, porque quién no lo estaría, y temía que éste lo asesinara por despecho. A su favor, Thomas Dickinson era fanático de Taylor Swift. Si hacía algo, esperaba que eso valiera en el juicio en su contra.

—Si me te vas a declarar, ya te digo...

—Shhhhh —volvió a interrumpirlo—. No quiero que me escuchen esos dos —señaló hacia la puerta. Es decir, hacia la habitación. Es decir, hacia Bruno y Winston.

Ian, que había entendido a lo que se refería, abrió bien los ojos y asintió con la cabeza.

—El esposo y el novio —apuntó.

—Tenemos que hacer algo —convino bajando la voz. Thomas hablaba entre susurros, como si estuviera en una especie de misión secreta y su vida dependiera de ello.

Su futuro aliado, cómico como siempre, se agachó acercando su rostro al de él.

—¿Los querés liquidar, Dickinson? —susurró de vuelta.

—No seas estúpido, Ian —exclamó Tommy olvidando todo reparo y alzando la voz.

Al instante se escuchó un golpe en la puerta del baño y se maldijo por el exabrupto.

—¿Todo bien por ahí? —ese era Winston. Ambos pudieron reconocer su voz. A Ian le caía bastante bien Perry (y estaba esperando encontrárselo solo para preguntarle si era pariente de Katy y se podía presentársela), pero por su amigo estaba decidió a mantener las distancias.

—Todo bien —respondió Ian con un grito— acá, Tommy, me está proponiendo unas cositas para esta noche —sus últimas palabras fueron acompañadas con un quejido. El enfermero le había propinado una buena patada en uno de sus tobillos.

—¿Pasa algo Tommy? —investigó Winston al otro lado de la puerta.

Ian se sintió engañado y frunció el seño ante la explícita evidencia en contra de Dickinson.

—¿Ya te dice Tommy? —Gesticuló señalando a la puerta, esas palabras solo quedaban entre ellos— ¿Él? —susurró apenado como si le hubiesen clavado un puñal en el pecho, sólo faltaba que haga puchero y gimiera entre sollozos. Thomas tuvo que llevarse la mano a la boca para no echarse a reír histérico.

No iba a ser ni la primera ni la última vez que Ian le arrancara una carcajada a Thomas. Ni Sarah lo hiciera con Ruth y a Lucía. Ni siquiera cualquiera de ellos para con Bruno o para el todavía desconocido Winston Perry.

Ese fin de semana, la ciudad del pecado iba a ser el marco perfecto para la risa. Incluso para los que, todavía, no habían caído ante el llamado.

Promesa de *scout*. Lo mejor. Siempre. Está por venir.

Siempre.

## XXVI: Las Vegas (Noche)

Los caballeros andantes acudieron al rescate de inmediato. No llegaron en asombrosos corceles ni vestían armaduras poderosas. Tampoco parecían salidos de alguna historia épica o de un cuento de hadas. Pero respondieron ante la llamada de auxilio. Y eso era lo único que importaba.

Por el momento.

—Si te ponemos una bolsa en la cabeza no se nota —propuso Ian observando el rostro de su gemela. Sarah estaba sentada en un sillón con la cabeza apoyada en el respaldo. Descansaba su cuerpo maltrecho por la pelea. Tenía un ojo morado y comenzaban a aparecer algunos otros moretones cerca de su mejilla.

—Idiota —replicó ésta y le quitó de las manos las compresas que había improvisado Thomas. Cuando la apoyó sobre el ojo derecho sintió un dolor de muerte. Lanzó todos los insultos que conocía y los que Lucía le había ido enseñando en el último año.

—¡Así no! —la retó Lucía que apareció de la nada. Hasta ese momento, estaba encerrada en el baño junto a Ruth. Tomó la compresa y se la apoyó suavemente sobre la herida—. Te dije que lo hagas vos —le ladró a Ian, quién se encogió de hombros— ¿será que podés ser de ayuda para algo? —refunfuño y Sarah bufó una risa cargada de ironía.

Dante, como buena amiga, se ocupó de cada uno de los moretones. Hizo las primeras curaciones como le había indicado Thomas y Sarah agradeció el gesto. Daba pequeños soplidos sobre cada herida para aliviar el escozor y dedicaba palabras de aliento para calmarla.

En medio del silencio sepulcral de la habitación, se escuchó unos ruidos extraños provenientes del baño y Lucía hizo una mueca de desagrado.

—Ian —llamó al mayor de los Williams que estaba sumido en sus pensamientos. Lo cierto es que se le daban de terror las situaciones límites, y su polémico sentido de humor no le servía de mucho—. ¿Podés encargarte de Ruth? —preguntó urgida por la preocupación. Él, que no estaba tan preocupado como ella, puso una sonrisa maliciosa que escondía dobles sentidos. Sarah dio vueltas los ojos (más bien el que estaba sano) y negó con la cabeza. No podía creer el caso perdido que era su hermano.

—Es toda mía —anunció poniéndose de pie orgulloso, hasta se dignó de erguir la espalda y levantar los hombros en una pose que si se le daba bien. Lucía decidió dejar pasar aquello y concentrarse en un pequeño corte que Sarah tenía en su labio inferior. Le ardía, su amiga se quejaba como una nena. Su tolerancia al dolor era inexistente.

Antes de llegar a la puerta del baño, unos ruidos bastante sonoros lo hicieron recular en su acción; Ian se dio vuelta y se volvió a las chicas que estaban en el sillón.

—¿Está vomitando? —preguntó señalando la puerta del baño y agradeció que estaba cerrada completamente. Ya sentía un asco tremendo.

—No, está cantando un villancico, tarado —respondió su hermana incorporándose en el sillón. El movimiento le provocó dolor y se meció ante esa sensación.

—Está descompuesta —explicó Lucía obligando a Sarah a echarse contra el respaldo. Le pidió que se quedara quieta y la dejara terminar.

—Lulú... —se quejó Ian.

—Ian —lo interrumpió a punto de perder los nervios— no puedo con todo. Te lo pido por el amor de Dios —lanzó un soplido de cansancio. Se quitó con el dorso de la mano los pelos sueltos

que se le habían pegado en la frente, producto de la transpiración y el trajín de la noche—. Ponele una toalla mojada en el cuello —indicó pensando en el estado de su amiga. La pobre estaba sentada en el suelo, abrazada al inodoro y arrepintiéndose de todo el alcohol que había tomado—. En cuanto termine, voy —le aseguró.

—¿Y Bruno? —preguntó él en tono de propuesta con la posibilidad de eximirse.

—Está hablando con la seguridad del hotel —replicó ella sin prestarle mayor atención.

—¿Y Thomas? —exclamó levantando los brazos como si estuvieran pidiéndole el esfuerzo más grande de su vida—. ¿Tu marido?

Lucía se dio vuelta ofuscada y lo fulminó con la mirada. Sarah negó con la cabeza. —Fueron a buscar una farmacia abierta, Tommy no maneja y Winston sí. Si vos no hubieses perdido la licencia por meterte en carreras clandestinas cuando ni siquiera sabés como son esas cosas, ellos podían estar acá —lanzó sin siquiera respirar— haciendo algo más que quejarse —se tomó su tiempo para eso último.

Ian se cruzó de brazos y puso cara de serio. Pocas veces en la vida uno podría presenciar algo como eso.

—Si no hubieses destruido la bicicleta que te regaló tu amante —así lo llamaba a Bruno desde la llegada de Winston— podía haber usado eso.

—Un día de estos juro que voy a matarte, Ian —anunció entre dientes. Su mandíbula era un cúmulo de nervios.

—¡Pago por ver eso! —exclamó Sarah entusiasmada. Su hermano dirigió su mirada a ella y entrecerró los ojos. Sarah tenía un ojo en compota pero una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja —. Y que conste que salgo de testigo —adhirió— decimos que fue en defensa propia. Olvidate — le dio un golpecito en la espalda a Dante.

Los pasos de comedia que siempre se inventaban los hermanos Williams, volvieron a significar un verdadero alivio para Lucía. Se olvidó un segundo de todas las preocupaciones y ocupaciones futuras. Vio ese pequeño, pero ansiado, oasis al final del desierto.

Lucía dio un respiro profundo. Dejó de repetirse una y mil veces lo mal que se vería un caso de asesinato en sus antecedentes. Además, de hacerlo, preferiría otra víctima.

—¿Nicole? ¿La Nicole... de Bruno? —preguntó Ruth con duda. O quizás con miedo de lo que aquello podía provocar en Lucía.

—Esa perra —confirmó Sarah.

Las jóvenes estaban vestidas y preparadas para la noche de chicas que iban a tener. Ruth lucía un vestido precioso cortesía de la tarjeta de crédito de Ian Williams. Sarah se la había quitado, y le había dado un extenso uso durante toda la tarde. Les había regalado a sus amigas los vestidos que llevaban. Había cargado con las cuentas del spa del hotel, del salón de belleza y los ricos tragos que se habían tomado mientras se preparaban. Ellas no sabían que Ian iba a tener que pagar por aquello, tampoco lo sabía él. No había ni un gramo de remordimiento en ella. Imposible. Tampoco es que su hermanito se matara trabajando. Al fin y al cabo era el dinero de sus padres.

—¿Qué vamos a hacer? —examinó la señorita Martínez preocupada por su amiga.

—Nada —replicó Sarah muy segura— no le vamos a decir nada. No arruinemos la noche, ¿ok? —inquirió apoyando sus manos en los hombros de Ruth. Temía que su confidente no pudiera guardarse esa información.

Ruth asintió asegurando su complicidad y Sarah respiró aliviada.

—¿De qué andan hablando entre susurros? —las sorprendió Lucía por detrás. Llevaba un vestido ceñido al cuerpo que le hacía justicia a sus curvas. Era de color verde esmeralda, porque Sarah había insistido que era el color perfecto para su color de pelo. No tenía mangas y le llegaba

hasta las rodillas. Era atrevido. Lucía se sentía la chica más sexy del mundo esa noche.

—Nada —respondieron sus amigas al unísono y le provocaron una mueca que adivinaba una picara duda. Lucía pensó que esas dos tenían algo loco entre manos y no insistió con el asunto. Confiaba en su juicio (más en el de Ruth que el de Sarah) y de su promesa de una gran noche por delante.

Las tres amigas se sentían diosas del Olimpo. Ruth no podía de dejar de mirar su vestido. Era de mangas pero corto como el de Lucía. Tenía lentejuelas y el azul metálico combinaba a la perfección con su oscura y larga caballera. Sarah no se quedaba atrás, su vestido de corte sirena, negro y con los hombros descubiertos, la convertían en la femme fatale que podía ser cuando quería. Estaban vestidas para el infarto. No podían ser menos. No en la ciudad del pecado.

Al llegar a la discoteca, se encontraron con Cami, la amiga de Sarah que la había ayuda a orquestar los planes de esa noche. Camille era de Nueva York pero hacia unos años vivía en Las Vegas. Había sido compañera de Sarah en la universidad y de las prácticas en el hospital. Eran buenas amigas y, a pesar de la distancia, seguían siendo confidentes y cercanas.

Ya en la barra, hicieron las presentaciones correspondientes. Les llevó los primeros acordes de una canción hacer buenas migas con Cami. Era simpática y divertida. La unieron al club de inmediato.

En medio de anécdotas y risas, pidieron una ronda de tragos para todas y en cuanto tomaron confianza se fueron directo a la pista de baile.

A Lucía le encantaba bailar. Y todo tipo de música. Se movía sin ningún tipo de vergüenza o reparo. Nada la intimidaba. Cerró los ojos y se dedicó a disfrutar de los pequeños detalles.

De cuando escuchaba una canción que conocía, alguna que había escuchado por primera vez en algún rincón del mundo y con la que guardaba una historia. Algunas las había compartido con Ruth o Bruno, incluso con Sarah, Thomas y hasta con Ian. Ni hablar de Teresa, Winston o la siempre dulce Martha. ¿Cuándo había pasado eso? Tenía toda una familia ahí. Y una bien numerosa.

Se acordó de cada uno de esos lugares. De las aventuras. De su gente. Algunos extrañaba y esperaba volver a ver. Incluso rememoró los días malos. Los que tuvieron sentido cuando vinieron los buenos. Porque la ayudaron a comprender que el sol siempre salía después de la tormenta.

Sonrió sin parar ante la evidencia de que, a pesar de lo que le había quitado, la vida también le había dado mucho. Entonces, bailó con más ímpetu. Lo hizo por su hermana. En su nombre y bajo su recuerdo. A ella le encantaba bailar también. Bailaba hermoso y Lucía la contemplaba embelesada cuando era pequeña. Ambas iban a clases de danza, pero ella se dedicaba a aplaudir a su hermana mayor.

Saboreó esa brisa que venía de alguna parte y que ayudaba a aplacar el calor de la pista. Era frescor puro en medio de tanto fuego. Se aferró a esa sensación con todas sus fuerzas. Era como Tenerife. Ahí dónde había comenzado todo. El primer destino. El primer viaje. El primer paso a su cura. Al resto de su vida.

A pesar de tener la cabeza en las nubes y la mente por todas partes, no se perdió de las risas de sus amigas. Abrió los ojos y las abrazó con gratitud. En silencio agradeció por tenerlas en su vida. Las cuatro se miraron con cariño y estallaron con sonoras carcajadas. Se mantuvieron en su pequeña burbuja y se divirtieron como si estuvieran solas en aquel lugar. Como si no hubiera nadie más. Como si no hubiera un mañana. Las cuatro fueron una.

Una para todas. Todas para una. Las cuatro mosqueteras.

—En serio, te va a volver loca hasta que caigas —afirmó Camille hacia Ruth, asintiendo con la cabeza. La joven Martínez ya no sabía cómo sacarse de encima al hermano de su nueva amiga, mejor amigo del novio de su vieja amiga. No quería ser grosera, pero la insistencia de Ian le

ponía los pelos de punta—. Así que yo te diría que lo pruebes, no está tan mal —concluyó encogiendo los hombros y llevando a su boca el sorbete de su trago. Sarah le propició un empujoncito que la hizo atragantarse. Después de haberse encontrado a Ian desnudo en la habitación que compartía con Cami en el campus, su vida no había sido la misma. Todavía tenía pesadillas con aquella imagen.

—No le hagas caso, Rubí —dijo ella—. Yo soy mucho mejor que mi hermanito —afirmó con un guiño— y me quedo hasta la mañana siguiente.

—Dejalo pasar, Sally —intercedió Dante—. Ya la amenacé de muerte con que se acerque a Casanova —confesó asintiéndole a una Ruth que bebía entusiasmada su daiquiri de frutillas. Con un rápido movimiento, se dirigió a Sarah y acercó su rostro al de ella. La miró fijo — y ya te dijo como un millón de veces que no le gustan las mujeres.

—Ya —objeto despreocupada. Bajó la voz para que solamente la escuchara ella— Me estoy encargando de eso, de todas formas —señaló con su Mímica a su presa. Lucía cayó en la cuenta que Ruth iba ya por su tercer o quinto trago (quién dice tres dice cuatro y sigue con cinco ¿no?). Su amiga ya se reía de cualquier cosa y hasta había visto con buenos ojos la posibilidad de caer en la tentación de Giacomo<sup>[24]</sup>.

Lucía contuvo la carcajada por las ocurrencias de su amiga y tomó un sorbo del suyo. Era un simple jugo de frutas aburrido, a precisión de Sarah. Dante no tomó ni un gota de alcohol en toda la noche, procuró estar bien consciente de lo que pudiera suceder en la despedida de casada (así lo había titulado Williams) que sus amigas habían organizado.

La gemela malvada de Ian, desvió de pronto la mirada a un punto por detrás de ella. Lucía captó el cambio en su amiga y se dio vuelta. No encontró nada que la llamara la atención.

—¿Viste un fantasma o algo? —dijo en broma pero no obtuvo respuesta. Con el ceño fruncido le dedicó una mirada a Cami que charlaba animada con Ruth, ajenas a todo. Las dos se dedicaban a enumerar los atributos del *bartender*. Agradeció que al menos ya no hablaran del mejor amigo de su novio—. ¿Sarah? —volvió a insistir poniendo su rostro entre los ojos de su amiga y aquello que estuviera observando.

Williams parpadeó ante la interrupción y Lucía presenció una transformación en su rostro.

—Me estás preocupando, Sally..

—No pasa nada —espetó su amiga en respuesta negando con la cabeza pero con un nerviosismo evidente—. Tenemos que ir al próximo destino, vamos —remató con arrebatado. Lucía se puso de pie junto a ella con total extrañeza.

—¿Estás segura? —intentó descifrar lo que le pasaba.

—Si —replicó asintiendo. De lo único que Sarah estaba segura era que tenía que sacar a Lucía de ahí lo más pronto posible.

Con apuro, Sarah le indicó a Cami y a Ruth que tenían que irse. Lucía tuvo un mal presentimiento, pero se ocupó de ayudar a Ruth en su salida y de conducirla hasta la limusina que las esperaba afuera.

—Luuuuuu —un grito estalló en la noche. Una voz que siempre conseguía romper las burbujas que se inventaba Lucía.

Las cuatro mosqueteras voltearon hacia la víbora que se alzaba en medio de otras víboras. Si no la conocieran, podrían haber supuesto que esas jóvenes eran sus amigas; pero de hecho lo hacían. Sabían que Nicole Terry no tenía ni idea de lo que significaba la amistad.

—¿Qué hacés acá? —preguntó Dante, preocupándose de que alguien la relevara en su puesto de soporte de Ruth. La joven Martínez pasó de los brazos de su amiga a los de Cami.

—B me dijo que venía a Las Vegas —respondió con calma y con todo veneno que tenía en el

cuerpo.

Sarah ahogó una carcajada y Lucía le envió cientos de dardos invisibles con la mirada.

—Mi novio no habla con vos —Bruno no podía hablar con serpientes. No era Lord Voldemort y claramente no era Harry Potter. Al parecer, Harper se había declarado fan del buen Neville Longbottom.

*Nagini* le dedicó una sonrisita que Lucía moría por arrancarle a golpes y puso ese tono de voz *snob* y molesto— ¿Y cómo me puedo haber enterado, entonces? —apuntó cruzándose de brazos.

—No sé —replicó molesta— decímelo vos que lo seguís a todos lados. Sos como una *belieber*, ¿sabías? Y con perdón de ellas, porque de hecho me encanta Justin Bieber y me caen genial; en cambio vos me caes como el culo —escupió señalándola.

Williams asintió con la cabeza detrás de ella. Muy orgullosa de su amiga. Se la pasaban escuchando su último disco.

—Qué lindos modales —exclamó Terry con una mueca de asco— la verdad es que no sé qué es lo que ve *B* en vos.

Lucía se acercó hasta ella. Las separaban pocos centímetros. El clima podía cortarse con un cuchillo desafilado.

—Ya te dije una vez que dejes de llamarlo así —recordó la amenaza.

—¿Qué? ¿Me vas a matar, acaso? ¡Qué miedo! —replicó Nicole en un tono mimoso pero exasperante.

Lucía puso los ojos en blanco y respiró profundamente. Se dio vuelta y se concentró en otra imagen. Una muy distinta a la de Nicole. Ella no estaba sola. Tenía a sus amigas. Lo tenía Bruno. No tenía caso seguir dedicándole tanta energía. Estaba cansada de sus apariciones y ataques. Ya era hora de seguir adelante.

—Por cierto —volvió Terry con una sonrisa triunfal en el rostro—. Saludos a Florencia.

—¿Me vas a contar lo que dijo? —inquirió Bruno. Estaba realmente preocupado. Sabía que Nicole tenía que haber hecho o dicho algo grave como para que Sarah se metiera en una pelea con ella. Su hermana de corazón estaba loca. Pero no tanto.

—Es una larga historia —respondió su novia dedicándole una mirada de soslayo a Williams. Su amiga la había defendido como una leona. Mientras ella se había quedado paralizada, ella le había saltado a la yugular a la víbora venenosa—. Lo importante es que estamos bien. A Ruth se le pasó el malestar y la lleve a nuestra cama —indicó.

—¿Descansaste un poco? —Con una mirada de preocupación Bruno examinó el rostro de su novia, se la veía realmente agotada. Puso sus manos a sus costados y con sus dedos pulgares acarició dulcemente sus mejillas. Llevó su frente a la de ella y atrapó un suspiro con un dulce beso.

—No te preocupes —respondió ella dejándose atrapar por su calor. Solamente Bruno lograba hacerla sentir tan calma, tan a salvo.

—No paró en ningún momento —arremetió Sarah— el estúpido de tu amigo casi se desmaya cuando vio vomitar a Rubí. Lu tuvo que correr a agarrarlo y atenderlo también a él.

Bruno levantó la cabeza y miró a su amigo. Lo hizo estremecer por el fuego que desprendían sus ojos. Ian yacía en el suelo, sentado contra la pared. Tenía la cara pálida y una toalla húmeda colgada de los hombros.

—Soy muy impresionable —se excusó Ian encogiéndose y su gemela lanzó un resoplido.

—Tenía resaca, Ian; tampoco es que estaba infectada y se convirtió en un *walker* —repuso su hermana con un bostezo.

—¿Qué es eso? —preguntó Bruno desconcertado paseando su vista entre los gemelos.

Ian se sacó la toalla del cuello y puso los ojos como platos. Miró a Lucía y le hizo un gesto gracioso que le arrancó una sonrisa.

—Noticia de último momento, *B* —apuntó su amigo— todo el mundo sabe lo que es un *walker*.

—No tengo ni la más mínima de idea de qué hablan —dijo éste molesto. A Lucía le daba mucha ternura su desconocimiento en esos menesteres. Por un momento se olvidó del mal trago.

—A veces pienso que venís de *Narnia*, amor —exclamó lanzando un suspiro y negando con la cabeza. Lo miraba con fascinación. Como si fuera un extraterrestre.

—Bebé —repuso Harper con la misma ternura puesta en la mirada— seguís hablándome en chino.

Lució se rió. Fue una sonrisa suave producto del cansancio. Se dejó abrazar y mimar por su novio. Ya iba a haber tiempo para que le contara todo acerca de *walkers* y roperos mágicos. Tenían el resto de sus vidas para eso.

—Tommy fue a comprar un analgésico para Sally —le contó al oído y le dio un beso en el cuello.

—Sí, ya hablé con él, ahora quiero que te acuestes ¿sí? —le acarició la espalda tanto como a ella le gustaba y pudo escuchar un dulce ronroneo.

Ian puso una cara de asco por la escena melosa. Sintió que nuevamente el reflujo de vómito. Sarah, por su parte, se había quedado profundamente dormida. De seguro eran los calmantes. Se los había tomado todos de una y por eso Thomas había tenido que ir por más. La ganadora del Nobel a mejor amiga del universo, soñaba con chicas lindas y roncaba como Magnus y todos los caballos de fantasías.

—¿Qué pasó con la gente de la disco? —preguntó Lucía, en un tono de voz lento y pausado. A medida que pasaba el tiempo, hablaba más bajo. Parecía como si se estuviese quedando dormida. Lo cierto es que las idas y vueltas y el *stress* acumulado de la noche, comenzaban a pasarle factura. Su cuerpo pedía a gritos, o más bien a susurros, un merecido descanso.

—No te preocupes —contestó Bruno dándole un besito en la nariz y usando sus mismas palabras.

Lucía se despegó un poco y lo miró con los ojos entrecerrados. Sus palabras no le daban mucha tranquilidad que digamos.

—Cuando alguien dice eso es porque tenés que preocuparte en serio.

—No —rebatió su novio volviendo a acercarla a su cuerpo, la abrazó bien fuerte para que no se atreviera a volver a desprenderse de él—. Es para que estés tranquila que yo me encargo de todo. Ustedes las mujeres son las cosas dicen todo al revés.

Lucía le dio un suave chirlo en la cola. Fue tan débil que a Bruno le dio más ternura que apetito. Su novia, aún muerta del cansancio, se las arreglaba para ponerlo en su lugar. Era toda una guerrera.

—¿Cómo es eso, Harper? —Bruno sonrió porque lo ponía a cien cuando lo llamaba por el apellido. Lucía pudo leer sus pensamientos en su mirada y le volvió a darle un correctivo. Se esforzó por hacerlo un poquitín más fuerte.

—Cuando ustedes dicen que no, significa sí. Cuando dicen que no quieren algo es porque lo quieren más que a nada en el mundo. Cuando aseguran que está todo bien, básicamente se viene el fin del mundo —se encogió de hombros ante la inevitable verdad de sus palabras—. Cuando vos decís que no podés comer más, yo sé muy bien que todavía podés comerte una docena más de pastelitos; por eso siempre compro dos —reveló con una sonrisa socarrona.

Lucía lo miró apretando los labios con fuerza, escondiendo la sonrisa, sin saber qué responder. La había dejado sin palabras. Eso tenía que ser magia.

—Después de todo, quizás si viniste de *Narnia*, *B* —concluyó con la certeza de que, sin importar de dónde hubiese venido Bruno Harper, de seguro lo había hecho para cruzarse con ella.

—Si se van a arrancar la ropa, no se olviden que tienen espectadores —interrumpió Ian. Seguía tirado en el suelo, contra la pared, con una cara de espanto y el cuerpo derrotado.

Bruno negó con la cabeza, y rompió el abrazo con Lucía dándole un beso generoso y tomándola de la mano. La llevó con cuidado hasta la cama donde yacía Ruth. En silencio la acomodó con cuidado y le dedicó todo el tiempo del mundo. La arropó, cómo lo hacía cuando se iba a comprarle el desayuno por las mañanas, y la despidió con un beso en la frente.

—Dulces sueños, Lucy<sup>[25]</sup> —susurró en su oído.

## XXVII: Orlando

Lucía abrió los ojos de repente, y juró ver burbujas de colores en el aire. Aquello parecía magia. Parecía una de esas películas de Disney que tanto le gustaban. Parecía.

Los rayos de luz que entraban por la ventana, se mezclaban con el estado de ensueño y con el cansancio de una noche agitada. Pensó que estaba soñando. Quizás así lo deseaba.

Se refregó los ojos, y divisó a lo lejos a Sarah. Su amiga dormía despatarrada sobre el diván dónde la había visto por última vez la noche anterior. Toda despeinada y con una compresa de hielo sobre la frente. Era una imagen cómica y bizarra. Una de sus piernas estaba sobre el respaldo y la otra caía en el suelo. Justo ahí, a su lado, sobre una alfombra que era preciosa (pero que no se veía cómoda) dormía Ian. Los gemelos estaban agarrados de la mano. Como si fueran chicos otra vez. Como si, de verdad, él fuera un caballero andante.

Nunca llegó a pensar que eso si era parte de un sueño. O de su imaginación. Eso era completamente real. Los hermanos Williams podían ser odiosos entre sí, pero daban la vida por el otro. Nadie podía poner en discusión eso. Pobre el que lo hiciera.

Al otro lado de la sala. En uno de los sillones individuales. En los que ella se había recostado por la tarde mientras charlaba y reía con sus amigas, descansaba Thomas. Lucía sonrió con ternura. Porque el enfermero podría haberse ido a dormir a la suite reservada para ellos, sin embargo, ahí estaba. Al pie del cañón. Como siempre lo había hecho desde el día que se habían conocido.

Aquel día de verano que lo había cambiado todo. Que los había cambiado. A todos.

Por pensar en ello, Bruno se le vino a la cabeza. (Y no es que necesitara muchas excusas para hacerlo.)

Se imaginó a Harper vestido de caballero andante. Después de todo, lo había imaginado de pequeña cuando su mamá le leía cuentos de hadas. En aquel ahí y ahora, su príncipe azul era real. Tan real como la amistad que atesoraba con Thomas o la incondicionalidad entre Sarah e Ian. Su príncipe era de carne y hueso. De puros músculos y sonrisa que todo lo podía.

Lo buscó con la mirada por toda la sala. A lo largo y a lo ancho, y no lo encontró.

A su lado, Ruth dormía y ocupaba la mayor parte de la cama. De seguro estaba soñando porque hacia ruiditos graciosos y lanzabas al aire palabras incoherentes. Arrugaba la nariz y movía las manos como si estuviera explicando algo. Lucía se tapó la boca para no echarse a reír. Para ella, los sueños eran sagrados. Como los libros. Como la reserva de golosinas que escondía en una de sus valijas.

Con mucho cuidado de no hacer ruido, salió de la cama arrastrándose. Muy despacio como para no despertar a ninguno de los bellos durmientes. En puntitas de pie, casi sin respirar, se dirigió a la kitchenette de la suite.

Al entrar, la abordó un aroma espectacular. El aire sabía a algo dulzón y se le hizo agua la boca. Hasta le hizo ruido la panza.

—Siempre con hambre —la saludó Winston desde un extremo de la pequeña habitación. Perry estaba apoyado contra la pared, muy cerca de la ventana, observando el paisaje. Tenía las piernas cruzadas y una taza de café humeante en la mano.

—Esa soy yo —replicó Lucía rascándose la cabeza y acomodándose el improvisado pijama que llevaba. No sabía cómo pero Bruno la había desvestido y le había puesto su camisa. La misma que había usado esa noche. Olía a almizcle y alcohol.

En puntitas de pie continuó su camino, acercándose a la mesada. Devoró con los ojos la fila de manjares que allí había. Eso sí era un verdadero desayuno de campeones.

Lucía tomó un *cupcake* de chocolate con leche y le proporcionó un mordisco generoso. Lanzó un gemido de satisfacción que hizo reír a Winston. Cerró los ojos en deleite.

—Nunca me voy a cansar de éstos —exclamó con la boca llena de chocolate y señalando lo que quedaba del pastelito. De un solo bocado, había tomado más de la mitad del pobre *cupcake*— son la cosa más rica del mundo.

—¿Más que las papas con vinagre?

—*Mmmmmmmmm* —ronroneó embriagada—. Ahora me diste ganas de eso también —se metió en la boca el resto de la presa.

Winston se despejó de la pared y se acercó a la mesada. Se paró junto a Lucía y miró con cariño la caja de *cupcakes*.

—Ni se te ocurra —señaló ella tomando otro, uno con una cobertura con los colores del arcoíris que le llamó la atención. Le dio una extensa lamida a la crema y gimió gustosa. Winston rio por lo bajo recordando la advertencia de Bruno.

—Tu novio me dijo que si los tocaba, era hombre muerto.

Lucía volteó hacia Perry y sonrió de oreja a oreja con la boca llena. Tenía restos de crema en los labios y en la nariz —mi novio sabe —y se llevó otro pedazo a la boca. Con la mano libre tomó un pastelito de limón.

—¿Es verdad que una vez te saco uno y le mordiste la mano? —preguntó sonriente mientras tomaba el resto de su café. Perry se había apoyado en la mesada y miraba con fascinación como Dante devoraba cada pieza.

Lucía tragó rápido, y se dio un golpecito en el pecho aclarándose la garganta.

—Eso no fue tan así —apretó una botellita de agua mineral con el codo derecho e intento abrirla con la mano del mismo brazo. En la izquierda tenía dos *cupcakes* que no pensaba soltar por nada del mundo— quise comérmelo antes que él, pero le erré y le clavé los dientes en la muñeca —movía todo el cuerpo para intentar abrir la botella pero fracasaba estrepitosamente— los accidentes pasan...

Winston le sacó la botella que sostenía debajo del brazo y la abrió para ella. Lucía agradeció el gesto con una sonrisa, dio un trago largo y se volvió a llenar la boca con comida.

—Es buen chico —indicó Perry. Lo cierto, es que estaba feliz de verla junto a un hombre tan cariñoso y atento con ella.

—¿Lo estuviste investigando? —replicó riendo, pero intentando no escupir las miguitas del *cupcake* de limón.

—Un poco —reconoció él con una sonrisita. Lucía entrecerró los ojos amenazándolo, lo hizo sonreír aún más.

La señorita Dante tomó otro sorbo de agua mineral y se apoyó en la mesada repitiendo la postura de Perry. Se pasó una mano por la boca, por si acaso tuviera restos de comida. Las coberturas de los *cupcakes* siempre le daban malas pasadas.

—Te lo debo, ¿sabés? —apuntó Winston.

Lucía lanzó un resoplido— no me debés nada —rebatió negando con la cabeza. Sintió un malestar en el estómago. Quizás era por haber comido (y mucho) de golpe. O quizás era por la melancolía.

—Te debo mucho, Lu —volvió a insistirle—. Hiciste algo muy grande. En serio —en sus ojos había reflejada una gratitud inmensa.

Lucia sacudió los hombros, y arrugó los ojos para impedir que se derramara alguna lágrima

rebelde que quería salir.

—No fue nada —remató con un gesto con la mano que intentaba expresar despreocupación—. A mí me sirvió para tener la visa. Nos ayudamos mutuamente —clavó los pies en el piso, nerviosa por la situación. No quería recordar todo aquello. No quería, en realidad, que Winston lo recordara.

—Los dos sabemos que no lo hiciste por eso —respaldó sus palabras negando con la cabeza—. Lo hubieses hecho te sirviera o no. Lo hiciste porque sos la mejor persona que conocí en la vida.

Lucía levantó un hombro como quitándole importancia al asunto. Era un gesto infantil al que recurría siempre que estaba desbordada. Emocionada, como en aquel ahí y ahora.

Winston de despejó de su postura y se acercó a su cuerpo para estrecharla entre sus brazos. La abrazó bien fuerte. Lo más que pudo. De la misma forma que ella lo había hecho cuando lo conoció, en el café donde Lucía había comenzado a trabajar con Ruth. Justo después de que a su madre le hayan diagnosticado un cáncer terminal. Cuando estaba aterrado y deprimido, y Lucía lo había ayudado.

Había leído la desesperación en sus ojos. Ese día no solo le preparó el café más rico que hubiese podido prepararle, no. Le dio un apretón de manos. Le dijo que todo iba a estar bien. Qué podía contar con ella. Ahí fue cuando se convirtió en su mejor amiga. En su ángel de la guardia.

Porque si los ángeles existían. Lucía Dante era uno de ellos, para Winston Perry.

—Te quiero mucho, Win —susurró Lucía en su cuello. Conteniendo las lágrimas. Haciendo ruiditos con la nariz como cuando era chica y su mamá no le dejaba comer más torta en los cumpleaños.

—También te quiero, Lucy —devolvió Winston con mucho cariño y frotándole la espalda. El diminutivo que usó, no fue para inocente.

Dante se separó rompiendo el abrazo con Perry. Lo miró a los ojos con sorpresa.

—¿Vos le contaste eso a Bruno?

—¿Qué cosa? —preguntó intrigado arrugando el ceño, como siempre lo hacía.

—Qué tu mamá me decía Lucy.

Winston hizo una mueca con el rostro y se puso a pensar en lo que habían hablado.

—Le conté lo que pasó, pero no me acuerdo de haberle dicho eso —respondió con la incertidumbre instalada— ¿por?

Su amiga también se quedó pensando y revisando los hechos del día anterior. Le había llamado la atención, pero estaba tan cansada que lo había pasado por alto.

—Anoche me llamó así. Es raro —analizó con arruguitas en la cara— nunca lo había hecho antes.

Perry se encogió de hombros. No tenía una respuesta para ello. Tampoco era algo que le pareciera importante.

Con desconcierto, observó el rostro de su amiga. Podía ver cómo le daba vueltas a algo con la cabeza y conjeturaba quién sabe qué cosas.

—¿Qué pasa, Lu? —investigó volviéndose a apoyar en la mesada. Lucía seguía en su mundo.

—A veces creo que sabe más de lo que dice —manifestó ante la idea. Si la llamó Lucy por el personaje, entonces si sabía de lo que le había hablado. Dante tenía la vista clavada en un punto de la pared—. Qué se hace el tonto, no sé —se encogió de hombros—. Me hace preguntas cuando ya sabe las respuestas —concluyó levantando la cabeza y mirándolo a los ojos.

Winston frunció los labios. Analizó por un momento aquello.

—¿Y nunca te pusiste a pensar qué quizás a él le gustan más las tuyas? Él puede tener las

respuestas, sí; —le explicó— pero las tuyas son sencillamente mejores.

—¿Estás seguro de eso, Winston? —preguntó Ian Williams una vez más. Ya lo había hecho como unas veinte veces en el tiempo que llevaban allí. La espera en el Aeropuerto Internacional McCarran se estaba volviendo tediosa. Se sentía larga. Muy larga.

Perry se llevó la mano al cuello en una muestra de cansancio. Se removió en su asiento, y dio un largo suspiro.

—Te juro que no la conozco —respondió éste. Igual que las otras veces. Porque esa era la pura verdad.

—Pero nadie en tu familia...

—Basta, Ian —intercedió su hermana interrumpiéndolo—. ¿No te entra en la cabeza que ese no es su apellido real? Ya te lo dije como un millón de veces. ¡Se llama Katheryn Elizabeth Hudson! —gritó espantando a algunos viajeros que también aguardaban por su vuelo.

Thomas lanzó una risita, para él, la espera estaba siendo entretenida.

Mientras que Winston e Ian estaban acomodados en una fila de asientos (que no eran precisamente muy cómodos que digamos), Sarah y Thomas estaban sentados en el suelo. Tenían las piernas cruzadas como indiecitos y sostenían el peso de sus cuerpos con los brazos.

—Tu obsesión por esa te está afectando, *S* —comentó su amigo, divirtiéndose a costa de ella.

—Esa información está en *Wikipedia*, Tommy —replicó ella defendiéndose.

—¿Y la carpeta con fotos que encontré en la computadora del laboratorio? —le recordó riendo. Había sido todo un suceso en la guardia nocturna del hospital.

—Callate, estúpido —Sarah golpeó el brazo de su amigo con un bolso de mano. Le dedicó una mirada asesina. El enfermero se rió de ella mientras se acariciaba el hombro. El golpe le había dolido. Por seguro le iba a quedar alguna marca.

—Dejá en paz a mi amiga —irrumpió Lucía en la escena. Tenía una bolsa llena de golosinas y galletas de chocolate. Junto a ella, aparecieron Bruno y Ruth. Ambos traían café para todos y algunas revistas a pedido de Sarah.

Lucía se agachó y se sentó junto a la gemela. Le cruzó por los hombros un brazo protector— ¿qué te está haciendo, ahora? —exclamó poniendo una mueca de pena— pobrecita —susurró acariciándole la espalda y dejando que su amiga apoye la cabeza en su hombro.

Thomas puso los ojos en blanco y le arrancó la bolsa de comida de las manos.

—¿Ahora estás en contra mío, Dante? —inquirió con sorna.

—¿Alguien escucha algo? —preguntó Lucía mirando para todos lados—. ¿Habrás sido un bicho?

Sarah asintió en complicidad y los demás se rieron mientras agradecían los café que Bruno y Ruth repartían. Harper se sentó junto a su hermano de corazón y Ruth se echó a los pies de las mujeres.

—¡Qué alguien le diga que no fue idea mía! —lanzó Thomas alzando la voz. Todos, absolutamente todos, se hicieron los desentendidos. Ian, incluso, se encogió de hombros.

—Hacete cargo, Tommy —indicó echándole más leña al fuego. Lucía levantó una ceja y lo estudió con la mirada.

Dickinson le arrojó al mayor de los Williams un paquete de galletas. Su intención fue golpearlo, pero el joven interceptó el proyectil y se dispuso a comer el contenido. Bruno sonrió a su lado y Sarah lo festejó. Probablemente era la primera vez en la vida que los hermanos se mostraban en sintonía. Lucía sonrió también. Pero porque los recordó tomados de la mano cuando todos dormían.

—Era un local para gente gay, Lu —insistió su amigo—. En serio, no te podés poner tan mal

por eso.

Así como Sarah y Ruth había organizado una salida de chicas en honor a Lucía por su despedida de casada, Thomas había hecho lo mismo por Winston. Arrastró a los hombres a una disco gay y contrató un *show* de *strippers* para Perry. Y para él.

—Uno de los *strippers* quiso tocarme el paquete, amor —mencionó Bruno.

Lucía levantó la mano señalando a su novio, acentuando lo que había dicho.

—¿Te das cuenta? —escudriñó a su (por el momento) ex amigo—. ¿Qué pasaba si ese hombre abusaba de mi pobre chico? —analizó con pena.

—Era bien grande y estaba lleno de tatuajes —añadió Ian—. Tenía un látigo en la mano y una mordaza. De no ser por mí, le iba a dar duro; quiero que recuerdes eso Lulú.

Lucía tragó rápido el alfajor que estaba devorando y alzó los hombros mirando con orgullo al amigo de su novio.

—Muchas gracias, Ian. Te debo una grande.

—La tenía grande —replicó Williams asintiendo con la cabeza. Bruno se atragantó con el café que bebía y Winston sonrió llevando la vista hacia arriba.

—No puedo creer todo esto —exclamó Thomas negando con la cabeza. Lanzó un resoplido.

Sus amigos se echaron a reír a carcajadas llamando, aún más, la atención de todos en el aeropuerto. En medio de risas y bromas, devoraron toda la comida que habían comprado. Incluso, fueron en busca de más.

De igual forma devoraron el tiempo que les quedaba juntos. Las horas pasaron demasiado rápido. El tiempo siempre es fugaz cuando uno está con las personas indicadas.

Lucía apretó fuerte a Ruth con su abrazo. Había llegado el momento de la despedida con ella y con Winston. Era terriblemente difícil tener que decirles adiós, pero había que echarle valentía.

—Te voy a extrañar demasiado, Rubí —le dijo intentando contener las lágrimas. Se mantenía bien aferrada a su cuerpo. Para impregnarla. Para dejarle un pedacito de su fuerza.

—Cuidá a mamá, hermana —le pidió Ruth en español. Siempre se hablaban en su lengua de origen en los momentos de melancolía.

—Las dos vamos a venir pronto —prometió aflojando el abrazo. Lucía limpió una lagrimita que había en las mejillas de su mejor amiga. Le sonrió para contagiarla de alegría.

Ruth Martínez le devolvió el gesto por última vez. Por última vez, aquel día. Tenían toda una vida por delante, juntas.

—Gracias por todo, hermosa —la saludó Winston apretándola contra su cuerpo.

En ese gracias por todo Winston Wallace encerraba toda una historia. Una que lo había unido a Lucía Dante a algo mucho más grande que un matrimonio.

Una noche en el hospital comunitario de Nevada, le había comentado lo costoso que estaba resultando el tratamiento de su madre. Lucía lo acompañaba en esas largas jornadas. Le traía café y comida calentita. Le daba compañía y lo abrazaba cuando sentía que lo necesitaba.

Incluso pasaba tiempo cuidando a su madre. Meredith adoraba a Lucía, y el sentimiento era recíproco. Ella estaba dispuesta a caminar hasta el infinito y más allá para ayudarla. Para aliviar su dolor y, así, el de su buen amigo.

El padre de Winston le había dejado una suma de dinero que solamente podía cobrar cuando contrajera matrimonio. Peter era un persona conservadora, un padre severo y poco cariñoso. Nunca había aceptado la homosexualidad de su hijo y ese había sido uno de sus tantos recursos para castigarlo. Si se casaba con una mujer, la herencia era toda suya.

—A veces la veo en sueños, Win —le susurró al oído—. Estaba tan orgullosa de vos —marcó una pausa para poder respirar profundo, para no largarse a llorar—. Luchaste tanto por ella...

Winston agudizo el abrazo. No podía encontrar palabras para describir lo mucho que la quería. Lo mucho que Lucía había hecho por él y por su madre. Los había ayudado de forma desinteresada, sin esperar nada a cambio.

Cuando Ruth le había contado que había viajado a Nueva York sin nada de plata en los bolsillos se había enfadado muchísimo. Se había ido sin pedirle ayuda. Sin exigirle algo que por ley le pertenecía, de hecho.

Lucía era de esas personas que daba todo y no pedía nada.

—Chicos —interrumpió Sarah con pena— nuestro vuelo ya está embarcando.

Ambos desasieron el contacto. Lucía asintió con la cabeza mientras Winston limpió sus lágrimas. De la misma forma que ella lo había hecho con Ruth.

La señorita Martínez saludó a Bruno y le pidió que cuidara de su hermana del alma. Se despidió cariñosamente de Thomas y de Ian. Se acercó a sus amigos y, tras un abrazo final (pero cargado de promesas), tomó de la mano a Perry. Ambos se dieron un fuerte apretón. Estaban despidiendo a una parte importantísima de sus vidas.

—Gracias por redimirte, hermano —dijo Ian dándole un golpecito en la espalda a Bruno—. La vez anterior acá fue una verdadera mierda.

Harper pasó por alto el comentario y abrazó cariñosamente a Sarah. Lucía se extrañó de presenciar aquello.

—¿Por qué se despiden si viajamos juntos? —preguntó dando una risita que evidenciaba restos de nostalgia. Tenía, todavía, los ojos llenos de lágrimas.

—Nosotros no vamos a Nueva York —confesó su novio echándole un brazo sobre los hombros y plantándole un beso cariñoso en la frente.

Lucía alzó la vista hacia la suya, Bruno era demasiado alto para ella— ¿A dónde vamos?

Harper la miró embelesado. Su novia echa un asco y con lágrimas colgando de los ojos, era toda una belleza. A veces, hasta le quitaba la respiración.

Le sonrió con ganas. Porque Bruno no sonreía a medias. Para él, era a todo o nada.

—Mirá a tu derecha, princesa —le susurró al oído sonriendo. No podía esperar a que lo viera con sus propios ojos.

Lucía se limpió los restos de mostaza de su (tercer) *hot dog* y dirigió su vista al objetivo. Junto a una de las atracciones del parque *DisneyWorld* de Orlando, había un Pato Donald saludando a los turistas. Era un pobre empleado, muerto de calor, con un inmenso traje puesto. Pero Bruno sabía que para su novia, ese era el mismísimo Pato Donald. En plumas y huesos.

—¿Eso es real o me lo estoy imaginando, Bruno? —preguntó ella golpeándolo con el codo. En su voz se notaba una mezcla de nerviosismo y emoción.

—No estás soñando —le indicó dándole un besito en el cuello. Estaban sentado en un banco a la sombra. Habían parado para almorzar y recargar energías para su recorrido.

Lucía se emocionaba por cada atracción y quería verlas todas. Levaba, orgullosa, una remera con la imagen de personajes de Disney y un gorrito de su personaje favorito. El mismo que tenía a unos pocos metros.

—Andá —la animó su novio. Lucía lo miró a los ojos llena de dudas. Él besó su nariz y con un asentimiento con la cabeza la volvió a alentar.

Lucía corrió hacia el empleado del parque y se fundió en un enérgico abrazo. Bruno presenció aquella escena maravillado. El tiempo se detuvo en aquel y ahora. El viaje había cobrado su verdadero sentido. Había hecho realidad una de sus más grandes fantasías. El primer ítem en su lista de sueños por cumplir. La había hecho completa e irremediamente feliz.

Sonrió orgulloso.

Hasta que Lucía empujó a unos niños que también querían un abrazo del Pato Donald.  
Ahí tuvo que convertirse, una vez más, en su caballero andante.

## XXVIII: Florencia

La noche era todo un éxito. La gala de beneficencia de la fundación de la que Bruno era parte esperaba recaudar muchísimo dinero, y todo prevenía que iban a cumplir el objetivo con creces. La señora Week había hecho un trabajo magnifico planificando el evento. La cena había sido deliciosa, los comensales estaban entusiasmados por abrir sus billeteras y todo se disponía para dar comienzo a la gran subasta.

Lucía se acercó a su novio, que la esperaba ansioso en la barra. Le dio un tierno beso en la mejilla y se acurrucó entre sus brazos.

—Hola extraña —la saludó él, plantándole un beso en la frente y atrapándola en un abrazo afectuoso. La había echado de menos todo el día y no podía esperar a volver a sentir su calor.

—Estaba hablando con Sylvia —le explicó ella— y de paso la ayudé con algunas cositas—. Ni bien se había percatado de que la señora Week estaba pasada de tareas, se había ofrecido a ayudarla. Estaba bajo prueba, y ella no lo sabía.

—Te acaparó toda la noche —protestó caprichoso acariciándole la espalda al desnudo. El vestido que Sarah le había llevado para la fiesta era osado. A Bruno no le causaba mucha gracia lo sugerente que era y le producía verdaderos celos, pero vivía con ello. La dejaba ser.

—Lo sé, lo sé —se disculpó ella y se separó un poco para poder mirarlo. Los ojos de Bruno ardían por el apetito—. Me ofreció un trabajo —expuso con entusiasmo, sus ojos también brillaban—. Quiere prepararme para ser parte de su equipo, hasta me propuso empezar a medio tiempo y darme espacio para estudiar alguna carrera.

Bruno sonrió ante la idea. Siempre había visto el potencial que su chica tenía. Estaba feliz que alguien más lo viera también.

—¿Y con eso cómo te sentís? —investigó. Lucía se encogió de hombros.

—Me entusiasma —reconoció—. Me gusta eso de empezar de a poco, así puedo seguir ayudando a Teresa. No quiero dejarla sola.

—No la estás dejando, amor —refutó con un beso. Con los labios ahogó su réplica—. Estoy seguro que ella va a estar feliz con todo esto.

—Me va a costar dejarlo, me encanta trabajar con ella —masculló cariñosa dándole besitos en el cuello. A Bruno le produjo cosquillas, pero se aguantó la risa.

—Creo que te va a costar más, renunciar a toda esa comida que te prepara —apuntó gracioso. Le mordió el lóbulo de la oreja derecha y bajó la mano hasta su trasero. Se estaban dejando absorber por el deseo.

—¿Y a quién no le costaría eso? —interrumpió Thomas—. Encima es gratis... —se llevó a la boca uno de los bocaditos de chocolate que se había robado de alguna bandeja al pasar.

—Siempre tan puntual, Thomas —resopló Bruno disgustado. Lucía se rio por lo bajo, reclusa en su cuello.

—Te están buscando para la subasta, lobo feroz —le informó el enfermero de forma burlona.

Bruno desarmó el abrazo y refunfuñó como un nene caprichoso. Lucía también se quejó con un gemido y una mueca graciosa.

—Nos vemos más tarde, preciosa —prometió Bruno dándole un beso en la frente que se sintió eterno. Lucía replicó acariciándole la espalda.

Tanto Dickinson como Dante, se deleitaron con la retaguardia del caballero Harper. Su andar era de lo más sensual. Bruno no se daba cuenta del efecto que producía en los demás. Era

atrapante y magnético. Arrancaba suspiros y despertaba fantasías. De todo tipo.

—Te atrapé con las manos en la masa, eh—inquirió Thomas en tono socarrón. Lucía entrecerró los ojos y contuvo la sonrisa que el orgullo profesaba—. ¿Una trufa? —preguntó sacando un paquetito del bolsillo de su pantalón. Envueltos en una servilleta de tela, había escondido varios bocaditos del postre.

—Mmmmmm —respondió Lucía con gusto, inspeccionando lo que presentaba la mano de su amigo. Tomó la trufa de chocolate amargo y disfrutó de cómo se derretía en su boca.

—Entonces —sondeó Thomas— ¿te parece bien lo mío con Winston?

Lucía profirió una risa. Desde el momento en que Dickinson había puesto sus ojos en él, supo que entre ellos iba a pasar algo. Se alegraba muchísimo, por cierto.

—¿Me estás pidiendo su mano? —replicó contenta mientras se decidía por qué otro dulce probar. El enfermero se removió en su lugar. Lucía pudo leer lo nervioso que estaba. Nunca lo había visto así. De seguro, Winston le importaba. Y mucho.

—Por el momento, con tu aprobación estoy conforme —era lo único que necesitaba.

—Estoy muy feliz por ustedes —reconoció con regocijo—. Ya me mandé a hacer una remera con sus caras y todo.

Dante tomó un caramelo que parecía ser de dulce de leche y se lo llevó a la boca. Cerró los ojos y pensó en su Argentina. Thomas respiró profundamente aliviado. Estaba impaciente por tener la bendición de su mejor amiga.

Los amigos se miraron y se sonrieron cómplices. Dios sabía que aquellos dos hablaban hasta por los codos, pero bastaba sólo una mirada para entenderse.

—Ya empezó la subasta —irrumpió apurada Sarah—. Vamos...

Thomas apuró los bocados y le ofreció la última trufa a Lucía. Se guardó la servilleta de vuelta en su bolsillo y siguió a su amiga.

Los tres mosqueteros se dirigieron al salón de la hacienda. El lugar estaba lleno de personas que seguían la actividad con mucha atención. Sobre una tarima bien ambientada había una especie de atril y un señor con un micrófono que dirigía las pujas.

—Si Ian les llega a preguntar por lo mío con Ruth en Las Vegas, confirmen el rumor —pidió la gemela menor entre susurros.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Thomas asombrado y alzando la voz. Al instante se avergonzó por los retos que recibió de las personas a su alrededor. Se disculpó con algunos ante la atenta y divertida mirada de Lucía y Sarah. Sus amigas contuvieron la risa para indicarle que hablara con la voz baja.

—¿De qué hablás? —insistió por lo bajo. Como Lucía estaba en medio de ambos, tuvo que inclinarse hacia delante para encarar a Sarah. Él era el rey de los chismes en esa familia. Si estaba perdiendo su encanto, significaba toda una tragedia.

—Mi hermanito estaba entusiasmado con Rubí —explicó Williams— y parece que no tomó muy bien la noticia.

—¿Pero qué es lo que pasó? —inquirió desencajado—. No entiendo...

Cómo era posible que no se haya enterado de algo así.

—¿No tuviste esa charla ya? —devolvió Sarah divertida—. Cuando dos personas se gustan, se miran, se invitan a una cita, se dan besitos y —teatralizaba con gestos extraños.

—Pará ahí —la frenó Dickinson—. No estoy bromeando, Sally.

—Yo tampoco —replicó su amiga haciéndose la seria—. Te estoy explicando para que entiendas —se excusó encogiéndose de hombros—. Los bebés no vienen de París, Tommy.

—¿No me digas? Y Santa Claus no existe —agregó irónico.

—¿Cómo que Santa no existe? —exclamó Lucía alzando la voz. Se ruborizó al notar que había llamado la atención de algunas personas y se disculpó en silencio.

Hasta el momento, se había mantenido en completo silencio, muy entretenida con el ida y vuelta de sus amigos. Movía la cabeza de un lado a otro como en un partido de tenis.

—Ahora te vas a tener que hacer cargo de esto —amenazó Sarah retándolo y abrazando a Lucía. Dante lo miró haciendo puchero y el enfermero puso los ojos en blanco.

—Hoy se están divirtiendo a costa mía —resopló enojado, cruzándose de brazos. Las mujeres lanzaron sus risitas características y se ganaron otro resoplido en respuesta.

—Tenés cabeza de enamorado últimamente —apuntó Sarah.

—Ya, pero no puedo creer que no me hayan contado algo así —les recriminó.

—No hay mucho que contar —intercedió Lucía—. Si te pregunta, decile que tuvieron algo. A Bruno ya le preguntó —le indicó a la gemela— ya le expliqué lo que tenía que decir.

—Tommy —lo llamó Sarah— si te comenta algo, decile que es verdad todo.

—¿Cómo? —profirió el joven confundido. Ese día no tenía todas sus luces encendidas—. ¿Qué es lo que pasó?

—Ilan la estaba volviendo loca, y nos inventamos de que Ruth y Sally —Dante chocó sus manos e imitó sonidos de besos— para que no la molestara.

—¿Inventaron que tuvieron algo? —examinó impresionado.

—Todo sea por el bienestar psíquico de mi amiga —se defendió Lucía—. Tiana todavía llora por los rincones su abandono. Se la pasa llamándome. Me habla en ruso llorando. ¡Y encima no le entiendo nada!

—Ni una palabra —remató Sarah asintiendo—. Pobrecita...

—Son de lo peor —repuso Thomas riendo y negando con la cabeza. No podía creer las locuras de sus amigos. Lucía se encogió de hombros.

—Un día vino al departamento con una caja de pizza pidiéndome su contacto —relató Dante—. ¿A vos te parece que el teléfono de mi amiga puede valer una mísera pizza? —le cuestionó a Dickinson.

—¿De qué era? —preguntó él estudiando la situación.

—De queso. Simple. Y estaba fría, además —aclaró ella.

—Muy poco —examinó el joven arrugando el ceño.

—Ahí me di cuenta que eso no era amor —advirtió ella ante lo evidente—. Mínimo tres pizzas con queso extra y un pote de helado. ¿O no?

—*Shhhhhhhhh* —los calló Sarah, dando codazos al aire—. Miren —indicó hacia la tarima.

El señor que dirigía y orquestaba la subasta, explicaba que la próxima puja sería por una cita con el joven y apuesto Bruno Harper. Las mujeres de la sala podían ofrecer sus apuestas a cambio de una cena con él en un lujoso restaurant de la zona. Las féminas del público ya se desarmaban ante la idea.

—¿Lista? —apremió Williams mirándola.

—Tengo ahorrados 2.686 dólares con 50 centavos —explicó asintiendo con la cabeza—. Ese es mi tope. Espero que alcance...

—Tranquila —la animó—. Es tuyo.

Claro que Bruno Harper era completa e irremediamente suyo. Pero pensaba seguir peleando con uñas y dientes por él. En esa y en todas las subastas que se vinieran.

Lucía se tomó aquella promesa al pie de la letra. La puja fue ardua y extensa, jugó todas sus cartas. Lo dio todo.

Luego de que la oferta alcanzara la suma de 2.500 dólares, la señorita Dante estaba a punto de

ganarse una cita con el hombre más hermoso del evento. Estaba feliz y orgullosa. La causa hacía valer el gasto de cada uno de esos centavos. La fundación que Bruno integraba, prestaba servicios en todos los orfanatos de Nueva York. No encontraba un mejor motivo para gastar sus ahorros.

—Entonces la cita será para aquella señorita —indicó por Lucía— a la cuenta de tres... —comenzó a rematar el caballero.

—¡5.000! —estalló una voz al fondo.

Todos se dieron vuelta. Incluso Lucía, Sarah y Thomas. A Bruno se le transformó la cara y negó de forma frenética.

Nicole Terry había subido la cifra. Y demasiado. Escapaba a los límites de Lucía. A Dante se le nubló la vista, y Bruno se acercó al hombre que presidía la subasta para ponerle fin a la puja.

—¡5.001! —contrató Lucía sin pensarlo. Algunos en el público se animaron a aplaudir entusiasmados.

—¿Cómo vas a pagar eso? —susurró Thomas al oído de su amiga. Lucía tenía la vista fija clavada hacia el frente. Estaba loca Nicole, si pensaba que le iba a dejar ganar esa batalla.

—No tengo la menor idea —replicó entre dientes. En el amor y en la guerra, valía todo.

—¡6.000! —ofreció Nicole alzando la voz y caminando hacia el frente. Las personas se corrían a su paso, como si estuvieran viendo a una gacela buscando su presa.

—¡6.001! —rebató Dante y Bruno le hizo señas de que desistiera de aquello. En cuanto terminara la puja, pensaba cancelarla.

—¡10.000 dólares! —gritó Terry con aires de grandeza. Lucía insultó por lo bajo y se removió en su lugar. Apretaba las manos con tanta fuerza que había comenzado a clavarse las uñas hasta lastimarse.

—Subila —indicó Sarah propinándole un codazo.

—¿Cómo? —repuso nerviosa—. No tengo ni idea de dónde voy a sacar tanta plata—. A Lucía se le llenaron los ojos de lágrimas. No por tristeza ni por congoja. Por pura furia.

—Te la doy yo —planteó su amiga. Thomas le apoyó una mano sobre el hombro y la acarició en aliento.

—Yo también —se unió el enfermero—. Subila hasta donde sea, Dante. Peleá por tu chico.



—Sabía que te gustaba, pero no tanto —susurró cariñoso abrazándola. Bruno le dio besitos en la cabeza y le acarició la espalda. Lucía se derritió de amor bajo sus brazos.

—Por toda esa plata vas a tener que hacer todo lo que te pida —murmuró de vuelta en su pecho. Estaba tan agradecida de tener a los mejores amigos del mundo. De ese mundo y de todos los otros que pudieran existir.

—Eso ya lo hago gratis, Señora Robinson —apuntó él rozándole el cuello con la nariz. Lucía rio por las cosquillas que le producía. Y por la felicidad que le inundaba el cuerpo.

—Voy a hablar con la directiva —advirtió Bruno separándose hasta poder mirarla a los ojos. Le acomodó con delicadeza unos mechones sueltos y rebeldes detrás de la oreja—. No es necesario que pagues tanto, lo podemos acomodar.

—No —disintió negando con la cabeza—. Lo justo es que se cumpla con el pago. Además esa plata es para ayudar a chiquitos que lo necesitan —lo miró a los ojos porque sabía lo mucho que significaba todo eso para él—. Estoy feliz de poder contribuir con eso.

—Yo me hago cargo —indicó Bruno besándole la frente. Se había vuelto a enamorar de Lucía tras esas palabras. Se enamoraba de ella todos los días. Una y otra vez. Por y para siempre.

—Ya arreglé con los chicos —se explicó Dante—. Ellos completaron lo que me faltaba y ya me organicé.

Bruno llevó sus manos hasta los costados de su cabeza. Con el dedo pulgar acarició las mejillas de la chica más linda de todas. Y pensar que ella había pagado por una cita con él. Qué locura.

—No quiero que te metas en problemas por mí —susurró juntando frente con frente. Oliendo su aroma se perdió en el momento. Sintiendo cosas que nunca había sentido en la vida.

Lucía le acarició el rostro, y le devolvió una sonrisa cargada de todas esas emociones que Bruno había conocido gracias a ella.

Había esperado para hacerlo. Hasta ella.

—Me metería en cualquier cosa por vos, Harper —usó el tono y las palabras que sabían que lo encendían.

—¿Me estás provocando, nena? —profesó de forma cariñosa y galante. Bruno convertía hasta el mero hecho de respirar, un acto de pura sensualidad.

Lucía lanzó una sonrisita partida entre la expectación y la vergüenza. Cuando desvió la vista de los ojos más lindos que había visto en la vida, notó a una intrusa a lo lejos.

—Es hora de empezar a cumplir con tus servicios —susurró tomándolo de la mano y arrastrándolo con ella.

Embriagado por el momento, Bruno se dejó llevar.

Lucía lo condujo hasta el piso superior de la estancia. Al subir las escaleras, se toparon con un pasillo lleno de puertas. Dante abrió cada una de ellas.

—¿Qué estás buscando, bebé? —preguntó meloso pegado a su espalda.

—Un baño —explicó ella volviendo su rostro a él y mirándolo con picardía—. La fantasía de toda chica, Harper.

En cuanto Lucía pronunció aquellas palabras, Bruno se separó de su agarre. Él mismo se puso a buscar el dichoso y bendito baño, exaltado y ansioso. En cuanto lo encontró, empujó a su novia a su interior.

Lucía cerró la puerta y apoyó su oreja sobre ella. Parecía esforzarse por escuchar qué es lo que sucedía al otro lado. Como esperando algo. Pero ese piso estaba desierto, y Bruno no entendía nada de lo que sucedía.

—¿Qué pasa? —preguntó confundido.

—*Shhhhhhh* —indicó ella llevando su dedo índice hasta los labios—. Dame un minuto, bebé.

Hasta que Lucía no escuchó lo que esperaba, lo que confirmaba su suposición; no se movió de su lugar.

—Listo —exclamó entusiasmada. Golpeó con el puño cerrado la puerta.

—¿Qué hacés, Lu? —inquirió Bruno estupefacto por la extrañeza de la situación.

—Ay Bruno —gritó ella exagerada. Volvió a golpear la superficie con más fuerza—. ¡Ay!

—Te vas a lastimar, nena —gritó exigido e inmovilizando, de inmediato, su brazo.

—¡No, B! —vociferó de vuelta—. ¡Más! ¡Más!

Lucía mordió su mano y Bruno gimió por el dolor.

—¿Pero qué estás haciendo? —inquirió él acercando su rostro al de ella. Estaba entre espantado y preocupado.

—Gritá más, bebé —le indicó bajando la voz para que esas palabras quedaran entre ellos—. Vamos a darle un espectáculo a la víbora de tu ex —explicó guiñándole un ojo.

Lucía volvió a golpear la madera. Y a gritar como chiflada.

—¡Oh, sí, Bruno! —gruñó.

Bruno se llevó la mano a la cabeza, atónito. Paseó su vista por su chica y por la escena que estaba montando. Procesó sus palabras, y cayó en la cuenta de lo que Lucía pretendía y había

ideado.

Dante rascó la madera con las uñas y lanzó un gemido exagerado. Nada de eso se parecía a la Lucía que él conocía en la intimidad. Agradeció aquello en silencio. Eso significaba que nunca fingía cuando estaba con él. Se excitó de tan sólo pensarlo.

—Dios, *B*, más fuerte —chilló ella aguantando la risa que le provocaba imaginar el rostro de Nicole al otro lado de la habitación.

Bruno la empujó y la aprisionó contra la puerta. Le mordió el cuello y apretó su cintura. Bajo el asombro de Lucía, gruñó como un verdadero macho alfa. Tomó el costado de su rostro, y la besó con una lujuria que podría haberla hecho desfallecer. Le comió la boca con prisa y vehemencia.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Dante rompiendo el contacto. Respiraba con dificultad porque Bruno le había arrancado hasta el último aliento.

—O lo hacemos bien, o no lo hacemos; nena —advirtió él consumido por el deseo.

Lucía plantó una sonrisa cargada de lasciva y lo apretó más a su cuerpo.

Al otro lado de la puerta, Nicole tuvo que escuchar cómo se devoraban el uno al otro.

Pobre Nicole Terry. Pobrecita. Ja. Ja. Ja.



Bruno apagó el motor de su auto. Lucía se quitó el cinturón de seguridad y extendió su brazo hasta el suelo para tomar su cartera.

—¿Qué hizo en Las Vegas, amor? —preguntó Bruno. Se lo había preguntado repetidamente durante las últimas semanas, y Lucía siempre lo había evadido con respuestas vagas.

Dante se recostó sobre el asiento y acarició la tela de su vestido a la altura de sus muslos. Respiró profundamente.

—Habló de Florencia —respondió con la vista fija hacia el frente.

—¿Dijo algo malo? —preguntó con el temor de lastimarla pero con el apuro de saber qué había sucedido. Más le valía a Nicole no haberse metido en ese asunto. Estaba a dispuesto a ir por todo y contra todo.

Lucía negó con la cabeza. Se encogió de hombros. Parecía una pequeña frágil e indefensa. No era la Lucía que conocía. No era su Lucía.

—La nombró nada más —explicó a secas.

—Nunca hablamos mucho de ella —comentó él. Nunca había preguntado mucho. Respetaba esa parte de su historia. Tanto como ella lo había hecho con la de él.

Lucía se mantuvo un momento en un hermético silencio. Se le cruzaron millones de recuerdos por la cabeza. Viajó de vuelta a su pasado. A lo que, en definitiva, la había convertido en lo que era y en lo que podía ser.

—Mi mamá tenía el sueño de conocer Italia. Su familia era de ahí y, además, bueno, lo encontraba muy romántico —rememoró.

Bruno la esperó atento. No hizo repreguntas ni pidió más detalles.

—Cuando estuve en Europa no quise ir —confesó mirándolo a los ojos. Harper estaba recostado sobre el asiento, dispuesto hacia ella, escuchándola con atención y con toda paciencia — nunca pude —reconoció.

Pensó en todas las veces que estuvo cerca de Italia. En lo mucho que su madre le insistía, por teléfono o por mail, de que la conociera. Sencillamente no lo sentía correcto. No hasta encontrar esa parte de ella que había perdido aquel 2011 y que, desde entonces, llevaba buscando. No hasta Bruno.

—Desde que la conoció, mi papá se propuso ahorrar dinero para llevarla, pero nunca era

suficiente. Cuando le propuso matrimonio, la familia de ambos, mis abuelos —aclaró— lo ayudaron a comprar los pasajes. La llevó a Florencia y se casaron ahí. Nueves meses después, nació mi hermana.

Nerviosa, abrumada por la nostalgia, se aferró a la falda de su vestido. Jugó con la tela y se removió sobre el asiento. Bruno extendió su mano derecha y atrapó la de ella. Con el pulgar, le hizo caricias que aplacaban el dolor que traían su recuerdos.

—A veces pienso que mi hermana me eligió, ¿sabés?. Como que quiso que yo sobreviviera. Que fuera yo. Es lo mismo que sentiste con tus papás, ¿te acordás?.

Bruno asintió recordando lo que habían hablado. Comprendiendo todo lo que encerraba aquellas palabras.

Florencia se había ido a vivir a Buenos Aires para estudiar en la Universidad. A Lucía se le había roto el corazón y la extrañaba demasiado. La tenía tan mal aquello, que sus padres habían comenzado a llevarla hasta la gran ciudad un fin de semana al mes. Lucía se quedaba en la casa de su abuela y pasaba todo el tiempo que podía junto a su hermana. Florencia la llevaba de paseo y la hacía conocer cada rincón de Buenos Aires.

Una noche cualquiera, las hermanas habían tomado prestado el auto de su abuela para ir a comprar un poco de helado. Lucía tenía antojo y su hermana mayor cumplía todos sus caprichos. Poco era lo que recordaba del accidente, pero sabía que Florencia había muerto al instante. Ella se había salvado de milagro. Así lo habían asegurado los médicos.

Siempre pensaba que, de alguna manera, ella la había salvado. Que había dado su vida por la de ella. Sonaba loco, pero así lo había sentido. Desde que había abierto los ojos en el hospital. Y durante el resto de su vida sin su hermana.

A Bruno le había sucedido lo mismo durante el accidente con sus padres. Juró escuchar como su madre le susurraba al oído que fuera fuerte. Que él tenía que sobrevivir.

Ambos eran eso. Sobrevivientes. Y ambos sentían lo mismo. Que habían sido salvados.

—Muchas de las cosas de la lista son, en verdad, sueños de ella —reveló, a pesar de que Bruno ya lo suponía—. Quiero cumplirlos en su nombre...

—Los vamos a cumplir, mi amor —le prometió—. Vamos a cumplir todos los sueños de esa lista y vamos a escribir otra y los vamos a cumplir también. Todas las listas que se nos ocurran.

Lucía ahogó una risa con nostalgia. Sonó casi a un gemido. Se desarmó por su amor, agradeciendo haberlo encontrado. De haberse encontrado.

—¿Qué puedo hacer para hacerte sentir mejor? —examinó Bruno.

—Ser vos —replicó ella con toda seguridad.

—¿Y comprarte *cupcakes*? —apuntó él subiendo la apuesta.

—Por el resto de nuestras vidas —asintió Lucía.

—Hasta que la dieta nos separe —concluyó Bruno haciéndola reír.

—Hasta eso y más allá —le aseguró ella.

Luego de un momento de simples miradas, miradas que lo decían todo, Bruno sacó una cajita de su bolsillo. Estaba ilusionado y nervioso. El estuche con el anillo temblaba en sus manos.

No había elegido ese momento para hacerlo, pero parecía que el momento si lo había elegido a él. Como cuando conoció y se enamoró de Lucía.

—Sé mía —le pidió, aunque sabía que era suya desde el principio de su historia.

## Epilogo: New York

*(108.214 canciones después)*

Era una mañana cualquiera de un julio cualquiera en una calle cualquiera de la ciudad de Nueva York.

El calor invadía de forma caprichosa e irreverente cada espacio de la geografía de aquella parte del mundo. El sol se alzaba en lo alto con toda su magnitud, y desplegaba una órbita de rayos que lo iluminaban todo.

La poca brisa que había, venía a cuenta gotas; y tan sólo para dejar en el aire una ofrenda de alivio. Las copas de los árboles parecía inmóviles, estaban quietecitas; pero se las arreglaban para proteger a los andantes ocasionales que deambulaban por allí.

Las personas pasaban. Iban y venían. Algunas dejaban su historia, y otras, orgullosas, se las llevaban consigo. Más todos las tenían. Todos tenían su historia.

Lucía alzó el rostro hacía el cielo, y se perdió en la inmensidad del firmamento que la cubría. Le sonrió a la vida, porque la vida le sonreía a ella todas las mañanas. Cerró los ojos, inspiró profundo, tomó aliento, y viajó directo. Allá. Bien a lo lejos.

Dónde los imposibles en los que creía no eran cuentos de fábula ni fantasías rotas, allí los que tenían la capacidad de creer eran sabios y su locura era compartida. Dónde las canciones no tenían un principio, porque tampoco tenían un final; eran eternas y todos se las sabían. En ese lugar los caballeros andantes y las princesas rebeldes eran reales, y te los podías encontrar en el parque o en la fila de un banco. Ahí las flores crecían y nunca pero nunca se marchitaban. Lucía podía apostar su vida a que, ahí, las rosas venían de todos los colores y florecían en todas las estaciones.

Ese lugar tenía que estar lleno de magia. Tenía que estarlo.

Porque de seguro ahí, estaba Florencia. Allí la aguardaba expectante, con toneladas de helado bajo el brazo, con todo el que pudiera comer y mucho más. La esperaba con la esperanza de toda una lista de sueños por cumplir, e historias por contar. Porque desde ese lugar, Samuel y Lydia seguían atentos los pasos de su hijo. Con orgullo, y con un amor que podía romper cualquier distancia que impusieran entre ellos. Esas de tiempo y espacio. El amor podía romper cualquiera de esas barreras. Ahí el amor era invencible. Lo era todo.

Ahí estaba la madre de Thomas, tomando un té con la madre de Winston; estaban riendo y celebrando la historia de sus hijos. El padre de Teresa le cantaba una canción de amor a su esposa al oído; y el padre de su Rubí esperaba para hacerlo con ella. Es que en ese lugar, vivían todos los que habían conocido el amor. Por ese amor, eran eternos.

Lucía invocó a la magia y a la gracia de aquel sitio. Pidió fuerza y coraje para poder enfrentar la nueva aventura que había llegado con el nuevo día. Tomó prestada un poco de su energía y su sabiduría.

Por su parte, Bruno la sostuvo fuerte contra su cuerpo. Abriéndola, amándola. La recostó en su pecho y la cubrió con su calor. Su calor era aún más poderoso que el de aquel sol de verano. La condujo con cuidado por las calles, repitiendo el mismo recorrido que había transitado el día que lo había cambiado todo. Habían pasado años, sin embargo la conexión que sentían era la misma.

La misma que sintió Lucía aquel día al conocer a su caballero andante. La misma que Bruno profesó cada noche al hacerle el amor. Y cada mañana. Y cada tarde. En cada lugar al que fueron, en cada ciudad que conocieron, con cada sueño que se animaron a cumplir. La misma que honraron en Florencia, el día de su boda, rodeados de sus seres queridos. Y de la que fueron

testigos en la unión de sus amigos.

Esa conexión tenía que ser mágica. Tenía que serlo.

Al igual que años atrás, Lucía tuvo miedo al llegar al hospital. Sintió el mismo temor frenético que corría por las venas de su esposo. Hasta que los médicos no se hicieron cargo de la situación, Bruno no pudo respirar con normalidad. Sólo en ese momento sintió que alma le volvía al cuerpo.

Cuerpo y alma unidos en un pacto de amor eterno.

Dante era toda una guerrera griega, y Harper era todo un dios del olimpo. Y así vivieron aquel momento. Lucharon, gritaron, lloraron y rieron, todo cuánto y cómo pudieron. Se sintieron vivos. Profundamente vivos. Cada instante lo significó todo. Significó toda una historia que vino después, y quizás algún día sea digna de otro relato.

En aquel ahí y ahora, Lucía Dante y Bruno Harper se volvieron a enamorarse. Perdidamente. De ellos. Y de la nueva vida que habían traído al mundo. De mí.

Me miraron a los ojos. A su pequeña divinidad griega. Y me llamaron **Ipsa**.

## Querido Lector

Querido lector, no te conozco, lo sé. No puedo precisar quién sos, ni quién querrías ser. Tampoco puedo saber de dónde sos, de dónde venís, o a dónde vas. Definitivamente no tengo idea de cuál es la canción que escuchás cuándo estás triste, qué gusto de helado preferís, o cuál es tu historia.

Más allá de todo eso, y del motivo por el que llegaste acá; quiero agradecerte. Quiero darte las gracias por llegar y por quedarte. Porque aunque no te conozco, escribí esta historia para vos; y espero que la hayas disfrutado tanto como lo hice yo al hacerlo.

Confieso, de todas formas, que me gustaría conocerte; por eso te pido que te contactes conmigo. Podés hacerlo vía Instagram a [@SrtaPignanelli](#) ¡Aguardo tu crítica, comentario o sugerencia con ansias!

Querido lector, me despido con el abrazo virtual más grande que pueda brindarte, dejando al destino la promesa de nuestro encuentro. Que tengas un hermoso día y que seas muy feliz. Hoy y siempre.

Nuevamente, GRACIAS.

---

[1] "*Soy pobre, soy rico, soy una montaña y un pozo, soy la daga y el escudo, soy impaciente, soy la cosecha.*"

[2] *If I can stop one heart from breaking, I shall not live in vain.* La frase original de Emily Dickinson.

[3] *Así es la vida*, en francés.

[4] *Triangle Below Canal Street* se traduce al español como *Triángulo Bajo la Calle Canal*.

[5] El Pato Donald es un personaje de *Disney*, caracterizado como un pato blanco antropomórfico de ojos celestes, pico, piernas y pies anaranjados. Generalmente viste una camisa de estilo marinero y un sombrero. Donald suele intentar ver las cosas con positivismo y alegría. Uno de sus movimientos más característicos es su singular manera de saltar sobre uno de sus pies cuando se enfada, a la vez que grita de manera incoherente.

[6] *Más fuerte, más fuerte, más fuerte*, en francés.

[7] Lutier: Persona que se dedica profesionalmente a fabricar y reparar instrumentos musicales de cuerda.

[8] Fitbit es una empresa que diseña y fabrica *wearables* (dispositivos inteligentes que se llevan puestos). El *Fitbit One*, que se engancha en la parte inferior de la camisa, mide pasos, distancias y tiempos durante el ejercicio físico.

[9] El término cebar mate refiere a prepararlo vertiendo el agua caliente cerca de la bombilla, mojado así la mitad de la superficie de la yerba.

[10] *Lollapalooza* es un festival musical de los Estados Unidos concebido en 1991 por Perry Farrell, cantante de *Jane's Addiction*. El festival encapsula la cultura joven de los años 1990. Generación *Lollapalooza* es a veces sinónimo de *Generación X*. Si bien existen ediciones en todo el mundo, la original se lleva a cabo en la ciudad de Chicago en el estado de Illinois, generalmente en el mes de agosto.

[11] Hooligan es un anglicismo utilizado para referirse a los hinchas de nacionalidad británica que producen disturbios o realizan actos vandálicos.

[12] Matt Groening (Matthew Abram Groening) es un dibujante, productor de televisión y escritor estadounidense, principalmente reconocido por ser el creador de *Los Simpson*. «*Duff*» es la marca de cerveza preferida de Homero Simpson. En la serie es sólo una parodia de una marca pero desde 2008 se comercializa en varios países del mundo.

[13] *Veo la vida en rosa*, en francés.

[14] *Muchas gracias, señorita*.

[15] *No es nada. Un placer, señor*.

[16] *Leitmotiv* (del alemán *leiten*, 'guiar' y *motiv*, 'motivo') es el tema musical recurrente en una composición y, por extensión, motivo central recurrente de una obra.

[17] *Cuando me toma en sus brazos, Me susurra, Veo la vida en rosa*..

[18] Los coccinélidos son una familia de insectos coleópteros de la superfamilia Cucujoidea. Tienen el cuerpo redondeado y con frecuencia colores vivos. Reciben diferentes nombres vulgares según el lugar, siendo los más comunes mariquita y vaquita de San Antonio.

[19] Uno de los medios preferidos de transporte por los lugareños de Copenhague es la bicicleta. Siempre ha sido tradición usar la bicicleta por cuestiones prácticas. Las calles en Dinamarca permiten la utilización de este transporte por lo cual resulta práctico y una de las formas más rápidas de llegar al trabajo y evitar las filas de tránsito en Copenhague. En parte también por los elevados impuestos a los transportes automotores. Por todos lados hay sistemas de ciclovía y en algunas ciudades hay semáforos especiales para las bicicletas. En el centro de Copenhague durante ciertos periodos del año hay un servicio de bicicletas públicas. El sistema es idéntico al clásico mecanismo de los carros de los supermercados, se inserta un depósito de 20 coronas que se recupera al devolver la bicicleta en uno de los lugares habilitados

[20] Es el nombre que recibe la golosina producida por la marca Arcor, a base de crema de caramelo y con distintos rellenos. Su gusto es similar al dulce de leche argentino.

[21] Se refiere a la actividad en el tenis. Los deportistas deben viajar para competir en los distintos torneos que integran el circuito.

[22] La *kufiyya* es un pañuelo tradicional de Oriente Medio y Arabia. Esta hecho normalmente de algodón o lino, aunque también puede llevar lana. Se suele llevar envolviendo la cabeza de diversos modos, tanto para proteger dicha parte del cuerpo del frío como del sol.

[23] El término *ñiqui-ñiqui* es utilizado en el videojuego de simulación social, *The Sims*, como un eufemismo para las relaciones sexuales.

[24] Giacomo Girolamo Casanova fue un famoso aventurero, escritor, diplomático, bibliotecario y agente secreto italiano, hermano de los pintores Giovanni Battista Casanova y Francesco Casanova. Se le conoce como arquetipo del libertino seductor, del que se han contado cientos de conquistas amorosas. Su obra principal fue una vasta autobiografía, *La Histoire de ma vie*, conocida también como Memorias de Casanova.

[25] En alusión a Lucy Pevensie, personaje de la obra *Las Crónicas de Narnia*. La designación del nombre deriva del término en latín *lucius*: "luminosa" o "la que nació a la luz del día".